

Miguel Castillo Didier

PENSANDO GRECIA PENSANDO AMÉRICA

Estudios y ensayos

**Association Internacionale Andrés Bello (Bruselas)
Centro de Estudios Griegos Bizantinos y Neohelénicos
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad de Chile
2015**

ISBN

978-956-19-0894-9

UNIVERSIDAD DE CHILE

Rector

Ennio Vivaldi

Facultad de Filosofía y Humanidades

Decana

María Eugenia Góngora Díaz

Vicedecana

María Eugenia Horvitz Vásquez

Centro de Estudios Griegos Bizantinos
y Neohelénicos “Fotios Malleros”

Casilla 73 Sucursal Grecia / Ñuñoa
Santiago Chile

www.estudiosgriegos.cl

Σκεφτόμενος την Ελλάδα Σκεφτόμενος τη Λατινική Αμερική

Pensando Grecia Pensando América

Estudios y ensayos

Miguel Castillo Didier

Registro de Propiedad Intelectual: 249.660

Diseño: M. Castillo Didier.

Presentación

Este volumen contiene ensayos y estudios, algunos de los cuales fueron leídos en la Academia Chilena de la Lengua; otros han sido ponencias presentadas a diversos congresos, varias de ellas inéditas. Estos textos han sido revisados, actualizados y en no pocos casos ampliados.

Los principales ensayos han sido escritos pensando en Grecia y pensado en América y, por tanto, en Chile. Algunos se refieren a Francisco de Miranda, quien además de conocer el griego y tener una biblioteca griega riquísima, fue el único hijo de América que visitó Grecia cuando ésta se encontraba bajo el dominio otomano. Su admiración por Grecia influyó decisivamente en su idea de la libertad para América Hispana. Otros tratan temas de Andrés Bello, latinista y helenista, autor del primer compendio de *Historia de la literatura griega*, escrito en América. Otros ensayos se refieren a la figura del Abate Molina, poeta en griego, en latín y en italiano, primer científico chileno y quien en sus obras reivindica a América y a su patria. Las figuras de Edipo y de Príamo son estudios desde la visión de Kavafis

Παρουσίαση

Το βιβλίο περιέχει δοκίμια και μελέτες, μερικά εκ των οποίων διαβάστηκαν στην Χιλιανή Ακαδημία. Άλλα ήταν ανακοινώσεις σε διάφορα συνέδρια και μερικές από αυτές είναι ανέκδοτες.

Αυτά τα κείμενα έχουν αναθεωρηθεί, επικαιροποιηθεί και ορισμένα έχουν διευρυνθεί. Τα κυριότερα γράφτηκαν έχοντας κατά νου την Ελλάδα και τη Λατινική Αμερική και, επομένως και τη Χιλή.

Μερικά αναφέρονται στο Φρανθίσκο ντε Μιράντα (1750-1816). Ελληνομαθής και φιλέλληνας, ο Μιράντα, κατείχε μια πλουσιότατη βιβλιοθήκη με ελληνικά βιβλία. Ήταν το μόνο τέκνο της Αμερικής που επισκέφθηκε, τεκμηριωμένα, την Ελλάδα όσο αυτή βρισκόταν κάτω από τον οθωμανικό ζυγό και η αγάπη του στον ελληνικό πολιτισμό επηρέασε αποφασιστικά τα απελευθερωτικά του σχέδια για την Ισπανική Αμερική.

Άλλες μελέτες πραγματεύονται θέματα από τον Ανδρέας Βέλιο (1781-1865), λατινιστή, ελληνιστή, συγγραφέα του πρώτου Εγχειριδίου Ιστορίας της Ελληνικής Λογοτεχνίας που γράφτηκε στη Λατινική Αμερική.

Άλλα αναφέρονται στη φυσιογνωμία του Αββά Μολίνα (1740-1829), ποιητή που έγραψε στην ελληνική, την λατινική και την ιταλική γλώσσα. Ο Αββάς Μολίνα, στα μεγάλα επιστημονικά του έργα, γνωρίζει στην Ευρώπη την αμερικανική πραγματικότητα. Οι φυσιογνωμίες του Οιδίποδα και του Πρίαμου εξετάζονται με τη ματιά του Καβάφη.

Í N D I C E

Presentación	5
La <i>Odisea</i> y el exilio: itinerarios del saber y del dolor	8
Miranda: cultura griega y visión americana	34
El encuentro de Andrés Bello con la lengua griega	56
Andrés Bello en Londres: traducir para la independencia	64
Andrés Bello: su visión de la historia, de la dispersión y la unidad	75
Andrés Bello y la política internacional de Chile: cinco momentos	94
Al retornar a los lares de Andrés Bello	104
El pluralismo estilístico y lingüístico de Sor Juana Inés de la Cruz	109
¿Qué nos enseña el Abate Molina?	130
Juan Ignacio Molina, sabio y poeta de la naturaleza	145
Francisco de Miranda y el Abate Molina	158
Poemas a poetas: Sor Juana Inés, Juan Ignacio Molina, Andreas Kalvos, Constantino Kavafis.	165
Francisco de Miranda y el romanticismo	182
Don Quijote, Santa Teresa y Cristóbal Colón en la visión de Nikos Kazantzakis.	202
Príamo y Edipo. Desde la épica y la tragedia antiguas a un lírico moderno: Constantino Kavafis.	223
Clara Schumann, Teresa Carreño, Rosita Renard: la condición de mujer en sus carreras.	240
Un poema y un canto: testimonios de un gran crimen.	252
Jorge Peña Hen	270
Índice onomástico	278

La Odisea y el exilio: itinerarios del saber y del dolor¹

Expreso mis agradecimientos a los integrantes de esta sabia corporación por la invitación generosa que han acordado hacerme para que participe en las nobles tareas que realiza en torno a nuestra lengua castellana. Invitación y llamado que verdaderamente constituyen para mí una sorpresa, pues me veo de un momento a otro junto a los que fueron mis grandes maestros en el recordado Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Es un honor desproporcionado para mí – que me he dedicado a las modestas tareas de la traducción y la enseñanza – y esto produce explicable temor: ser llamado a ocupar una misma mesa con maestros de la categoría de un Roque Esteban Scarpa o un Ambrosio Rabanales; a participar en una institución que presidió por años otros de mis sabios profesores, don Rodolfo Oroz.

El hecho de haber sido elegido como sucesor de Monseñor Fidel Araneda Bravo aumenta este sentimiento de temor. No es pequeña responsabilidad el tratar de ser digno heredero del sillón académico que ocupara este ilustre sacerdote, escritor e historiador prolífico, que tuvo una dilatada y fecunda trayectoria no sólo como pastor de almas, no sólo como eclesiástico, sino también como ciudadano que participó en múltiples actividades de bien común y como investigador que escudriñó varios aspectos del pasado nacional. Sus dotes de escritor y estudioso de la literatura se mostraron cuando era aún liceano. A los 16 años publicó en un folleto una serie de biografías de Presidentes de Chile. Tiempo después, luego de haber realizado diversos trabajos y de haber participado en las labores del Ateneo de Santiago, donde presentó, entre otros, un celebrado estudio sobre el poeta Guillermo Blest Gana, su amor por la investigación tomó una orientación definida. En efecto, en 1932, al ingresar al seminario Conciliar, se puso a trabajar en los archivos eclesiásticos. Fruto de años de paciente labor sobre los viejos documentos serían los varios y extensos volúmenes que dedicó a la historia de la

¹ Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua, 15.VV.1993.

Iglesia chilena. Ordenado sacerdote en 1937, comenzó una vida entregada al servicio de los demás, cumpliendo diversas labores como párroco, profesor, periodista, escritor, historiador. Llegó a ser canónigo y deán del Cabildo Metropolitano. En la Sociedad de Escritores se desempeñó como Vicepresidente durante diez años. Incorporado a la Academia Chilena de la Lengua en 1949, colaboró con las tareas de la institución durante más de tres décadas, ejerciendo los cargos de tesorero, censor, secretario, director del boletín y director interino².

La vida de monseñor Fidel Araneda Bravo constituyó una hermosa odisea espiritual, una peregrinación por diversos ámbitos, principalmente por el campo del pasado chileno para traerlo al presente. En su memoria me referiré aquí también a una odisea, a otro tipo de viaje del espíritu.

Paradójicamente, mi modesta labor en la lengua española, en la que al parecer se basaron quienes pensaron mi nombre para integrar esta Academia, nació alrededor de otra lengua y de otra literatura. Verdad es que un día ingresé a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile a estudiar pedagogía en castellano, movido por un intenso interés y amor por la literatura española e hispanoamericana, sentimiento que había contribuido a formar en mí el recordado profesor don Antonio Tagle. Pero allá, en las aulas y jardines del Instituto Pedagógico, hicieron su aparición para mí otra lengua y otra literatura: el idioma griego y las letras helénicas. Dos profesores, don Fotios Malleros y don Roque Esteban Scarpa, me abrieron el camino en el que hallaría luz y belleza a través de cuatro décadas: me mostraron la senda de Grecia.

Fue el comienzo de una vasta travesía espiritual; de muchos, variados y hasta complicados viajes en espíritu. Travesía por la literatura clásica griega que, poco a poco, se habría de prolongar por las letras postclásica, para llegar tiempo después a las modernas. Travesía desde la

² Entre las obras destacadas de Monseñor Fidel Araneda Bravo (1906-1991), están *Hombres de relieve de la Iglesia chilena*, 1946-1947; *Breve Historia de la Iglesia en Chile*, 1968; *Historia de la Iglesia de Chile*, 1986; *Don Arturo Alessandri Palma*, 1951; *El Arzobispo Errázuriz*, 1956; *Obispos, sacerdotes y frailes*, 1962; *Monseñor Ramón Ángel Jara*, 1955; *Obispos y sacerdotes en la Revolución de 1891*, 1980.

lengua castellana a la griega, que luego se invertiría cuando comencé a traducir textos escritos en la lengua helénica durante el último milenio. La traducción va ser una especie de *Odisea*, un viaje de regreso a la lengua materna, convertida en meta, trayendo como carga belleza recolectada en la peregrinación a través de la lengua fuente; un recorrido semejante al viaje real de quien regresa a la patria con el alma enriquecida con experiencias, con un poco de belleza recogida en el camino.

Antes de proseguir, quisiera pedir excusa por pasar desde al singular de la primera persona al plural. No se trata en absoluto de un “nosotros mayestático”. Se trata exactamente de lo contrario. Siempre al tocar el órgano, hemos sentido profundamente el consejo de Albert Schweitzer, en cuanto a que, ante la sublime grandeza del instrumento sagrado, el ejecutante debe borrarse y dejar cualquier sentimiento de vanidad. Y al traducir, hemos tenido siempre la sensación de anonadamiento que produce el encontrarse frente a un monumento de belleza y el asumir la inmensa responsabilidad de tratar de darlo a conocer en otra lengua. El traductor se siente tan pequeño como el organista ante el instrumento rey. Y surge la costumbre de utilizar el plural, el “nosotros”, para borrarse un poco, como el ejecutante ante el instrumento de Juan Sebastián Bach.

Nuestra vocación por la labor de traducir se relaciona estrechamente con el viaje de los viajes, con la travesía de Ulises, allá en el amanecer de la Hélade y su luz clásica. Conocimos el personaje en el alba de nuestros estudios, cuando un griego, peregrino llegado a Chile desde una tierra devastada por la guerra, nos inició en la travesía hacia la lengua griega. Ese romero fue don Fotios Malleros Kasimatis³, a quien

³ Don Fotios Malleros Kasimatis nació en Grecia en 1914 y murió en Santiago en 1986. Estudió en la Universidad de Atenas, donde recibió los títulos de historiador y filólogo. En 1948 llegó a Chile y fue contratado por la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Enseñó lengua y literatura griega e introdujo el estudio de la historia y cultura bizantina. En 1967 creó el Centro de Estudios Bizantinos y Noehelénicos, institución hasta hoy única en mundo latinoamericano, que dirigió hasta su muerte. Hoy el instituto lleva su nombre: Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros. Entre sus obras están *Ensayo histórico: el “Epitafios” de Pericles*, *Hesíodo: los trabajos y los días*, *El Imperio Bizantino*, *La noche larga de*

debemos inexpressable gratitud. Nuestra vocación está ligada al curso de griego que él impartía y al de literatura general que don Roque Esteban Scarpa y el mismo don Fotios daban por aquellos años. Este último curso estuvo dedicado a la epopeya y a la tragedia griegas cuando tuvimos el privilegio de asistir a esas clases.

Igualmente está ligada esta vocación al recuerdo de nuestro papá, Francisco Castillo Moreno, callado estudioso, amante apasionada de la justicia y de las lenguas, quien puso en nuestras manos un libro que sería decisivo: *Cristo de nuevo crucificado*. Esta obra y tres poemas de Kavafis, que conocimos durante una conferencia de don Jorge Razís, Vicecónsul de Grecia en Valparaíso, a quien debemos también profunda gratitud, convirtieron en decisión el anhelo de emprender el viaje hacia el griego moderno; para más tarde tratar de traer desde ella algunos de los tesoros de una literatura por entonces casi totalmente desconocida en nuestro idioma. Razonamos pensando que ni esa novela podía ser la única creación de Kazantzakis ni esos poemas serán los únicos de Kavafis y que ni ese novelista ni ese poeta podían ser figuras aisladas, sino que tras ellos habría otras obras y otros autores: una literatura, un mundo espiritual, toda una cultura. El profesor don Alejandro Zorbas, que más tarde sería director del Centro de Estudios Griegos de la Universidad de Chile, apoyó nuestra decisión.

Los primeros versos de un poema de Kavafis, que después se haría muy conocido, guiaron nuestra determinación:

Cuando salgas en el viaje hacia Itaca
desea que el camino sea largo,
pleno de aventuras, pleno de conocimientos...

Esta sería una odisea en busca de la lengua de Odiseo, transformada a través de los milenios, en una admirable continuidad. Algunos de los primeros libros que nos introdujeron a ese idioma los puso en nuestras manos don Gabriel Mustakis, Cónsul General de Grecia

Petros Jaris; y numerosos estudios y ensayos publicados en los *Anales de la Universidad de Chile* y en *Byzantion Nea Hellás*, anuario del Centro de Estudios Griegos.

y Agregado Cultural de la Embajada que tenía su sede en Buenos Aires, persona a quien expresamos profunda gratitud⁴.

Como decíamos, encontramos a Odiseo en el alba de nuestros estudios. En la *Iliada* conocimos un guerrero duro, el hombre de las muchas tretas y recursos, el *polýtropos Odysseus*. Era el guerrero a quien la leyenda inmortalizó como el autor de la estratagema con que los aqueos lograron hacer caer la sagrada ciudad de Troya. Pero otro poema, la *Odisea*, y otro aspecto de la tradición, nos mostraron un personaje diferente. Odiseo es el hombre que lucha y sufre por volver a la patria y al hogar; es el esposo y padre que en la lejanía y la adversidad comprende su destino; es el varón que busca la verdad de la existencia humana, a través de dos décadas de penalidades; es el mitoclasta, el destructor de mitos, el ser humano capaz de enfrentarse a dioses y monstruos hostiles; es aquel que vence una tras otras las tentaciones, que bajo las figuras de Circe, las Sirenas, Calipso, Nausícaa, buscan alejarlo de su ruta, hacerlo perder la conciencia de su condición humana y rebajarlo al nivel animal, o elevarlo al plano de los inmortales, o simplemente le ofrece un hermoso y plácido nuevo hogar en el país de los hombres felices, los feacios.

Kazantzakis ha evocado el instante en que Odiseo recobra poco a poco la memoria de su condición mortal, al reconocer como remo un madero arrojado por el mar, en las playas de Calipso. Entonces se pone a construir una balsa que le permitirá continuar su viaje hacia Itaca. El canto de la diosa que lo llama desgarrará su alma, pero él ya ha recuperado la conciencia de su condición humana y del destino de su peregrinaje. Con las lágrimas que retornan a sus ojos, su corazón vuelve a ser humano.

Su canto rompe la piedra y parte mi pecho:

⁴ Don Gabriel Mustakis Dragonas nació en Grecia en 1901 y estudió en su país y en Estados Unidos. En Chile se desempeñó primero como Vicecónsul de su país en Valparaíso y Cónsul en Viña del Mar, y desde 1958 como Cónsul general de Grecia en Santiago. En 1967, fue nombrado, además, Consejero Cultural y de Prensa de la Embajada de Grecia, que tenía su sede en Buenos Aires. Realizó una muy extensa e intensa labor de difusión de la cultura helénica en Chile.

¡Calla, corazón mío! Ya lo sé. Mas mi mente hacia otro lugar
apunta.
Y cuando, ya lejos, avanzaba cual saeta entre las olas del
espumoso mar
y el dolorido canto se perdió en la bruma del crepúsculo,
poco a poco la balsa se puso más pesada y se ladeaba:
las sombras la aplastaban: se cargó de esposa y de hijo
y de patria,
y libre dejé a mi corazón de conducirse a su agrado,
¡y éste estalló en llanto amargo y otra vez se volvió
humano!⁵

Al vencer hostilidades, tentaciones, tempestades y peligros, Ulises ha impuesto su razón, su amor, sus anhelos, su decisión; ha conservado, reafirmado, ampliado y enriquecido su espíritu; y así llega finalmente a la patria y al hogar. Ésta es la concepción que puede desprenderse de la *Odisea* homérica: es el itinerario de un hombre que salva su condición de tal y la lleva a la plenitud. Con este pensamiento, el filólogo colombiano Óscar Gerardo Ramos ha podido en un bello ensayo calificar al poema como “un itinerario humano”⁶.

Pero ya en la Antigüedad se había puesto en duda el cumplimiento de la profecía de Tiresias, cuya sombra había dicho al peregrino, cuando a éste le fue concedido bajar vivo al mundo de los muertos: “Te vendrá más adelante y lejos del mar una muy suave muerte, que te quitará la vida cuando ya esté abrumado por placentera vejez”⁷. Plinio había acogido la leyenda de una nueva salida de Odiseo desde Itaca. Otra tradición pretendía que el héroe había muerto a manos de Telégono, hijo suyo y de Circe. Y Petronio había utilizado el motivo del viaje como fuente de conocimientos y experiencias. En su *Exhortatio ad Ulysses*, el poeta se dirige al joven Odiseo: “linque tuas sedes, alienaque littora quaere, o iuvenis!”:

⁵ N. Kazantzakis: *Odisea*, rapsodia II, v. 182-189.

⁶ O. G. Ramos: *La Odisea: un itinerario humano*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá 1970.

⁷ Homero: *Odisea* XI, v. 34-136.

Deja tus moradas y costas extranjeras busca,
¡oh joven! Nace para ti una serie mayor de acontecimientos.
No sucumbas al mal: te ha de renovar el Danubio extremo,
el bóreas helado, los tranquilos reinos del Egipto
que ven al sol levantarse y descender.
Y más grande que baje Ulises en playas lejanas.

Quince siglos después, Du Bellay, en los primeros versos del soneto XXXI de sus *Regrets*, retomó aquel motivo: “Heureux qui, comme Ulysse, a fait un bon voyage...”

¡Dichoso aquel que, como Ulises, hizo un bello viaje,
y después regresó lleno de experiencia y de saberes
a vivir entre los suyos el resto de su edad!

Estos versos y su simbología no suponen un segundo viaje del personaje antiguo. Tenemos que retroceder desde el siglo XVI hasta comienzos del XIV para hallar en Dante al Odiseo de la segunda travesía. El poeta desterrado coloca en el infierno al héroe peregrino, castigando así lo que la Edad Media considera avidez soberbia de conocimientos y aventuras. Cuando Virgilio y Dante se acercan al héroe, atormentado por la llama bífida, y lo interrogan, escuchan estas palabras:

“Ni las dulzuras de mi hijo, ni la piedad debida a un padre anciano, ni el mutuo amor que debía hacer dichosa a Penélope, pudieron vencer el ardiente deseo que yo tenía de conocer el mundo, los vicios y las virtudes de los humanos; sino que me lancé por el abierto mar sólo con un navío y con los pocos compañeros que nunca me abandonaron. Vi una y otra costa, hasta España, hasta Marruecos y la isla de Sardos y las demás que baña en torno aquel mismo mar... Llegamos a la estrecha embocadura donde Hércules fijó sus límites para que hombre alguno no pasase más allá... Oh hermanos míos, les dije, que por entre mil peligros habéis llegado a occidente, no neguéis a este breve gozo de vuestro

sentido que os resta el intento de encaminaros hacia al oriente, hacia el mundo deshabitado...”⁸.

El nuevo viaje de Ulises es un aspecto de su peregrinación a través de siglos de poesía. El viajero de hace tres mil años ha seguido errando en versos de poetas de variadas épocas y latitudes. Un estudioso inglés, el profesor W. B. Stanford, ha tratado de seguirlo por su ruta secular en un volumen nada breve: *The Ulysses' Theme*.⁹ La materia justificaría todo un curso. Pero aquí quisiéramos referirnos a algunas apariciones modernas del gran vagabundo, precisamente a unas que no alcanzó a estudiar Stanford. Será una excepción el caso de la *Odisea* de Kazantzakis que sí es examinada, y extensamente, en aquel libro.

Este poema, de 33.333 versos decaheptasílabos, comenzado a comienzos de la década de 1920 y terminado en 1938, tiene por personaje central a un Odiseo, cuyas raíces se remontan al de Dante y al de Tennyson. El afán de conocimientos y aventuras como motivador de un segundo viaje de Odiseo la encontró Kazantzakis en la *Divina Comedia*, elemento que también se muestra en el monólogo del personaje que nos presenta Tennyson a mediados del siglo XIX. Aquí Ulises quisiera perseguir el conocimiento que “cual errática estrella, está por sobre el recóndito linde de la humana sapiencia”. Surge también en el monólogo de Odiseo la idea de la estrechez del hogar y de la isla y de la indiferencia y hasta la hostilidad que comienza a mostrar el pueblo itacense hacia su rey, como asimismo la noción del cambio que la experiencia produce en la persona: “Una parte soy de todo lo que he hallado” expresa el héroe¹⁰.

Acaso al leer el poema de Tennyson, Constantino Kavafis a fines¹¹ del siglo XIX y Nikos Kazantzakis a comienzos del XX, se sintieron con sus almas “hinchidas de confusos anhelos y sentimientos”, como sintió

⁸ Dante: *Divina Comedia*, “Infierno”, Canto III, V.

⁹ W. B. Stanford: *The Ulysses' Theme*, Basil Blackwell, Oxford 1963. AQUÍ DATOS DE LA TRADUCCION.

¹⁰ *Immortal Poems of the English Language Anthology* by O. William, Pocket Books, 1952, p. 153. Una traducción del poema de Tennyson en O.G. Ramos, op.cit., pp. 169-171.

¹¹ M. de Unamuno: “El último viaje de Ulises”, en *Mi vida y otros recuerdos*, Editorial Losada, Buenos Aires, p. 13.

la suya don Miguel de Unamuno al recorrer esos versos en 1918, según lo relata en el artículo “El último viaje de Ulises”.

A Kazantzakis el personaje homérico lo apasionó desde la infancia. Odiseo estará presente en su vida y en su obra hasta el final. Conmovedoras páginas le dedica en su último libro, *Carta al Greco*, especie de cuenta de su paso por la tierra que da a su ilustre compatriota y coterráneo. En 1914, mientras vive ascéticos días de reflexión en un monasterio del Monte Athos, medita sobre el pasaje de Dante que hemos recordado. En 1921 publica en la revista *Nea Zoí* (Nueva Vida) de Alejandría la tragedia *Odiseo*, en al que puede observarse cierta influencia del drama homónimo de Gerard Hauptman. Cuando en 1922 aparece el *Ulises* de Joyce, la nueva obra del escritor griego es sólo un proyecto, un conjunto de notas y algunos versos¹². Dos años después se publicarán algunos fragmentos en revistas atenienses. En 1927 estará terminada la primera versión y sólo en 1938 verá la luz el vasto poema, en su séptima redacción, de 33.333 versos, después de haber llegado a alcanzar en versiones intermedias los 42 mil.

El poeta cretense invierte el mito uliseano y, con Dante, hace partir de nuevo al héroe luego de su regreso a Itaca. Ulises vaga por tres continentes, para ir a morir a los hielos antárticos en soledad total, después de buscar a Dios sin encontrarlo y de intentar conocer todos los caminos que el hombre ha probado para hallar un sentido a la existencia y al mundo.

La comparación del largo poema del escritor griego con la vasta novela del autor irlandés se impone como un tema que espera desarrollo. Estas obras constituyen las dos grandes recreaciones contemporáneas del tema homérico. Pero sus direcciones son totalmente opuestas. Bloom parte temprano de su casa-Itaca y reproduce en un día determinado de

¹² En castellano, sobre la materia pueden verse nuestros estudios “Algunas notas sobre la *Odisea* de Kazantzakis”, Revista de la Universidad Técnica del Estado N° 5-1970, Santiago; *La Odisea en la Odisea Estudios y ensayos sobre la Odisea de Kazantzakis*, Centro de Estudios Griegos, Santiago 2007; “Dos Odiseas”, Introducción a la *Odisea* de Kazantzakis, traducción, notas, síntesis en prosa, glosario y bibliografía, Tajamar Editores, Santiago 2013; y “El tiempo, la muerte y la palabra en la *Odisea* de Kazantzakis”, *Byzantion Nea Hellás* Nos. 3-4, 1972-1973, Santiago.

comienzos del siglo XX, en una ciudad, Dublin, el viaje del héroe de Homero; y vuelve al hogar-Itaca por la medianoche. El Ulises de Kazantzakis parte de Itaca para no regresar jamás. Si la obra de Joyce traza una línea paralela a la homérica, la del poeta cretense escribe una línea divergente. Como expresa Lasso de la Vega, “desde el ciclo homérico hasta el que nos preocupa, existe un abismo. Kazantzakis no sólo es un nuevo Homero. Es también un anti-Homero y un hiper-Homero. Descubrió un modo de existencia de Ulises más integral, más secreto, más verosímil que aquel que nosotros ya conocíamos; encontró vetas más profundas allí donde no había llegado nuestra mirada”¹³. Y con Alain Décaux podemos decir que “la Odisea de Kazantzakis es un himno a la grandeza del hombre, a la frágil grandeza del hombre... El Ulises de Kazantzakis se mueve (al menos al comienzo) en los tiempos de Homero, pero siente, soporta y actúa en el tiempo del autor”¹⁴.

Standford habla de las obras de Joyce y de Kazantzakis como de “dos magnas epopeyas, la una en prosa, la otra en verso”. Otros las han denominado precisamente “antiepopeyas”. Para el escritor griego, la calidad épica de su poema deriva de la esencia épica de la lucha del hombre actual en medio del caos en que se ve inmerso, al tomar conciencia plena de su ser. La *Odisea* trata de contener, de atisbar todos los caminos, todos los resquicios, a los que el ser humano puede dirigir la mirada de su espíritu para asignar un sentido a la existencia. Esto explica la extensión desmesurada del poema; la acumulación de sueños, mitos, leyendas, costumbres, creencias, ritos, de diversos pueblos y épocas; el torrente de vivencias que se despeña a lo largo de las rapsodias; el fluir interminable de motivos e imágenes de variados orígenes; la fuerza épica que lo recorre de un extremo a otro. Sin embargo, la vasta obra sólo repite, en una ampliación poética los interrogantes y los mandatos del más breve escrito de Kazantzakis, la *Ascética*, opúsculo filosófico-poético

¹³ Lasso de la Vega: “En torno a Kazantzakis”, *De Sófocles a Brecht*, Editorial Planeta, Barcelona 1971, p. 51.

¹⁴ A. Décaux: “Préface” a *Odysée*. Traducción al francés de J. Moatti, Editorial Richelieu-Plon, París 1969.

publicado en 1923¹⁵. El imperativo autoimpuesto de luchar por una gran idea, sin esperanzas, se expresa en ambas obras; es lo que se ha llamado el nihilismo heroico del poeta cretense:

¿Cuál es mi camino? La subida más ardua e interminable.
Y di: Yo sólo he de salvar la tierra entera.
¿Dónde vamos? ¿Alguna vez venceremos?
No preguntes. ¡Combate!
De tal modo hablaba Dios, así ordenaba...

La *Odisea*, dice su autor, es un grito, un llamado al hombre. Y, como dice Colin Wilson, “existe algo nietzscheano en ese grito: Levantaos sobre vuestra pequeña e insignificante vida y pensad en algo más grande. Ese grito promete lo heroico. Pero no promete nada más. No promete alguna gran visión dántica del universo, alguna magna síntesis hegeliana en la cual todas las contradicciones visibles del mundo se concilien”¹⁶.

Δεν αγαπώ τον άνθρωπο, αγαπώ τη φλόγα που τον
τρώνει
Den agapó ton ánthropo, agapó ti floga pu ton troi

“No amo al hombre, amo la llama que lo devora”, dice un verso de la *Odisea*; y otro expresa: “Salve, alma mía, que el errar siempre por patria poseíste”. Ambos versos reflejan y resumen el espíritu de Ulises y de Kazantzakis. El itacense y el cretense admiran la llama que lleva al hombre a crear, a luchar, a combatir la inexorable efimericidad de su ser. Peregrinan, errantes por mares y caminos, por edades y experiencias; interrogan y se interrogan; viven intensamente; van, como Dante, en busca de Dios, pero no encuentran como aquel al “Amor que mueve el sol y las demás estrellas”.

¹⁵ Existe una traducción castellana de la *Ascética*, con el título de *Ascesis*, realizada por E. de Obregón, «Introducción de Aziz Izzet, en *Obras Selectas* de N. Kazantzakis, vol. III. Editorial Planeta, Barcelona 1968.

¹⁶ C. Wilson: “La grandes de Nikos Kazantzakis”, revista *Nea Hestía*, noviembre de 1971, Atenas.

Durante seis años tratamos de seguir al poeta y a su personaje, caminando por sus sendas y navegando por el riquísimo océano de la lengua griega, intentando trasvasar a nuestro idioma castellano el tesoro lingüístico que había acumulado Kazantzakis durante cuatro décadas de trabajo sobre el neogriego. La ruta del nuevo Odiseo nos reservaba enormes dificultades, pero también incontables bellezas, de modo que la traducción venía a constituir, asimismo, una suerte de odisea. Para dar una idea de la riqueza de la lengua neohelénica, recordemos que Kazantzakis y el filólogo Kakridís hallaron en ella los equivalentes de todos los compuestos homéricos, cuando tradujeron la *Ilíada* y la *Odisea*¹⁷.

Constantino Kavafis, el poeta de Alejandría, aquel a quien se considera el mayor lírico griego y que, paradójicamente, nació, vivió y murió fuera de Grecia, país al que casi no conoció, retoma el tema uliseano en dos poemas.

Uno pertenece al grupo de los llamados “inéditos”, es decir, textos que nunca publicó en su sistema de hojas sueltas, pero que tampoco destruyó o desechó. El poema es de 1896, del mismo año en que escribió un ensayo sobre “El final de Odiseo”, en el que examinaba la caracterización psíquica del personaje en Dante y Tennyson y traducía al griego pasajes de ambos poetas. Sin duda, el tema lo atraía y lo tuvo muy presente al escribir el poema *Segunda Odisea*. Éste lleva como epígrafe los títulos de las dos obras o secciones de obras evocadas. La intertextualidad es aquí más obvia que en otros poemas kavafianos: “Dante, *Infierno*, Canto XXVI / Tennyson, *Ulises*”¹⁸.

Odisea segunda y grande,
mayor quizás la primera. Pero ay
sin Homero, sin hexámetros.

Era pequeña la casa paterna,
era pequeña su ciudad paterna,

¹⁷ Al respecto dice Lasso de la Vega, op. cit., loc.cit.: “Desde el punto de vista de la lengua, esta *Odisea* es la obra más endemoniadamente difícil de la literatura griega”.

¹⁸ La traducción de este poema en M. Castillo Didier: *Kavafis íntegro*, 3ª edición, Tajamar Editores, Santiago 2008.

y toda su Itaca era pequeña.

La ternura de Telémaco, la fe
de Penélope, la ancianidad del padre,
sus antiguos amigos, el amor
del abnegado pueblo,
el dulce reposo del hogar,
penetraron cual rayos de alegría
en el corazón del navegante.
Y cual rayos se apagaron.

La sed
del mar se despertó dentro de él.
Odiaba el aire de la tierra firme.
Su sueño turbaban por la noche
los fantasmas de Hesperia.
Lo venció la nostalgia
de los viajes, y de las llegadas
matinales a los puertos donde,
con qué alegría, entras por primera vez.
La ternura de Telémaco, la fe
de Penélope, la ancianidad del padre,
sus antiguos amigos, el amor
del abnegado pueblo,
la paz y el reposo
de la casa lo aburrieron.

Y se marchó.

Cuando las costas de Itaca
se desvanecían poco a poco frente a él
y navegaba hacia occidente a toda vela,
hacia Iberia, hacia las columnas de Hércules, -
lejos de todo mar aqueo -
sintió que revivió, que
arrojó las pesadas ataduras
de cosas conocidas y domésticas.
Y su corazón aventurero

se regocijaba fríamente, vacío de amor.

De este poema de 1896, pero conocido sólo desde 1968, cuando se lo “descubrió” y publicó, tomó Kavafis un motivo para su segundo texto uliseano: el de la alegría de entrar en mañanas estivales a puertos nunca vistos.

El segundo poema, conocido desde 1911, cuando fue publicado como hoja suelta, ha llegado a ser uno de los más difundidos del vate de Alejandría. Se trata de *Itaca*, al que Margarita Yourcenar llamó “auténtico himno a la vida”. Aquí no se ha invertido, como en Kazantzakis, el motivo central de la *Odisea* homérica, sino el tema del viaje mismo, de la peregrinación en busca de la patria. La travesía hacia la tierra deseada se transforma en verdadero objetivo y aquella, Itaca, ese elevado símbolo, deja de ser meta y deviene sólo un pretexto. El tono formal del poema es didáctico, exhortativo, como en otros textos kavafianos. Utilizando símbolos provenientes de la *Odisea*, el poeta nos invita a la plenitud del vivir, al goce de los conocimientos, de las experiencias y de los sentidos. No hallarás en el camino los viejos monstruos y las amenazas que debió enfrentar Ulises, si mantienes elevado tu pensamiento. Debes ver la vida como un proceso ininterrumpido de enriquecimiento espiritual, de desarrollo vital. La figura del héroe antiguo, no nombrado en el poema, y su lejana y agitada peregrinación, son manejadas por el poeta y transformadas en un arquetipo para nosotros, hombres del siglo XXI. A través de sus versos, la sombra de Odiseo viene hasta nosotros, con una invitación a la difícil pero hermosa plenitud vital:

Cuando salgas en el viaje hacia Itaca,
desea que el camino sea largo,
pleno de aventuras, pleno de conocimientos.
A los Lestrigones y a los Cíclopes,
al irritado Poseidón no temas,
tales cosas en tu ruta nunca hallarás,
si elevado se mantiene tu pensamiento, si una selecta
emoción tu espíritu y tu cuerpo embarga.
A los Lestrigones y a los Cíclopes,

al feroz Poseidón no encontrarás,
si dentro de tu alma no los llevas,
si tu alma no los yergue delante de ti.

Desea que el camino sea largo.
Que sean muchas las mañanas estivales
en que con cuánta dicha, con cuánta alegría
entres a puertos nunca vistos:
detente en mercados fenicios,
y adquiere las bellas mercancías,
ámbares y ébanos, marfiles y corales,
y perfumes voluptuosos de toda clase,
cuanto más abundantes puedas perfumes voluptuosos;
anda a muchas ciudades egipcias
a aprender y aprender de los sabios.

Siempre en tu pensamiento ten a Itaca.
Llegar hasta allí es tu destino.
Pero no apures tu viaje en absoluto.
Mejor que muchos años dure:
y viejo ya ancles en la isla,
rico con cuanto ganaste en el camino,
sin esperar que riquezas te dé Itaca.

Itaca te dio el bello viaje.
Sin ella no hubieras salido al camino.
Otras cosas no tiene ya que darte.

Y si pobre la encuentras, Itaca no te ha engañado.
Sabio así como llegaste a ser con experiencia tanta,
ya habrás comprendido las Itacas qué es lo que significan.

Otros poetas griegos han vuelto su mirada al antiguo peregrino,
contemplándolo desde distintas perspectivas.

León Kukulás (1894-1967), en *Pequeña Odisea*, evoca la nostalgia de Ulises y sus compañeros por la larga travesía que terminó, y el sentimiento de pesar por las negaciones que se impusieron en aras de apresurar el retorno a la patria. No alcanzaron a saber qué pudieron ofrecerle las Sirenas; abandonaron desolada a la bella Calipso; perdieron para siempre la visión del espléndido país de Nausícaa y los feacios:

Nos salvamos de los Cíclopes
y nuestro anhelo de llegar un día a Itaca
reavivó mil veces el rescoldo
de nuestra alma, que poco a poco se enfriaba.

Y ni las yerbas mágicas de Circe,
ni siquiera los filtros de las Sirenas
que acaso nos guardaban nuevos goces,
pudieron cambiar nuestro propósito.

Por ese nuestro objetivo, aparecimos como injustos
y no benignos, a menudo, en la bondad,
e impasibles dejamos, al partir,
en su desolación a Calipso sollozando.

Y nos negamos nuevas glorias y riquezas
y sin pena contemplamos cierto día
perderse para siempre entre la bruma gris
la espléndida visión de los Feacios.

Y ahora que hemos retornado a Itaca,
cuando a menudo narramos lo pasado,
como más dulce sentimos su angustia
que la serenidad de nuestra vida muelle.

Y nuestro dolor se nos hace infinito,
como que nos castiga una amarga contrición,
pues no sopla ya el viento en nuestros aparejos,

y para siempre terminó la travesía.

Lefteris Alexíu (1890-1964), cretense como Kazantzakis, quiso expresar en los breves límites del soneto la opción de Odiseo por la condición humana, por el incierto destino de los mortales, su negativa a ser inmortal y compartir con Calipso el feliz ocio eterno. Titula su poema *Así habló Ulises a Calipso cuando decidió abandonarla*:

Nieve semeja en el velado atardecer
tu cuerpo diáfano. Con ardor envolvente
igual que de reptil, el amor serpentino
cual brazo firme estrechada mi cintura.

El grillo que no calla de tu beso
y tu mirar me hicieron inmortal.
Nada veo ni escucho. Como abejas
el antiguo recuerdo me circunda.

Me llaman las gaviotas. Clama el ponto.
Tiembla la espuma en mis párpados húmedos,
y la inmortalidad me es servidumbre.

Dame otra vez el incierto destino;
que me lleve la libre fantasía
en un madero por la mar salada.

La misma idea está expresada en un segundo soneto titulado *Odiseo a Calipso*

Tu cuerpo resplandece como un templo
en la roca enhiesto y blanco cual la nieve.
Y tus peplos sólo al pasar los tiempos
los mueven, como las brisas a los mares.

Mas dentro de mí sangre mortal corre,
que queman pasión antigua, odio y dolores;
y la hiel la inmortalidad que impones
y quedo aferrado a tu pétreo costado.

Quiero partir. De la muerte el destino
está en mis huesos muy enraizada.
Me hala desde la puerta del Olimpo

la vida del humano la mil-veces-amarga.
Líbrame ya de tu engañosa red,
para vivir, para luchar, para morir.

Yorgos Sarandis ha tratado poéticamente el anhelo de retorno desde un punto de vista especial: el regreso a la patria como una malhadada quimera, como una engañosa tentación de los dioses para castigar a Odiseo por sus faltas. El héroe, si retornara, arribaría a una desolada Itaca. Algunos de los que debieron vivir fuera de la patria y regresaron y otros que retornaron y volvieron a partir, pueden sentir acaso en este poema ecos de los problemas que plantea el anhelo imposible de regresar a la tierra natal y la llegada por fin, después de muchos años, a una tierra distinta, a una Itaca asolada:

Puesto que fuiste el causante de la desaparición de Troya
no te extrañes de hallarte bajo persecución divina
combatiendo con dioses invidentes y rudas esperanzas
no te extrañes
tú el más ingenioso entre los hombres.
La primera emboscada de los dioses es la nostalgia
es el juego insensato con tu alma
la malhadada quimera del regreso.
Pero qué esperas viajando en tu
oscura suerte
pero qué esperas huyendo entre los años
qué esperas cuando te mata el lúgubre lamento de Troya

que te sigue
cuando estalla la ira de los dioses y te barre
cuando te doblega el tiempo delirante
Desnudo llegarás a tu isla
—pero mejor que no llegaras—

ya que has perdido todos tus compañeros
tu virtud en aventura sin objeto
tu prudencia en dura lucha sin sentido
ya que has perdido los más selectos años de tu vida.
Era la malhadada quimera que te enfermó el entendimiento
el juego con tu alma de los dioses sin corazón
tú sin embargo
—el más ingenioso de los hombres—
cómo no adivinaste
qué amargura
cuánto castigo
qué nuevas heridas traerá
el fin de tu inquieto camino
el vano regreso
tu triste arribar a la Itaca asolada.

Yorgos Seferis (1900-1971) trae desde el fondo de los tiempos al antiguo personaje, que habla la misma lengua que él, como la hablaban tres mil años antes, y lo rescata como un maestro que puede aún hoy darnos enseñanzas. En contraste con los versos atormentados de Sarandis, los de Seferis respiran serenidad, no sin tristeza. El poema se titula *Sobre un verso ajeno* y el autor reproduce en una nota las primeras palabras del primer verso de Joachim Du Bellay, que ya hemos citado “Heureux qui comme Ulysse...” Dichoso aquel que como Ulises...

Nacido en Esmirna en 1900, Seferis debió salir al exilio a los 14 años. Y la lejanía de su tierra natal se trocó en perpetua en 1922, cuando la gran Catástrofe del Asia Menor lanzó a la muerte a decenas y decenas de miles de griegos y al destierro sin fin a más de un millón y medio de hombres, que habitaban desde siempre las cosas del Mar Menor, la

Capadocia y el Asia Menor¹⁹. No es extraño que el poeta de la Jonia griega perdida se sienta “cercado por el destierro” y evoque a Odiseo s su vieja nostalgia por la patria y el hogar, al navegante que sabía del difícil dolor de sentir las velas del barco henchidas por el recuerdo. El poeta reflexiona: dichoso aquel que hizo el viaje de Odiseo, dichoso si partió con la armadura del amor, con la cual podrá vencer las penalidades. Pero veamos cómo viene Odiseo a hablarle al poeta y a regalarle, con su antigua experiencia y su viejo dolor, el calmo mar azul, y con él la serenidad:

Dichoso aquél que hizo el viaje de Odiseo.
Dichoso si al partir, sintió fuerte la armadura de un amor,
extendida en su cuerpo, como las venas en que bulle la sangre.

De un amor con ritmo indestructible, invencible como la música y
eterno porque nació cuando nacimos y cuando morimos, si
él muere, no lo sabemos ni nosotros ni otro alguno.

Ruego a Dios me asista para decir, en un instante de gran felicidad,
cuál es este amor;
estoy a veces cercado por el destierro, y escucho su lejano
rumor, como el eco del mar que se mezcló con la inexplicable
tormenta.

Y se presenta delante de mí, de nuevo y otra vez, el fantasma de
Odiseo, con ojos enrojecidos por la sal de la ola
y por el deseo maduro de volver a ver el humo que brota de la
tibieza de su casa y su perro que envejeció esperando en la
puerta.

¹⁹ Esbozamos este tema en “Seferis, el poeta del país desaparecido”, *Byzantion Nea Hellás* N° 2-1971, Santiago

Se yergue, grande, musitando entre sus barbas encanecidas,
palabras de nuestra lengua, como la hablaban hace tres
mil años.

Extiende la palma de una mano encallecida por las jarcias y el
timón, con una piel curtida por el bóreas seco por el calor
ardiente y por las nieves.

Diríase que quiere expulsar de entre nosotros al Cíclope
sobrehumano que ve con un ojo, a las Sirenas que cuando las oyes
olvidas, Escila y a Caribdis;

tantos monstruos complicados, que no nos dejan pensar que
también él era un hombre que luchó en el mundo, con
el alma y con el cuerpo.

Es el gran Odiseo; aquél que dijo que se hiciera el caballo de
madera y los aqueos ganaron Troya.

Me imagino que viene a aconsejarme cómo construir también yo
un caballo de madera para ganar mi propia Troya.

Porque habla humildemente y con serenidad, sin esfuerzo, diríase
que me conoce como un padre o como algunos viejos
marinos, que apoyados en sus redes, cuando venían
tormentas y el viento se embravecía,

me contaban, en mis años de niño, la canción de Erotókritos²⁰,
con las lágrimas en los ojos;
entonces cuando yo temblaba en mi sueño oyendo el adverso
destino de Aretí bajar los peldaños de mármol.

Me habla del difícil dolor de sentir las velas del barco henchirse
por el recuerdo y tu alma volverse timón. y estar solo,

²⁰ *Erotókritos*, de Cornaros, de Vicente Kornaros, una de las obras maestras de la literatura renacentista cretense, extenso poema heroico novelesco muy popular en toda Grecia. Aretí o Aretusa es la amada de Erotókritos.

oscuro en medio de la noche y a la deriva
como la paja en la era..

Me habla de la amargura de ver a tus compañeros abatidos por los
elementos, dispersados, uno a uno; y de cuán extrañamente
te reanimas hablando con los muertos, cuando no
bastan ya los vivientes que te quedaron.

Está hablando... Veo aún sus manos que sabían probar si estaba
bien tallado el mascarón de proa
regalarme el quieto mar azulado en el corazón del invierno.

Todos estos textos, la *Odisea* de Homero, la de Kazantzakis, los poemas de Kukulas, de Sarandis, de Alexíu, de Seferis, el tema de Ulises en Petronio, en Dante, en Du Bellay, en Tennyson; todo eso era para nosotros poesía, literatura, algo bello, pero que pertenecía al ámbito de los libros. Un día, el tema y esos textos comenzaron a cobrar vida, a cobrar más vida de la que hasta entonces habíamos podido ver en ellos. El tema de Odiseo empezó a devenir vida. Un día aciago de 1976 – hecho nunca previsto, como otros acaecidos desde 1973 – debimos salir de Chile. De un día para otro, fuimos colocados en un avión. Nunca habíamos salido. Ni siquiera hacia Grecia, a la que sólo conocíamos a través de los poetas. Y entonces del tema de la nostalgia llegó a ser una vivencia dolorosa y angustiante. Los motivos del “nostos”, del regreso a la patria, y del “algos”, del dolor por el retorno, dejaron de ser solamente literarios. Y empezamos a ver de otro modo los grandes desterrados de la poesía, a Ovidio, condenado a vivir y morir en los hondores del Mar Negro; a Dante, arrastrando su dolor y su sed de justicia y sus cansados pies en escalas extranjeras.

Se abrió para nosotros esa “técnica de conocimiento”, dolorosa forma de conocimiento de que habló Vintila Horia. Y fue lejos de Chile, en la fraterna tierra de Francisco de Miranda, en Venezuela, donde aprendimos a releer y a amar más la *Odisea* homérica. Y muchos otros textos cobraron más sentido, o, quizás, todo su sentido, para nosotros. Releyendo, por ejemplo, *María* de Jorge Isaac, esa novela que don

Ricardo Latcham nos enseñó a amar, cuán desgarradoras encontrábamos ahora los cuatro versos de la cantinela de los esclavos, que ponen en labios de la vieja sirvienta muerta estas palabras:

Muero sin ver tus montañas,
oh patria, donde mi cuna
se meció bajo los bosques
que no cubrirán mi tumba.

En las riberas del magno Orinoco, donde muchos chilenos dejamos de cantar, comprendimos mejor las palabras del *Libro Santo*, los versos de los hebreos desterrados en Babilonia, y también el comentario musical de Bach a aquel poema, notas que habíamos tocado con unción, pero sin captar todo su dramatismo:

Junto a los ríos de Babilonia,
ahí nos sentábamos y aun llorábamos,
acordándonos de Sión.
Sobre los sauces colgábamos nuestras arpas.
Y los que nos habían llevado cautivos
nos pedían que cantásemos,
nos pedían alegría, diciéndonos:
Cantadnos algunos de los cánticos de Sion.
Mas ¿cómo entonaremos cantos
sobre suelo extranjero?

Allí comprendíamos mejor las palabras de dolor de Ovidio al recordar la última noche que pasó en su casa, en Roma, antes de dejar la Ciudad para siempre:

Cum subit illius tristissima noctis imago,
qua mihi supremum tempus in Urbe fuit,
cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui,
labitur ex oculis nunc quoque gutta meis.
Cuando me sube la tristísima imagen de aquella noche,

que fue para mí el tiempo postrero en la Ciudad,
cuando evoco la noche, en que tantas cosas queridas para mí dejé,
de mis ojos resbalan también ahora las lágrimas.

Allá releímos el poema *Domingo triste* de Martí, sintiendo el doloroso patetismo de sus versos:

Mis pedazos palpo:
ya no estoy vivo ni lo estaba
cuando el barco fatal levó las anclas
que me arrancaron de la tierra mía²¹.

Allá aprendidos a conocer mejor a nuestro Andrés Bello. Contemplamos el camino desde donde, a los 29 años, un día de junio de 1810, dio una mirada a su Caracas natal, sin imaginar que sería la última y que su destino le reservaba morir más de medio siglo después en el lejano Chile. Y buscamos el samán, el árbol a cuya sombra leyó y tradujo a Virgilio. Allá conocimos a ese hombre extraordinario, héroe de tres revoluciones libertarias, humanista a toda prueba, amante de Grecia, del idioma y de los libros griegos, y cuya odisea de cuatro décadas dejó sus huellas en un archivo monumental. Navegamos por ese mar maravillo de 63 tomos, fuente inapreciable para la historia del Viejo y del Nuevo Mundo en la segunda mitad del siglo de las luces y comienzos del XIX, siguiendo a Miranda en su travesía increíble, durante la cual lo guiaba una Itaca: la libertad de Latinoamérica. De ese viajar por las viejas páginas que escribió o guardó el Precursor, héroe y mártir de la Independencia latinoamericana, con quien Chile tiene una deuda muy especial, surgieron varios libros y algunos estudios y ensayos²².

²¹ J. Martí: *Poesía Completa*, Edición crítica, Centro de Estudios Martianos, La Habana 1985.

²² Mencionaremos aquí los siguientes: *Miranda y Grecia*, Ediciones Lagovén, Caracas 1986; *Miranda y la senda de Bello*, Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela, Caracas 1990; 2ª edición La Casa de Bello 1997; “El tesoro de la biblioteca griega de Francisco de Miranda”, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela* N° 284, 1988; “La colección virgiliana del Precursor”, *Revista Nacional de Cultura* N° 277, 1990, Caracas; “La biblioteca griega de Francisco de Miranda: una

Como a Constantino Kavafis, la poesía griega nos ofreció su consuelo. Y también la poesía venezolana. Releímos con más emoción y más amor las *Silvas* de Andrés Bello, escritas allá en el frío Londres, lejos de la cálida tierra natal que no habría de ver más. Poesía venezolana y americana la de quien sería el cimentador de nuestra cultura y la del continente.

Un día hallamos el poema *Vuelta a la patria*, del poeta romántico Juan Antonio Pérez Bonalde. Con qué emoción leímos estos versos, que casi literalmente había de vivir poco después:

Madre, aquí estoy; de mi destierro vengo
a darte con el alma el mudo abrazo
que no te pude dar en tu agonía.
Hoy vuelvo, fatigado peregrino,
y sólo traigo que ofrecerte pueda
esta flor amarilla del camino
y este resto de llanto que me queda...²³

Allí, cerca del gran río, comprendimos mejor, con el poeta Nicanor Parra, que hay un día feliz, del que no alcanzamos a tener plena conciencia. Y releíamos los versos de su poema, con la tristeza de saber que no sólo el viaje hacia la niñez era imposible – porque siempre es imposible, aunque algunos poetas, como Jorge Teiller, traten bellamente de acercarnos a ella o de acercárnosla; sino porque a esta odisea

aproximación”, *Byzantion Nea Hellás* N°9-10 1992, Santiago; “Miranda y la senda humanista de Bello”, *Revista Chilena de Humanidades* N° 13 1982, Santiago; “Los Diarios de Miranda: una página del gran libro del universo”, en F. de Miranda: *Diario de viajes*, Selección, prólogo y notas M. Castillo Didier, Monte Ávila Editores, Caracas 1992; *Dos Precursores: Miranda y Rigas, América y Grecia*, Centro de Estudios Griegos, Santiago 1998; *Miranda Humanista*, Coedición Universidad La República-Centro de Estudios Griegos, Santiago 2000; *Grecia y Francisco de Miranda*, Centro de Estudios Griegos, Santiago 1997 y 2000; 3ª edición Monte Ávila Editores, Caracas 2007; *Miranda humanista*, Coedición Universidad La República-Centro de Estudios Griegos, Santiago 2000; *Bicentenario de Hispanoamérica Miranda escritor*, Centro de Estudios Griegos, Santiago 2011.

²³ El texto del poema en Otto D’ Sola: *Antología de la Moderna Poesía Venezolana*, Prólogo de Mariano Picón Salas, Monte Ávila Editores, Caracas 1984, vol. I.

humanamente imposible se agregaba el no poder viajar físicamente hacia los lugares geográficos de la infancia. Nos quedaba caminar sólo en la imaginación y en el recuerdo, ayudados por la poesía:

A recorrer me dediqué esta tarde
las solitarias calles de mi aldea,
acompañado por el buen crepúsculo
que es el único amigo que me queda.
Todo está como entonces, el otoño
y su difusa lámpara de niebla;
sólo que el tiempo lo ha invadido todo
con su pálido manto de tristeza.

Pero demasiado se ha extendido esta peregrinación por los caminos de Odiseo y el exilio. Démosle término aquí, reiterando los agradecimientos iniciales a nuestros antiguos profesores y a los señores académicos, y “personalizando”, si así pudiera decirse, nuestra gratitud por cuanto hemos recibido en nuestro camino, en los nombres de cuatro países: La Madre Patria España, que nos legó la lengua castellana: Grecia, que nos entregó belleza antigua y moderna, la vieja y la nueva Odisea; Venezuela, que, además de darnos fraterna hospitalidad, nos acercó a los grandes peregrinos de la libertad y del saber, Andrés Bello y Francisco de Miranda; y Chile, que, en la niñez y juventud nos dio hogar, amor y sabios maestros, y que nos ha vuelto a abrir sus puertas.

Y a todos ustedes, muchas gracias.

Francisco de Miranda: cultura griega y visión americana²⁴

Quiero expresar mi profundo agradecimiento al Comité Organizador de este Congreso, y especialmente a la doctora Elina Miranda, por su invitación, para mí muy honrosa, a participar en él. Para mi esposa y para mí es motivo de alegría estar una vez más en la querida patria de Martí. Es particularmente motivador hablar en Cuba de aspectos de la relación de Francisco de Miranda con la cultura griega, pues Cuba es la tierra donde el Precursor vivió dos años y medio, de donde salió en 1781 para combatir en la revolución de la independencia norteamericana, y donde en 1783 tomó la decisión de abandonar el servicio del rey de España e iniciar su larga lucha en pro de la emancipación de Hispanoamérica. En cuanto a su relación con la música, es aquí en Cuba donde hace un catálogo de las partituras para flauta que tenía, catálogo que documenta la muy numerosa presencia obras de músicos europeos que se tocaban en Cuba en esos años.

“El más universal de los americanos”. Así llama a Miranda uno de sus biógrafos, el historiador argentino Manuel Gálvez lo²⁵. Creemos

²⁴ Conferencia Inaugural del III Congreso de Filología y Tradición Clásica, Universidad de La Habana, 2010.

²⁵ No pocas son las biografías de Miranda, pero no todas son satisfactorias. En algunas, se acogen leyendas y presuntas anécdotas sin base documental alguna. En otras, se insiste en una apreciación hace mucho tiempo superada de los hechos que acarrearón la caída de la Primera República de Venezuela en 1812. Aquí mencionaremos las biografías debidas a J. Nucete-Sardi: *Aventura y tragedia de don Francisco de Miranda*, 1955; M. Gálvez: *Don Francisco de Miranda el más universal de los americanos*, 1947; M. Picón Salas: *Miranda*, 1966; A. Pueyrredón: *El general Miranda, precursor, apóstol y mártir de la emancipación americana*, 1943; R. Carrasco: *Francisco de Miranda Precursor de la Independencia Hispanoamericana 1750-1792*, 1955; L. Luciani de Pérez: *Miranda, su vida y su obra*, 1968; J. A. Cova: *Miranda el venezolano del fuego sagrado*, 1949; E. Rodríguez Mendoza: *Miranda, el visionario*, 1944; J. F. Thorning: *Miranda ciudadano del mundo*, 1981; J. Lavretski:

que este juicio es realmente justo. El estudioso español Pedro Grases da comienzo a su estudio sobre la tradición humanista en América con la figura de Miranda, para continuar con la de Andrés Bello. Pensamos que este juicio es igualmente justo²⁶. Miranda fue, en realidad, mucho más que un militar importante que participó en tres revoluciones libertarias. Fue esencialmente un gran humanista; un hombre de formación, cultura y miras espirituales de la más amplia universalidad, de amplio conocimiento de la cultura y la literatura griega y latina. Vivió una vida llena de acción, de experiencias, de lecturas y saberes, con la universal preocupación por ver, comprender, sentir, amar y saberlo todo, que caracteriza al humanista²⁷. Fue el Precursor por excelencia de la independencia hispanoamericana y también visionario estratega, héroe y mártir de ese proceso histórico que recordamos el año 2010.

Miranda la vida del precursor de la Independencia de América Latina, 1991. Importante es el *Bosquejo biográfico de Francisco de Miranda* por Josefina Rodríguez de Alonso, que sirve de prólogo de la nueva edición del *Archivo mirandino* que, con el título original de *Colombeia*, comenzó a publicar la Presidencia de la República de Venezuela en 1978. Es clásica, aunque contiene más de un juicio erróneo no documentado, la biografía del norteamericano William S. Robertson, *La vida de Miranda, 1982 (traducción castellana)*. Fundamentales son las obras de Caracciolo Parra-Pérez *Miranda et la Révolution Française, 1925*, *Miranda y la Revolución Francesa, 1966 (traducción castellana)* e *Historia de la Primera República de Venezuela, 1939*. Importante es también la obra del ecuatoriano Alfonso Rumazo, *Miranda Protólíder de la Independencia Americana, 1985*. Aportaciones documentales muy útiles entrega el estudioso español Lautico García en *Francisco de Miranda y el antiguo régimen español, 1961*. Conserva en gran medida su valor la obra clásica del colombiano Ricardo Becerra *Ensayo histórico documentado de la vida de don Francisco de Miranda, General de los Ejércitos de la Primera República Francesa y Generalísimo de los de Venezuela, 1896*. La más reciente biografía se debe al historiador venezolano Tomás Polanco Alcántara *Francisco de Miranda ¿Ulises, don Juan o don Quijote?, 2ª ed.*, Caracas, 1997. Es ésta una obra extensa, con minuciosa documentación, y que aporta nuevos y valiosos elementos en temas como los estudios de Miranda, la expedición del “Leander” y otros.

²⁶ Pedro Grases: *La tradición humanística, Obras Completas*, vol. V, Six Barral, Barcelona, 1981.

²⁷ Luis Beltrán Guerrero: “Interpretación del Bello humanista”, en *Con Andrés Bello*, La Casa de Bello, Caracas, 1983, p. 21.

De los diversos ámbitos de actividad en que se manifestó la dimensión universal²⁸, humanista, de Miranda, queremos mencionar aquí al menos cuatro. En primer lugar, su participación en tres revoluciones libertarias, que, por su significación político-social, cambiaron el mundo de su época: la Guerra de la Independencia de Estados Unidos; la Revolución Francesa; y la Revolución de la Independencia Hispanoamericana, de la cual fue Precursor, apóstol, héroe y mártir, y por la cual luchó durante décadas. En segundo lugar, su admiración y conocimiento de la cultura griega, la que ocupa un lugar central dentro de sus intereses culturales, admiración y conocimiento que tienen directa incidencia en sus concepciones políticas. En tercer lugar, su afán de conocer “el gran libro del universo”, no sólo a través de sus intensas y constantes lecturas, sino a también a través del viaje de más de una década por los paisajes geográficos y humanos de Estados Unidos y toda Europa, incluyendo a la Grecia sojuzgada por el Imperio Otomano, travesía de la que dejó testimonio en sus apasionantes *Diarios*, documentados en un monumental archivo, su *Colombeia*²⁹. En estrecha

²⁸ Esta dimensión de la personalidad de Miranda fue captada por no pocos de sus interlocutores. Sólo a modo de ejemplos, recordamos aquí el juicio de dos intelectuales. El historiador del arte Quatremère de Quincy afirmaba en su *Semblanza de Miranda*, en 1794: “Miranda ya no es hombre de un país; se ha convertido en una especie de propiedad común”. *Colombeia*, vol. XVI, p. 317. El profesor Pictet escribe en Ginebra, el 30 de septiembre de 1788: “Es el hombre más extraordinario que he visto jamás, por la extensión de sus viajes en las cuatro partes del mundo; los conocimientos que ha adquirido a través de éstos; la riqueza de su conversación; su ciencia en la historia, la literatura, las bellas artes, en una palabra, por una universalidad de la que yo no tenía idea y de la que no he visto otros ejemplos”. Carta a Leonard Bordier, *Colombeia*, vol. VIII, p. 56.

²⁹ Este enorme conjunto de escritos y documentos, “Himalaya de folios”, como lo llama José Luis Salcedo-Bastardo, comienza con los papeles personales que el joven Miranda lleva consigo en su viaje a España, en enero de 1771; y termina con los documentos relativos a la trágica caída de la Primera República, en 1812. La formación, características y estructura de esta colección y sus peripecias hasta ser adquirida por Venezuela en 1926, en Gloria Henríquez Uzcátegui: *Los papeles de Francisco de Miranda*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1984. C. Parra-Pérez caracteriza así la colección: “El *Archivo* de Miranda es, en mi concepto, la más estupenda colección de papeles y de datos históricos que pueda imaginarse, en relación con las Revoluciones de los Estados Unidos, de Francia y de Sur-América. El *Diario* y las observaciones del General, que se extienden a un período de cerca de cuarenta años, pueden considerarse

relación con los ámbitos anteriores, está la preocupación y lucha de Miranda por los derechos humanos, y su visión y proyecto de una América Hispana independiente y unida.

La cultura griega

Desde que el joven caraqueño Francisco de Miranda llegó a España, en marzo de 1771, casi al cumplir 21 años de edad, podemos seguir su interés por la cultura clásica y su admiración profunda por ella. Ya en las primeras listas de libros comprados en la Madre Patria figuran gramáticas y diccionarios griegos. Es posible que haya adquirido ya algunos conocimientos de la lengua griega en Caracas. El destacado estudioso Juan David García Bacca lo cree así³⁰. Acaso un sacerdote jesuita, antes de la expulsión de la orden le entregó algunos elementos³¹. En todo caso, en España adquiere diccionarios y gramáticas, así como obras clásicas, primero en traducciones y luego en originales. Y toma durante un tiempo un profesor de griego. Es conmovedor el esfuerzo perseverante de Miranda por ampliar sus conocimientos de la cultura griega. Su veneración por la cultura helénica lo llevará a formar a través de los años una riquísima biblioteca de autores griegos, a la que nos referiremos luego. Miranda va a identificar la idea de la libertad y la democracia con los ideales de la Grecia Antigua. Además, tanto la idea

como el espejo de la época. No hay ningún personaje ilustre o simplemente notorio de aquellos tiempos, en América como en toda Europa, que no haya estado en relaciones, muchas veces estrecha, con el prodigioso venezolano. La sociedad, la política, las costumbres, las artes, las ciencias, la economía y la agricultura, todo es allí objeto de mención a veces prolija pero siempre interesante. Los autógrafos de hombres y mujeres ilustres forman un tesoro”. G. Henríquez U., *Los papeles de Francisco de Miranda*, p. 116.

³⁰ Juan David García Bacca: *Los clásicos griegos de Miranda Autobiografía*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1969.

³¹ José del Rey Fajardo, en *La pedagogía jesuítica en la Venezuela hispánica*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1979, da cuenta de la enseñanza del griego en Venezuela y cita, entre otros textos utilizados, dos que tenía Miranda en su biblioteca: el *Lexicon manuale graeco-latinum* de Schrevelius y la *Clavis Homerica* de Patrick. Sobre el destino posterior de esta enseñanza, puede verse de R. Fernández *La enseñanza del griego en Venezuela*, Instituto de Filología Clásica de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1968.

de la unidad de la América Hispana como la de su libertad en el pensamiento temprano de Miranda presentaba semejanza con su juicio sobre Grecia. Y la idea misma de la cultura estaba para él indisolublemente vinculada con las creaciones de la Hélade clásica. La comunidad de lengua, religión, tradiciones y costumbres que se daba en las “polis” griegas, poseía una imagen análoga en la América Española, claro está que en una extensión geográfica muchísimo mayor. Por eso, a pesar de los peligros y las penalidades que implicaba un viaje a la Hélade dominada por el férreo poder otomano, decide visitar ese país, en 1786. Hace esto porque ve en esa tierra “la patria natal de la libertad”. Guiado por esta idea, evoca allí, en Salamina y en Maratón, la lucha desigual por la libertad de la pequeña Grecia del espíritu con el gigantesco imperio persa del despotismo³².

Los escritos que forman sus *Diarios* están salpicados de alusiones a Grecia, a la cultura griega, a filósofos, poetas e historiadores. Cuando se le pide consejo sobre lecturas para un joven, Miranda opina que la base de toda educación y cultura serias está en Grecia y con el encabezamiento “Algunos libros que pueden contribuir a la educación de una persona joven”, entrega una lista que comienza con la *Historia de Grecia* de Gillies, a la que sigue la *Historia de la República Romana* de Ferguson. De 18 libros nombrados, 7 se refieren a materias clásicas; entre ellos, la *Historia del Arte de la Antigüedad* de Winckelmann.

Las alusiones a Grecia y las expresiones admirativas hacia sus filósofos y sus instituciones, las hallamos en los escritos mirandinos desde mucho antes de su viaje a la Hélade. Tempranamente, desde que el dogmatismo y la intolerancia lo tocaron de cerca, llegándose a decretar en 1782 su encarcelamiento por la Inquisición y la requisa de sus libros y papeles, la imagen de la “sabia Atenas”, donde podían convivir fecundamente todas las escuelas filosóficas, ganó su veneración. Ya al iniciar sus viajes, en la travesía por Estados Unidos, las anotaciones de

³² El *Diario de Grecia* aparece en el volumen VI de *Colombeia*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1983. Lo hemos publicado con comentarios y notas en *Grecia y Francisco de Miranda Precursor, héroe y mártir de la Independencia Hispanoamericana*, Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos de la Universidad de Chile, Santiago, 1995, 2ª Santiago 2000; 3ª Caracas 2007.

Miranda nos dan cuenta de esa admiración e interés por todo lo griego. En Newberne, por ejemplo, en Carolina del Norte, el 17 de junio de 1783, concurre a una fiesta campestre, a la que asisten magistrados y ciudadanos, y comenta que es imposible concebir, sin haberla visto, “una asamblea más puramente democrática y que abone cuanto los poetas e historiadores griegos nos cuentan de otras semejantes entre aquellos pueblos libres de Grecia”³³.

Durante la Revolución Francesa, a la que entra a servir en 1792 porque ella defiende la libertad, tanto en las horas de triunfo como en las oscuras, acompañan a Miranda las reminiscencias clásicas. Cuando se lo nombra mariscal de campo en el ejército francés y va a ponerse a las órdenes de Dumouriez, le lleva de regalo una edición de Plutarco. En el folleto *Opinion du Général Miranda sur la situation actuelle de la France et sur les remèdes convenables à ses maux*³⁴, redactado e impreso después de la larga e injusta prisión en que se lo mantuvo entre julio de 1793 y enero de 1795, Miranda analiza la situación interna y externa del país y propone orientaciones para superarla, precisamente volviendo a los principios libertarios y humanistas iniciales de la Revolución. Plantea que la real división de los poderes es requisito de la conservación de la libertad. Por ello tiene presente a Montesquieu, cuyas obras posee en su biblioteca, pero recuerda antes que nada el ejemplo de Grecia y escribe: “En Atenas, el senado sólo proponía las leyes y la asamblea del pueblo las aceptaba o rechazaba”.

En los documentos relativos a las gestiones para la independencia hispanoamericana, los elementos que muestran la presencia del pensamiento griego son numerosos. Hay materiales clásicos en los proyectos constitucionales del Precursor, en los cuales - se ha dicho - “dialogan la Atenas de Pericles y la Roma de Justiniano, la América criolla de Túpac Amaru y la Inglaterra de Jorge III”. Igualmente, en sus cartas y distintos escritos, abundan las alusiones al pasado griego y a sus escritores y hombres célebres. Hallamos, incluso, frases y palabras en griego, en alfabeto griego, no transcritas a letras latinas. Sólo como un

³³ *Colombeia*, volumen III, p. 39.

³⁴ *Archivo del General Miranda*, tomo XIV, p. 393.

ejemplo de referencias a escritores clásicos, recordemos una carta dirigida al Primer Ministro inglés William Pitt, de 5 de marzo de 1790. Al referirse a las prohibiciones de libros en España, Miranda comenta: “Los escitas - dice Heródoto - sacan los ojos a sus esclavos para que batan con paciencia la leche, que es su nutrimento ordinario, Libro IV. Mas la España, refinando aun la crueldad, les saca, por decirlo así, los ojos del entendimiento a los americanos para tenerlos más sujetos”³⁵.

En su “Proclama a los habitantes de Aruba”, después de la corta ocupación de la ciudad venezolana de Coro, durante la expedición libertadora de 1806, Miranda reivindica la justicia de su lucha emancipadora, afirmando que él es “un ciudadano que por medios honrosos defiende el derecho de sus compatriotas [...], como lo han hecho el Príncipe de Orange en Holanda, Washington en América, Pelópidas y Dion en la Grecia”³⁶.

Como era natural, dado que el conocimiento del griego era más limitado que el del latín, en sus cartas y proclamas, el Precursor utiliza abundantes citas de autores latinos. Una expresión de Cicerón encabeza *El Colombiano*, el primer periódico de la libertad americana que comienza a publicar el Precursor en Londres en 1810. En sus comunicaciones a los diversos Cabildos hispanoamericanos, exhortándolos a dar pasos hacia la libertad, estableciendo gobiernos autónomos, inserta expresiones latinas. Y termina no pocos escritos con la frase “Patriae infelice fidelis”, fiel a la patria infeliz. Entre los varios pseudónimos que utilizó Miranda hay también uno griego: “Eleutheriakós”, libertario, partidario de la *eleuthería*, la libertad.

El lema de su vida en griego

La admiración de Miranda por los valores humanistas clásicos se refleja nítidamente en el hecho que haya escogido una oda atribuida a Alceo, como una especie de lema de vida, inscrito al comienzo de los tomos de su archivo, de *Colombeia*.

³⁵ Memorial para William Pitt, 5 de marzo de 1790. Texto en Francisco de Miranda: *América espera*, Selección, prólogo y títulos de J. L. Salcedo-Bastardo, Cronología de Manuel Pérez Vila y Josefina Rodríguez de Alonso, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1982, p. 104.

³⁶ *Archivo del General Miranda*, vol. XVIII, pp. 127-128.

Antes hubo otro lema inscrito por el Precursor y que muestra el sentimiento religioso que tenía en su juventud. Con sus claros y bellos caracteres griegos, copió una de las frases que figuran al comienzo de las *Meditaciones* del emperador filósofo Marco Aurelio. Al recordar a aquellos de quienes su espíritu heredó algo, escribe Marco Aurelio: Από της μητερός το θεοσεβές *Apó tes meterós to theosebés*, el respeto a Dios lo he heredado de parte de mi madre.

Pero luego, Miranda encontró unos versos atribuidos a Alceo, que conservó para nosotros Elio Aristides en su discurso *Defensa de los cuatro atenienses*. Los copió cuidadosamente y los tradujo a continuación. En adelante le sirvió de lema, como epígrafe de su *Colombeia*. También copió la oda y pegó el papel, agregándolo como una página más a su edición de *Poemas de Anacreonte, Safo y Alceo*, Glasgow, 1801.

De modo pues, que viejas palabras griegas de un poeta vinieron a servir como declaración de fe en el hombre por parte del Precursor de la independencia hispanoamericana. Ésta es la traducción que Miranda hizo de aquellos versos:

No las piedras duras, robustos leños, ni artificiosos
muros, forman las ciudades - mas donde quiera
que hay HOMBRES que sepan defenderse por
sí mismos - ¡allí están las fortificaciones, allí las ciudades!

En su edición de la *Odisea*, en el texto griego de Clarke y Ernesti, de 1801, Miranda subrayó los primeros versos. Y en el epígrafe del segundo volumen subrayó la expresión de Aristóteles; *ten Odýsseian kalón anthropinou bíou kátoptron*, la Odisea es el mejor espejo de la vida humana. Admiraba, pues, Miranda a Odiseo, como prototipo del afán de conocimientos y experiencias. Y precisamente, el obispo de Amberes, Corneille François de Nelis, había visto en la persona de Miranda y en su cultura y experiencia una imagen odiseica. El 30 de octubre de 1792, al despedirse del militar que había tomado la ciudad comandando las fuerzas de la Revolución Francesa, escribía el obispo: “Dondequiera que esté el General Miranda, el respeto y todos los sentimientos debidos a los grandes talentos, hallarán de parte de su servidor, al hombre de letras, al

filósofo lleno de amenidad y de los más vastos conocimientos, al gran militar; en fin, a aquél del cual Homero y después Horacio habrían dicho: *qui morum hominum multorum vidit et urbes*, quien conoció las ciudades y las costumbres de muchos hombres”³⁷.

La biblioteca clásica del Precursor

El tema de los libros de Miranda, de sus lecturas, es muy hermoso y muy vasto. Los libros poseen estrecha relación con su vida y su obra. Los llevaba consigo, los cuidaba, los leía, los releía, los anotaba, los consultaba, los citaba, los amaba. “Me he quedado en casa leyendo con gusto y provecho. ¡Oh libros de mi vida, qué recurso inagotable para alivio de la vida humana!”³⁸, escribe en Amsterdam un día de 1788. La lectura es una constante de su vida. Por eso, en su *Diario*, casi cada día aparecen expresiones como “leyendo”, “leyendo hasta tarde”, “he estado leyendo”, “lo he pasado leyendo”, “leyendo y escribiendo hasta...”, “a casa y a leer”. Imposible, como decíamos, abordar ahora este tema. Y tampoco el de los libros griegos y latinos de Miranda. Sólo una mirada podremos echar a su biblioteca.

A través de su vida errante y azarosa, a través de su incansable actividad, Miranda fue reuniendo una biblioteca, de cuya formación tenemos noticia gracias a listas de compras y envíos de libros que escribió y conservó en su archivo; y gracias a los dos catálogos de las subastas de esa colección, efectuadas en Londres en 1828 y 1833.

Estos catálogos fueron ubicados por Pedro Grases y publicado por él en 1967. Aunque imperfectos en lo bibliográfico, permiten formarse una idea del tesoro que fue esa biblioteca, cuya base era, como dice Pi Sunyer, “un fondo sazonado de humanidades”³⁹, una gran sección, riquísima en realidad, de textos griegos y latinos y de obras

³⁷ *Archivo del General Miranda*, vol. X, p. 225. “Partou ou sera le Général Miranda, le respect et tous les sentiments dus aus grands talents, iront trouver, de la part de son serviteur, l’ homme de lettres, le philosophe plein d’ amenité et de plus vastes connoissances, le grand militaire; celui enfin dont Homère, et après lui Horace auroient dit: *qui morum hominum multorum vidit et urbes*”.

³⁸ *Archivo del General Miranda*, tomo III, p. 278.

³⁹ Carlos Pi Sunyer: “La biblioteca de Miranda”, en “El Archivo y la casa de Miranda”, *Estudios mirandinos*, en *Patriotas americanos en Londres*, Edición y prólogo de Pedro Grases, Monte Ávila Editores, Caracas, 1978, p. 60.

sobre la historia y la cultura clásica greco-latina. Las páginas de los catálogos, aunque éstos, como anotábamos, son incompletos e imperfectos desde el punto de vista de la descripción bibliográfica, asombran. Esta palabra utiliza el escritor venezolano Uslar Pietri: “Hojea esas páginas produce asombro. Lo que allí se enumera y que, obviamente, no era todo lo que Miranda llegó a poseer en libros, representa una de las bibliotecas más ricas y cultas de su tiempo. Ni había en América ningún personaje ni tampoco ninguna institución sabia, que poseyera entonces un conjunto de esa significación y amplitud. El hombre que desembarcó en Coro, que combatió en Valencia, que murió en un oscuro calabozo [...], era sin duda el criollo más culto de su tiempo”⁴⁰.

Entre los seis mil o más libros de esta biblioteca, los autores griegos y latinos forman un tesoro realmente maravilloso.⁴¹

El total de autores griegos - sin contar aquellos incluidos en grandes colecciones como la llamada *Antología Palatina* o la *Bibliotheca Graeca* de Fabricio, sube de 170. Si pensamos que una persona de cultura media tiene hoy unos 10 a 15 autores griegos en traducciones, apreciamos lo que significan esos 170 autores, en ediciones distribuidas así: ediciones de texto griego solo: 72; ediciones bilingües grecolatinas: 156; traducciones al inglés, francés, italiano, portugués y castellano 192; ediciones políglotas y trilingües 15; primeras ediciones griegas ⁴².

De toda su admirable biblioteca, Miranda dispuso en su testamento que se entregaran los libros griegos a la Universidad de Caracas, en agradecimiento por la formación que le había dado. Pero desafortunadamente, sólo se enviaron en 1828, desde Londres 142 volúmenes, según testimonia una lista rubricada por Andrés Bello, como Secretario de la Legación de la Gran Colombia en Londres. Esos

⁴⁰ Arturo Uslar Pietri: “Prólogo a Los libros de Miranda”, en el volumen *Los libros de Miranda*, Prólogo de A. Uslar Pietri, “Advertencia bibliográfica” de P. Grases, La Casa de Bello, Caracas, 1979.

⁴¹ Recordamos al respecto la expresión de Tomás Polanco Alcántara: “Aunque el Leander haya sido vendido, la historia venezolana [y americana] fue distinta después de él y aunque la biblioteca mirandina haya sido subastada, su significado sigue teniendo existencia”: *Francisco de Miranda, Ulises, Don Juan o Don Quijote*, p. 288.

⁴² Entre ellas sobresale la edición de Heródoto por Aldo, Venecia, 1502.

volúmenes correspondían a 58 ediciones. En Caracas los libros se extraviaron por cerca de un siglo y fueron encontrados por Pedro Grases en 1950, reducidos a 126 volúmenes. Más tarde se hallaron 2 más. De modo que hoy, en la Biblioteca Nacional de Venezuela, en Caracas, hay 128 volúmenes, donde con emoción puede el investigador ver las huellas de la mirada de ese humanista, de ese espíritu múltiple que fue Miranda: sus anotaciones, sus subrayados, sus marcas de lectura.

Y que sus libros y sus lecturas no constituían una especie de lujo, una actividad alejada de su vida y de su lucha, lo prueba el hecho de que cuando, desesperanzado ya de que la “pragmática” Inglaterra ayudara a la emancipación americana, se propone él, solo, enfrentar el imperio español y organizar una expedición, empeña en Londres su tesoro más preciado, su único tesoro, los libros. No vaciló el Precursor en obtener fondos de “tan noble manantial” para tan noble empresa, la de la libertad. Por eso ha podido escribir Terzo Tariffi, quien realizó en 1950 el catálogo de los libros griegos mirandinos rescatados por Pedro Grases: “El amanecer de la libertad de Venezuela y de América y los primeros alientos de su heroica historia, tienen esta deuda ideal con la biblioteca de Francisco de Miranda”⁴³.

Ése es Miranda: conocedor del griego, formador de una magnífica biblioteca griega, visitante devoto de la Grecia oprimida, admirador de los principios humanistas clásicos en los que se inspira su ideario libertario.

Esta faceta de su personalidad posee estrecha relación con otra: su preocupación por los derechos humanos, tanto individuales como colectivos y su defensa consecuente. Entre ellos, fundamental es para Miranda la libertad de que carecen las colonias hispanoamericanas, sujetas al dominio del absolutismo español.

El viaje a Grecia

El viajar y conocer países y culturas fue para muchos en el Siglo

⁴³ Terzo Tariffi: *Los libros griegos de Francisco de Miranda*, Biblioteca Nacional de Venezuela, Caracas, 1950, p. 10.

de las Luces un aspecto importante de la formación personal. El “viaje ilustrado” fue el anhelo de no pocos hombres inquietos por ampliar su cultura y visión del mundo. Miranda expresa también esa idea, cuando comunica al general Cajigal su decisión de sustraerse a la persecución, dejar el servicio del rey, y tratar de viajar, para “visitar y examinar el gran libro del universo”; para conocer “las sociedades más sabias que lo componen, sus leyes, gobierno, agricultura, comercio, ciencias, artes”. Pero, el anhelo de libertad para “nuestra América”, estaba íntimamente relacionado con ese viaje. En su testamento, redactado la primera vez en 1805, antes de partir a organizar su expedición libertadora, lega a su patria su archivo, *Colombeia* – todo lo relativo a Colombia, con terminación griega «eia», y dice que contiene sus “viajes e investigaciones, realizados en los diversos continente, con el objeto de buscar la mejor forma y plan de gobierno para el establecimiento de una sabia y juiciosa libertad en las Colonias Hispanoamericanas”.

Y su largo viaje incluyó a la Grecia que sufría durísimas condiciones bajo el dominio otomano. Llegar a la tierra helénica suponía pasar no sólo incomodidades y penurias, sino también sufrir riesgos. Amantes y admiradores profundos de la cultura griega, como Goethe y Winckelmann no llegaron hasta Grecia. Sólo llegaron a Italia. Miranda fue a Grecia porque la consideraba “la tierra nativa de la libertad”. Es el único hijo de América que viajó a la Hélade antes de la independencia de ésta, según el catálogo de viajeros de C. Simópulos⁴⁴. Desde que llegó a Barletta para tratar de conseguir un barco hasta desembarcar en la isla de Zákynthos, Zante, pasó un mes y tres días. El 13 de mayo en la noche, pisa tierra griega. Conoce la isla de los poetas, pasa a Corinto para ver sus ruinas y sube el rocoso y escarpado Acrocorinto para tener una visión espléndida de la tierra helénica. Recorre el Istmo. Hace un recorrido a pie de cuatro horas, bajo un feroz calor, para ver las tres columnas en pie del Templo de Nemea. Navega hacia Atenas, reflexionando en el paso de Salamina, donde la pequeña Grecia del espíritu venció al gigante imperio absolutista. En Pireo, examina los

⁴⁴ K. Simópulos *Xeni taxidiotes stin Helada 333 m.J.-1700* Viajeros extranjeros en Grecia 333 d. C.-1700, 5ª edición, Atenas 1984. K. Simópulos: *Xeni raxidiotes stin Helada 1700-1800* Viajeros extranjeros en Grecia 1700-1800, 4ª edición, Atenas 1984.

restos de las murallas. En Atenas conoce los sitios arqueológicos, la mayoría de los cuales estaban en lamentables condiciones. Desde allí va a caballo a Maratón, escenario de la otra gran derrota persa. Duerme bajo un árbol, a la intemperie.

Hay un detalle hermoso en esta estadía. Arrienda primero una casita que al fin compra “por tener posesiones en la sabia y política [=cultura] Atenas”. Cuando parte, se la deja a la familia que lo alojó. No podía imaginar que años más tarde, proscrito y perseguido en Francia, aquella casa le serviría. No pudo volver a Grecia, pero en octubre de 1797, mientras está en la clandestinidad, sus amigos lo ayudan difundiendo noticias falsas sobre su paradero. En el diario *Le Fanal* el 9 de octubre, se escribe que el general sale del país y “se cree que va a Atenas. Miranda, en su juventud, apasionado por las artes y las letras, recorrió toda Europa, no olvidando ese país, tan fértil en héroes, cuna de los más grandes artistas. La situación de Atenas le agradó; compró en esta ciudad una casa, que adornó con una magnífica biblioteca, esperando tal vez que un día, exiliado de Francia, se vería forzado a cambiar su residencia en París por su casa de Atenas y la compañía de los franceses por una biblioteca griega”⁴⁵. Ambas noticias eran falsas. Ni salió Miranda del país ni iba a Grecia. Y su biblioteca no estaba en Atenas, sino parte en París y parte en Londres. Y en *Tablettes Historiques*, el 10 de octubre se leía: “El general Miranda [...] se dirige a Atenas, donde él posee, desde hace mucho tiempo, una casa adornada con una soberbia biblioteca”⁴⁶. Grecia y Atenas siguieron siempre presente en el espíritu de Miranda. En París, antes de la proscripción, en 1795, cuando vive retirado ya que la Revolución se ha desviado de sus principios democráticos y humanistas, su casa recordó a Hans Bagessen la casa de Pericles. En carta al Duque Christian de Augustenburgh, escribe Bagessen: “Ayer [...] fui a visitar al general Miranda, quien vive en la actualidad enteramente entregado a las Musas y a las Gracias, en un departamento verdaderamente hechicero [...]; posee la más exquisita pequeña biblioteca [...]. Me he creído en Atenas, en la casa de Pericles”⁴⁷.

⁴⁵ El texto en *Archivo del general Miranda*, vol. XIV, pp. 427-428.

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 428-429.

⁴⁷ Citado por C. Parra-Pérez: *Miranda y la Revolución Francesa*, II vol., p. 187.

Quince años después, en 1810, cuando el sueño del Precursor parecía empezar por fin a cobrar realidad, las conversaciones a través de las cuales Bello, Bolívar y López Méndez, los enviados de la primera Junta de Caracas, beben el credo hispanoamericanista de labios de Miranda, están presididas por los bustos de Homero, Sócrates y Apolo, símbolos de la poesía, la filosofía y la belleza helénica. Y en torno a los patriotas venezolanos están como testigos los amados libros griegos. En los libros y en las efigies, Atenas y la cultura griega estaban presentes.

Sin duda, el hecho de haber querido ir a Grecia, pese a las condiciones imperantes en su época, de haber llevado un diario detallado, y de que esta peregrinación haya estado ligada a su idea de la emancipación de América Hispánica, nos hace ver las especiales dimensiones del humanismo mirandino.

Libertad y visión americana

La defensa de la libertad por parte de Miranda puede seguirse a través de su larga lucha por la independencia de la América española. Esa es su lucha; en sus actuaciones durante la Revolución Francesa; y a través de los testimonios escritos en sus *Diarios*⁴⁸. No elaboró una declaración de derechos del hombre y del ciudadano, al estilo de la francesa; pero éstos se estampan y se reivindicán en diversos documentos suyos, como sus proclamas, y reciben aplicación en sus proyectos constitucionales, principalmente los de 1801 y 1808.

Miranda dedica su vida a la libertad de los hombres de la América Hispánica, la libertad de los pueblos del continente a decidir su independencia de España; el derecho que se llamará en el siglo XX derecho de autodeterminación⁴⁹. Por esta libertad luchó en la Revolución

⁴⁸ Los *Diarios* de Miranda están incluidos en los 8 primeros tomos de la edición en curso de *Colombeia* (título original de su *Archivo*) por las Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela (20 volúmenes desde 1978 hasta el año 2007), a cargo de las historiadoras Josefina Rodríguez de Alonso, Gloria Henríquez Uzcátegui y Miren Basterra, y en los 7 primeros de los 25 tomos de la primera edición, a cargo de Vicente Dávila, Caracas-La Habana, 1929-1950).

⁴⁹ Aunque sea aquí, de paso, recordemos la defensa que hizo Miranda del derecho de cada pueblo a no ser despojado de su patrimonio cultural, como se aprecia en sus

de la Independencia de los Estados Unidos, como soldado español, en 1781. Entonces nació en él la idea de una América Hispánica independiente y unida. Ese año lo conmueven los hechos ocurridos en la Nueva Granada y en el Perú. La lucha de Túpac Amaru en tierra peruana y la de los comuneros en la Nueva Granada, constituyen para él manifestaciones del anhelo de libertad de los pueblos de América Hispánica. Su idea tomará forma concreta en 1783, cuando decide escapar de la persecución de las autoridades españolas, sustraerse a las reiteradas órdenes de prisión, que su superior, el general Cajigal había desobedecido, convencido de lo injustas que eran. En junio de 1783 llega a los nacientes Estados Unidos. Y al recorrer todos los escenarios de las batallas libradas en su guerra emancipadora, se reafirma su idea de que la América Hispánica es una nación y debe formar un Estado.

Como lo destaca Antonio Egea López, “la visión de Hispanoamérica como una sola nación es una de las ideas fundamentales de Francisco de Miranda, y que más influyó en sus continuadores. El pensamiento hispanoamericano le debe uno de sus principios máximos”⁵⁰. Y, en realidad, es Miranda el primero en concebir a la América española como una unidad. Su idea nace en 1781 y ya en 1784, esbozó en Estados Unidos un plan concreto para la independencia, no de una región de América, sino del “continente sudamericano”. Idea semejante se expresa en el *Acta de París*, firmada el 22 de diciembre de 1797 por Manuel José de Salas, José del Pozo y Sucre y Francisco de Miranda. Se declara en ella que “las Colonias Hispanoamericanas” han

expresiones contra el maltrato de los monumentos griegos y su oposición al retiro de obras de arte italianas por Napoleón. Testimonio de su posición queda en la obra de Quatremère de Quincy *Lettres sur l'enlevement des ouvrages d'art antique à Athènes et à Rome, écrites les unes au célèbre Canova, les autres au général Miranda* (Nouvelle édition, Paris, 1836). En castellano: A. Quatremère de Quincy : *Cartas a Miranda sobre el desplazamiento de los monumentos de arte de Italia*. Introducción y notas Édouard Pommier, traducción Julieta Fombrona, Ediciones del Instituto del Patrimonio Cultural, Caracas 1998. Ver al respecto: Ramón Sánchez: *Miranda como filósofo y erudito*, Caracas, 1920; y M. Castillo Didier: “Francisco de Miranda y los mármoles hurtados a la Acrópolis”, *Byzantion Nea Hellás*, N° 13-15, 1993-1995, Centro de Estudios Griegos, Universidad de Chile (Santiago).

⁵⁰ A. Egea López: *El pensamiento filosófico y político de Francisco de Miranda*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1983, p. 139.

resuelto por unanimidad “proclamar su independencia y asentar su libertad sobre bases inquebrantables”. Eugenio Orrego Vicuña llama a este documento “fuente espiritual de la lucha de liberación y fundamento básico de la futura unidad”. Y luego dice que la fecha de firma de ese Pacto “debiera conmemorarse anualmente con el nombre de *Día de la América Latina*”⁵¹.

Desde mediados de la década de 1780, leemos en los escritos de Miranda expresiones como las siguientes: “mi patria la América”, “el Continente Américo-Colombiano”, el “Continente Colombiano”, “nuestra amada Colombia”, “nuestra América”. Esta última denominación es la que un siglo más tarde retomaría Martí.

Cuando en Londres, en 1799, Miranda gana al joven Bernardo O’Higgins, futuro Libertador de Chile, para la idea independentista y le da consejos para actuar, le habla de una patria. Le dice: “Hijo mío, la Providencia Divina querrá que se cumplan nuestros votos por la libertad de nuestra patria común”⁵².

En el Proyecto de Constitución para las Colonias Hispanoamericanas, que Miranda redactó en 1798, el texto comienza con la delimitación del Estado que integrarán las Colonias Hispanoamericanas. En la parte norte, una línea que pase por el medio del río Misisipi y por el sur, el Cabo de Hornos. Los proyectos constitucionales de 1801 y 1808 contemplan en esencia los mismos límites para la nación hispanoamericana.

El nombre más utilizado por Miranda para la patria americana es el de Colombia, es decir, el continente de Colón. El cuerpo militar con que se dirige a invadir Venezuela en 1806, se denomina “Ejército

⁵¹ E. Orrego Vicuña: *O’Higgins Vida y tiempo*, Editorial Losada, Buenos Aires 1946, p. 61.

⁵² Benjamín Vicuña Mackenna: *Vida del Capitán General de Chile Don Bernardo O’Higgins*, Santiago, 1882, pp. 62-63. En el “Acta de París”, firmada en esa ciudad el 22 de diciembre de 1797, documento que Miranda utilizará en Inglaterra a modo de respaldo para sus gestiones, se establece que el río Misisipi debe ser “la mejor frontera que pueda establecerse entre las dos grandes naciones que ocupan el continente americano”. Y se nombra al continente como “la América Meridional” y “el Continente de la América del Sur”. El texto de este documento en F. de Miranda: *América espera*, p. 197.

Colombiano” y sus integrantes juran el 24 de marzo “ser fiel al pueblo de Sur-América, independiente de España”⁵³. La proclama que lanza Miranda al tomar la ciudad de Coro se dirige a “los pueblos habitantes del Continente Américo-Colombiano”; y la comunicación que envía al Cabildo de Coro el día 2 de agosto habla a sus integrantes como a “miembros del pueblo hispanoamericano”⁵⁴. Como el insigne Precursor Juan Pablo Vizcardo, Miranda siente tener una patria: la América Hispana.

La idea de la unidad de América hispana – que después el Libertador trataría de materializar y cuyo núcleo debería ser la llamada “Gran Colombia” – fue recogida por la Junta Suprema de Caracas, establecida el 19 de abril de 1810. En efecto, en el Manifiesto con que Caracas se dirige a todos los Cabildos americanos, se emplea varias veces las expresiones “Gran Confederación Americana Española”, “la Patria Común”, “la Gran Comunidad Americana”. Se invita a los Cabildos a defender “los principios que serán base de una Confederación de la América Española”⁵⁵. Dar pasos concretos hacia el objetivo de unidad preocupaba a Miranda al volver a Caracas en 1810. Ya al mes siguiente

⁵³ James Biggs: *Historia del intento de don Francisco de Miranda para efectuar una revolución en Sur América*, Traducción y prólogo de J. Nucete-Sardi, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 1950.

⁵⁴ La capital del gran estado de la nación hispanoamericana estaría en el Istmo de Panamá y llevaría “el augusto nombre de Colón, a quien el mundo debe el descubrimiento de esta bella parte de la tierra”. Y a Panamá, al Istmo, donde estaría la capital del magno Estado Américo-Colombiano de Miranda, convocará Bolívar a los representantes de los países hispanoamericanos en el intento de comenzar a dar realidad a la gran idea Sin duda, la idea independentista y unitaria influyó en diversos próceres de la emancipación americana, como Nariño en la Nueva Granada, Santa Cruz y Espejo en Quito, O’Higgins en Chile, Cortés de Madariaga en Venezuela y, por supuesto, en Bolívar y en Bello. Angel Grisanti ve en el Precursor el verdadero origen de la “tantas veces proyectada Confederación de Naciones Hispanoamericana, del actual panamericanismo y del derecho público americano”. Nosotros nos permitimos diferir de la opinión del ilustre estudioso. Consideramos a Miranda como el origen del Hispanoamericanismo, pero no del Panamericanismo.

⁵⁵ Cit. por Miguel. A. Villarroel: *Miranda Primer legislador de América*, Ediciones del Instituto de Estudios Históricos Mirandino, Caracas, 1970, p. 55. Simón Bolívar resumirá así el hermoso sueño de Miranda: “Yo deseo más que ningún otro ver formarse en América las más grande nación del mundo, menor por su extensión y riqueza que por su libertad y su gloria”.

de su regreso, el Precursor escribió a la Junta Suprema del Nuevo Reino de Granada, instándola a la unión política con la Provincia de Venezuela⁵⁶.

En sus Proyectos Constitucionales de 1801 y 1808, que reflejan su pensamiento definitivo, Miranda proyecta un Estado republicano y democrático para la gran nación hispanoamericana. La monarquía constitucional propuesta el año 1798 ha quedado atrás. Miranda ve a América como un Estado republicano y democrático, en que se equilibren el poder central y los poderes regionales y municipales; como un gran país en el que no exista la desigualdad por motivos raciales; en el que, junto a las libertades políticas, exista la libertad de conciencia. Todo lo que anhela para la gran patria americana le era negado a ésta hasta entonces: no había libertad política, no había igualdad racial, no había libertad de conciencia. América no era dueña de decidir sus destinos.

Y la visión de una América libre y unida está unida a la concepción de una libertad racionalmente ejercida, lejos de la anarquía y de los excesos que Miranda había presenciado en la Francia revolucionaria. Ya hemos aludido a su testamento de 1805, ratificado en 1810, al legar sus papeles, su colosal *Archivo, Colombeia*, a su ciudad natal, Caracas, escribe que contienen sus “viajes e investigaciones”, las que ha realizado en diversos continentes “con el objeto de buscar la mejor forma y plan de gobierno para el establecimiento de una sabia y juiciosa libertad en las Colonias Hispanoamericanas”⁵⁷. Una libertad sabia y juiciosa, no el libertinaje ni la anarquía. “Amo la libertad [...], pero no la libertad sangrienta sin piedad para el sexo y para la edad, que ha

⁵⁶ Para reforzar esta petición, acude el canónigo Cortés de Madariaga, quien va a la Nueva Granada a gestionar una respuesta favorable. La prensa de Santa Fe de Bogotá deja testimonio de estos hechos. También publica datos biográficos de Miranda y lo exalta como un héroe de Hispanoamérica E. Rodríguez Mendoza en *Miranda, el visionario*, p. 306, y M. Gálvez en *Don Francisco de Miranda, el más universal de los americanos*, p. 401, destacan esa iniciativa. La carta a la Junta de la Nueva Granada en F. de Miranda: *América espera*, pp. 447-448.

⁵⁷ *Archivo del General Miranda*, vol. VII, p. 126.

imperado en vuestro país”, decía Miranda en París a la Duquesa de Abrantes, en 1795⁵⁸.

Y en su proclama de 1801, Miranda compendia su visión de la América libre, su visión del ejercicio juicioso de la libertad, que es incompatible con el crimen, con la venganza personal y con la anarquía. Así como en Francia protestó contra el encarcelamiento sin proceso y contra las condenas a muerte, así Miranda desea para América el imperio de los derechos humanos fundamentales por los que ha luchado. Y a ellos hay que agregar como fundamental el derecho a la educación y a la cultura, pues, como escribe el Precursor. “Ningún pueblo sin gran instrucción y luces [léase cultura] puede preservar su libertad”.

La libertad política individual es la otra cara de la libertad política colectiva, la de un pueblo a decidir su destino. En un mundo en que predominaba el absolutismo, la autocracia, Miranda lucha por la forma republicana democrática. En Francia, defiende desde la prisión y luego al salir de ella, en 1795, la vigencia real y estricta de la división de los poderes, que efectivamente evite el abuso de poder y, en definitiva, la tiranía. Aprecia que antes de la Revolución Francesa, sólo en tres lugares del mundo había libertad política: en Estados Unidos, recién independizados; en Inglaterra, donde se había llegado a una monarquía constitucional; y en Suiza. Con la Revolución Francesa surge un proceso libertario, que Miranda apoya y por el cual lucha en 1792⁵⁹ contra la invasión extranjera de los absolutistas. Lo apoya por su amor a la libertad y porque espera que los revolucionarios ayuden a obtener la independencia de su patria americana. Pero critica sus limitaciones. Y una de ellas se refiere a los derechos de la mujer. El general venezolano, desde el frente de batalla, en Valenciennes, el 26 de octubre de 1792,

⁵⁸ Duquesa de Abrantes: *Memorias*, vol. I, p. 254, reproducido en F. de Miranda: *América espera*, p. 186.

⁵⁹El 5 de septiembre de 1792, Miranda recibe sus *Lettres de Service*, incorporándose como Mariscal de Campo al Ejército del Norte, que comandaba el general Dumouriez. Al aceptar incorporarse al ejército francés, Miranda estampó sus razones y condiciones, expresando que lo hace porque Francia defiende la libertad y porque, por eso, debe apoyar la causa de la independencia de América, y que debería concedérsele permiso cuando las circunstancias lo llamaran a luchar por su patria americana. El documento en *Archivo del General Miranda*, tomo VIII, pp. 7-8.

escribe a Petion: “Por mi parte, os recomiendo una cosa, sabio legislador: las mujeres. ¿Por qué dentro de un gobierno democrático la mitad de los individuos, las mujeres, no están directa o indirectamente representadas, mientras que sí están sujetas a la misma severidad de las leyes que los hombres hacen a su gusto? [...]. Le confieso que todas estas cosas me parecen una usurpación inaudita y muy digna de consideración por parte de nuestros sabios legisladores. Si tuviera aquí mis papeles, encontraría unos cuantos planteamientos que hice sobre el particular al conversar con algunos legisladores, de América y Europa, los cuales jamás me han dado razón satisfactoria alguna, conformándose los más de ellos con reconocer tal injusticia”⁶⁰. Aquí Miranda se refiere a las discusiones que había tenido en Estados Unidos e Inglaterra acerca del derecho a voto negado a las mujeres⁶¹.

La cuestión del voto de la mujer nos lleva al tema del derecho a la igualdad. Pero, en la generalidad de los países europeos y en las posesiones españolas en América, la desigualdad no sólo tocaba a la diferencia de derechos entre los sexos. La desigualdad social y aun racial era una realidad en América, aparte de la falta de igualdad, de hecho, entre peninsulares y criollos. Miranda se refiere a la igualdad en sus *Proclamas* de 1801 y de 1806. En la primera, escribe: “Tenemos sobre todo razón y justicia y esto nos dará el vigor necesario. Así, compatriotas, todo depende de nosotros mismos. Unámonos por nuestra libertad, por nuestra independencia. Que desaparezcan de entre nosotros las odiosas distinciones de chaperones, criollos, mulatos, etc. Éstas sólo pueden servir a la tiranía, cuyo objeto es dividir los intereses de los esclavos para dominarlos unos por otros. Un gobierno libre mira a todos los hombres

⁶⁰ El texto en castellano de esta carta puede verse en Francisco de Miranda: *América espera*, pp. 122-124.

⁶¹ Caracciolo Parra-Pérez destaca el hecho de que Miranda, encontrándose en el frente de guerra en los agitados meses de septiembre de 1792 a marzo del año siguiente, no deja de preocuparse de los temas políticos de Francia y de la cuestión fundamental para él de la liberación de su patria, “la América”. Entre los primeros asuntos, recuerda su crítica a la demagogia de Robespierre y de Marat y su reclamo por la falta de derecho a voto de la mujer. *Miranda y la Revolución Francesa*, Traducción del autor, Ediciones Culturales del Banco del Caribe, Caracas, 1966, vol. I, pp. 151-152.

con igualdad⁶²". El mismo año 1801, cuando cree cercana la posibilidad de la independencia, proclama varios artículos que serán de inmediata aplicación, con el ánimo de "preservar estos países de los funestos efectos de la anarquía". El tercer artículo se refiere a la igualdad entre las razas y a la abolición de las cargas personales sobre indios y negros. Éste es el texto: "El tributo personal cargado sobre los indios y gentes de color, siendo odioso, injusto y opresivo, será abolido de hecho. Los indios y las gentes de color gozarán desde este instante de todos los derechos y privilegios correspondientes a los demás ciudadanos"⁶³.

Miranda defiende otro derecho que hoy aquí nos parece quizás natural: el de la libertad religiosa. Y si en latitudes lejanas aún hoy hace estragos el fanatismo religioso, en la época de Miranda, la libertad religiosa no era general. Verdad es que el *Edicto de Nantes*, dictado por Enrique IV de Francia, en 1599, había reconocido una limitada libertad religiosa en su país. Había sido un avance importante, pero aislado. La Inquisición seguía actuando en Italia, España, Portugal y en todos los dominios hispánicos en América. Miranda, que había sido objeto de la vigilancia primero y luego de la persecución de la Inquisición española, propicia una total libertad de conciencia. Incluso, en Estados Unidos, critica la discriminación religiosa consagrada en la novel Constitución republicana, cuando, paradójicamente, a pesar de reconocer el derecho de todo ciudadano de rendir culto al Ser Supremo en la forma que le parezca, impone la exigencia de profesar la religión cristiana para ocupar cualquier puesto legislativo⁶⁴. Esta disposición le parece una inconsecuencia. En los proyectos de *Constitución* para el vasto Estado que formaría la América unida que él fue el primero en soñar, la libertad de conciencia queda claramente establecida. Así en el proyecto de Constitución Federal de 1808, si bien se reconoce a la religión católica como mayoritaria, se declara: "La tolerancia religiosa es admitida por la Constitución y ningún ciudadano será jamás molestado por sus opiniones religiosas"⁶⁵.

⁶² F. de Miranda: *América espera*, p. 262.

⁶³ *Ibidem*, p. 271.

⁶⁴ *Diario de Estados Unidos, Archivo del General Miranda*, vol. I, p. 314.

⁶⁵ "Proyecto de Gobierno Provisorio", en *América espera*, p. 291.

Miranda, como Vizcardo, como Nariño, como Gual y como otros Precusores y luchadores, tuvo tempranamente la idea de la independencia y sintió a la América Hispana como una patria. A diferencia de ellos, llegó a elaborar todo un sistema institucional para esa patria. En unos y otros, y en menor o mayor medida, la admiración por Grecia y su cultura influyó en su visión del mundo y en sus ideales libertarios y humanistas. Y parece ser que en Miranda es donde esa influencia alcanza el más alto grado. Su magna biblioteca clásica y su peregrinación a Grecia son en parte muestra de ello.

El encuentro de Andrés Bello con la lengua griega Bello helenista

En su natal Caracas, donde se formó Bello como latinista, no pudo tener la oportunidad de aprender griego. Cuando nació, ya hacía 14 años que los jesuitas habían sido expulsados de los dominios del rey de España y 8 que la orden había sido extinguida por la Papa. Ellos habían sido siempre estudiosos del griego y algún sacerdote podría haber sido su maestro de esa lengua, así como lo fue de latín fray Cristóbal de Quesada.

La oportunidad la encontró Bello en Londres, en la casa de Francisco de Miranda en 1810. Ya en las conversaciones que sostuvo en esa casa la misión enviada por la Junta Suprema de Caracas para obtener el reconocimiento del gobierno inglés, Bello pudo ver la gran biblioteca del Precursor, dentro de la cual sobresalía su magnífica colección griega y latina. Al quedarse a vivir allí, en Grafton Street 26, y después del regreso de Simón Bolívar a Caracas y de la partida del propio Miranda a Venezuela, Bello pudo enseñorearse de esos libros.

Pero muchos de aquellos volúmenes cautivantes estaban en griego, compañero inseparable del latín, y, como él, es base de las humanidades.

Para Bello no hay vacilación alguna. Debe también aprender esa lengua con la que ha venido a encontrarse allí. Hay que ponerse al trabajo. La noticia que nos entrega Miguel Luis Amunátegui, no puede ser más clara. Es ahí, en la biblioteca mirandina donde Andrés Bello decide aprender griego y se pone a la obra valiéndose de los libros de aquel general humanista. Lugar el más apropiado, sin duda, provisto de diversas gramáticas, de variados y excelentes diccionarios, de libros de ejercicios, amén de antologías diversas de textos griegos y de una extraordinaria cantidad de ediciones de clásicos en originales y en traducciones.

La información - no tenemos por qué dudar- debe haberla entregado el propio Bello a Amunátegui. Al transmitir esa noticia, el

Maestro cumplía con un deber de gratitud hacia un hombre por el cual guardó siempre profunda veneración. De tal manera, Bello daba testimonio de *esa forma de magisterio del Precursor*, magisterio del cual, como anotábamos, aprovecha toda nuestra América. He aquí las líneas de Amunátegui:

“Don Andrés Bello, que había trabado conocimiento con Mr. James Mill en una biblioteca, mantuvo por bastante tiempo relaciones con este sabio, sólo unos ocho mayor que él. Refería haber visto en la casa de Mill al hijo de éste, Juan Stuart Mill, niño aún, y vestido como tal, y haber oído al padre exclamar señalándosele: Este chicuelo posee ya perfectamente el latín y el griego. Don Andrés Bello no aprendió el segundo de estos idiomas [el griego]; pero el haber llegado a los treinta años sin saberlo, no fue para él motivo que le apartase de emprender su estudio. López Méndez y Bello habían quedado en la casa del general Miranda, que éste les había cedido sin ninguna retribución. Había en ella una biblioteca selecta, de la que formaba parte los principales clásicos griegos. Bello, según su costumbre, se posesionó de este santuario de las letras, y pasó en él entregado a su culto todas las horas de que las ocupaciones del empleo y las distracciones propias de la juventud, le permitieron disponer. Los libros griegos que comprendía [la biblioteca], y cuyas bellezas conocía de fama, le llamaron particularmente la atención. Las dificultades del estudio no le arredraron jamás. Su ansia de saber no era contenida por nada; tomó, pues, el partido de aprenderlo costándole lo que le costara, solo, como había aprendido el inglés, recurriendo a los dos mejores maestros que pueden tenerse: el talento y la aplicación. En Londres, su constancia fue coronada de resultados tan felices, como en Caracas. Al cabo de un tiempo, Bello, gracias a sus esfuerzos, pudo leer en el original a Homero y a Sófocles, como había conseguido leer a Shakespeare y a Milton”⁶⁶.

La aseveración de Amunátegui ha sido confirmada en las últimas décadas, gracias a nuevos hallazgos documentales de los bellistas. Así, Pedro Grases ha presentado una carta de Bello a Pedro Gual, fechada el 14 de agosto de 1824, que es muy clara. Es una larga y conmovedora

⁶⁶ M.L. Amunátegui, *Don Andrés Bello*, p. 82.

carta, en la que Bello comienza evocando la última vez que ambos se vieron en Caracas. Y se le “representa nuestra última conversación con la viveza que otras escenas y ocurrencias de la edad más feliz de la vida”. Luego le habla a Gual de su “vida laboriosa”, para exponerle su situación y su aspiración a servir a Colombia. Está trabajando para el Gobierno de Chile, pero escribe: “La idea de trasladarme al polo antártico y de abandonar para siempre mi patria, me es insoportable”. Y al detallar los trabajos que ha realizado en Londres, escribe: “Hasta el año de 1822, me ocupé llevando la correspondencia de una casa de comercio, y dando lecciones de español, latín y griego”⁶⁷.

El comentario de Pedro Grases es certero: no se enseña griego, y menos en la Inglaterra en el siglo XIX, sin saberlo muy bien: “Son nuevos datos que iluminan esta etapa de su vida, pues ignorábamos que [Bello] se hubiese empleado en una empresa mercantil y hubiese sido profesor de latín y griego, lo que nos ilustra acerca de que el tiempo de lectura en la biblioteca de Miranda en Grafton Street a partir de 1810, fue más importante y provechoso del que sospechábamos. Lo conocíamos como latinista, en Caracas, pero no se sabía hasta dónde había alcanzado su preparación en griego, la cual habrá tenido que ser de alto nivel para ser maestro en Londres, dado el rigor con que en Inglaterra se ha aprendido siempre la lengua de Homero”⁶⁸.

Hay otro documento que corrobora también el fecundo aprovechamiento que hizo Bello de la biblioteca mirandina, de sus gramáticas y diccionarios griegos y de sus ediciones clásicas. Se trata de una edición de Esquilo, en texto griego sin notas, y que Aurelio Espinoza Pólit, en su estudio *Bello helenista*, estima es de fines del siglo XVIII. Es posible que esta edición, no identificable por faltarle la portada, haya pertenecido a la biblioteca mirandina y le haya sido regalada a Bello por Sara Andrews⁶⁹. Esto es verosímil si recordamos que ella obsequió el

⁶⁷ P. Grases, *Algunos temas de Bello*, pp. 63-64. La carta se reproduce en *Obras Completas*, vol. XXV (*Espistolario de Bello I*), pp. 132-135

⁶⁸ P. Grases, *op. cit.*, p.60.

⁶⁹ Como hacemos notar en el análisis de la biblioteca de Miranda, éste al parecer trató de formar unas colecciones de buenas ediciones grecolatinas de los principales autores clásicos y otras con traducciones acreditadas en francés, italiano, castellano e inglés. En

Cancionero de Urrea a Bartolomé José Gallardo. Se trataba de un in folio editado en Logroño en 1513 y que el eminente bibliógrafo español calificaba de "magnífico ejemplar". Y como lo destaca Pedro Grases, quien ha documentado ampliamente el destino de ese volumen, "no cabe la menor duda acerca de que la biblioteca de Miranda en Grafton Street, la habrá conocido Gallardo llevado de la mano de Bello, quien desde sus primeros días en Londres en julio de 1810, fue asiduo consultante de los ricos libros del Precursor". Y añade: "Alguna punta de legítimo orgullo habrá sentido el humanista de Caracas al poder mostrar la espléndida colección de un patriota americano ante los ojos de un experto tan calificado en azares de bibliografía hispánica, como fue Gallardo"⁷⁰.

Espinoza Pólit ha estudiado detalladamente las notas latinas que Bello colocó al margen de los textos de *Prometeo encadenado*, *Los siete contra Tebas*, *Los persas*, a once páginas de *Agamenón*, y algunas dispersas a las restantes obras, trabajando con fotocopias de este libro, que se encuentra en el Museo Bibliográfico, en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile. Las notas fueron escritas por la mano de Bello y son muy numerosas. Abarcan todas casi las páginas del libro que corresponden a las tragedias *Prometeo encadenado*, *Los siete contra Tebas* y *Los persas*. Las notas llegan hasta el verso 272 de la tragedia *Agamenón*. Estas tres obras cubren 185 páginas, de las cuales sólo 7 no tienen anotaciones al margen. De las 269 páginas restantes hay notas, aunque esporádicas, en 165. Todas las notas están en latín, con excepción de dos que están en castellano y una que está en inglés. Hay varias notas tachadas y reemplazadas por otras versiones. Las anotaciones representan la correspondiente palabra o expresión latina del original griego; y también comentarios. Como ejemplo de esto, podemos citar el verso 1670 de *Agamenón*:

Εἶ δέ τοι μόχθων γένοιτο, τοῦδ' ἄλις ἔχομεν ἄν

los libros que se conservan en Caracas y en los catálogos de las subastas de su biblioteca, falta precisamente una edición griega o grecolatina de Esquilo.

⁷⁰ P. Grases, «Bello, Gallardo y un libro de la biblioteca de Miranda», en *Obras Completas*, vol. II, p.116

Bello lo traduce de esta manera y lo va comentando: *Si enim haec (quae fecimus) molesta fierent (genitivus pro possessivo adjectivo), harum (lege sc. Molestiarum) satis habuimus, his contenti (non) alias quaeramus. (Sed τούδε illud neutro plurali referri graecae linguae consentaneum est.* Pues si estas cosas [que hemos hecho] llegan a causarnos molestias [genitivo en lugar de un adjetivo posesivo] de ellas [léase τῶνδε es decir, de estas molestias] ya hemos tenido harto, y contentos con ellas no busquemos más. [Pero que aquel τούδε se refiera a un neutro plural es cosa natural en griego]”.

Otras veces, la nota entrega una traducción literal y una sugerencia de otra mejorada. Así, como expresa Espinoza Pólit, “la locución συγγόνῳ φρενί (*Siete contra Tebas*, 1035) traducida al pie de la letra: *mente congeneri* (con mentalidad de pariente), queda bellamente mejorada en *mente sororia* (con mentalidad de hermana)”⁷¹.

En ocasiones, desentraña versos o pasajes cuya oscuridad deriva de su extrema concisión, como, por ejemplo, el verso 561 de *Agamenón*:

᾿Ως νῦν σὸν δὴ καὶ θανεῖν πολλή χάρις

Bello parafrasea así este verso: “Sicut nunc tibi mori gratum est, sic et nobis: prae Gaudio, scilicet, advenientibus dominis (Así como te es grato el morir ahora, así lo es también para nosotros: a saber por el gusto de la vuelta de nuestros amos)”.

Asimismo en sus notas, Bello aclara el sentido de expresiones complicadas, como la que aparece en el verso 1310 de *Agamenón*:

Οὐκ ἔστ’ ἄλυξις, ᾧ ζένοι, χρόνου πλέων

La sintetiza en latín de este modo: *Diutius effugere no possum* (no puedo huir de ello por más tiempo).

Al finalizar su recorrido por esas anotaciones, Espinoza Pólit

⁷¹ A. Espinoza Pólit, op. cit., p. 728.

expresa: "La conclusión clara que del examen de estas notas se desprende, es que Bello llegó a un conocimiento notable del griego. Si no alcanzó en él los quilates de superior excelencia y dominio absoluto que obtuvo en latín, subió al menos a un grado de familiaridad digno de todo aprecio y estimación. Llegar a entender a Esquilo, y entenderlo a fondo en su texto original, es hazaña de que no pueden gloriarse muchos"⁷².

De 1850 es la segunda parte del *Compendio de la historia de la literatura, redactado para la enseñanza del Instituto Nacional*. La segunda parte de este compendio trata de "La literatura antigua de la Grecia"⁷³. Es una exposición bastante completa sobre la literatura griega desde los primeros tiempos hasta la Caída de Constantinopla, lo cual constituye un mérito especial del opúsculo, ya que la generalidad de los manuales y tratados se dedican hasta hoy al período antiguo, y terminan con el final del período grecorromano.

En una nota en la primera página el autor declara: "En esta segunda parte, Schoel es el autor que principalmente nos ha servido de guía". Se trata del *Compendio histórico de la literatura griega* de Maximiliano Schoel (1776-1833). Amunátegui informa que para el *Compendio*, Bello consultó a diversos autores, entre ellos a La Harpe, Chasles, A. W. Schlegel, F. Schlegel, Sismondi, Du Rozoir, y otros.

Que Bello tenía un amplio conocimiento de las letras griegas lo prueban otros escritos suyos, como, por ejemplo, su nuevo comentario a *Poesías de Horacio traducidas en versos castellanos, con notas y observaciones por don Javier de Burgos* (1819-1821). Bello había comentado la primera edición en 1827, en las páginas de *El Repertorio Americano*. También comentó la segunda edición de la obra de Burgos, aparecida en Madrid en 1844. A propósito de las dificultades que había encontrado Burgos en los versos anterior al antepenúltimo y antepenúltimo de la *Primera Oda*

⁷² Aurelio Espinoza Pólit, «Bello helenista», en *Obras Completas de Bello*, vol. VII, p. XCVIII. El examen físico de este volumen, que después de largas dificultades, logramos ver, permite suponer, aunque no con total seguridad, que el libro proviene de la biblioteca mirandina.

⁷³ El texto en el volumen *Opúsculos literarios y críticos*, tomo noveno de A. Bello: *Obras Completas*, Edición hecha bajo los auspicios de la Universidad de Chile, Editorial Nascimento, Santiago 1955, pp. 153-212.

del *Primer Libro* de Horacio [Euterpe cohibet, nec Polyhymnia / Lesboum refugit tendere barbiton], escribe Bello:

“El nombre mismo de Polimnia o Polyhymnia, *la de los muchos himnos*, manifiesta que no pudo repugnarle de ninguna manera la lira de Alceo. El señor Burgos ha olvidado que este poeta compuso un himno a Mercurio, del que la oda *Mercuri facunde* es probablemente una traducción. Que tampoco estuvo reñida con los asuntos livianos lo prueba la oda *Nullam Vare*, que también es o imitada o traducida de Alceo. El primer verso es una versión literal de un fragmento del lírico de Lesbos, que se encuentra en Ateneo X, 8, y que está precisamente en el mismo metro:

Μηδέν ἄλλο φυτεύσης πρότερον δένδριον ἀμπέλῳ

“Pero dado caso que no conviniesen tales atavíos a la lira de Alceo, ¿no quedaba la de Safo para absolver el *laúd lesbio*? La verdad es que Alceo, aunque sobresaliente en lo serio y grandioso, no se desdeñó de celebrar en tonos más blandos los placeres del amor y del vino. Véase la *Historia de la Literatura Griega* de Schoell”⁷⁴.

Bello discute la opinión de Burgos acerca de la *Décima Oda Ad Mercurium*. Dice Burgos al respecto:

“Porfirio aseguró que esta oda era traducción o imitación de un antiguo himno de Alceo; y un comentador moderno (Vanderbourg) sospechó que ella fue uno de los primeros ensayos que hizo Horacio para apoderarse de la lira de los griegos. Sea de uno u otro lo que se quiera, el himno no pasa de mediano. El elogio de Mercurio es vago e incoherente; y entre los versos, hay tres o cuatro cuyas cadencias son duras y poco armoniosas”.

⁷⁴ Citado por M. L. Amunátegui, “Introducción” al tomo noveno I, de Andrés Bello: *Opúsculos literarios y críticos*, volumen ya citado, p. 97.

A estas afirmaciones de Burgos, Bello hace la siguiente observación:

“Convengo en que este himno a Mercurio tiene poco mérito; pero sin que el señor Burgos tenga razón para criticar de duras y poco armoniosas ciertas cadencias. A nuestros oídos, acostumbrados a un ritmo puramente acentual, no suenan bien:

Mercuri facunde, nepos Atlantis...

Numtium, curvaeque lyras parentem...

Sedibus, virgaque levem corces...

Porque no podemos reconocer en estos versos el

Dulce vecino de la verde selva.

Pero los latinos y griegos juzgaban de otro modo. ¿Qué diría el señor Burgos de los sáficos de la misma Safo, que les dio su nombre, y que se alejaban mucho más que los de Horacio de nuestros sáficos acentuados?”⁷⁵.

⁷⁵ Citado por M. L. Amunátegui en op. cit., pp. 104-105.

Bello en Londres: traducir para la independencia americana⁷⁶

Como certeramente lo recuerda Pedro Grases, en la época que precede al comienzo de las guerras de la independencia de Hispanoamérica, y durante los años en que éstas se desarrollaron, “Londres era en Europa un refugio solitario del derecho a la libertad”⁷⁷. Por eso afirma Grases: “No es por azar que hayan convergido en la capital inglesa los representantes de las ideas independentistas americanas junto con los hombres de pensamiento liberal de los países europeos”. Grases estudia el período que comienza en 1810 en su obra “La trascendencia de la actividad de los escritores españoles e hispanoamericanos en Londres de 1810 a 1830”; y María Teresa Berruezo, por su parte abarca la década anterior en el volumen *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra, 1800-1830*⁷⁸.

Fue en 1810, cuando se reunieron en aquella ciudad dos hombres extraordinarios, los más universales hijos del continente americano, cuyas vidas y obras están ligadas a las raíces de la libertad de América y de la cultura hispanoamericana: Francisco de Miranda (1750-1816) y Andrés Bello (1781-1865). Son decisivos los contactos de Bello con James Mill, con quien Miranda había tenido una estrecha colaboración en la publicación de artículos en el *Edinburgh Review*, para difundir y promover la idea de la independencia de América Hispana. Y, como lo señala Iván Jaksic, “después de la partida de Miranda para Venezuela, Mill dependía de Bello para una comprensión de los confusos sucesos de

⁷⁶ Ponencia presentada en el I Seminario Internacional Andrés Bello, Universidad de Chile, 29.XI-2013.

⁷⁷ Pedro Grases: “La trascendencia de la actividad de los escritores españoles e hispanoamericanos en Londres de 1810 a 1830”. En *Obras* 6, Barcelona, Seix Barral, 1981, pp. 118-119.

⁷⁸ María T. Berruezo: *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra, 1800-1830*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1999.

la independencia”⁷⁹. Es muy posible entonces que le haya traducido documentos y noticias al inglés, como lo había hecho Miranda antes.

Libertad hispanoamericana, cultura, ideas, libros, lecturas, amor por las letras clásicas grecolatinas, forman el mundo espiritual de estas dos personalidades: Bello y Miranda. Éste se había adelantado a Bolívar, a Bello y a muchos otros de los próceres de la emancipación hispanoamericana, en la temprana concepción de la independencia indisolublemente ligada a la unidad de las colonias españolas en una gran nación y un gran Estado

En Miranda y en Bello se conjugan la pasión libertaria con la pasión por la cultura⁸⁰. Parte importantísima de la acción de estos hombres fue hecha a través de la pluma. Escribieron para difundir las ideas libertarias; tradujeron para difundir esas ideas; y lucharon por ellas. Y creemos que no tradujeron poco. Y su labor traductora fue importante.

Porque Andrés Bello, además de sus traducciones literarias, que siempre se han mencionado, realizadas en Caracas y en Londres, y posteriormente en Chile, hizo también en Inglaterra traducciones de documentos políticos

Bello ya había ejercido como traductor antes de 1810, cuando desempeñaba el cargo de Oficial de la Capitanía General de Venezuela. Por paradoja, a él le cupo en suerte el traducir algunos de los documentos en inglés y en francés relativos a la expedición libertadora de Miranda, en 1806. “En efecto – afirma Grases en su estudio “Miranda y Bello” – “como experto traductor de los papeles llegados a la Capitanía General, tenemos conservados documentos en los que consta la firma de Bello como autenticación de la versión al castellano”⁸¹. A continuación el estudioso transcribe algunos de esos documentos, que se hallan en el

⁷⁹ I. Jaksic: *Andrés Bello: la pasión por el orden*, Editorial Universitaria, Santiago 2001, p. 73.

⁸⁰ Sobre la relación entre los dos próceres, pueden verse M. Castillo Didier: *Miranda y la senda de Bello*, 2ª. Ed., La Casa de Bello, Caracas 1996; y el ensayo del mismo título en M. Castillo Didier: *Bicentenario de Hispanoamérica Miranda escritor*, Centro de Estudios Griegos Universidad de Chile, Santiago 2011, pp. 88-103.

⁸¹ P. Grases: “Miranda y Bello”, en *Estudios sobre Andrés Bello, Obras 2*, Seix Barral, Barcelona 1981, p. 88.

Archivo de Indias, en Sevilla, y dice que lo hace por ser ellos testimonios de aquella primera relación entre Bello y Miranda, destacando cuán distinta fue la de 1806 de la hermosa y, a nuestro juicio, fecunda relación que se entablaría entre ellos en 1810.

Como lo recuerda Luis Bocaz, en 1808, cuando llegan las noticias de los hechos ocurridos en España y de la invasión de la Península por Napoleón, Bello sirvió de intérprete en la entrevista que tuvo el gobernador con el emisario de Napoleón que arribó a La Guaira en el barco *Serpent*. Ello demuestra que dominaba la lengua francesa. Igualmente, Bocaz se refiere a las traducciones del inglés que Bello debió hacer ese mismo año. Dice este investigador: “El estudio del inglés de Bello ya ha permitido en 1808 que el gobernador De Casas disponga de la traducción de los materiales del diario *Times* de Londres, llegados a través de la isla Trinidad, con las primeras informaciones sobre los trastornos políticos causados por la invasión napoleónica en la península”⁸².

Pero Andrés Bello no sólo llegó a ser traductor del inglés. En Londres llegará también a ser intérprete, como nos informa él mismo en la tantas veces mencionada carta a Pedro Gual, Ministro de Relaciones de Colombia, del 6 de enero de 1825. En esa epístola en que, después de expresar su interés en saber qué se hace en “los pueblos de Colombia para plantear el nuevo edificio de educación literaria y científica”, Bello expone con crudeza su “delicada y crítica” situación económica, pidiéndole a Gual que lo recomiende al gobierno. Y expresa: “Aunque no desdeño ninguna especie de trabajo, creo que el modo con que he pasado mi juventud y aun pudiera decir toda mi vida, me hace capaz de algo más importante que el oscuro ejercicio de amanuense y de intérprete, a que se hallan reducidas ahora casi todas mis funciones”⁸³. Su dominio del inglés había superado, pues, las habilidades requeridas para la traducción, puesto que se había desempeñado como intérprete.

⁸² L. Bocaz: *Andrés Bello Una biografía cultural*. Prólogo de Rafael Caldera. Edición del Convenio Andrés Bello, Bogotá 2000, pp. 53 y 45.

⁸³ El texto completo de esta carta figura como anexo en I. Jaksic: *Andrés Bello: La pasión por el orden*. Editorial Universitaria, Santiago 2001, pp. 279-283. En el *Epistolario*, tomo I, 2ª edición, Caracas 1984, pp. 142-144, no figura entero el texto.

La labor de Andrés Bello en Londres se desarrollará principalmente después de la caída de la Primera República de Venezuela y en especial en la década de 1820. Como lo expresa Pedro Grases, “La tarea intelectual de Bello en Londres fue centro y eje de las actividades de los hispanoamericanos y aun, en ocasiones, de notorios españoles, como aconteció en 1826 [...]. El día que se escriba la historia de la comunidad hispanoamericana londinense, la figura de Bello habrá de destacar en primer término”⁸⁴.

Para sus tan valiosas empresas editoriales de la *Biblioteca Americana*, en 1823, y *El Repertorio Americano*, en 1826-1827, Bello debió leer y traducir. “El papel de Bello como editor – escribe Jaksic – era traducir, extractar y reseñar artículos sobre temas como química y magnetismo, cordilleras y flora y fauna del Continente. Varios de estos artículos provenían de publicaciones inglesas y francesas, y se traducían para proporcionar información como ejemplos de cómo se llevaba a cabo la investigación científica en Europa”⁸⁵. En efecto, la generalidad de los libros presentados en la sección “Boletín bibliográfico”, en los cuatro volúmenes de *El Repertorio Americano*, la mayoría de ellos redactados por Bello, son obras escritas en inglés y en francés. A través de ese *Boletín*, Andrés Bello daba cumplimiento a su afán de servicio educativo, servicio educativo estrechamente ligado a la idea de la independencia cultural y espiritual de los americanos.

Como ya expresamos, además de las traducciones literarias, algunas realizadas en su adolescencia y juventud en Caracas, y otras en Londres, creemos que Bello también tradujo documentos políticos relativos a la independencia venezolana, por consiguiente hispanoamericana.

Aunque fechado en 1812, pero posiblemente publicado a comienzos de 1813, apareció en la capital inglesa el libro bilingüe *Interesantes documentos oficiales relativos a las Provincias Unidas de Venezuela...Interesting Official Documents Relating to the United Provinces of*

⁸⁴ P. Grases: “La trascendencia de la actividad de los escritores españoles a hispanoamericanos en Londres de 1810 a 1830”. En *Instituciones y nombres del siglo XIX, Obras 6*, p. 169.

⁸⁵ I. Jaksic, op. cit., p. 98.

Venezuela... London 1812. Se trató de dos ediciones paralelas, una bilingüe, en español e inglés, y otra en español. Pi Sunyer describe este volumen en su estudio "Sobre la atribución a Andrés Bello de una obra publicada en Londres en 1812"⁸⁶: *Interesting Official Documents – relating to the United Provinces of Venezuela – viz – Preliminary Remarks – The Act of Independence – Proclamation, Manifesto to the World of the causes which have impelled the said Provinces to separate from their mother Country – together with the Constitution framed for the Administration of their Government – In Spanish and English – London – Printed for Logman & Co. , Paternoster Row; Dulan, Soho Square; Harding et James Street W. Mason, N^o 6, Holwell Street, Strand – 1812. Interesantes documentos oficiales relativos a las Provincias Unidas de Venezuela, o sea, Observaciones Preliminares, el Acta de la Independencia, Proclama: Manifiesto al Mundo acerca de las causas que han impelido a las mencionadas Provincias a separarse de la Madre Patria, junto con la Constitución formada para la Administración de su Gobierno. En inglés y en español.* Describe también Pi Sunyer la parte castellana del libro. El estudio está dedicado a demostrar que las importantes "Observaciones Preliminares" deben haber sido escritas por Andrés Bello. Estas "Observaciones", en concepto de Pi Sunyer, "constituyen hoy la parte más interesante del libro, por ser lo que en él hay de original"⁸⁷. La argumentación del autor, basada en el análisis del documento, así como de las circunstancias en que fue escrito, es plenamente convincente. El estudio de Pi Sunyer cumple, pues con su objetivo. Puesto que su propósito era demostrar que la autoría de las "observaciones Preliminares" pertenecía a Bello, no tenía por qué el autor tocar en este estudio la cuestión de la traducción de los documentos presentados en el volumen.

El investigador expresa que "el prefacio de la colección de documentos venezolanos no es solamente un buen ensayo, sino, además, una página de sincero sentimiento patriótico. Del Bello auténtico. Quien después de una corta crisis volverá a sentir la fe de siempre, y al reincorporarse activamente a la empresa americana, lo hará con el

⁸⁶ C. Pi Sunyer: *Patriotas americanos en Londres (Miranda, Bello y otras figuras)*, Edición y prólogo por Pedro Grases, Monte Ávila Editores, Caracas 1978, pp. 211-223.

⁸⁷ *Ibíd.*, p. 212.

amplio vuelo de su inspiración lírica en la “Alocución a la Poesía”⁸⁸. Jaksic tampoco duda de que el prefacio lo haya escrito Bello. Expresa al respecto: “Bello tuvo la oportunidad de influir en la opinión sobre los sucesos en las colonias. Un ejemplo importante es la autoría, establecida por Carlos Pi Sunyer, del prefacio del libro *Interesting Official Documents Relating to the United Provinces of Venezuela*. Allí Bello justificaba las acciones de la Junta de Caracas como la única opción posible ante el colapso de la Junta Central en España”⁸⁹. Y escribe a continuación: “El propósito era informar a los hispanoamericanos más allá de Venezuela, y también a la opinión pública británica, como manera de contrarrestar la propaganda de los representantes del gobierno de Cádiz en Londres”.

Allan Brewer Carías se refiere a la importancia del volumen para el público de habla inglesa en el extenso estudio dedicado al libro: “Las causas de la independencia de Venezuela explicadas en Inglaterra, en 1812, cuando la Constitución de Cádiz comenzaba a conocerse y la República comenzaba a derrumbarse”⁹⁰. Señala al respecto: “Con dicha publicación, dada la ausencia de textos en inglés que ofrecieran datos sobre el proceso de la independencia que se había iniciado en Hispano América con los sucesos de Caracas, se pretendía, como se afirmó en la “Observaciones Preliminares”, informar sobre la situación de Venezuela, que había sido la primera provincia “en romper las cadenas que la ligaban a la Madre Patria, al cabo de dos años empleados para obtener reformas y desagravios”.

Acerca de la publicación del libro, añade Brewer-Carías: “Sobre el proceso de edición de la obra, sin duda, hay que pensar que Andrés Bello habría tenido el papel principal, pues para cuando esos documentos llegan a Londres a comienzos de 1812 (donde estaba el texto de la Constitución de 21 de diciembre de 1811), Miranda ya tenía dos años en

⁸⁸ *Ibíd.*, p. 223.

⁸⁹ I. Jaksic, *op. cit.*, p. 72.

⁹⁰ * Ponencia presentada en el V Simposio Internacional Cádiz, hacia el Bicentenario. El pensamiento político y las ideas en Hispanoamérica antes y durante las Cortes de 1812, Unión Latina, Ayuntamiento de Cádiz, Cádiz, 25 de noviembre de 2010. En realidad, este estudio es un verdadero libro, del cual se extrajeron pasajes para presentarse como ponencia.

Caracas. Recuérdese por otra parte, que Bello había sido redactor de la *Gaceta de Caracas* desde 1808 a 1810, habiendo sido la primera publicación periódica a raíz de la introducción de la imprenta en Venezuela en 1808, en forma por demás, más que tardía. Bello, por otra parte, había sido Oficial Mayor de la Capitanía General de Venezuela, y en los meses antes de su viaje a Londres, había sido colaborador de la Secretaria de Relaciones Exteriores de la *Junta Suprema* que estaba a cargo de Juan Germán Roscio. Además, antes de su viaje a Londres, ya Bello contaba con una obra publicada en Caracas, en mismo año 1808, que fue su conocido *Resumen de la Historia de Venezuela*.

Bello tenía, por tanto, la formación necesaria para ocuparse de la edición de tan importante testimonio”.

Los autores mencionados no se han ocupado del problema de la traducción de los textos. No dudamos de que ese trabajo haya sido hecho por Bello. Seguramente todas las tareas y actividades que implicaba el convertir los documentos en un libro impreso fueron compartidas por López Méndez y Bello. Y fueron realizadas mientras al correr de los meses de 1812, recibían cada vez más alarmantes y tristes noticias desde Venezuela. Finalmente, el libro, como supone Pi Sunyer, debió salir de la imprenta después de la caída de la Primera República y la “reconquista de Venezuela” por Domingo de Monteverde, y aun quizás a comienzos de 1813⁹¹.

Mientras Francisco de Miranda, por obra de la felonía de Monteverde, era trasladado de una mazmorra a otra hasta llegar a la prisión final de Cádiz, y mientras la amargura y el dolor invadían a Andrés Bello y a López Méndez en Londres, al conocer cuán brutalmente oprimía a la patria la tiranía de Monteverde, aparecía el volumen con los documentos que justificaban la proclamación de la independencia y la organización que se había dado esa colonia.

En el volumen aparecen los principales documentos aprobados por el Congreso de Caracas en 1811: el *Acta de la Independencia*, votada el 5 de julio de ese año; el *Manifiesto que hizo al mundo la Confederación de Venezuela* el 30 del mismo mes; varias secciones de la *Declaración de los*

⁹¹ *Ibidem*, p. 222.

Derechos del Pueblo, emitida por la Sección Legislativa de Caracas el 1º de julio; y la *Constitución de la Confederación de los Estados de Venezuela* del 21 de diciembre del mismo año.

Aunque sea de paso, hay que recordar que la Constitución de Venezuela fue promulgada antes de la Constitución liberal de Cádiz de 1812, de la cual están orgullosos los españoles; que es más avanzada que ésta en materia de derechos del hombre y del ciudadano; y que es la cuarta constitución democrática escrita en el mundo, después de la norteamericana de 1787, de la polaca de mayo de 1791 y de la francesa de septiembre de 1791" (La Constitución inglesa no era escrita). Era Bello quien tenía la capacidad de traducir ese notable y complejo texto jurídico. Como escribe Antonio Cussen, "Bello era un diestro y experimentado escritor y había estado preparando documentos desde su juventud. Y algo de más importancia: Bello era probablemente el único hispanoamericano residente en Londres que podía escribir en fluida prosa inglesa"⁹².

Para el Gobierno de Venezuela, asediado por el bloqueo y la hostilidad de la Junta de Cádiz, era de suma importancia el entregar a los ingleses y a los europeos la justificación del trascendental paso dado al proclamar la independencia, así como mostrar la organización que se había dado en el marco de la Constitución de 1811, que, con justicia, hoy podemos considerar pionera no sólo en Hispanoamérica, sino en el mundo. Por tanto para Andrés Bello y López Méndez que, de hecho, seguían constituyendo una especie de Legación, representante de la Venezuela revolucionaria, el encargo de la Junta Suprema de Caracas tenía un carácter muy importante y urgente. Y dado que Andrés Bello era, de ambos patriotas, el intelectual, era quien tenía ya años de prestigio en su patria como poeta y redactor de documentos y traductor del inglés y del francés, era natural que él tuviera que tomar a su cargo ese trabajo. Parte de la labor de traducción, la correspondiente a la Constitución, que se aprobó en diciembre de 1811, cuando ya la situación

⁹² A. Cussen: *Bello y Bolívar*. Traducción Gustavo Díaz Solís, Fondo de Cultura Económica, México 1998.

en Venezuela empezaba a hacerse difícil, debe haber sido hecha en los primeros meses del fatídico año de 1812.

Es de hacerse notar que en las *Observaciones Preliminares*, Bello alude al Manifiesto y a la Constitución, haciendo ver la superioridad de los contenidos en esos documentos sobre los acuerdos de las Cortes de Cádiz que intentaron en vano detener los movimientos autonomistas de las colonias. Refiriéndose a la Declaración de la Independencia de Venezuela, expresa Bello que “la urgencia de las causas que la han compelido a esta medida extrema aparece en el Manifiesto que dirige al mundo imparcial, y la justicia de las miras de sus representantes, dirigidas a la salud de sus constituyentes, se echa de ver en la Constitución formada para la formación y administración de las leyes, como en el resultado de sus declaraciones solemne”, textos conforme a los cuales “los habitantes de Venezuela han visto por la primera vez definidos sus derechos y aseguradas sus libertades”⁹³.

Y afirma que “en los documentos que componen este volumen, no se hallarán ni principios menos grandes, ni consecuencias menos justas, que en las más célebres medidas de las Cortes [de Cádiz], cuya liberalidad y filantropía es harto inferior a la de los Americanos”. Y califica “como la aurora de un día sereno el ejemplo que da Venezuela al resto de la América Española”. La exclamación final hace pensar en los ríos de sangre que habría de costar la independencia de América Hispana, y especialmente la de Venezuela. Exclama Bello: “¡Ojalá que ninguna ocurrencia retarde o impida los progresos!” [de la causa americana].

Cuando el libro apareció, a finales de 1812 o comienzos de 1813, las siniestras ocurrencias habían ocurrido. Como decíamos, mientras Francisco de Miranda, por obra de la felonía del reconquistador español, era trasladado de una mazmorra a otra hasta llegar a la prisión de Cádiz, y mientras la amargura y el dolor invadían a Andrés Bello y a López Méndez en Londres, al conocer que la durísima tiranía de Monteverde oprimía a la patria, aparecía el volumen con los documentos que

⁹³ Citado por A. Brewer-Carías, op. cit., p. 3.

justificaban la proclamación de la independencia y la organización político-jurídica que se había dado Venezuela.

Bibliografía

- Becco, H. J. (1981). «Bibliografía analítica de las publicaciones de don Andrés Bello en Londres», en *Bello y Londres Segundo Congreso del Bicentenario*, vol. II. Caracas: La Casa de Bello.
- Berruezo, M. T. (1999): *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra, 1800-1830*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- Bocaz, L. (2000) *Andrés Bello Una biografía cultural*. Bogotá. Convenio Andrés Bello.
- Brewer-Carías, A. (2010) “Las causas de la independencia de Venezuela explicadas en Inglaterra en 1812, cuando la Constitución de Cádiz comenzaba a conocerse y la República comenzaba a derrumbarse” Ponencia presentada en el V Simposio Internacional Cádiz, “Hacia el Bicentenario. El pensamiento político y las ideas en Hispanoamérica antes y durante las Cortes de 1812”, Unión Latina, Ayuntamiento de Cádiz, Cádiz, 25 de noviembre de 2010. En realidad, este estudio es un verdadero libro, hasta entonces inédito.
- Castillo Didier, M. (2011) *Bicentenario de Hispanoamérica Miranda Escritor*. Santiago: Centro de Estudios Griegos Universidad de Chile.
- Castillo Didier, M. (1996) *Miranda y la senda de Bello*, 2ª edición. Caracas: La Casa de Bello.
- Cussen, A. (1998) *Bello y Bolívar*. Traducción Gustavo Díaz Solís, México: Fondo de Cultura Económica..
- Durán Luzio, J. (1999) *Siete ensayos sobre Andrés Bello, el escritor*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Durand, René L. F. (1982). «Andrés Bello y Jacques Delille», en *Andrés Bello Homenaje de la UCV en el Centenario de su natalicio*.

- Caracas: Ediciones del Rectorado de la Universidad Central de Venezuela.
- Grases, P. (1981) "Miranda y Bello", en *Estudios sobre Andrés Bello, Obras 2*, Barcelona: Barcelona: Seix Barral.
- Grases, P. (1981): "La trascendencia de la actividad de los escritores españoles e hispanoamericanos en Londres de 1810 a 1830". En *Obras 6*, Barcelona: Seix Barral.
- Jaksic, I. (2001) *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Murillo Rubiera, F. (1986) *Andrés Bello: Historia de una vida y de una obra*. Caracas: La Casa de Bello.
- Pérez Vila, M. (1979). «Andrés Bello y los comienzos de la imprenta en Venezuela», en *Bello y Caracas Primer Congreso del Bicentenario*. Caracas: La Casa de Bello.
- Pi Sunyer, C. (1978) "Sobre la atribución a Andrés Bello de una obra publicada en Londres en 1812", en *Patriotas americanos en Londres (Miranda, Bello y otras figuras)*, Edición y prólogo por Pedro Grases, Caracas: Monte Ávila Editores.

Andrés Bello: su visión de la historia, de la dispersión y la unidad, de la paz y de la guerra, de la tradición y del progreso, en la construcción de la cultura hispanoamericana.

La visión de la historia

En 1956 escribía Mariano Picón Salas: "Aunque Bello no fue un historiador de profesión, creó con su entusiasmo de gran humanista, una escuela histórica que parecía anticiparse en el rigor documental, crítica de las fuentes y cotejo exhaustivo de documentos, a cuanto se hacía en Hispanoamérica hace cien años"⁹⁴. Cuando esto escribía, el pensador venezolano estaba aludiendo a la historia que se hacía a mediados del siglo XIX. A la historia neoclásica y racionalista le bastaba el discurso sobre los sucesos y las conclusiones lógicas que se quisiera extraer de ellos, en tanto que para Bello el conocimiento del pasado no estribaba en someter a un esquema racional de deliberadas premisas los acontecimientos anteriores, sino apartarse de todo pre-concepto y penetrar en la verdad y en la peculiaridad de los hechos y en sus causas⁹⁵.

Al comentar en el tomo II de *El repertorio Americano*, en 1827, la edición londinense de las *Noticias secretas de América* de David Barry, Bello asienta un principio fundamental: "El no ocultar la verdad, el revelar la causa de grandes males, [...] ciertamente será acción benéfica y

⁹⁴ M. Picón Salas: *Andrés Bello y la historia*, Academia Nacional de la Historia, Caracas, 2004.,p. 60

⁹⁵ De gran interés es respecto de este tema el estudio de Ricardo Krebs "Proyecciones del pensamiento histórico de Andrés Bello", *Bello y la América Latina*, La Casa de Bello, Caracas, 1982, pp. 337-354. Walter Hanisch trata brevemente el tema, con relación a la etapa de Londres de Bello: "La religión, la filosofía y la historia en los años londinenses de Andrés Bello", *Bello y Londres II*, La Casa de Bello, Caracas, 1981, pp. 142-144.

muy digna de loor, y la nación que cuente entre sus hijos escritores de este temple, tiene sin duda que honrarse"⁹⁶.

El no dejarse llevar por prejuicios y aplicar ideas preconcebidas a los hechos relatados, es esencial para hacer la historia de América, con sus peculiaridades. Y así, al defender con energía la revolución emancipadora, refuta Bello el argumento de que ella se debió al "entusiasmo por teorías exageradas o mal entendidas". No es eso - expresa - "lo que ha producido y sostenido nuestras revoluciones. Una llama de esta especie no hubiera podido prender en toda la masa de un gran pueblo, ni durar largo tiempo en medio de privaciones, horrores y miserias, males que no se han visto en ninguna otra guerra de independencia. Lo que lo produjo y sostuvo fue el deseo inherente a toda gran sociedad de administrar sus propios intereses y de no recibir leyes de otra: deseo que en la circunstancia de la América había llegado a ser una necesidad imperiosa".

El artículo "Modo de escribir la historia", publicado en *El Araucano* el 28 de enero de 1848⁹⁷, es fundamental para apreciar la concepción de la historia que tiene Bello, que ya en su juventud en Caracas había escrito el breve, pero por varios conceptos, notable *Resumen de la historia de Venezuela*. Bello distingue una filosofía general de la historia, la cual, nos dice "no puede conducirnos a la filosofía particular de la historia de un pueblo, en que concurren con las leyes esenciales de la humanidad gran número de agencias e influencias diversas que modifican la fisonomía de los varios pueblos, cabalmente como las que concurren con las leyes de la naturaleza material modifican el aspecto de los varios países. ¿De qué hubiera servido toda la ciencia de los europeos para darles a conocer, sin la observación directa, la distribución de nuestros montes, valles y aguas, las formas de la vegetación chilena, las facciones del araucano o del pehuenche? De muy

⁹⁶ Cit. por M. Picón Salas, op. cit., pp. 18-19. Bello escribe a propósito de las quejas de Martín Fernández de Navarrete, quien estimaba que la obra agraviaba a España.

⁹⁷ Incluido en 1850 en el volumen de *Opúsculo literarios y críticos*, reproducido en el volumen *Andrés Bello y la historia* citado. Comienza este artículo con la siguiente cita de Carlos de Rozoir: "No hay peor guía en la historia que aquella filosofía sistemática, que no ve las cosas como son, sino como concuerden con su sistema. En cuanto a los de esta escuela, exclamaré con Juan Jacobo Rousseau: ¡Hechos! ¡Hechos!".

poco sin duda". Y a continuación, y luego de admitir que sin duda el mundo científico es solidario y que las conquistas y avances que en él se hacen constituyen patrimonio de la humanidad, prosigue: "Los trabajos filosóficos de la Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética. No por eso miramos como inútil el conocimiento de lo que han hecho los europeos en su historia, aun cuando sólo se trate de la nuestra. La filosofía de la historia de Europa será siempre para nosotros un modelo, una guía, un método; nos allana el camino; pero no nos dispensa de andarlo"⁹⁸.

El artículo "Modo de estudiar la historia", que apareció el 4 de febrero de 1848 en *El Araucano*⁹⁹, complementa el trabajo anterior. La historia debe poner al lector y estudioso "en posesión de las premisas antes de sacar las consecuencias; del texto, antes que de los comentarios; de los pormenores, antes de condensarlos en generalidades"¹⁰⁰. Se explaya Bello en sus consideraciones sobre las particularidades de la realidad americana, singularizada en esta discusión en la realidad chilena: "La nación chilena no es la humanidad en abstracto; es la humanidad bajo formas especiales; tan especiales como los montes, valles y ríos de Chile; como sus plantas y animales; como las razas de sus habitantes; como las circunstancias morales y políticas en que nuestra sociedad ha nacido y se desarrolla [...]. No olvidemos que el hombre chileno de la Independencia, el hombre que sirve de asunto a nuestra historia y nuestra filosofía peculiar, no es el hombre francés, ni el anglosajón, ni el normando [...]. Tiene su espíritu propio, sus facciones propias, sus instintos peculiares"¹⁰¹.

⁹⁸ Incluido también en 1850 en el volumen *Opúsculos literarios y críticos* II y como anexo a la obra de Picón Salas citada.

⁹⁹ A. Bello: Artículo citado, p. 74. Y refiriéndose al párrafo anterior, prosigue: "Pues otro tanto debemos decir de las leyes generales de la humanidad. Querer deducir de ellas la historia de un pueblo, sería como si el geómetra europeo, con el solo auxilio de los teoremas de Euclides, quisiera formar desde su gabinete el mapa de Chile".

¹⁰⁰ A. Bello, op. cit., p. 81.

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 83. Como lo sostiene Picón Salas, "en muchas páginas de Bello, cuando exalta, por ejemplo, la peculiaridad de la historia de América y la necesidad de que los

Pero Bello, al destacar la peculiaridad americana, no olvida ni niega sus raíces en el pasado. Y así, en la polémica con José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón enfoca la conquista de América en dos aspectos en relación dialéctica: "La conquista, es cierto, impuso la servidumbre en los pueblos dominados, pero, aun sin proponérselo, puso también en ellos la semilla de su liberación. Y es esta semilla la que debe ser rescatada para estimular su crecimiento. Porque no es borrando el pasado español que los americanos de esta región van a lograr la realización de sus sueños de libertad. Será a partir de ese pasado, haciendo de él instrumento de esa liberación que darán el sentido de su propia historia. La conquista fue brutal, como todas las conquistas; sin embargo, ella permitió el surgimiento de hombres que se empeñarán en negarla"¹⁰².

Así como en *La Alocución a la Poesía*, Bello llama a los poetas a cantar con voz propia lo propio de América, en el artículo "Modo de estudiar la historia", llama a los jóvenes a mirar con criterio propio la historia propia y a beber en las fuentes: "¡Jóvenes chilenos! Aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Bebed en las fuentes; a lo menos en los raudales más cercanos a ellas. Interrogad a cada civilización en sus obras; pedid a cada historiador sus garantías"¹⁰³. Comentando la polémica motivada por los primeros ensayos históricos de Lastarria, afirma Jaksic, que parece claro de éste y Chacón "seguían una tradición historiográfica arraigada en los textos de Voltaire, Mably y Raynal, que transmitían el propósito de la

hispanoamericanos la estudien desde su propio ángulo nacional, vemos la resonancia que en él mantiene el pensamiento británico", op. cit., p. 38.

¹⁰² Citado por Leopoldo Zea: "El americanismo de Bello", *Bello y Chile*, Vol. II, Caracas, 1981, pp. 480-481. Rafael Caldera en su biografía de Bello, dedica un capítulo a su "Apreciación del pasado colonial": *Andrés Bello*, Prólogo de Pedro Grases, 2a. ed. en Monte Ávila Editores, Caracas, 1992, pp. 204-210.

¹⁰³ A. Bello: "Modo de estudiar la historia", p. 85. Y explica: "El lenguaje mismo de los historiadores originales, sus ideas, hasta sus preocupaciones y leyendas fabulosas, son una parte de la historia, y no la menos instructiva y verídica. ¿Queréis, por ejemplo, saber qué cosa fue el descubrimiento y la conquista de América? Leed el diario de Colón, las cartas de Pedro de Valdivia, las de Hernán Cortés. Bernal Díaz os dirá mucho más que Solís y Robertson".

Ilustración de destruir la ignorancia e instaurar la razón. La historia tenía una función, y en el contexto de Chile, este propósito consistía en la eliminación del legado colonial español. Bello, por su parte, conocía bien esa tradición, pero también estaba familiarizado con la escuela romántica desde su estadía en Londres. Si bien esta escuela tenía también un propósito, y se basaba en supuestos filosóficos, se preocupaba de la búsqueda de claves para el desarrollo de las tradiciones nacionales, y por lo tanto se interesaba más centralmente en la validez de las fuentes históricas"¹⁰⁴.

Paz y guerra

La paz es para Bello elemento esencial no sólo para la construcción de una cultura hispanoamericana, sino elemento esencial de ella. La concepción americanista de Bello, enraizada en la visión de Miranda, que éste y después Bolívar habían tratado de llevar a la realidad de una confederación de países hermanos, no podía sino estar absolutamente ligada a la idea de la paz entre las naciones de lo que nuestro sabio llama "gran familia hispanoamericana".

El *Canto a la disolución de Colombia* da expresión a un hondo dolor ante el surgimiento de la discordia entre pueblos hermanos. La desaparición de la entidad estatal que aparecía como el núcleo de la unión de las ex colonias españolas, no podía sino constituir un gran golpe para Bello. Los primeros versos condenan a las fuerzas que llevaron a la disolución de la Gran Colombia:

Deja, discordia bárbara, el terreno
que el pueblo de Colón a servidumbre
redimió vencedor.

Hallamos en el poema un verso rotundo, acerado y quemante, que es una dolorida condena de las contiendas fraticidas:

¹⁰⁴ Iván Jaksic: *Andrés Bello: La pasión por el orden*, Editorial Universitaria, Santiago, 2001, p. 173.

Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía.

Más tarde, en Chile, durante la polémica con Lastarria, hay expresiones de Bello que condenan los horrores de toda guerra:

"La injusticia, la atrocidad, la perfidia de la guerra, no ha sido de los españoles sólo, sino de todas las razas, de todos los siglos [...]. Aun entre naciones cristianas afines, y en tiempos de civilización y cultura, ha tomado y toma todavía la guerra ese carácter de salvaje y desalmada crueldad"¹⁰⁵.

Durante toda su existencia, en Chile, Bello sostiene siempre una posición de principios muy firme en pro de la paz. Ya en 1833, a propósito de la invitación del Canciller de la reina de España, para negociar el reconocimiento de la independencia de las ex colonias, cuando en el Congreso y en la prensa predominaba el criterio de no aceptar dicha proposición, Bello - nos recuerda Orrego Vicuña - "sostuvo la conveniencia de aceptar las insinuaciones de España, lo que a juicio suyo era cortesía de las repúblicas americanas con la madre patria y gesto de prudencia para el futuro, sin contar la utilidad que de las relaciones pacíficas podían reportar el comercio y la industria de Chile, no menos que el hecho de vincular más a los pueblos de raza española [...]. En cuanto a indemnizaciones pecuniarias o a pretensiones que tendiesen a favorecer intentos monárquicos, le parecía que debían rechazarse de plano"¹⁰⁶. Éstas son las palabras con que Bello refutaba a quienes se oponían a todo acercamiento con España:

"El reconocimiento de nuestra independencia no será un favor de la España, pero será siempre un bien para la América, porque la paz es un bien, y porque ella extenderá nuestro comercio, poniéndonos en relación, sea con la España misma, sea con otras naciones que se

¹⁰⁵ A. Bello: "Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile Memoria presentada a la Universidad de sesión solemne del 22 de noviembre de 1844 por don José Victorino Lastarria" [Comentario de Bello sobre], *Obras Completas, La Casa de Bello*, vol. XXIII, pp. 153-173.

¹⁰⁶ Eugenio Orrego Vicuña: *Andrés Bello*, Edit. Zig-Zag, 4ª edición, Santiago, 1953, p. 157.

abstienen de tratar con nosotros mientras carecemos de un título que, según ellas, es necesario para legitimar nuestra existencia política"¹⁰⁷.

De esta manera, a sólo cuatro años de su llegada a Chile, Bello sostenía con firmeza una posición pacifista, aunque ésta no coincidiera con la opinión más general en el país.

El año 1937, a propósito de la guerra que Chile emprendió contra la Confederación Perú-Boliviana, Bello debió enfrentarse con la posición 'del gobierno a cuyo frente estaba el poderoso ministro Diego Portales. El Senado aprobó casi por unanimidad la autorización para declarar la guerra, pero hubo dos votos en contra y uno de ellos fue el de Andrés Bello. Al respecto, Lira Urquieta comenta, "este voto revela su sentir y a la vez manifiesta su entereza"¹⁰⁸.

El enfrentamiento con el todopoderoso ministro fue duro¹⁰⁹. Así lo muestran unas palabras de Portales, dirigidas a Manuel Blanco Encalada, quien, encargado de dirigirse con la escuadra a bloquear los puertos peruanos, consultó a Bello, quien era ya Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. Portales dice a Blanco Encalada: "He argüido mil veces a don Andrés, contra sus opiniones acerca del bloqueo, etc., pero me pone por delante los textos y no tengo más que callar"¹¹⁰.

Lira Urquieta se refiere en estos términos a aquella diferencia de criterios: "La concepción nacionalista de Portales, fuerte y a la vez estrecha como cualquier nacionalismo, terminaría por imponerse. La guerra que dirigió Portales contra la Confederación Perú-Boliviana [...] no pudo ser simpática a Bello. Seguramente la miraría con horror [...]...

¹⁰⁷ A. Bello: *Obras Completas*, Edición de La Casa de Bello, vol. XI, 303-305.

¹⁰⁸ Lira Urquieta: *Andrés Bello*, F. C. E., México 1948, p. 135.

¹⁰⁹ Véase más adelante en relación con el tema de la guerra el ensayo "Bello y la historia internacional de Chile: cuatro momentos".

¹¹⁰ D. Portales: *Epistolario*, vol. III, p. 460, citado por Iván Jaksic: *Andrés Bello: La pasión por el orden*, Editorial Universitaria, Santiago, 2001, p. 133. La captura de los barcos de guerra peruanos, por sorpresa durante una noche, por el bergantín *Aquiles*, al mando de Victorino Garrido, hecho que Vicuña Mackenna, con razón, califica de piratesco, es enjuiciado duramente por el gran Juan García del Río. García del Río, quien había colaborado tan estrechamente con Bello en Londres, en carta de 29 de noviembre de 1836, dirigida a su gran amigo, expresa que "la conducta del Gobierno de Chile desde el hecho del *Aquiles* acá, es, no sólo atroz, sino torpe e inicua al mismo tiempo". En A. Bello: *Obras Completas*, Edición La Casa de Bello, vol. XXVI *Epistolario* 2, p. 40.

Aunque esta guerra no era la primera que rompía la unidad americana, hubo de mirarla como un atentado a ese gran sueño¹¹¹. Otro gran admirador de Miranda, discípulo suyo, Bernardo O'Higgins, en carta al Presidente José Joaquín Prieto, el 24 de agosto de 1836, expresa: "A la verdad, aseguro a Vd. [...] que me llena de horror la sola idea de guerra entre Chile y el Perú"¹¹².

Cercano ya al fin de su vida, Bello tuvo oportunidad de mostrar una vez más su vocación de paz. En efecto, en el período en que se fue preparando el terreno para la guerra con España de 1865-66, como lo expresa Orrego Vicuña, "la actitud personal de Bello fue de pacificador, de amigo de España y de los españoles. Quiso y predicó la paz total, la paz sin recelos ni rencores"¹¹³.

Unión americana y dispersión

Sin duda, como lo estudió y lo expuso documentadamente el historiador José Luis Salcedo-Bastardo¹¹⁴, recientemente fallecido, fue en Londres, en 1810, en el contacto con Francisco de Miranda, en las conversaciones en la casa de éste, donde la idea de la unidad hispanoamericana se hizo fuerte y clara en los comisionados de la Junta de Caracas, López Méndez, Bolívar y Bello. Fueron decisivas las conferencias con Miranda, que ya en la década de 1780 había hablado de

¹¹¹ *Ibíd.*, p. 135.

¹¹² Reproducida por B. Vicuña Mackenna, *op. cit.*, II, p. 80.

¹¹³ *Ibíd.*, p. 158. Y como lo anota Miguel Luis Amunátegui, "Bello se hallaba profundamente convencido de que el único remedio eficaz del malestar social que aquejaba a las nuevas repúblicas era un estado perfecto de paz y tranquilidad, que les permitiese afrontar por todos los ámbitos posibles el cultivo intelectual a fin de completar la revolución operada en el orden político por otra revolución correspondiente llevada a cabo en el orden moral. La ilustración era, en su concepto, la condición indispensable de la libertad". M. L. Amunátegui: *Vida de Don Andrés Bello*, Edición de la Embajada de Venezuela, Santiago, 1962, p. 329. A este respecto, recordamos la idea análoga de Miranda: "Ningún pueblo sin filosofía ni gran instrucción puede preservar su libertad" escribe en Zurich, el 8 de septiembre de 1788. *Colombeia*, vol. VII, p. 471.

¹¹⁴ J. L. Salcedo-Bastardo: "Prólogo" a F. de Miranda, *América espera*, Selección, prólogo y títulos J. L. Salcedo-Bastardo, Cronología Manuel Pérez Vila y Josefina Rodríguez de Alonso, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1982. Véase el estudio "Bello y los 'Simposiums' de Grafton Street", *Bello Y Londres*, vol. I, pp. 425-444.

"mi patria la América", de "nuestra América"; que había redactado proyectos de constituciones para un Estado Hispanoamericano, que abarcaría desde el Misisipi hasta el Cabo de Hornos; y que en 1806 había organizado una expedición para iniciar la liberación de todo el "continente américo-colombiano".

Sabemos cómo la ampliación del mundo espiritual de Bello comenzó en la casa de Miranda, en su magnífica biblioteca en la que inició su estudio del griego; donde halló la primera edición del *Poema del Cid*; donde estuvieron a su disposición obras de los más destacados tratadistas de derecho internacional; donde había muchas obras sobre América, como con detalles lo destaca Uslar Pietri.¹¹⁵

Debido al desarrollo desfavorable de los acontecimientos en América, Bello debió permanecer en Londres, allí donde, en palabras de Rafael Caldera, "indiscutiblemente se completó a sí mismo"¹¹⁶. El trabajo y el estudio absorbieron su tiempo en largos y difíciles años. En la biblioteca de Miranda y en la del Museo Británico, leía y tomaba notas con perseverancia incansable. Como anota Lira Urquieta, "tuvo, a no dudarse, el presentimiento de que sus esfuerzos intelectuales no serían vanos. Poco a poco fue tomando cuerpo en su espíritu la idea de que la mejor manera de servir la causa de América era estudiando"¹¹⁷. A ello se añadió la acción con la pluma, como comentarista y difusor de obras que tuvieran relación con América, y como creador. Para esto, junto a otros patriotas americanos, debió afrontar, además del trabajo para subsistir, los empeños y vicisitudes que implicaba la publicación de revistas.

¹¹⁵ Recordemos las palabras con que Uslar Pietri se refiere al fondo americano de esa biblioteca: "Particularmente rico es el fondo de libros sobre la América Latina [...]. Están allí la *Historia de Venezuela* de Oviedo y Baños y *El Orinoco* del Padre Gumilla con la presencia de la tierra natal. Pero también aparecen colecciones de historiadores primitivos de las Indias Occidentales, las obras de Acosta, de Cieza, de Pedro Mártir, los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso en la edición original, el libro de Clavijero sobre el México Antiguo, la *Crónica* de Bernal Díaz sobre la conquista de México y las *Memorias* de Ulloa". A. Uslar Pietri: "Los libros de Miranda", en el volumen *Los libros de Miranda*, con una "Advertencia bibliográfica" de Pedro Grases, La Casa de Bello, Caracas, 1979, p. XVIII.

¹¹⁶ R. Caldera: "Acerca de la 'incomprendida escala' de Bello en Londres", en el volumen *Bello y Londres*, tomo I, La Casa de Bello, Caracas, 1980, p. 19.

¹¹⁷ P. Lira Urquieta, op. cit., p. 85.

Puede decirse que la *Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano*; la *Alocución a la Poesía* y la *Silva a la agricultura de la zona tórrida* son grandes obras americanistas; son en el fondo, llamados a la unidad hispanoamericana, por consiguiente a la paz, además de contener otros valores.

Es emocionante ver en la primera página del primer número de *El Repertorio Americano*, de octubre de 1826, bajo una lámina alegórica a la realidad del continente hispanoamericano, esta dedicatoria: "Al / Pueblo Americano / Los Editores". En los cuatro tomos de esta revista, Bello comentó cuanto libro se ocupaba de cosas americanas. Analizó la *Historia de la Revolución de Colombia* de Restrepo y en el tomo cuarto publicó por primera vez cuatro documentos importantísimos para la biografía de Francisco de Miranda¹¹⁸. Y en la portada reprodujo el rostro del Precursor en el grabado de Gaucher. Bello rendía así un homenaje más a quien había sido el primero en concebir una América Hispana libre y unida. El poema dedicado a Miranda en la *Alocución a la Poesía*, publicada en la *Biblioteca*, había puesto de relieve el valor de una lucha dedicada a la libertad de todo el continente hispanoamericano y no sólo de su tierra natal:

La libertad americana hiciste
tu primer voto y tu primer cuidado.
[...] Diste aliento al clarín, que el largo sueño
disipó de la América.

Así como Miranda había sido en el Viejo Mundo el incansable agente de la causa de la libertad hispanoamericana durante décadas, en

¹¹⁸ Ellos son: "Memorial dirigido por el jeneral Francisco Miranda a la audiencia de Caracas", fechado el 8 de marzo de 1813 en las bóvedas del Castillo de Puerto Cabello; "Extractos de la carta del sr. Guillermo White al sr. Juan Stevens de Lóndres, Puerto España (isla de Trinidad) julio 6, 1818", que adjunta el documento anterior; una carta al señor Juan Stevens, que además de dar noticias del traslado de Miranda a Cádiz, adjunta dos cartas sobre su muerte: la del fiel servidor del Precursor en la prisión, fechada el mismo día del fallecimiento, 14 de julio de 1816; y otra fechada el 17 de julio de 1816 y dirigida a Luis López Méndez, dando cuenta de la muerte de Miranda ocurrida tres días antes.

un empeño que finalmente pareció verse coronado por el éxito en 1810, Bello, durante los años de Inglaterra y especialmente en la década de 1820, fue, en palabras de Lira Urquieta "lo que hoy llamaríamos un agente cultural de la América Hispana en Europa, con sede en Londres."¹¹⁹.

Su gran actividad como tal "agente cultural" de América, posee el sello de su anhelo de unidad y de su temor a la dispersión y fragmentación de los pueblos hermanos. Temió que la disolución del Imperio Español pudiera dar paso a la fragmentación. Así lo destaca Iván Jakdic, "el colapso del Imperio Español, después de todo, era comparable a la caída del Imperio Romano, y resultaba pertinente plantearse la pregunta respecto si las regiones hispanoamericanas se fragmentarían de la misma forma que las europeas en la Edad Media, y cómo reaparecerían, en el caso de llegar a formar nuevos Estados"¹²⁰.

Fernando Murillo Rubiera¹²¹ llama la atención sobre las palabras del *Prospecto* de *El Repertorio Americano*, fechado el 1º de julio de 1826, documento en el que se reafirma y se propone reafirmar el sentido americanista expuesto tres años antes: "Desde luego, nos hemos propuesto hacer la obra más rigurosamente americana que cual la concebimos y trazamos en nuestro prospecto de 16 de abril de 1823"¹²². Se anuncia que *El Repertorio* tendrá una sección de "Documentos relativos a la historia de América". Y destaca Murillo Rubiera cómo "Bello se sirvió de la ocasión [...] para explayarse y darnos su opinión sobre temas que le parecían de interés para sus conciudadanos de toda América"¹²³.

Sin entrar al terreno de la valoración o análisis estético de la *Alocución*, tema al que brevemente aludiremos al hablar de las ideas de tradición y progreso en la construcción de la cultura hispanoamericana,

¹¹⁹ Ibídem, p. 87. Y expresa: "No hubo libro ni folleto, acontecimiento o noticia de interés para los americanos que dejara de ser comentado por su fecunda pluma. Escribió en los periódicos ingleses y en las numerosas publicaciones en lengua española".

¹²⁰ Iván Jakdic Andrade: op. cit., p. 79.

¹²¹ F. Murillo Rubiera: Andrés Bello: *Historia de una vida y de una obra*, La Casa de Bello, Caracas, 1986, p. 160.

¹²² *El Repertorio Americano*, Tomo I, octubre de 1826, "Prospecto", p. 3. El "Prospecto" está fechado el 1º de julio de ese año.

¹²³ F. Murillo Rubiera, op. cit., p. 162.

hay que decir que es claro que la idea de la unidad de América y de su lucha emancipadora es elemento central del poema. Sus versos están salpicados con nombres de héroes de todas las regiones y de batallas libradas en todas las latitudes del continente.

La unidad anhelada debía ser política y cultural. Con dolor, sin duda, vio Bello frustrarse la idea mirandina, a la que trató de dar un comienzo de realidad Bolívar. Pero no por eso, dejó Bello de luchar por la unidad espiritual y cultural, sin perjuicio de que, como veremos, mucho más tarde, en Chile, no dejará de propiciar al menos la creación paulatina de mecanismos de comunidad hispanoamericana en el plano jurídico y comercial.

Para decirlo con palabras de Manuel Diéguez Muñoz, "la idea de unidad y totalidad en lo cultural como proyecto preferente para Iberoamérica, es la gran semilla sembrada por don Andrés Bello"¹²⁴. Dentro de esa voluntad de procurar la unidad y combatir la dispersión, se inscribe, como es bien sabido, una de las grandes obras del sabio: la *Gramática Castellana*, escrita en Chile, pero destinada no sólo a los chilenos, sino a todos los hispanoamericanos. Una breve y emocionante frase estampada en el prólogo lo expresa claramente: "Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica"¹²⁵.

Después del dolor que le provocó la disolución de la Gran Colombia, expresada en versos emocionados en el poema dedicado a esa tragedia, Bello pasó por una etapa de pesimismo en cuanto a la posibilidad de que las repúblicas hispanoamericanas actuaran de consuno. Pero fue capaz de sobreponerse, y luego de reconocer hidalgamente que había llegado a ser escéptico a ese respecto, volvió a tomar la pluma para propiciar que se tratara de llegar a acuerdos en varias materias. Pensamos que el artículo "Congreso Americano", publicado en *El Araucano*, en noviembre de 1844, merece ser señalado como un documento extraordinario. Al leerlo, podría creer uno que el

¹²⁴ M. Diéguez Muñoz: "Prólogo" a Santiago Vidal Muñoz: *Andrés Bello Americanista y filósofo*, Editorial Oriens, Madrid, 1982, p. 11.

¹²⁵ A. Bello: "Prólogo" a Andrés Bello - Rufino J. Cuervo: *Gramática de la Lengua Castellana*, Edición de Niceto Alcalá-Zamora, Editorial Sopena, 2ª edición, Buenos Aires, 1949, p. 22.

autor está hablando hoy, en el siglo XXI, de los pasos que se dan en la Unión Europea hacia la unificación de normas y procedimientos administrativos y judiciales. Bello defiende la idea de que se realice la reunión de los cancilleres que se proyecta hacer y de que Chile participe. No lo convencen las razones en contrario. Su argumentación y sus sugerencias en cuanto a los pasos importantes que pueden darse en esa reunión son realmente notables. Ello, pensamos, justifica una cita extensa.

"Las varias secciones de la América han estado hasta ahora demasiado separadas entre sí; sus intereses comunes las convidan a asociarse; y nada de lo que pueda contribuir a este gran fin, desmerece la consideración de los gobiernos, de los hombres de Estado y de los amigos de la humanidad. Para nosotros, aun la comunidad de lenguaje es una herencia preciosa que no debemos disipar. Si añadiésemos a este lazo el de instituciones análogas, el de una legislación que reconociese substancialmente unos mismos principios, el de un derecho internacional uniforme, el de la cooperación de todos los Estados a la conservación de la paz y a la administración de justicia en cada uno [...], ¿no sería éste un orden de cosas por todos títulos de que tentásemos para verlo realizado medios muchos más difíciles y dispendiosos que los que exige la reunión de un congreso de plenipotenciarios?"

Y hay proposiciones muy destacables de medidas coercitivas no violentas que la proyectada Confederación de naciones americanas podrían tomar contra aquellos países miembros que violasen las normas de convivencia acordadas.

Hay en este texto una frase hermosa que vale la pena recordar: "¿Y cuándo ha existido en el mundo un conjunto de naciones que formasen más verdaderamente una familia?" Luego está este párrafo, de palabras no menos hermosas:

"Basta echar una vista sólo sobre un mapa de la América Meridional para percibir hasta qué punto ha querido la Providencia facilitar el comercio de sus pueblos y hacerlos a todos una sociedad de

hermanos. Estampada está en nuestro continente con caracteres indestructibles la alianza de familia que debe unir a todas las naciones que ocupan sus inmensas regiones"¹²⁶.

Tradición y progreso

Las ideas de tradición y progreso forman en Bello una dualidad dialéctica, presente tanto en el plano estético y literario, como en su visión de lo que debía ser la realidad política y cultural de Hispanoamérica.

Con respecto al plano estético, Edoardo Crema, después de constatar la variedad opiniones que se han dado acerca del valor de la poesía de Bello, traza, creemos, una buena caracterización del verdadero lugar del poeta. El tiempo no nos permite reproducirla aquí¹²⁷. Concluye Crema que la *Alocución a la Poesía* "no debe ser considerada únicamente

¹²⁶ Cit. por E. Orrego Vicuña, op. cit., p. 301. Como es sabido, finalmente el Congreso se reunió en Lima en 1847, pero no tuvo resultados sustanciales ni duraderos. Como afirma Walter Hanisch, Bello "equilibra los conceptos de unidad y pluralidad, buscando lo que parece viable. Combate por eso los odios, que dividen, tanto como el excesivo patriotismo. Fomenta los elementos que llevan a la unidad como el idioma [y] las múltiples relaciones jurídicas". W. Hanisch: "Tres dimensiones del pensamiento de Bello", *Historia*, Instituto de Historia Universidad Católica de Chile, N° 4, 1965, p. 143.

¹²⁷ Nos dice este estudioso a propósito de tal variedad de juicios: "Andrés Bello fue culpado por Sarmiento de ser 'enemigo del romanticismo' y paladín del neoclasicismo en las famosas polémicas lingüísticas y literarias de las que nació el romanticismo chileno. Contribuyeron a difundir la idea de que Bello era clasicista o neoclasicista Miguel Antonio Caro, Luis Alberto Sánchez, Julio A. Leguizamón y Roberto Bazán. En el lado opuesto están los escritores que atribuyen a Bello caracteres románticos desde los comienzos de su formación; entre ellos Torres Rioseco, Fernando Paz Castillo, que califica de románticas hasta algunas composiciones del primer período caraqueño. Ocupan un lugar intermedio Menéndez y Pelayo, Pedro Henríquez Ureña y Mariano Picón Salas, de los cuales los dos primeros reconocieron caracteres románticos hasta en las producciones londinenses, y el último vio a un Bello romántico sólo en las producciones chilenas". Crema ubica en un sitio especial a Emir Rodríguez Monegal por haber rastreado las huellas de su acercamiento al romanticismo no sólo en sus creaciones poéticas, sino también, principalmente, en los artículos críticos con los que, tanto en las revistas londinenses *Biblioteca Americana* y *El Repertorio Americano*, como en *El Araucano* en Chile, expresó opiniones claramente románticas o una adhesión firme y sincera al romanticismo auténtico. E. Crema: "El romanticismo en busca de una estrella polar", *Estudios sobre Andrés Bello*, La Casa de Bello, Preliminar de O. Sambrano Urdaneta, La Casa de Bello, Caracas, 1987, pp. 67-68.

como un poema, con caracteres puramente estéticos, sino también como una proclama con finalidad literaria de carácter práctico: estimular a los americanos a inspirarse en lo propio, a ser, en una palabra, románticos. *La Alocución a la Poesía* es la proclama del romanticismo americano"¹²⁸.

Hemos afirmado antes que tanto los dos grandes poemas como las dos revistas de Londres son expresiones rotundamente americanistas, llamados a la unidad y a la visión de lo propio; a la construcción de una cultura y un futuro propios. Y aquí, como en otros planos del pensamiento y de la acción de Bello, está presente dialécticamente la dualidad de tradición y progreso. Así como en su visión de la historia reivindica lo que del pasado español debía servir de base a un camino americano propio; así también en este ámbito, Bello conjuga la tradición y lo nuevo. El llamado a cantar lo propio es lo nuevo. Su estilo, su forma, que deberíamos llamar más bien clásica y no neoclásica, se entronca con la tradición, con una tradición en la que siempre Bello vio una base cultural de primera importancia¹²⁹. No es extraño que su *Historia de la literatura griega* y su *Historia de la literatura latina*¹³⁰ hayan sido seguramente las primeras obras de esa especie escritas y publicadas en Hispanoamérica. Su posición ante el neoclasicismo queda muy claramente expuesta en el Discurso de Inauguración de la Universidad de Chile: "Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce de los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido aprisionar al

¹²⁸ E. Crema: "Andrés Bello a través del romanticismo", en op. cit., p. 121.

¹²⁹ Roberto Lovera De-Sola expresa certeramente: "Fueron los clásicos los que le comunicaron la perspectiva que siempre tuvo; fueron ellos también quienes le dieron gracia, sosiego y la serenidad que poseyó y que se proyectó en cuantas tareas realizó. Lo importante es que siguiendo las insinuaciones helénicas, no se quedó con lo que los clásicos le dieron, sino que juzgó y comparó, buscó y experimentó siempre". "Bello crítico en Londres", *Bello y Londres II*, pp. 21-22.

¹³⁰ Sus extensos textos figuran en el volumen I de *Opúsculos literarios y críticos*, Edición de la Universidad de Chile, Editorial Nascimento, Santiago, 1935. Es de destacar que la *Historia de la literatura griega* comprende también brevemente el período postclásico y el medieval o bizantino, concluyendo con la caída de Constantinopla.

poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron"¹³¹.

Creemos que Orrego Vicuña ha expresado certeramente, y en pocas palabras, esta conjunción de lo antiguo y lo nuevo en la creación de una cultura hispanoamericana sólida: "Bello [...] buscaba una sólida base que pudiera servir a la cultura chilena [leamos "hispanoamericana"], enraizada naturalmente en las experiencias y en los progresos del saber occidental"¹³². "Amaba la paz y necesitaba esencialmente el orden, pero su propósito era aprovecharlos en un sentido reformista y hasta cierto punto revolucionario"¹³³.

Impulsar siempre el progreso, un "calmado progreso"¹³⁴, como se ha dicho, reivindicando también siempre cuanto la tradición española, europea, clásica grecolatina, ofreciera de valioso, caracteriza la actitud constante de Andrés Bello. Proponía medidas de progreso y las defendía con su pluma y su palabra, mesuradamente, pero con firmeza. En su país de adopción, no vacilaba en criticar aquello que no concordaba con un republicanismo en progreso medido pero constante, que él concebía. Aunque debió formar parte de un Consejo que tenía que determinar los libros que podían ingresar al país, Bello no dejó ya en 1832 y 1834 de argumentar contra la censura, vestigio colonial que seguiría rigiendo en Chile hasta 1878. Es elocuente el alegato de Bello contra la censura en un artículo publicado en *El Araucano* el 3 de octubre de 1834: "La censura

¹³¹ Citado por Pedro Grases: "El sentido crítico y educador de Bello", *Bello y Chile*, vol. I, Caracas, 1981, p. 432. R. Lovera De-Sola, en el artículo citado, p. 25, afirma que las críticas de Bello a la escuela neo-clásica tienen "dos caras: una es la forma cómo los encausa, sus apreciaciones sobre el retoricismo de esa escuela. Otra: la búsqueda de un sendero que sea la antítesis de ella".

¹³² E. Orrego Vicuña, op. cit., p. 101.

¹³³ *Ibíd.*, p. 88.

¹³⁴ La idea del progreso no procedía en Bello de la adhesión cerrada a una posición ideológica. Sin duda tal idea fue un elemento importante de la Ilustración. Pero como expresa Santiago Vidal, "la Ilustración le inspiró, pero no le esclavizó. No compartió varios planteamientos de la Enciclopedia. Tuvo acceso a las ideas evolucionistas de Lamarck y de varios otros hombres de ciencia de la época. Alguien lo ha calificado de 'positivista mitigado'. Por ejemplo, la idea de 'progreso', tan cara a los ilustrados, Bello pareciera sustituirla por esa expresión de 'calmado progreso' ". S. Vidal Muñoz, op. cit., p. 40.

aumenta el precio de los buenos libros, porque tal es el efecto natural de toda traba; no impide la circulación de los malos; y ocasiona un tráfico de contrabando que ofrece ganancias seguras a los infractores de la ley. Así lo que pierden el comercio legítimo y la ilustración, no lo ganan la religión ni las costumbres; y aun puede decirse que cede en daño de la primera, haciéndola gratuitamente odiosa, y de las segundas, proponiendo alicientes a un lucro ilícito, que la inquisición misma no pudo precaver en los días de su omnipotencia y de sus terrores"¹³⁵.

También los conceptos de Bello sobre la libertad política poseen este sentido de firme defensa de un camino de progreso con orden, pero progreso, avance. Sin duda, no estaba dentro de su posibilidad el tener una presencia política activa, ni mucho menos decisiva, en el país que lo había acogido. La república conservadora, y más especialmente en su primer decenio, era un régimen fuertemente autoritario. Y Bello escribe en 1836: "Reconociendo la necesidad de adaptar las formas gubernativas a las localidades, las costumbres y caracteres nacionales, no por eso debemos creer que nos es negado vivir bajo el amparo de instituciones libres, y naturalizar en nuestro suelo las saludables garantías que aseguran la libertad, patrimonio de toda sociedad humana que merezca el nombre de tal". En ese mismo artículo, en *El Araucano*, Bello critica la terrible limitación de la libertad que constituía la esclavitud en la nación norteamericana: "¿Se podrá nunca imaginar un fenómeno más raro que el que ofrecen los mismos Estados Unidos en la vasta libertad que constituye el fundamento de su sistema político y en la esclavitud en que gimen casi dos millones de negros bajo el azote de crueles propietarios?"¹³⁶

Toda la inmensa obra pedagógica de Bello, hecha y concebida para América, está ligada a la idea de un progreso sólido, asentado en una tradición también sólida. El progreso político, el propio progreso en el ejercicio de la libertad política, estaba para él ligado a la instrucción. En el discurso de la inauguración de la Universidad de Chile, esta idea está claramente delineada: "Soy ciertamente de los que miran la

¹³⁵ Cit. por E. Orrego Vicuña en "El educador", en op. cit., nota 15, p. 280.

¹³⁶ Citado por L. Zea, op. cit., p. 475.

instrucción general, la educación del pueblo como uno de los objetivos más importantes y privilegiados a que puede dirigir su atención el gobierno, como una necesidad primera y urgente, como la base de todo sólido progreso, como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas"¹³⁷.

Bello, un constructor de la cultura hispanoamericana. "Su obra educadora - escribe Santiago Vidal - tiene una finalidad continental. Con ella debían cimentarse 'las bases culturales de las nuevas Repúblicas Hispanoamericanas'"¹³⁸. José Enrique Rodó reconoce así ese magisterio continental. Escribiendo sobre las reuniones literarias en Caracas antes de 1810, expresa: "Y en sus tertulias literarias se diseñaba el boceto de una gloriosa figura de poeta y pensador, a la que estaba reservada, en la escena de la América libre, uno de los pedestales más altos: la figura de Bello, educador de hombres y naciones"¹³⁹.

Luis Bocaz pone de relieve esta titánica labor de constructor: "Tan pronto desembarca en Valparaíso inicia su descomunal esfuerzo de ordenación de lo dispar desde una perspectiva unificadora, insinuada ya en la didáctica americana de sus revistas londinenses. Por encima de la fragmentación política en que desemboca el proceso emancipador, Bello recupera la unidad de las intuiciones precursoras de Vizcardo y Miranda [...] En ese ámbito de una región periférica extra europea, sin ruptura con el modelo cultural de Europa, Andrés Bello osa proclamar el necesario desarrollo de una creatividad local nutrida en la peculiaridad del continente"¹⁴⁰.

Acaso los juicios de un pensador venezolano y de un erudito español pueden sintetizar esta calidad de edificador de cultura que tuvo Bello. Dice Picón Salas: "Vigía impar de la cultura hispanoamericana, unió como ningún otro letrado la vieja tradición colonial española con todos los nuevos impulsos que desde la Revolución y el Romanticismo

¹³⁷ Citado por S. Vidal Muñoz: *Andrés Bello Americanista y filósofo*, Editorial Oriens, Madrid, 1982, p. 65.

¹³⁸ S. Vidal Muñoz, op. cit., p. 68.

¹³⁹ J. E. Rodó: "Un poeta de Caracas", en *Obras Completas*, Compilación y prólogo Alberto José Vaccaro, Ediciones Antonio Zamora, Buenos Aires, 1948, p. 115.

¹⁴⁰ L. Bocaz: *Andrés Bello Una biografía cultural*, Prólogo Rafael Caldera, Fotografía Jorge Ramírez, Convenio Andrés Bello, Bogotá, 2000, pp. 218-219.

empezaron a configurar el alma moderna. Abrió al trato intelectual de otras naciones y otras culturas el entonces cerrado mundo hispanoamericano con la misma decisión que los héroes de la Independencia lo abrían al trato político. Su seria erudición, su sosiego, su don de análisis, su ponderado y frío juicio, sabían canalizar el frenesí. Toda su obra parece así un compromiso entre la tradición y la modernidad". Agrega este autor: "Marcó también en la historia la impronta de su genio despierto, curioso y documentado, dispuesto siempre a revisar sus conocimientos y para quien ningún aspecto de la cultura humana pudo parecer indiferente. Con otro estilo y otra problemática que la de su tiempo, el repertorio intelectual de Bello ofrece todavía innumerables estímulos y direcciones. Es fuente y testimonio de primera categoría que vale la pena repensar"¹⁴¹. También Pedro Grases destacó este aspecto de la obra de Bello: "No sabemos que admirar más en Bello: si su capacidad de comprender y asimilar el paso del neoclasicismo al romanticismo en las obras literarias y el del despotismo al liberalismo en la vida pública, o la actitud de serena reflexión y acertado dictamen para preservar los valores ineludibles de toda creación estética y política para que deje huella perdurable en la historia de la civilización"¹⁴². Rodolfo Oroz sintetizó así la obra de Bello: "Poniendo su inteligencia, ilustración y laboriosidad al servicio del progreso, logró incorporar la civilización hispanoamericana al movimiento universal de las ciencias y las letras, hecho que por sí solo inmortaliza el nombre de Andrés Bello"¹⁴³.

La vida y el trabajo incansable de Andrés Bello estuvieron al servicio de la construcción de una cultura hispanoamericana de paz, de unidad, de una visión propia de la propia historia y en la que la tradición y el progreso se complementaran fecundamente.

¹⁴¹ M. Picón Salas, op. cit., p. 6.

¹⁴² P. Grases: "El sentido crítico y educador de Bello", ya citado, p. 432.

¹⁴³ Citado por Alamiro de Ávila Martel: *Andrés Bello Breve ensayo sobre su vida y su obra*. Editorial Universitaria, Santiago 1981, p. 88.

Bello en la historia internacional de Chile: cuatro momentos¹⁴⁴

El tema “Bello y la historia” no puede separarse del de “Bello en la historia”, del Bello actuante en la historia. Bello vivió la historia de los últimos años de la Colonia y los atisbos de la emancipación en Venezuela y vivió en Londres el proceso de la emancipación de América Hispana y primeros años de su independencia. Vivió en Chile la historia de la República durante tres décadas y media. Así pues, fue un actor de la historia de cada una de las tres etapas de su vida. Sin duda, es el actor más importante de la historia cultural del país en el siglo XIX. Bello es un “hacedor” de esa historia. Es también, en gran medida, “hacedor” de la historia internacional de Chile, pues como consejero de los sucesivos gobiernos, fue inspirador de la política internacional, del actuar internacional del país.

Limitándonos a la etapa chilena de la existencia de Bello, pienso que podemos caracterizar su actuación como inspirada por principios muy sólidos: su idea americanista y su concepción de la paz como base de la convivencia de pueblos hermanos y de la construcción de una cultura hispanoamericana.

La concepción americanista de Bello, enraizada en la visión de Miranda, que éste y después Bolívar habían tratado de llevar a la realidad de una confederación de países hermanos, no podía sino estar absolutamente ligada a la idea de la paz entre las naciones de lo que nuestro sabio llama "gran familia hispanoamericana". La paz es para Bello elemento esencial no sólo para la construcción de una cultura hispanoamericana, sino que es elemento esencial de ella y de la fraterna unidad americana que soñaron el Precursor, el Libertador, Bello y otros próceres.

¹⁴⁴ Ponencia presentada al II Seminario Internacional Andrés Bello, Universidad de Chile, 27.XI.2014.

Hay un elemento ético y humanista común en la concepción de la guerra y la paz en Miranda y en Bello. Miranda había condenado la guerra injusta con su prosa acerada¹⁴⁵. Bello lo hará con su verso y su prosa.

El *Canto a la disolución de Colombia* constituye un verdadero grito de dolor ante el surgimiento de la discordia entre pueblos hermanos. El ver desaparecer a tan poco tiempo de su constitución la entidad estatal que aparecía como el núcleo de la unión de las ex colonias españolas, fue un gran golpe para Bello. Los primeros versos condenan a las fuerzas que llevaron a la disolución de la Gran Colombia:

Deja, discordia bárbara, el terreno
que el pueblo de Colón a servidumbre
redimió vencedor.

Y con palabras de fuego condena los celos indignos de hermanos que están despedazando la unidad:

¿El que la ley ató sagrado nudo
que se dignaron bendecir los cielos
en tanta heroica lid desde los llanos
que baña el Orinoco hasta el desnudo
remoto Potosí, romperán celos
indignos de patriotas y de hermanos?

¹⁴⁵ El apartado titulado “La paz” del documento “Opinión del General Miranda sobre la situación actual de Francia y los remedios convenientes a sus males”, dado a la publicidad por Miranda el 2 de julio de 1795, es realmente notable. El general venezolano les dice a los franceses que “la gloria de las conquistas no es digna de una República fundada sobre el respeto debido a los derechos del hombre y a las sublimes máximas de la filosofía”. Expresa en otro párrafo: “Cuán respetable sería Francia el día en que, despojándose de casi todas sus conquistas, estipulase el bien de la humanidad y preparase las vías de la propagación de la sana libertad”. Este documento es fundamental para el estudio de las ideas políticas de Miranda sobre la organización del Estado y sobre las relaciones entre Estados. F. de Miranda: *Colombeia*, Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas 2000, volumen XVII, pp. 227 y 232.

Hay en el poema un verso rotundo, quemante, que expresa la dolorida condenación a las contiendas fratricidas:

Guerra entre hermanos, fiera guerra, impía.

En la larga etapa de su trabajo en Chile, Bello sostiene siempre una posición de principios muy firme en pro de la paz. Ya en 1835, a propósito de la invitación del Canciller de la Reina de España, para negociar el reconocimiento de la independencia de las ex colonias, cuando en el Congreso y en la prensa predominaba el criterio de no aceptar dicha proposición, Bello la defiende firmemente.

Las palabras con que Bello refutaba a quienes en 1835 se oponían a todo acercamiento con España, son dignas de repetirse:

"El reconocimiento de nuestra independencia no será un favor de la España, pero será siempre un bien para la América, porque la paz es un bien, y porque ella extenderá nuestro comercio, poniéndonos en relación, sea con la España misma, sea con otras naciones que se abstienen de tratar con nosotros mientras carecemos de un título que, según ellas, es necesario para legitimar nuestra existencia política"¹⁴⁶.

Así, pues, a pocos años de su llegada a Chile, Bello sostenía con firmeza una posición pacifista, aunque ésta fuera contraria a la opinión más general en el país. Finalmente, el 25 de abril de 1844, España reconocería a la República de Chile como país plenamente independiente y soberano y firmaría con el Estado chileno un Tratado de Paz y Amistad.

Dos años después de 1835, se vería enfrentado a reafirmar tal posición frente al poderoso ministro Diego Portales.

Como escribe Orrego Vicuña, "es necesario [...] reconocer que la política americanista de Chile sufrió interrupción en la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana a que nos empujara Portales"¹⁴⁷. El Senado

¹⁴⁶ A. Bello: Artículo publicado en *El Araucano*, 13 de mayo de 1835, en *Obras Completas*, Edición de La Casa de Bello, vol. XI, 303-305.

¹⁴⁷ *Ibíd.*, p. 158. Como es sabido, Vicuña Mackenna reprobaba duramente la decisión de emprender esa contienda bélica y a propósito de ésta, nos dice que Bello "no compartió el pensamiento del dictador chileno y negó su aprobación a la declaratoria de

aprobó casi por unanimidad la autorización para declarar la guerra, pero hubo dos votos en contra y uno de ellos fue el de Andrés Bello. Como Lira Urquieta comenta, "este voto revela su sentir y a la vez manifiesta su entereza"¹⁴⁸.

Y en realidad, entereza necesitaba Bello para mantener su posición de principios. Aunque se le concedió por gracia la nacionalidad chilena, no era chileno por nacimiento. Y en verdad, si en un verso se quejó por habersele enrostrado más de alguna vez su calidad de "extranjero", no debieron de faltarle razones. Ramón Mariano de Arís, en dos cartas al desterrado O'Higgins, en 1833, escribe estas expresiones: "el extranjero don A. Bello" y "el godo extranjero don Andrés Bello"¹⁴⁹. Y la primera vez, paradójicamente, las palabras hirientes están en el contexto de una información que habla muy bien de Bello. Él redactaba los mensajes anuales del Presidente de la República al Congreso. De Arís envía a O'Higgins el número del diario *El Araucano* en el cual se publicaba ese texto, y dice a su amigo: "En *El Araucano* va el gran Mensaje de nuestro gran amigo Prieto al Congreso, cuyo papel hizo el extranjero don A. Bello". Y en carta de 9 de noviembre del mismo año, De Arís nombra a Bello como "el godo extranjero don Andrés Bello"¹⁵⁰.

Como anota el profesor Jaksic, si bien había podido establecer relaciones amistosas con Portales, "como subordinado en desacuerdo con la política de su jefe, quien era el hombre más poderoso del país y el dueño de una paciencia poco notable, Bello tenía buenas razones para

guerra". Afirma que "la guerra no consistía ni en el interés, ni en la gloria, ni en el honor de Chile, sino en la voluntad única y exclusiva de don Diego Portales". B. Vicuña Mackenna: *Diego Portales (Con más de 500 documentos inéditos)*, Valparaíso, 1883, II Parte, cap. XIII, p. 83.

¹⁴⁸ Lira Urquieta: *Andrés Bello*, F. C. E., México 1948, p. 135.

¹⁴⁹ Carta de Ramón Mariano de Arís de 10 de mayo de 1833. Al remitirle un ejemplar de *El Araucano* a O'Higgins, le dice: "En *El Araucano* va el gran Mensaje de nuestro gran amigo Prieto al Congreso, cuyo papel hizo el extranjero don A. Bello". En carta de 9 de noviembre del mismo año, De Arís nombra a Bello como "el godo extranjero don Andrés Bello". *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo XXIV, Academia Chilena de la Historia, Santiago, 1994, pp. 233.

¹⁵⁰ *Archivo de don Bernardo O'Higgins*, tomo XXIV, p. 350

considerarse en serios problemas"¹⁵¹ Claro indicio de que Bello se sintió en una situación muy difícil al no ceder en su posición de principios, es la carta de Juan García del Río de 29 de noviembre de 1836, citada por el profesor Jaksic - que contesta una de Bello de 13 de octubre, misiva en la que dice haber hablado con el General Santa Cruz y que éste "celebrará contribuir a la mejora de su suerte" y que está "autorizado para asegurar a U. que sería muy bien acogido y considerado"¹⁵².

Que el enfrentamiento con el todopoderoso Ministro fue duro lo muestran también unas palabras de Portales, dirigidas a Manuel Blanco Encalada, el cual, encargado de dirigirse con la escuadra a bloquear los puertos peruanos, consultó a Bello, quien era ya Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. Portales dice a Blanco Encalada: "He argüido mil veces a don Andrés, contra sus opiniones acerca del bloqueo, etc., pero me pone por delante los textos y no tengo más que callar"¹⁵³.

Para Bello, el ataque sorpresivo sería un acto piratesco, deshonesto para el país. El Ministro desoyó la voz de los principios, la cordura y la paz, representada por Andrés Bello. El bergantín *Aquiles* capturó en el Callao, de noche y por sorpresa, los barcos de guerra peruanos. Y se hizo realidad la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. La captura de los barcos de guerra peruanos, por sorpresa durante una noche, por el bergantín *Aquiles*, al mando de Victorino Garrido, acción que Vicuña Mackenna, con razón, califica de piratesca, es enjuiciada duramente por Juan García del Río. García del Río, quien había colaborado tan estrechamente con Bello en Londres, en la misma citada carta de 29 de noviembre de 1836, expresa que "la conducta del Gobierno de Chile desde el hecho del *Aquiles* acá, es, no sólo atroz, sino torpe e inicua al mismo tiempo"¹⁵⁴.

¹⁵¹ I. Jaksic: *Andrés Bello: La pasión por el orden*, Editorial Universitaria, Santiago 2001, p. 152.

¹⁵² J. García del Río, carta a Bello de 29 de noviembre de 1836. En *Epistolario*, vol. 2, *Obras Completas* de A. Bello, tomo XXVI, 2ª. edición, La Casa de Bello, Caracas 1984, p. 40.

¹⁵³ D. Portales: *Epistolario*, vol. III, p. 460, citado por Iván Jaksic, op. cit., p. 133.

¹⁵⁴ J. García del Río, carta citada a Bello de 29 de noviembre de 1836. En *Epistolario* citado, loc. cit.

Las palabras con que Orrego Vicuña comenta este enfrentamiento de criterios entre el sabio consejero en las relaciones internacionales de Chile y el poderoso ministro, son elocuentes:

"Partidario como se mostró siempre de la paz, solicitado su espíritu por los llamados de la fraternidad [...], don Andrés no pudo dejar de percibir cuán erróneo era destruir la confederación ideada por Santa Cruz, pues que lejos de constituir un peligro imperialista, era un paso positivo en el camino de la vinculación continental, y a ella pudo sumarse Chile, dando su tono al ensayo federal"¹⁵⁵.

A su vez, Lira Urquieta se refiere en estos términos a aquella diferencia de criterios:

"La concepción nacionalista de Portales, fuerte y a la vez estrecha como cualquier nacionalismo, terminaría por imponerse. La guerra que dirigió Portales contra la Confederación Perú-Boliviana [...] no pudo ser simpática a Bello. Seguramente la miraría con horror [...]... Aunque esta guerra no era la primera que rompía la unidad americana, hubo de mirarla como un atentado a ese gran sueño"¹⁵⁶. Vicuña Mackenna critica la decisión chilena de emprender la guerra, la cual, afirma "no consistía ni en el interés, ni en la gloria, ni en el honor de Chile, sino en la voluntad única y exclusiva de don Diego Portales", y refiriéndose a la posición de Bello, dice que éste "no compartió el pensamiento del dictador chileno y negó su aprobación a la declaratoria de guerra"¹⁵⁷.

Otro admirador de Miranda, discípulo suyo, Bernardo O'Higgins, en carta al Presidente José Joaquín Prieto, el 24 de agosto de 1836, expresa: "A la verdad, aseguro a Vd. [...] que me llena de horror la sola idea de guerra entre Chile y el Perú"¹⁵⁸.

¹⁵⁵ E. Orrego Vicuña, op. cit., p. 158.

¹⁵⁶ *Ibíd.*, p. 135.

¹⁵⁷ B. Vicuña Mackenna: *Diego Portales (Con más de 500 documentos exclusivos)*, Valparaíso 1883, II Parte, cap. XIII, p. 83.

¹⁵⁸ Citada por B. Vicuña Mackenna, op. cit. II, p. 80.

Y sin duda, de haber vivido, con horror habrían mirado Miranda, Bello y O'Higgins la Guerra del Pacífico, 1879-1883, contienda que, cualquiera que hubieran sido sus causas, además de ser fratricida, se transformaría en definitiva por parte de Chile en una guerra de conquista de territorios de dos pueblos hermanos, generando heridas que se mantienen hasta hoy.

Cuatro años antes del desacuerdo en torno a la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, en 1932, había habido otra situación en que se impuso el poder por sobre el derecho. El episodio lo relata el profesor Bocaz en el capítulo "Don Andrés y el poder" del volumen *Andrés Bello Una biografía cultural*. Frente al asesinato de tres personas en Valparaíso por Enrique Paddock, capitán de un barco ballenero norteamericano, Bello señaló en el diario *El Araucano* que el hechor había actuado fuera del uso de sus facultades mentales. Don Andrés recibió orden de no continuar tratando el caso, según informa Amunátegui. Al citar a éste, Bocaz añade: "Agreguemos que el médico de sanidad de Valparaíso fue destituido de su cargo por haber dictaminado en el caso Paddock conforme a la opinión de Bello"¹⁵⁹. Como dijimos, en este caso los principios fueron silenciados por el poder.

Muy cercano ya al fin de su vida, Bello tuvo oportunidad de mostrar una vez más su vocación de paz. En efecto, en el período en que se fue preparando el terreno para la guerra con España de 1865-66, la actitud personal de Bello fue de pacificador. Quiso y predicó la paz total, "la paz sin recelos ni rencores"¹⁶⁰.

Así pues, primero frente a la ruptura de la Gran Colombia, después en Chile frente al menos a tres situaciones conflictivas de su país de adopción, con su pluma y su verbo, Andrés Bello sostuvo una posición minoritaria, casi aislada. Fue la voz de la minoría, pero la voz justa que defendió la paz, el derecho, los principios.

La *Memoria de la Cancillería Chilena* de 1864 figura lo que Lira Urquieta llama "una página hermosa en la cual la pluma de Bello entona

¹⁵⁹ L. Bocaz: *Andrés Bello Una biografía cultural*. Edición del Convenio Andrés Bello, Bogotá 2000, p. 210.

¹⁶⁰ *Ibíd.*, p. 158.

su postrer canto americano"¹⁶¹. Al elogiar la idea de constituir la Unión Americana, y fundamentar la opinión de que Chile debía concurrir a la reunión internacional en que se estudiaría esa unidad, expresa Bello la necesidad de evitar toda desavenencia entre los países hermanos:

“Hacer imposible la guerra entre ellos, remover toda causa que pueda menoscabar su buena inteligencia y cordiales relaciones, trazar el camino para zanjar pacíficamente sus desavenencias y conservándolos así unidos, y por consiguiente fuertes [...], tal es el gran resultado que está llamada a alcanzar la Unión Americana”.

Los propósitos de “trazar el camino para zanjar pacíficamente” las desavenencias entre los países americanos y “hacer imposible la guerra entre ellos”, estaban entre los propósitos a que quería servir el *Tratado de Derecho de Gentes*, aparecido en 1832, cuyas segunda y tercera edición son de 1844 y 1864 la última ya con el título de *Principios de Derecho Internacional*. Antonio José de Irisarri, en carta a José María de Rojas, de 8 de julio de 1847, que figura también como prólogo a la segunda edición caraqueña de ese año, afirma que la idea de Bello era que esos principios se hicieran populares en las repúblicas hispanoamericanas. Vale la pena recordar un párrafo del texto de Irisarri, que cita Barros van Buren en su estudio “Bello y la Cancillería chilena”:

“Ciertamente el señor Bello no ha compuesto su libro en poco tiempo. Hace treinta años que yo le conozco estudiando los principios de derecho internacional, y él fue el primero de quien yo tuve pruebas de la deficiencia del *Derecho de Gentes* de Vattel en todas las cuestiones que interesaban a la causa de la emancipación de la América Española, y fue él quien me hizo conocer la necesidad de estudiar a los escritores más modernos. Desde entonces, este sabio y patriota americano se ocupaba en el estudio cuyo fruto tenemos a la vista; y desde entonces se proponía darnos estos *Principios del Derecho Internacional*, para que se hiciesen

¹⁶¹ P. Lira Urquieta: *Andrés Bello*, F. C. E., México, 1948, p. 178-179.

populares en estas repúblicas, i sirviesen en la ventilación de nuestros negocios con las demás naciones”¹⁶².

Y también vale la pena recordar expresiones, que podríamos calificar de proféticas, del mismo Irisarri, vertidas 25 años antes, en una carta enviada desde Londres a Bernardo O’Higgins, citada por Fernando Murillo Rubiera en *Andrés Bello Historia de una vida y de una obra*. Le escribe al Director Supremo de Chile acerca de Andrés Bello, el 6 de junio de 1822:

“No hay de los americanos españoles que nos encontramos en esta Corte, ninguno como este sujeto que conozca con más circunstanciada precisión las cosas de América ni el estado de los intereses de las potencias europeas respecto a nuestro continente. Todo esto lo ha estudiado con detalles que a uno le parecen sorprendentes, y en cuanto al orden de estas relaciones de Europa con América y de América con Europa, ha creado un sistema de derecho de gentes que es original, práctico, y que algún día llegará a prosperar, si este sujeto tiene oportunidad de ser útil a algún país de América”¹⁶³.

Como sabemos, los *Principios de Derecho Internacional* tuvieron entre 1832 y 1869 tres ediciones chilenas, dos venezolanas, una peruana, una boliviana, una colombiana y una española, lo que sin duda muestra el interés que despertó la obra en Hispanoamérica. Y esos principios tuvieron influencia en la región. A ello dedicó Héctor Gross el estudio “La influencia del *Derecho Internacional* de Bello durante la vida de su autor”¹⁶⁴.

¹⁶² Citado por M. Barros Van Buren: “Andrés Bello y la Cancillería chilena”. En *Atenea* N° 443-444, 1981, Homenaje al bicentenario del natalicio de Andrés Bello, Universidad de Concepción, p. 235. Como prólogo a la segunda edición venezolana es citado por Rafael Caldera: *Andrés Bello*, 2ª. edición de Monte Ávila, Caracas 1992, p. 185.

¹⁶³ Citado por Fernando Murillo Rubiera: *Andrés Bello Historia de una vida y de una obra*. La Casa de Bello, Caracas 1986, p. 383.

¹⁶⁴ H’. Gross Espiell: “La influencia del Derecho Internacional de Bello durante la vida de su autor”, en el volumen *Bello y Chile Tercer Congreso del Bicentenario*, La Casa de Bello, Caracas 1981, pp. 139-168.

Con dolor, expresado en el *Canto a la disolución de Colombia*, vio Bello frustrarse la idea mirandina, a la que trató Bolívar de dar un comienzo de realidad. Pero ni por eso, Bello dejó de luchar por la unidad espiritual y cultural, y de propiciar al menos la creación paulatina de mecanismos de comunidad en los planos jurídico y comercial. Estos párrafos de su artículo “Congreso Americano”, 1844, es elocuente:

“Basta echar la vista sobre un mapa de la América Meridional para percibir hasta qué punto ha querido al Providencia facilitar el comercio de sus pueblos y hacerlos a todos una sociedad de hermanos. Estampada está en nuestro Continente con caracteres indestructibles la alianza de familia que debe unir a todas las naciones que ocupan sus inmensas regiones”.

“Las varias secciones de la América han estado hasta ahora demasiado separadas entre sí; sus intereses comunes las convidan a asociarse; y nada de lo que pueda contribuir a este gran fin, desmerece la consideración de los gobiernos, de los hombres de Estado, de los amigos de la humanidad. Para nosotros, aun la comunidad de lenguaje es una herencia preciosa que no debemos disipar. Si añadiésemos a este lazo el de instituciones análogas, el de una legislación que reconociese substancialmente unos mismos principios, el de un derecho internacional uniforme, el de la cooperación de todos los Estados a la conservación de la paz y a la administración de justicia en cada uno [...]. ¿No sería éste un orden de cosas por todos títulos de que tentásemos para verlo realizado?”¹⁶⁵

Paz interior y exterior; requisito indispensable para el avance de los pueblos americanos en instrucción y cultura, en verdadero progreso. Requisito esencial para una América Hispana que Miranda y Bello, a fuer de humanistas, concibieron libre, unida y en paz, concepción que manifestaron con la acción y expresaron con la pluma.

¹⁶⁵ A. Bello: *Obras Completas*, vol. X, pp. 641-642. La Casa de Bello, Caracas 1954. Artículo publicado en *El Araucano* los días 8 y 15 de noviembre de 1844.

Al retornar a los lares de Andrés Bello

Cuando el año 1976, un día aciago me encontré lejos de mi tierra y de los míos y sin esperanza ni posibilidad de regresar a mi país, en el mundo que quedaba atrás, derrumbado un día funesto, había un nombre respetado: Andrés Bello. Lo habíamos conocido y admirado, gracias a nuestros maestros del Instituto Pedagógico. Su poesía y su inmensa obra filológica, gramatical, científica y filosófica incluso, nos había maravillado. También su generosidad y pasión pedagógica y su hondo humanismo Pero en la fraterna tierra venezolana la imagen de Bello empezó a cambiar. En esa tierra había nacido, allí habían transcurrido su niñez, su adolescencia y su juventud. Su sed de saber, su amor por la poesía, su veneración por las letras clásicas, sus primeros escritos, todo había surgido allí, en esa maravillosa zona tórrida, a la que más tarde iba a cantar con voz inimitable. De Caracas había salido a los 29 años, sin imaginar que jamás regresaría y que nunca más vería a los suyos.

Entonces, empezamos a buscar sus huellas. Y comenzamos a releer sus cartas, escritas desde Chile a sus lejanos parientes y amigos, y a sentir hondamente el dolor que reflejan. Llegué al lugar donde estuvo su hogar¹⁶⁶; la cercana Iglesia de la Merced, que frecuentó, y al lado de la cual aprendió el latín y se le reveló Virgilio; con intensa emoción estuve junto al noble samán, aquel gran árbol bajo cuya sombra leyó. El río Catuche, que recuerda Bello en sus cartas, ya no está a la vista. Tampoco el Puente de la Trinidad junto al cual fue plantado ese árbol más de dos veces centenario. Los restos de aquel arroyo corren bajo el cemento. Bello en su juventud lo cantó al árbol y al río en el poema *A un samán*:

¹⁶⁶ La ubicación y características de la casa de la familia Bello y sus inmediaciones ha sido estudiada documentadamente por Alfredo Boulton en *El solar caraqueño de Andrés Bello*, La Casa de Bello, Caracas 1978. El mismo volumen contiene el estudio de Boulton sobre el pintor Juan Pedro López, abuelo materno de Andrés Bello.

Árbol bello, ¿quién te trajo
a estas campiñas risueñas,
que con tu copa decoras
y tu sombra placentera...?

Alude después a los horrores que debió presenciar el samán del Gueire¹⁶⁷, árbol varias veces centenario, un esqueje del cual dio nacimiento al árbol de Bello. Y termina el poeta deseando que el noble árbol no viva como su “gigante padre” días de duelo:

Del puro Catuche al margen
propicios los cielos quieran
que, más felice, no escuches
tristes lamentos de guerra.

Recorrí no pocas veces los lugares que amó aquel niño, luego joven, que llegaría a ser el gran sabio de América. Estuve en el camino de la sierra del Ávila, desde donde vio su Caracas por vez postrera. Dolor análogo al suyo sentía yo en esos largos años: no poder volver a los lugares y los seres queridos. Releía esas cartas empapadas de tristeza: 17 de febrero de 1846: carta a su hermano Carlos Bello.¹⁶⁸

“En mi vejez, repaso con un placer indecible todas las memorias de mi Patria (recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida). Cuántas veces fijo la vista en el plano de Caracas, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellas los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen... ¡Daría la mitad de lo que me resta de

¹⁶⁷ Pedro P. Barnola (Edit.): *El samán de la Trinidad o samán de Bello Antología*, Prólogo, compilación y notas de P. P. B., La Casa de Bello, Caracas 1981.

¹⁶⁸ Los textos completos de las cartas aquí recordadas en A. Bello: *Obras Completas, Epistolarios*, tomos XXV y XVI, 2ª. ed., La Casa de Bello, Caracas 1984. Oscar Sambrano Urdaneta recopiló y presentó los pasajes de cartas en que se recuerda a Caracas, en el volumen *Caracas en el Epistolario de Bello*, La Casa de Bello, Caracas 1979.

vida por abrazaros, por ver de nuevo el Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos de tantas personas queridas! Tengo todavía presente la última mirada que di a Caracas desde el camino de la Guaira. ¿Quién me hubiera dicho que en efecto era la última?”

En otro pasaje la misma carta, Bello recuerda la Iglesia de La Merced, que tan próxima estaba a su casa:

“¡Cuántos preciosos recuerdos me sugiere este templo y sus cercanías, teatro de mi infancia, de mis primeros estudios, de mis primeras y más caras afecciones! Allí la casa en que nacimos y jugamos, con su patio y corral, con sus granados y naranjos. Y ahora, ¿qué es de todo esto?”¹⁶⁹

Contestando una carta de Lucio Pulido, el 14 de junio de 1853, escribe Bello:

“En la de usted, de 25 de mayo último, veo una prueba del aprecio que con tan pocos títulos de mi parte hacen de mí mis compatriotas, y que en tan larga ausencia de una patria que nunca he dejado de amar, y a la que no tengo ya la menor esperanza de volver, son para mí un consuelo precioso...”¹⁷⁰

Y el 27 de mayo de 1847, le expresa a su sobrina Concha Rodríguez Bello:

“Yo me transporto con mi imaginación a Caracas. Os hablo, os abrazo; vuelvo luego en mí: me encuentro a millares de leguas del Catuche, del Guaire y del Anauco [...]. Todas estas imágenes fantásticas se disipan como el humo, y mis ojos se llenan de lágrimas. ¡Qué triste es estar tan lejos de tantos objetos queridos y tener que consolarse con

¹⁶⁹ *Caracas en el Epistolario de Bello*, p. 35.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, p. 49.

ilusiones que duran un instante y dejan clavada una espina en el alma!"¹⁷¹.

Cuando varios años después de haber regresado por fin a Chile, pude visitar Caracas, recorrí de nuevo con emoción los lugares que recorrió en los años más felices de su vida Andrés Bello; y escribí allá estas líneas:

Al retornar a los lares de Andrés Bello

Volví a la latitud donde pasé
años en lejanía y en dolor,
tratando de seguir una vez más
las huellas del poeta desterrado,
las sombras de su casa y su jardín,
donde /entre granados y naranjos
fuera hilvanando sus primeros versos.
Allí donde el verdor lozano y fresco
se esparce generoso por doquier
"y el algodón despliega al aura suave
las rosas de oro y el vellón de nieve",
y la parchita amable, perfumada,
"cuelga de sus sarmientos trepadores
nectáreos globos y franjadas flores".
Y seguí los lugares, uno a uno,
do sus años de niño transcurrieron
apacibles y plenos de promesas.

E igual como lo hiciera en mi destierro,
busqué el arroyo manso a cuya orilla
él descubriera el encanto de Virgilio,
y como entonces no lo hallé.
Mas el samán aquel, el árbol noble,

¹⁷¹ *Ibíd.*, p. 43.

de fuerte tronco y de follaje inmenso,
allí está aún, mas hoy cautivo del cemento,
prodigando su sombra como entonces,
cuando en la eterna primavera caraqueña
la juventud y la belleza sonreían
al joven poeta virgiliano.

Templo distinto se alza en los cimientos
de la iglesia que fuera su refugio,
donde del órgano la paz y la armonía
apacible belleza le entregaban.

Miré el recodo del camino viejo
de la sierra del Ávila azulada,
desde donde él miró el solar amado
y la amada ciudad de techos rojos
sin saber que sería esa visión
de su terruño la visión postrera.

(Caracas, diciembre 2004.)

El pluralismo estilístico y lingüístico de Sor Juana Inés de la Cruz

Desde hace algún tiempo, se habla mucho del Bicentenario de la Independencia, entendiéndolo por tal un aniversario de nuestro país. Se programan toda clase de obras y se anuncian grandes y costosos eventos. Pensamos que deberíamos hablar del Bicentenario de América Hispánica y no quedarnos en el marco estrecho de un país. La idea de la emancipación en los grandes precursores y libertadores estuvo ligada a la de la unidad de nuestro continente. Francisco de Miranda desde un principio pensó en una América Hispánica unida y libre. Más tarde Bolívar y otros libertadores compartieron ese ideal. Creemos que el conmemorar el año en que surgieron los gobiernos autónomos en diversos países hispanoamericanos, con hechos desde los cuales se generó el proceso independentista, debería ser ocasión para recordar las grandes figuras que dio nuestro continente y aprender de lo que sus vidas y sus obras pueden enseñarnos hoy. Figuras como Francisco de Miranda, hijo de Venezuela; Juan Pablo Vizcardo, hijo del Perú; Sor Juana Inés de la Cruz, hija de México; Juan Ignacio Molina, hijo de la tierra chilena.

Queremos hoy recordar a Sor Juana Inés de la Cruz principalmente en sus textos, que mucho nos pueden decir. Para nosotros, su nombre está enlazado con el de un inolvidable profesor, don Ricardo Latcham, y con sus clases en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. El profesor Latcham tenía la que acaso sea la mejor virtud de un maestro: despertar en los estudiantes el amor por lo que enseña. Él hacía que los alumnos nos enamoráramos de las obras literarias que nos iba descubriendo en sus clases. Él nos descubrió a Sor Juana, y al punto nos prendamos de su poesía y de su personalidad.

La poetisa mexicana (1651-1695) es, sin duda, una figura extraordinaria. Lo fue en su tiempo y lo sigue siendo. “Fue la mujer sabia, el prodigio de su época”, dice Valbuena Prat¹⁷².

En vida suya no se la vio como un ejemplo. Pero, a trescientos catorce años de su muerte, en nuestra atormentada época, cruzada por toda clase de fanatismos, por un consumismo aplastante, por la veneración del becerro de oro, por el dominio sin contrapeso del exhibicionismo mediático, sor Juana, por su vida y por su obra, constituye un ejemplo – creemos nosotros. Su conmovedor afán de conocimientos y saberes nos recuerda a otra mujer admirable, a la filósofa, matemática y sabia maestra, Hipatía¹⁷³, martirizada por el fanatismo y la intolerancia de signo cristiano. Por ese afán de saber y aprender, nos recuerda también a un hombre excepcional, a Francisco de Miranda, el primero que concibió una América Hispana libre, unida, plural. Este hombre, sin duda en palabras de Manuel Gálvez, “el más universal de los americanos”, tuvo como sor Juana la pasión de los saberes, de los libros; fue, como ella, golpeado por la intolerancia y fue censurado y enjuiciado por la Inquisición, la que en 1783 no alcanzó a hacer cumplir sus órdenes de prisión y juicio¹⁷⁴.

¹⁷² A. Valbuena Prat: *Historia de la Literatura Española*, 3ª edición, Editorial Gustavo Gili, Barcelona s. f., vol. II, p. 246.

¹⁷³ Hipatía (370-415), hija del sabio matemático Theón, último bibliotecario del Museo y último director de la sección de matemáticas. La joven rápidamente adquirió fama de sabia y llegó a tener discípulos venidos desde diversas regiones del helenismo. El año 415, al volver de sus clases, fue sorprendida por una turba de cristianos fanáticos, encabezados por el Patriarca Cirilo. Golpeada y ultrajada fue despedazada en la forma más brutal. Paradojalmente, las mejores noticias sobre ella han sido transmitidas por autores cristianos, en especial Sinesios, obispo de Cirene, el cual en sus cartas la trata de sabia maestra y le muestra una profunda admiración.

¹⁷⁴ Miranda dejó el servicio del rey el 1º de junio de 1783, huyendo clandestinamente en un barco hacia Estados Unidos. Se sustraía así a las varias órdenes de detención que pesaban sobre él, consecuencia de dos acusaciones falsas (que se demostraron tales en un largo proceso que terminó con su absolución en 1799). Sólo por increíbles demoras burocráticas, no lo alcanzaron afectar las órdenes de prisión emanadas de la Inquisición en un juicio del que Miranda no tenía conocimiento. La documentación detallada del proceso en que se acusaba a Miranda, entre otras cosas, por posesión y lectura de libros colocados en el Index, en el capítulo «Bajo el ojo de la Inquisición» de C. Bohórquez

La vida de sor Juana, 43 años y medio, se repartió entre sus libros, sus amadas lecturas, sus instrumentos musicales y científicos; sus quehaceres como religiosa de San Jerónimo; un espacio de vida social, a la que la obligó su fama de poetisa y de sabia. Trataba de dejar tiempo para ese espacio, “ese mundo de elegidos”, como escribiendo sobre Sor Juana, llamó Octavio Paz al espacio al lugar de los libros. Y dice de ese espacio: “En este mundo cambiante y feroz, hay un lugar inexpugnable: la biblioteca”¹⁷⁵. Pero cuánto le costaba a sor Juana refugiarse en la paz de ese lugar: su biblioteca, que, según todos los testimonios, fue magnífica.

Entre sus escritos en prosa, nunca dejará uno de admirar su *Carta a sor Filotea*, documento admirable, conmovedor, por el que sabemos cuán dura fue su lucha. Henríquez Ureña dice del texto que “merece tanta fama como sus mejores composiciones” y lo califica como “uno de los documentos más confortantes de la literatura española”¹⁷⁶. Ella – mujer, monja, - en pleno siglo XVII, en una colonia española, pretende saber, pretende leer y leer, escribir no sólo en el ámbito de los cantos religiosos populares, sino también en el de materias profanas, incluso en el campo de la filosofía. Era demasiado atrevimiento. Finalmente, al parecer se daría por vencida, cuando dos años antes de morir, renuncia a escribir y se desprende de sus amados libros e instrumentos musicales y científicos. Hay estudiosos, como el profesor Cedomil Goic, que estiman que lo hace presionada por la autoridad eclesiástica. Para Octavio Paz es claro: “La renuncia al saber, al final de su vida, no fue un acto voluntario; más bien, fue una humillación impuesta por las autoridades eclesiásticas después de un combate de más de dos años”¹⁷⁷.

El Padre Méndez Plancarte acoge juicios distintos, como el de Fernández Mac Grégor y el de Menéndez y Pelayo: “Y entonces sí fue santa, enfermó de caritativa. Su muerte fue corona de su vida – muy bien lo proclamó Menéndez y Pelayo-. Y “su hora más hermosa fue, sin

Morán: *Francisco de Miranda Precursor de las independencias de América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 2006.

¹⁷⁵ O. Paz: *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, 4ª ed., Seix Barral, Barcelona 1990, p. 117.

¹⁷⁶ P. Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América Hispana*, F. C. E., Bogotá 1994, p. 82.

¹⁷⁷ O. Paz, op. cit., p. 151.

duda – para todo alto espíritu, como para otra gran poetisa, Gabriela Mistral – ésta en que la postrera sor Juana¹⁷⁸, mejor que la niña milagrosa y que la monja exquisita y genial, “es grande por sobre todas”¹⁷⁹. Gabriela Mistral supone que “la monja sabia [...] debió sentir, con el desengaño de la ciencia, un deseo violento de dejar desnudos los muros de su celda de la estantería erudita”.

Pero lo que parece más verosímil si atendemos a lo que sor Juana expresa en la *Respuesta*, es que le fue impuesta esa renuncia. En ese extraordinario documento que es la *Respuesta a Sor Filotea*, Sor Juana tiene expresiones bien fuertes. Habla de “persecuciones cuantas no podré contar”. Sorprende, en realidad, la entereza de sor Juana para discutir con un jerarca de la Iglesia. Sorprende lo que se atreve a decir. Pero como anota Paz, no sabemos qué no pudo atreverse a decir¹⁸⁰

Dentro del “pluralismo” de estilos, de metros y hasta de lenguas, que caracteriza su obra, esa *Carta* no puede ser leída sin emoción. Fue escrita en 1691, casi dos años antes de que sor Juana renunciara a sus libros y sus instrumentos. Constituye, como escribe Anderson Imbert, “uno de los más admirables ensayos autobiográficos en lengua española”¹⁸¹. En realidad, no fue pensado como ensayo, ni siquiera como texto literario. Fue simplemente una respuesta a la amonestación que el obispo Manuel Fernández de Santa Cruz le había hecho por la crítica que había escrito sor Juana a un sermón del entonces famoso predicador Padre Antonio de Vieyra¹⁸². En esa carta está el testimonio y defensa de su noble pasión, la bella pasión de los libros y del saber:

¹⁷⁸ Gabriela Mistral: “Semblanza de Sor Juana”, en *Lecturas para mujeres*, Cultura, México 1924.

¹⁷⁹ A. Méndez Plancarte: “Introducción” a *Obras Completas de Sor Juana Inés de la Cruz I Lírica personal*, 1ª reimpresión, Edición, prólogo y notas Alfonso Méndez Plancarte, F. C. E., México 1976.

¹⁸⁰ La tortura como método en los interrogatorios y la hoguera para los condenados eran una realidad. En 1680, con ocasión del ascenso al trono de Carlos II (en homenaje a quien sor Juana debió escribir un poema laudatorio), se quemó vivas a una treintena de personas, en un auto de fe, horrible suplicio que, como en otras oportunidades, fue un espectáculo masivo.

¹⁸¹ A. Imbert: *Historia de la literatura hispanoamericana*, F. C. E., México 1954, p. 65.

¹⁸² Ese escrito fue publicado en México en 1690 por el obispo de Puebla, sin consultar a sor Juana, con el título de *Carta Atenagórica*.

“No puedo decir lo que con envidia oigo a otros que no les ha costado afán el saber: dichosos ellos. A mí, no el saber (que aún no sé), sólo el desear saber me ha costado gran trabajo [...]. Contra la corriente han navegado (o por mejor decir, han naufragado) mis propios estudios”.

“Han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio. Una vez lo han conseguido con una prelada muy santa y muy cándida, que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar), en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cabe debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal”¹⁸³.

“Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar (que fuera en mí desmedida soberbia), sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento”.

“Desde que me rayó la primera luz de la razón, fue tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones – que he tenido muchas – ni propias reflejas – que he hecho no pocas -, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí”.

“Proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí era un descanso en todos los ratos que sobran a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y la explicación del maestro”.

“Y así no es disculpa ni la doy por tal, el haber estudiado diversas cosas, pues éstas antes se ayudan, sino que el no haber aprovechado ha sido ineptitud mía y debilidad de mi entendimiento, no culpa de la variedad. Lo que si pudiera ser descargo mío es el sumo trabajo no sólo en carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y

¹⁸³ “Carta a Sor Filotea de la Cruz”, en Sor Juana Inés de la Cruz: *Obras Completas*, Prólogo F. Monterde, 15ª ed., Editorial Porrúa, México 2007, pp. 837-838

ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro mudo, por discípulo un tintero insensible; y en vez de aplicación y ejercicios, muchos estorbos, no sólo los de mis religiosas obligaciones [...], sino de aquellas cosas accesorias de una comunidad: como estar yo leyendo y antojárseles en la celda vecina tocar y cantar; estar yo estudiando y pelear dos criadas y venirme a constituir juez de su pendencia; estar yo escribiendo y venir una amiga a visitarme, haciéndome muy mala obra con muy buena voluntad [...]. Y esto es continuamente, porque como los ratos que destino a mi estudio son los que sobran de lo regular de la comunidad, esos mismos les sobran a las otras para venirme a estorbar; y sólo saben cuánta verdad es ésta los que tienen experiencia de vida en común, donde sólo la fuerza de la vocación puede hacer que mi natural esté gustoso, y el mucho amor que hay entre mí y mis amadas hermanas”.

“¡Y que haya sido tal esta mi negra inclinación, que todo lo haya vencido!¹⁸⁴!”

Después de mencionar “las persecuciones cuantas no podré contar”, se queja de aquellos que, deseando su bien, esgrimen eso de que “No conviene el estudio a la santa ignorancia” o aquello de que “mulieres in Ecclesia taceant”. Y busca la causa de que la censuren por escribir poesía: “Pero si vuelvo los ojos a la tan perseguida habilidad de hacer versos – que en mí es tan natural [...], viéndola condenar a tantos y a acriminar, he buscado muy de propósito cuál sea el daño que puedan tener, y no le he hallado, antes sí los veo aplaudido en las bocas de las Sibilas, santificados en las plumas de los Profetas [...]”. Y a continuación recuerda los poemas que contiene la Biblia y no deja de mencionar a la Virgen por el himno conocido por la primera palabra de su traducción latina, el “Magnificat”.

Nos admira la variedad de géneros, estilos, registros lingüísticos, en que escribió Sor Juana, y la cantidad de obras que dejó, pese a no haber sido larga su vida (escribió hasta los 42 años), y a que sólo podía tomar la pluma en ratos hurtados al descanso después de sus deberes.

¹⁸⁴ *Ibíd.*, pp. 829, 830, 833, 834.

Prosa, teatro profano, teatro sagrado, el vasto poema *El Sueño*, sonetos, romances epistolares, populares, sacros, romancillos, endechas, redondillas, letras para cantar, epigramas, décimas, villancicos de variados ritmos, loas. Y en los villancicos, el lenguaje va desde el castellano popular, hasta el latín, desde la lengua de negros hasta el náuatl de los indios; desde el portugués al vascuence. En estos usos, como anota Octavio Paz, “no la mueve un nacionalismo poético, sino todo lo contrario: una estética universalista y que se complace en recoger todos los pintoresquismos y todas las particularidades”¹⁸⁵. Pensamos que esta estética universalista integra una posición humanista, igual que su apasionada defensa del derecho de la mujer a estudiar, a saber y hasta a enseñar. Varios autores han destacado la vena popular de Sor Juana: “Puede decirse que los ritmos, tonos y acentos que se oían por las calles de México, como eco de la vida popular de la ciudad, atrajeron su curiosa atención con no menor viveza que los primores estilísticos del culteranismo”. Y Méndez Plancarte apunta esta sugerencia: “Su alma va al pueblo y se transforma en su verbo, llora, canta y ríe todo a un tiempo... y forja el alma de México, no sin que destellen respecto a los negros esclavos y a los indios, relámpagos de las futuras y necesarias reivindicaciones, que una piedad redentora ilumina”¹⁸⁶. En los villancicos es donde más se ve diversidad de formas populares que agradan a la poetisa. En ellos vemos la ensalada, ensaladilla o ensaladica, que “suele constar de tres o cuatro poesías en forma de villancicos, jácaras, letrillas o romancillos relativos al mismo asunto. Se dan en estos conjuntos las composiciones que Sor Juana gustó de poner en boca de indios, negros, vascos y portugueses, imitando sus respectivas lenguas. Entran también en las ensaladas la mayor parte de las poesías que la autora redactó en latín”.

En cuanto a estilo, como expresa Anderson Imbert, “sintetizó todas las corrientes apreciadas y practicadas en la primera mitad del

¹⁸⁵ O. Paz, op. cit., p.85.

¹⁸⁶ A. Méndez Plancarte: “Introducción” a *Obras Completas de Sor Juana Inés de la Cruz I Lirica Personal*, 1ª reimpresión, F. C. E., México 1976, p. XXXIII.

siglo XVII: tradicionales, renacentistas y barrocas, populares, cultas y vulgares”¹⁸⁷.

Navarro Tomás destaca la riqueza y variedad de su versificación: “En la segunda mitad del siglo XVII, mientras declinaba en España la rica polimetría desplegada en la versificación de la lírica y del teatro del Siglo de Oro, sor Juana Inés de la Cruz empleaba en sus obras una variedad de metros y estrofas apenas igualada por ningún otro poeta anterior”¹⁸⁸. Y después de estudiar la amplísima gama de las formas métricas de sor Juana, concluye: “En suma, las poesías de sor Juana revelan un perfecto dominio de la técnica del verso”¹⁸⁹.

El Sueño

Esta silva, poema de 975 versos endecasílabos y heptasílabos, en palabras de Anderson, “está construida con un pensamiento sistemático: el alma, gracias al sueño nocturno, se encumbra para alcanzar en un solo raptó la visión de todo lo creado y, fracasada, regresa para ahora, con más humildad, emprender el conocimiento conceptual, metódico, de lo simple a lo complejo, no sin dudas, contradicciones, escrúpulos y miedos, hasta que ella despierta y abre los ojos al mundo iluminado por el sol del nuevo día”¹⁹⁰. Se ha dicho que *El Sueño* es el correlato poético de la *Carta*: en “el se cuenta el vuelo del alma hacia los conocimientos, mientras que en la *Carta* sor Juana cuenta su sed de ellos y su lucha por ellos. Este es un sueño de ascensión, de *anábasis*, no de *katábasis*, de descenso al mundo de los muertos como dos grandes poemas del pre Renacimiento y del Renacimiento griego cretense; ni un sueño pedagógico, como hubo muchos en la tradición literaria universal.

Creemos que realmente es una obra maestra. Cada vez que uno la relee se convence más de esto. Verdad es que necesita de notas y que un resumen, como el que hicieron Karl Vossler y Méndez Plancarte, ayuda para la lectura. Ayuda el considerar en él estas doce secciones: *La invasión de la noche*, *El sueño del cosmos*, *El dormir humano*, *El sueño de la intuición*

¹⁸⁷ E. Anderson Imbert, op. cit., p. 69.

¹⁸⁸ T. Navarro T.: “Los versos de Sor Juana”, en Goic: *Historia y crítica...*, p. 281.

¹⁸⁹ *Ibíd.*, loc. cit.

¹⁹⁰ *Ibíd.*, p. 69.

universal, Intermezzo de las pirámides, La derrota de la intuición, El sueño de la omnisciencia metódica, Las escalas del ser, La sobriedad intelectual, La sed desenfrenada del saber, El despertar humano, El triunfo del día. No es primera gran obra que necesita notas. A Homero, a Dante al Fausto de Goethe, los leemos con notas. También las necesitan no pocos poemas de Kavafis y obras de muchos otros autores.

Karl Vossler que tradujo el poema y lo estudió especialmente, y aunque lo califica en lo formal de “un renuevo de las *Soledades* de Góngora”, apunta en él diversas resonancias y notables anticipos:

“Un único caso – no sólo grandioso sino harto elocuente – me es conocido de continuación evolutiva de la poesía gongorina de la soledad: el gran poema onírico *Primero Sueño*, compuesto el año 1690 en el convento jerónimo de México por la genial monja Juana Inés de la Cruz. Exteriormente aparece por de pronto este *Sueño* como un renuevo de las *Soledades*. Pero, atendiendo a su más hondo sentido, puede decirse que es éste un canto del incipiente apremio de investigación científica, en el que ha de verse una alusión, anticipada y presentida, a las creaciones poéticas de la Ilustración [...]. Hasta percibimos las primeras resonancias de acentos prometeicos y fáusticos. La oscuridad del estilo y la manera cultista adquieren aquí una significación nueva, más intensa y más profunda, en virtud de la fresca seducción del ansia de sabiduría y de los enigmas de la naturaleza atisbados con maravilla. La curiosidad del solitario y sensible peregrino de amor desdichado se depura y se eleva al *thaumazein* y a impulsos científicos de conocimiento. Se conjugan admirablemente el esfuerzo del espíritu, que con fatiga va irguiéndose, y el trezado rebuscamiento del lenguaje y su oscuridad que se ilumina desde dentro. Lo en Góngora adormecido y llevado a la deriva en el embozo de una inextinguible sed de belleza, se estremece ya aquí, despierto: trabaja ya como espíritu filosófico”¹⁹¹.

Sobre el contenido de *El sueño*, escribe Vossler: “El motivo fundamental del poema todo se destaca perfectamente: Yo lo resumiría diciendo que es un asombro ante el misterio cósmico de los fenómenos,

¹⁹¹ K. Vossler: *La poesía de la soledad en España*, Traducción Ramón de la Serna, Editorial Losada, Buenos Aires 1946, pp. 152-153.

del hombre y del mundo”¹⁹². Ezequiel Chávez dice de esta obra que es “poesía sutil y luminosa de la más grande originalidad y fuerza”¹⁹³. Y Juan Navarro escribe: “Donde este ingenio grande se remontó aun sobre sí mismo es en este *Sueño*, por más que ha menester ingenio bien despierto quien hubiere de descifrarlo”¹⁹⁴.”

Queremos compartir con ustedes brevemente algunas lecturas, relecturas a las cuales muchas veces hemos vuelto. En homenaje a la limitación del tiempo, dejamos de lado el teatro de sor Juana y sólo recordamos que Vossler escribió que “su Divino Narciso es de lo más bello que la literatura española puede presentar en el género de los autos sacramentales”¹⁹⁵.

En el tan breve fragmento de *El Sueño* que leeremos, encontramos tres expresiones que pueden producir dificultad de comprensión: la “diosa triforme”, es Selene, la Luna, con sus tres fases; el “convexo” es la superficie exterior de la esfera de la luna; la palabra “exentas” está aquí en su sentido, hoy arcaico, de libres, liberadas. La inicial del poema es novedosa: la oscuridad va desde la tierra al cielo; la noche no cae sobre la tierra, sino avanza desde ésta hacia lo alto. Exactamente lo contrario de la idea que tan bellamente expresó Virgilio en la primera *Égloga*: “maioresque cadunt altis de montibus umbrae” y mayores caen las sombras desde los altos montes.

El sueño

Piramidal, funesta, de la tierra
nacida sombra, al Cielo encaminaba
de vanos obeliscos punta altiva,
escalar pretendiendo las Estrellas;

¹⁹² K. Vossler: Estudio sobre *El Sueño*, reproducido sin título en P. Henríquez Ureña (¿): “Introducción” a *Sor Juana Inés de la Cruz: Obras Escogidas*, 8ª edición, Espasa-Calpe Argentina, México 1951, p. 32.

¹⁹³ E. A. Chávez: *Ensayo de psicología de Sor Juana...* (1931), cit. por A. Méndez Plancarte, op. cit., p. LXI, nota 53.

¹⁹⁴ J. Navarro: “Censura del Segundo Volumen de Sor Juana” (11692), cit. por A. Méndez Plancarte, op. cit., p. LXIV, nota 7°.

¹⁹⁵ K. Vossler, en el “Estudio...” a que se refiere la nota 16, p. 38.

si bien sus luces bellas
- exentas siempre, siempre rutilantes –
la tenebrosa guerra
que con negros vapores le intimaba
la pavorosa sombra fugitiva
burlaban tan distantes,
que su atezado ceño
al superior convexo aun no llegaba
del orbe de la Diosa
que tres veces hermosa
con tres hermosos rostros ser ostenta,
quedando sólo dueño
del aire que empañaba
con el aliento denso que exhalaba;
y en la quietud contenta
de imperio silencioso,
sumisas sólo voces consentía
de las nocturnas aves,
tan oscuras, tan graves,
que aun el silencio no se interrumpía.

Sonetos

De los sonetos de Sor Juana, no pocos de los cuales están entre los más perfectos de nuestra lengua castellana, leamos al menos dos:

Detente, sombra...

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si el imán de tus gracias atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero

si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes, satisfecho,
de que triunfa de mí tu tiranía:
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía

Desmiente elogios a su retrato

Éste que ves, engaño dolorido,
que del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;

éste en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,

es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:

es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Fragmento de un romance

Ya que para despedirme,
dulce idolatrado dueño,
ni me da licencia el llanto

ni me da lugar el tiempo,
háblenle los tristes rasgos,
entre lastimosos ecos
de mi triste pluma nunca
con más justa causa negros.
Y aun ésta te hablará torpe
con las lágrimas que vierto,
porque va borrando el agua
lo que va dictando el fuego.
Hablar me impiden mis ojos;
y es que se anticipan ellos
viendo lo que he de decirte,
a decírtelo primero
Oye la elocuencia muda
que hay en mi dolor, sirviendo
los suspiros de palabras,
las lágrimas de conceptos.
Mira la fiera borrasca
que pasa en el mar del pecho,
donde zozobran, turbados,
mis confusos pensamientos [...].

Fragmento de una glosa en décima

Aquí encontramos la palabra “campar”, que tiene el sentido de “sobresalir”, “destacar”.

Rosa que al prado, encarnada,
te ostentas presuntuosa
de grana y carmín bañada:
campa lozana y gustosa;
pero no, que siendo hermosa
también serás desdichada.

¿Ves, de tu candor, que apura

el Alba el primer albor?
Pues tanto el riesgo es mayor
cuanto es mayor la hermosura.
No vivas de ella segura:
que si consientes, errada,
que te corte mano osada
por gozar beldad y olor,
en perdiéndose el color
también serás desdichada.

Villancicos para San Pedro Nolasco, año 1677. Ensaladilla del villancico VIII.

A los plausibles festejos / que a su fundador Nolasco
la Redentora Familia / publica en justos aplausos,
un Negro que entró en la Iglesia, / de su grandeza admirado
por regocijar la fiesta / cantó al son de un calabazo:

Hoy dici que en las Melcede / estos Parre Mercenaria
hace una fiesa a su Païre, / ¿qué fiesa? como su cala.

Eya dici que redimi: / cosa parece encantala,
porque yo la Oblaje vivo / y las Parre no mi saca...
El Santo me lo perrone, / que so una malo hablala...

Siguióse un estudiantón, / de bachiller afectado,
que escogiera antes ser mudo / que hablar en castellano:

Hodie Nolascus divinus / in Caelis est collocatus.
- Yo no tengo asco del vino, / que antes muero por tragarlo.

Uno mortuo Redemptore, / alter est Redentor natus.
Yo natas buenas bien como, / que no he visto buenos natos.

Amice, tace: nam ego / non utor sermone Hispano.

¿Qué te aniegas en sermones? / Pues no vengas a
escucharlos...

Púsolos en paz un indio, / el cual en una guitarra,
con ecos desentonados, / cantó un Tocatín mestizo
de Español y Mejicano:

Los Padres bendito / tienen un Redentor
amo nic neltoca / quimati no Dios.

Sólo Dios Piltzintli / del cielo bajó
y nuestro tlatlácol / nos lo perdonó...

En el villancico para la Asunción, en 1676, encontramos una
canción completa en lengua náhuatl. En la Introducción, un grupo de
mejicanos, entra cantando:

Los mejicanos alegres
también a su usanza salen,
que en quien campa la lealtad
bien es que el aplauso campe;
y con las cláusulas tiernas del mejicano lenguaje,
en un Tocatín sonoro
dicen con voces süaves:
Tla ya timohuica,
totlazo Zuapilli,
maca ammo, Tonatzin,
titech moilcahuilliz...

Villancicos para Santa Catalina, en 1691.

Sor Juana recuerda a esta santa, al igual que a Hipatía, como
sabia, casta y bella, y le dedica algunos de sus más hermosos villancicos.
Tanto Hipatía como Catalina fueron mártires, aquella del fanatismo de
cristianos, ésta del fanatismo de paganos. Imposible no pensar también
en la poetisa mexicana cuando se evoca a esas mujeres: también sor

Juana fue sabia, casta y bella; y sufrió su propio martirio: el dejar sus amados libros.

Estribillo

Aguas puras del Nilo, / parad, parad,
y no le llevéis / el tributo al mar,
pues él vuestras dichas / puede envidiar.
¡No, no, no corráis, / pues ya no podéis
aspirar a más! / ¡Parad, parad!

Copla

Sosiega, Nilo undoso, / tu líquida corriente;
tente, tente / párate a ver gozoso
la que fecunda, bella, / de la tierra, del cielo, Rosa, estrella.
Tu corriente oportuna / que piadosa moviste,
viste, viste / que de Moisés fue cuna,
siendo arrullo a su oído
la onda, la espuma, el tumbo y el sonido.
A ésta, Nilo sagrado, / tu corriente sonante
cante, cante, / y en concierto acordado
tus ondas sean veloces / sílabas, lenguas, números y voces.

Décimo villancico para Santa Catalina, 1691 (cuatro heptasílabos y un endecasílabo).

Alejandrina Rosa / que a jardines eternos,
libre de los inviernos, / te trasladaste hermosa:
por ti lloramos, míranos piadosa.

Azucena fragante / que el Nilo regó undoso,
y en su margen frondoso / descollante triunfante,
dando al Cielo purezas tu semblante.

Estrella matutina / que, del Sol precursora,
los que él collados dora, / tu esplendor ilumina
de luz más apacible, más divina [...].

Egipcia generosa: / rama siempre florida,
de estirpe esclarecida, / de prosapia gloriosa;

en fin, divina Catarina hermosa.

Éstos, oh Virgen bella, / que observó la memoria,
son nombres que en tu historia / el tuyo dulce sella:
que eres Rosa, Azucena, Luna, Estrella.

El villancico II tiene un tono ligero, casi juguetón. He aquí el estribillo y algunas estrofas:

¡Esto sí, esto sí, / esto sí que es lucir,
cándido el Clavel, / purpúreo el Jazmín!
¡Esto sí, esto sí, / esto sí que es lucir!

Coplas

Rosa Alejandrina, / que llegas a unir
la palma y laurel, / blanco y carmesí.
¡Esto sí que es lucir!

Al cándido velo, / por galán matiz
diste de tu sangre / arreboles mil.
¡Esto sí que es lucir!

De otro Nilo a cuenta / está tu vivir
que ignora principio / y no tiene fin.
¡Esto sí que es lucir!

Tú, que ya cortada / del bello pensil,
sabes su fragancia / mejor esparcir,
¡esto sí que es lucir!

Tu triunfo mayor / fue que el de Judith:
que aquél fue matar, / y éste fue morir.
¡Esto sí que es lucir!

Vive, pues prudente / supiste adquirir,
con un vivir breve / eterno vivir.
¡Esto sí que es lucir!.

Villancico V de los que se cantaron en la Catedral de México en la festividad de la Purísima, en 1676.

¡Al jardín, hortelanos, / al campo labradores,
y veréis en el campo y entre flores,
una Rosa sin recelo / de que la marchite el hielo
ni la abrasen los ardores!

Sin espinas de pecado / veréis que preside al prado,
sin mancilla / tan hermosa,
que siendo del cielo Rosa / es del prado Maravilla.

Villancico IV de los que se cantaron en la Catedral de Puebla en Navidad de 1678.

Aquella Flor del campo / de azules esplendores,
nace de una azucena / como un niño de flores.
En el pensil más yerto / de un portalico pobre,
sus hojas de escarlata / más ciñe que descoge.
Encarnada hermosura / de limpios tornasoles,
da a lo pajizo galas / y a lo tierno favores.
Y aunque puntas le tiran / los copos de la noche,
ni sus claveles ajan / ni sus jazmines rompen.
Una fecunda Virgen / en su arrullo le acoge
por joya de su pecho y flor de sus albores.

Joyas poéticas hay en no pocos villancicos, como en los que se cantaron en **Navidad en la Catedral de Puebla en 1689**, del quinto de los cuales tomamos el estribillo:

Pues mi Dios ha nacido a penar, / déjenle velar.
Pues está desvelado por mí, / déjenle dormir.
Déjenle velar, / que no hay pena en quien ama,
como no penar.

Déjenle dormir, / que quien duerme, en el sueño
se ensaya a morir.
Silencio, que duerme. / Cuidado que vela.
¡No le despierten, no! / ¡Sí le despierten, sí!
¡Déjenle velar! / ¡Déjenle dormir!

Octosílabos latinos

Illa quae Dominum Coeli / gestase in utero digna,
et Verbum divinum est / mirábiliter enixa:
cuis ubera puella / lac dédere benedicta
et vox conciliavit somnum / davídica dulcior lyra.
Quae subiectum habuit Illum / materna sub disciplina,
coeli quem trementes horrent / dum fulmina iratus vibrat.
[...] Vident súperi acendentem, / et admirantium ad instar,
ad instar concelebrantium, / alterna quaerunt laetitia :
- ¿Quae est Ista? ¿Quae est Ista,
- quae de deserto ascendit sicut virga,
- stellis, sole, luna pulchior ? - ¡María !

La que del cielo al Señor / llevar mereció en su vientre,
y al Verbo divino a luz / dio maravillosamente;
la que a sus pechos benditos / dio al Pequeñuelo su leche,
y lo arrulló cual la lira / de David más dulcemente;
la que en filial sumisión / tuvo al que rayos ardientes
vibra airado, ante Quien trémulos / los cielos se
empavorecen.
[...] Los de arriba la contemplan / subir, y alternadamente
se preguntan y responden, / con pasmo y júbilo ardientes:
¿Quién es Ésta? ¿Quién es Ésta?
que del desierto ascendió cual tierna rama,
más bella que estrellas, que el sol y la luna?
- ¡María!

En el II villancico de la Asunción de 1679, hay hexasílabos latinos combinados con castellanos:

Divina María, / rubicunda Aurora
matutina Lux, / puríssima Rosa.
Luna, quae diversas / illustrando zonas,
peregrina luces, / eclipses ignoras.
Angélica Scala, / Arca prodigiosa,
pacífica Oliva, / Palma victoriosa [...]
Tu sustentas, pía, / gentes quae te implorant,
dispensando gratias / ostentando glorias [...].
Tristes te invocamus: / concede gloriosa,
gratias quae te illustrent, / dotes quae te adornant.

Bibliografía:

Textos:

Obras Completas de Sor Juana Inés de la Cruz I Lirica personal, 1ª reimpresión.

Edición, prólogo y notas Alfonso Méndez Plancarte, F. C. E., México 1976.

Sor Juana Inés de la Cruz: Obras Escogidas, 8ª edición, Espasa-Calpe México Argentina 1951.

Estudios:

Anderson Imbert, A.: *Historia de la literatura hispanoamericana*, F. C. E., México 1954.

Chang-Rodríguez, R. y Willamsen, V. S.: "Las comedias de Sor Juana", en C. Goic: *Historia y crítica...*

Delgado, Jaime: "La hipérbasis en el 'Primero Sueño'", en C. Goic: *Historia y crítica...*

Goic, Cedomil: *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana I Época colonial*, Editorial Crítica, Barcelona 1988.

Navarro T., Tomás: "Los versos de Sor Juana", en Goic: *Historia y crítica*. 275-280.

Méndez Plancarte, A.: "Introducción" a *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz I Lirica personal*, F. C. E., México 1976.

Menéndez y Pelayo, M.: *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid 1911, vol. I.

Mistral, Gabriela: "Silueta de Sor Juana (Fragmento de un estudio)", en *Lecturas para mujeres*, 7ª edición, Editorial Porrúa, México 1988.

Monteverde, Francisco: "Prólogo" a *Sor Juana Inés de la Cruz Obras Completas*, 15ª edición, México 2007.

Parker, A. A.: "Las fuentes calderonianas de El Divino Narciso de Sor Juana Inés de la Cruz", en C. Goic: *Historia y crítica...*

Pascual Buxó, José: "Sor Juana: vida, obra y sociedad, según Octavio Paz", en C. Goic: *Historia y crítica*. 296-305.

Paz, O.: *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, 3ª edición, Seix Barral, Barcelona 1989.

Valbuena Prat, Á.: *Historia de la Literatura Española*, 3ª. ed., Editorial Gustavo Gil, Barcelona, s. f.

Vossler, K.: Estudio sobre *El Sueño*, reproducido sin título en P. Henríquez Ureña (j): "Introducción" a *Sor Juana Inés de la Cruz: Obras Escogidas*, 8ª edición, Espasa-Calpe Argentina, México 1951.

Vossler, K.: *La poesía de la soledad en España*, Traducción Ramón de la Serna, Editorial Losada, Buenos Aires 1946.

¿Qué nos enseña el Abate Molina?

La gran lección de Juan Ignacio Molina es su dedicación continua al estudio, a un estudio hecho con amor, con amor al estudio y con amor a su patria, Chile, y a América. Desde muy niño, junto a su padre, estudió la naturaleza. Luego continuó ese trabajo en sus períodos de vacaciones, durante los años de escolar. Lo mismo siguió haciendo después de haber ingresado, a los 15 años de edad, a la Compañía de Jesús, aprovechando los lugares en que se desarrollaba la formación: Hacienda Carén, Bucalemu, Talca, Concepción. Como afirma el Padre Julio Jiménez, sus observaciones “no sólo eran metódicas, hechas con meticuloso examen de las características más técnicas indispensables para la exacta descripción y clasificación científica de plantas y animales [...], sino que incluso comprendían ya desde entonces una propiamente dicha clasificación sistemática seriamente científica”¹⁹⁶. Los doce años que median entre la entrada a la Compañía y la fecha de la expulsión, 1767, fueron dedicados a los intensos estudios propios de su formación como jesuita. Pero no por ello, dejaba de estudiar otras materias y continuar sus observaciones de la naturaleza. Como escribe Rodolfo Jaramillo: “Durante su vida en Chile, Juan Ignacio Molina se dio increíble tiempo para abordar en profundidad – dedicando a ello horas extraordinarias, días feriados y períodos de vacaciones – muchos otros estudios modernos, que emprendió y asimiló en forma absolutamente autodidacta: la física de Newton difundida por Musschenbrock, la química de Boerhaave, la zoología de Brisson, la botánica de Tournefort y Linneo, la mineralogía y geología de Waller y Bomaré, la altas matemáticas de Euler, la filosofía de Gassendi y Descartes, astronomía, historia y geografía, y en idiomas – además del latín y del griego de los que llegó a tener el más amplio dominio [...], francés italiano y

¹⁹⁶ J. Jiménez Berguecio: *El Abate Molina humanista clásico y sabio cristiano*. Universidad Católica de Chile, Santiago 1974, p. 70.

mapuche”¹⁹⁷. El 23 de octubre de 1767, es detenido como miles de sus hermanos de Chile y de América, y enviado a Valparaíso para ser embarcado, dejando su patria para siempre el 3 de febrero de 1768, e iniciando un destierro de más de sesenta años. Sus apuntes para una *Historia Natural de Chile* le fueron requisados. Al igual que sus hermanos, prosiguió estudiando en el largo y azaroso viaje. Y en Italia, en Imola, a donde los jesuitas chilenos llegaron sólo en febrero de 1769, prosiguió los estudios de su carrera sacerdotal. Logró ordenarse y finalmente hacer sus votos el 15 de agosto de 1773, después de 18 años de estudios. Al día siguiente, la orden fue extinguida por el Papa Clemente XIV. Molina fue uno entre los miles de jesuitas entregados al desamparo y la desesperanza.

Ese mismo año, Molina se fue a Bolonia, donde viviría 56 años, hasta su muerte en 1829. Allí tomó la decisión de seguir estudiando y fue alumno de nuevo en ese centro del saber, que eran la Universidad de Bolonia, la más antigua de Europa, y el Instituto de las Ciencias. Y para poder estudiar, enseñó¹⁹⁸.

Y he aquí la segunda gran enseñanza de Juan Ignacio Molina: su dedicación a la docencia. Enseñó a través de sus cuatro grandes obras y a través de sus dieciséis *Memorias* a la Academia de Bolonia. Y enseñó cada día, como lo destaca Antonio Santágata en *De vita et doctrina Ioannis Ignatii Molinae, chilensis*, biografía publicada en 1845, 16 años después de la muerte del Abate: “El oráculo de los sabios, el hombre más eminente del Instituto de Italia, aquel que dedicaba a los príncipes obras de gran mérito, ese mismo explicaba diariamente y daba lecciones de rudimentos de gramática latina, de retórica, de poética, de geografía o de historia a una juventud tierna y numerosa, y a cuya capacidad se acomodaba con tanta benevolencia que jamás se le notó de mal humor”¹⁹⁹. Es de hacer

¹⁹⁷ R. Jaramillo. “Juan Ignacio Molina, primer científico nacional”, introducción a J. Ignacio Molina: *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile* (Bolonia 1810), Traducción, prólogo y notas Rodolfo Jaramillo, Ediciones Maule, Santiago 1987, p. XXXII.

¹⁹⁸ R. Jaramillo: *La más importante obra poética juvenil del Abate Juan Ignacio Molina Elegías latinas de la viruela, 1761*. Ediciones “Nihil Mihi”, Santiago 1976, p. 20.

¹⁹⁹ Cit. Por H. Briones Toledo: *El Abate Juan Ignacio Molina Ensayo crítico-introductorio a su vida y obra*, Editorial Andrés Bello, Santiago 1968, p. 73.

notar que enseñaba gratuitamente a los niños pobres y cobraba a los de familias ricas.

Otra gran enseñanza del Abate Molina fue la de transformar el dolor por la pérdida de su patria en la gran obra para darla a conocer. Así, en palabras de Rodolfo Jaramillo, “lejos de la patria que constituía todo su sentir, toda su inspiración, ascendiendo lenta pero seguramente en sabiduría y en estimación ciudadana, transcurrió más de medio siglo. En los primeros diez años, Molina dio cima a su gran obra descriptiva de Chile y con ella alcanzó fama europea”²⁰⁰.

Y que no dejó nunca de estudiar y de aprender, lo muestra el hecho de que a los 85 años de edad, ante la prohibición de préstamos domiciliarios por la Biblioteca de la Universidad, el 19 de noviembre de 1825, el Abate dirige una petición al cardenal encargado de ella, para que se permita que se le lleven libros en la casa, ya que tiene muchas dificultades para caminar.

Y quiso hacer partícipes a los jóvenes chilenos de su afán pedagógico, dejando su herencia para la creación de un Instituto para la formación integral en su ciudad amada, Talca. Su legado se materializó en el Liceo de Talca, en cuyo frontis se alza hoy su estatua. Así, ya que no pudo enseñar en su patria, contribuía al menos a la formación de los jóvenes chilenos.

Considerando la limitación del tiempo, nos referiremos a dos o tres aspectos de su obra. En el *Ensayo sobre la historia natural del reino de Chile* de 1782, hallamos un elogio de su país lejano. En el “Prefacio” leemos:

“La Europa vuelve al presente toda su atención hacia la América, deseando conocer con erudita curiosidad la diversidad de sus climas, la estructura de sus montes, la naturaleza de sus fósiles, la forma de sus vegetales y de sus animales, las lenguas de sus habitantes; y en suma, todo lo que puede empeñar su atención en aquellas varias regiones, entre las cuales, por testimonio de los autores que escriben de aquella parte de nuestro globo, es el Reino de Chile una de las más considerables, cuanto

²⁰⁰ R. Jaramillo, op. cit., p. 21.

por haber salido dotado de las manos de la naturaleza con parcialidad y con particular cuidado; y porque, sostenida y favorecida de las delicias del clima, ha esparcido allí con prodigalidad sus mejores dones, exentos por la mayor parte de aquellas incomodidades que suelen acompañarlos en otros parajes.

“Este país es, por decirlo así, la Italia, o más bien el jardín de la América meridional, en donde brilla con la misma perfección y abundancia que en la europea todo cuanto se puede apetecer para disfrutar una vida cómoda; pues hallándose situada la porción más considerable bajo los mismos grados de latitud, goza de los mismos climas; y extendiéndose al modo de esta mucho más a lo largo que a lo ancho, tiene la proporción necesaria para recibir y madurar todo género de producciones apetecibles. Los Andes, llamados por otro nombre la Cordillera, que le circuyen por el oriente, que hacen las veces de los Alpes y de los Apeninos, encaminándole igualmente que éstos un gran número de ríos para que amenicen y fertilicen sus campos [...]”²⁰¹.

Y en ese elogio, hay palabras de reconocimiento para el pueblo araucano: sus costumbres, su lengua y su lucha por la libertad:

“Pero, a pesar de esto, se conoce todavía con mucha superficialidad un país tan apreciable, que no menos en la parte física que en la política presenta varios hechos dignos de consideración, y apenas se encuentra hecha mención de alguna de sus producciones en las obras de los autores que tratan en la actualidad de las cosas criadas que yacen esparcidas en las varias regiones de toda la tierra: de manera que la índole, las costumbres y el armonioso lenguaje de sus antiguos habitantes yacen tan ignorados como los maravillosos esfuerzos con que han procurado defender su libertad con tantas batallas como han dado desde el principio de la conquista hasta nuestros días”²⁰².

²⁰¹ *Saggio sulla storia naturale del Chili*, Bolonia 1782. Traducido como *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Traducción D. de Arquellada, Madrid 1788, pp. III-IV.

²⁰² *Ibíd.*, p. V.

Y más adelante, al comenzar la materia de “Historia geográfica”, reitera el elogio:

“El Reino de Chile es uno de los mejores países de toda la America; pues la belleza de su cielo y la constante benignidad de su clima, que parece que se han puesto de acuerdo con la fecundidad y riqueza de su terreno, le hacen una mansión tan agradable, que no tiene que envidiar ningún dote natural de cuantos poseen las más felices regiones de nuestro globo”²⁰³.

En la segunda edición, 1810, del *Ensayo sobre la historia natural del Reino de Chile*, que, como se ha observado es una verdadera obra nueva, Molina, se refiere a la motivación de su trabajo: el desconocimiento de su país en Europa:

“El *Ensayo sobre la Historia Natural del Reino de Chile*, aparecido en el año 1782, no fue otra cosa que un sucinto compendio de las observaciones hechas por mí, acerca de los seres pertenecientes a los tres Reinos de la Naturaleza que existen en ese país [...]. Pese a las ventajas con que la naturaleza se complace en distinguirlo entre tantas otras regiones célebres, Chile era entonces, por así decirlo, completamente desconocido en Italia. El amor que naturalmente inspira la patria me indujo a proporcionar alguna idea sobre ella. Lo hice del modo que me era posible realizarlo, dada la gran distancia que me separaba de los objetos que debían ser representados. Afortunadamente, en ese tiempo me llegó parte de mis manuscritos, perdidos anteriormente en la precipitación y peripecias de mi viaje”²⁰⁴.

Fue un hombre de pensamiento libertario, que anheló hasta el fin de su vida poder volver a su patria. Claudio Ferrari, uno de sus discípulos recuerda: “Se entretenía hablando con sus compañeros sobre

²⁰³ *Ibíd*em, p. 15.

²⁰⁴ J. I. Molina: *Ensayo sobre la historia natural de Chile*, 1810, Traducción, prólogo y notas Rodolfo Jaramillo, Ediciones Maule, Santiago 1987, p. 3.

las maneras de lograr la independencia de su país. Molina siempre tuvo dentro de sí un espíritu libertario”.

A propósito de un autor que lo nombra como viajero, Molina escribe: “Sonnini me honra a menudo con el título de viajero. Yo no he hecho ningún viaje a Chile: sí lo haría con mucho agrado. Tuve la suerte, o más bien la desgracia, de haber nacido allí, como a menudo lo indiqué en mi *Ensayo*. No por eso me arrepiento o me avergüenzo de ser americano”.

“Mi inclinación me llevó, desde mis más tiernos años, a observar las producciones de la naturaleza y particularmente los animales, sobre los cuales, mientras viví en el país, hice todas las investigaciones posibles. Un conjunto de circunstancias, conocidas de todo el mundo, me obligaron a interrumpir mis observaciones y a trasladarme a Italia, donde he procurado dar a conocer mi patria, de la cual aquí había poquísima noticia. Me prevalí a este fin de una parte de mis manuscritos, que un accidente inesperado hizo venir por casualidad a mis manos”²⁰⁵.

El elogio de Chile se completa en su obra a propósito de diversas materias. Por ejemplo, escribiendo sobre el cielo, expresa: “Todos los autores extranjeros que hablan de Chile concuerdan en alabar la belleza de su cielo, lo agradable y sano de su clima, la fecundidad y riqueza de su tierra [...]. En efecto, el cielo, despejado casi todo el año de nubes y vapores, mantiene su color azul y permite a las estrellas brillar con todo su esplendor natural”²⁰⁶.

Recordemos algunas descripciones de árboles chilenos, para quienes reivindica los nombres indígenas, sin perjuicio de otorgarles una denominación científica con palabras latinas o griegas. Los dos árboles que siguen fueron descritos por Molina por primera vez:

“La Patagua, *Crinodendron patagua*, género nuevo: Árbol siempreverde, de cincuenta a sesenta pies de altura [...]. La madera de

²⁰⁵ J. I. Molina: *Ensayo 1810*, p. 108.

²⁰⁶ *Ibíd.*, p. 25.

este árbol engruesa algunas veces de tal manera que cuatro hombres apenas pueden abrazarlo; es blanca y fácil de trabajar, como la del álamo [...]. Sus flores son pendientes- similares de algún modo – si bien más pequeñas en forma, color y olor – a las de la azucena blanca, de lo cual he derivado el nombre de *Crinodendron*” [de κρίνον krinon azucena y δένδρον dendron árbol] ²⁰⁷. “*Temus moschata*, género nuevo. Árbol aromático, siempreverde, de sesenta a ochenta pies de altura, hojas alternas pecioladas, ovales, relucientes, de dos pulgadas, que expelen el olor de la nuez moscada [...]. El fruto de este árbol se asemeja mucho al del café y, tal vez, podría adoptarse en su lugar. La corteza del tronco es amarilla y la madera, de color gris, pero de gran dureza, es apropiada por esto a toda suerte de trabajos”²⁰⁸.

Este temo es un árbol que abundaba en las orillas del Claro, el río amado por el joven Juan Ignacio. A ambos los recuerda en su poema sobre *Los ríos de Chile*:

Aquí está el amable río Claro;
esta misma selva sus aguas
famosas las cubría.
En estas orillas y arenas yo tomaba
bajo estos temos el grato frescor;
en estas piedras me sentaba
y en estas aguas me bañaba.

“El Boyghe, Canelo para los españoles [...] Árbol siempreverde, de cerca de cuarenta pies de altura, tronco derecho, revestido de dos cortezas, la externa café, la interna olorosa, de color blanco [...]. Dice Feuillé: “Se podría emplear la corteza del Boyghe en los mismos usos en que nosotros usamos la canela; su gusto no es diferente y tiene casi el mismo color cuando está seca. En Chile se encuentra en casi todos los bosques [...]. Y prosigue Molina: “Si este precioso árbol fuese cultivado,

²⁰⁷ J. I. Molina: *Ensayo* 1782, p. 192.

²⁰⁸ *Ibíd.*, loc. cit.

el sabor de su corteza sería más grato [...]. Los araucanos tienen al boyghe por árbol sagrado; por eso es que ellos portan siempre su ramo en la mano en todas sus ceremonias religiosas y así también lo presentan en señal de amistad cuando hacen la paz, tal como en el Viejo Continente se practicaba con el olivo”²⁰⁹.

Las descripciones de pájaros son muy hermosas, generalmente, llenas de recuerdos de la tierra y de una época lejanas. El jilguero o siu, dice Molina:

“Tiene un canto muy armonioso, y en cierto modo más agradable que el del canario, pues alza dulcemente la voz, bajándola y sosteniéndola por largos espacios con graciosísimos trinos; canta todo el año, y a veces se dedica a imitar con una gracia muy singular la música de los demás pájaros [...]. Encerrados en jaulas se domestican fácilmente [...]. Los muchachos suelen acostumarlos a ponerse sobre una varilla, llevándolos así por las calles; de modo que si les quitan la varilla, la buscan inquietos por todas partes sin sosegar ni pararse hasta que la encuentran. Al cabo de un mes de tener yo en mi cuarto uno de estos pajarillos era ya tan manso y doméstico que, ni aun puesto en libertad, se apartaba jamás de mi asiento, sino para revolotear alrededor de mí en ademán de acariciarme; a un silbo que yo le daba, se ponía a cantar; y cuando volvía yo a mi casa, eran sumamente parleras las fiestas con que me acariciaba”²¹⁰.

Notable es el gran interés por los mapuches. Vimos cómo alude a su lengua, que a veces llama lengua chilena y también idioma chileno, y a su lucha libertaria. Los nombra como “chilenos libres” y habla de su Estado y en su *Memoria* sobre los jardines ingleses habla de “la pequeña República araucana en Chile”²¹¹. La *Historia Civil del Reino Chile*, de 1787,

²⁰⁹ J. I. Molina, *Ensayo 1782*, pp. 190-191.

²¹⁰ J. I. Molina, *Ensayo 1782*, p. 276-277.

²¹¹ J. Ignacio Molina: “Memoria VII Los jardines ingleses” P. Oyadener Jara: *Saber y leer Cuatro “Memorias del Abate Molina”*, Editorial Universidad de Concepción, Concepción 2003, p. 86.

narra con bastante detalle las guerras de Arauco. El libro tiene una nada breve sección de 74 páginas en las que se describe el idioma mapuche. Se titula “Idea de la lengua chilena” y va seguida de un “Índice de algunos verbos chilenos”.

“Los araucanos habitan el bello espacio de país situado por una parte en los ríos Biobío y Valdivia, y, por otra parte, entre el mar y la gran cordillera de los Andes [...]. Toman el nombre de araucanos de la provincia de Arauco, la cual aunque sea la más pequeña de su Estado, ha dado, como la Holanda, el nombre a toda la nación, o porque fuese la primera en coaligarse con las provincias vecinas o porque en otros tiempos, que nosotros no alcanzamos, las haya sujetado a su dominio. Este pueblo, constantemente adicto a la independencia, ama con gusto ser llamado auca, esto es, franco o libre. Aquellos españoles que de las guerras de los Países Bajos pasaban a militar a Chile, dieron a esta comarca, por analogía, el nombre de Flandes Araucana, o el de Estado indómito, y tuvieron consecutivamente la generosidad de celebrar en cinco o seis poemas [...] las alabanzas de un pueblo, que por conservar la antigua libertad, ha esparcido con intrépido valor tanta sangre de sus compatriotas”²¹².

El amor a Chile y a América empapa toda la obra de Molina. Rasgo común a diversos jesuitas desterrados es la reivindicación del continente. Desde antes de la independencia, que algunos pocos vivieron para saber de ella, todo lo americano y, en palabras de Battlori, “la misma naturaleza de América tuvo entre los exiliados apologistas de dos clases, los poetas y los naturalistas”. Entre las de estos últimos, “han de contarse sobre todo las grandes obras de Juan Ignacio Molina [...]. Todas estas obras son, implícita y a veces explícitamente, otras tantas respuestas a Buffon, a De Paw, a Raynal”, en cuyos intentos de desvalorizar la “naturaleza misma del nuevo continente y las cualidades

²¹² *Compendio de la Historia Civil del Reyno de Chile*, Traducción de Nicolás de la Cruz, Imprenta de Sancha, Madrid 1795, p. 52.

humanas de las razas indígenas”, halló una nuevo estímulo [...] dicha dedicación a estudiar y exaltar lo americano”²¹³.

En sus obras, Molina no pierde ocasión de refutar las inexactitudes y falsedades de afirmaciones de autores europeos respecto de nuestro continente. Así leemos expresiones como ésta:

“Los secuaces de Paw o aquellos que piensan del mismo modo, se han esforzado en degradar a los americanos, no sólo en su constitución corporal, sino también en la moral, Pero sus diatribas en el día de hoy han caído en el olvido que merecen. La revolución americana ha hecho callar a todos los detractores. Al efecto dice La Pérouse (1V-56): ‘Los escritores que han hablado de los americanos como de una especie degenerada, han seguido las aberraciones de su imaginación y nada han dado de la verdad. Se encuentran también entre ellos algunos que han extendido la idea de esta degradación hasta los originarios de los europeos. Yo oso creer que los Washington, Adams, Franklin, y otros, han confutado con sus méritos esta aseveración, de una manera suficientemente honorable como para dispensarme de entrar en discusión alguna acerca de dicha materia. Me parece, todavía, que los mismos escritores no han estado muy felices en sus opiniones sobre la pretendida degeneración de los animales trasplantados del viejo continente a América”²¹⁴.

Con referencia a diversos aspectos de la realidad americana, Molina refuta una y otra vez las inexactitudes de autores europeos:

“En sus investigaciones americanas, M. Paw, siempre atento a degradar y desacreditar América, después de haber aseverado que en toda la extensión de aquel continente existe poco hierro y que éste es infinitamente inferior al que produce el viejo continente – de modo que allí no podrían hacerse ni siquiera clavos – aventaja, con un rasgo de

²¹³ M. Battlori: *La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid 1966, pp. 581-588, citado por J. Jiménez Berguecio, op. cit., p. 130.

²¹⁴ Molina, J. I.: *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile Colonia 1810*. Traducción, prólogo y notas de Rodolfo Jaramillo, p. 304.

pluma, todo el hierro de Chile, afirmando que no hay allí, absolutamente, mina alguna de este metal. Sin embargo, a despecho del anatema del señor Paw, el continente americano abunda, como el resto del globo, de minas de hierro de todas las calidades requeridas”²¹⁵.

Refiriéndose al canto de los pájaros americanos, Molina no deja de aclarar el error general de diversos naturalistas respecto a ello:

“Los viajeros conceden a los pájaros americanos belleza y esplendor de tocado, pero se les niega gracia y armonía en el canto. Tal afirmación ha sido generalmente adoptada por los naturalistas. Puede darse que esto suceda en la zona tórrida, lo que todavía ha sido mostrado insubsistente por el célebre Clavijero; pero en las selvas de la zona templada sucede todo lo contrario. Allí abundan como en Europa, los pájaros de canto agradable. Además de los seis cantores alígeros antes descritos, los campos y bosques de Chile sustentan gran número de pájaros recomendables por las melodía de sus voces”²¹⁶.

Refiriéndose a la sífilis, Molina refuta las acusaciones de que ese mal se habría originado en América:

“Algunos médicos europeos, con el fin de liberar a sus propias naciones de la infame tacha de haber introducido esta dolencia en Europa, se la achacan gustosos a los americanos, creyéndolos incapaces de refutar sus afirmaciones”.

Y después de citar a autores como Pressavin y Foster, expresa que en la actualidad la opinión general contradice tales acusaciones²¹⁷.

Las refutaciones a Paw aparecen no pocas veces en las obras de Molina. Respecto de la duración de la vida de los naturales del continente, escribe:

²¹⁵ *Ibíd.*, p. 97-98.

²¹⁶ *Ibíd.*, p. 250.

²¹⁷ *Ibíd.*, p. 36.

“Paw y sus secuaces hubieran querido abreviar con agrado la vida de los americanos, pero – a despecho suyo – en Estados Unidos, México, Perú, Tucumán y Chile, según se sabe por las noticias públicas, actualmente muchos individuos llegan sanos y vigorosos a cerca de los 100 años de edad”²¹⁸.

Respecto a la región que ocupa la “pequeña república araucana”, escribe el Abate: “Los araucanos no habitan las estériles rocas de Chile, como dice Paw, sino las ubérrimas tierras situadas entre los ríos Bíobío y Calle-Calle o Valdivia”²¹⁹. Y sobre los lagos de Chile, expresa: “Este Reino tiene también sus lagos, pero no tantos como quisiera Paw, quien quiere hacer creer que toda América sea un pantano”²²⁰.

Otra lección de vida que nos da el Abate Molina es su humildad. Tempranamente fue reconocido como hombre sabio en Bolonia. En 1801 La Universidad le ofrece la cátedra de griego; al año siguiente es incorporado a la Academia de Bolonia; en 1803 la Universidad le ofrece la cátedra de historia natural. En 1811 es elegido Miembro del Instituto de Bolonia. En 1817 es miembro de la Academia de los Georgofili; en 1820 lo incorpora la Academia Truentina de Ascoli; en 1822 es Miembro de Número de la Academia de Felsinei. Vio tempranamente traducida su obra al castellano, al inglés, al francés y al alemán. Reconocimientos no sólo recibió en Bolonia y en Italia, sino también de otros países y de sabios como Humbolt. Éste incluso fue a visitarlo a su casa, pero desafortunadamente, Molina se encontraba en el campo en sus observaciones. Y escribió la respecto: “Me desagrada mucho haber perdido la ocasión de conocer y tratar al esclarecido barón de Humbolt, el cual – mientras yo estaba en el campo – me hizo el honor de venir a verme a mi casa al pasar por Bolonia”²²¹. Se le dedicaron obras como la *Introduzione alla Geografia Moderna* de Carlos Mosca, quien califica al Abate como “igual en el corazón a Sócrates y en el ingenio a Plinio”.

²¹⁸ *Ibíd.*, p. 39.

²¹⁹ *Ibíd.*, p. 15.

²²⁰ *Ibíd.*, p. 19.

²²¹ *Ibíd.*, p. 287.

Todos esos honores y reconocimientos no alteraron su vida sencilla y austera, dedicada al estudio y a la enseñanza.

Respecto de los esclavos, reconoce Molina que su situación en Chile no es tan mala, en comparación con otras regiones de América: “Los negros de Chile están sujetos a una servidumbre que puede decirse tolerable”. Pero condena los horrores a que son sometidos en los cultivos de azúcar. Leemos en su *Memoria a la Academia sobre el azúcar*:

“Los moros [negros], arrancados del África, su nativa nación, han estado hasta ahora sobrecargados con estas penosas fatigas. Estos infelices, devenidos esclavos por la prepotencia de los europeos, están obligados bajo el látigo de inexorables custodios a dedicarse al trabajo desde que nace el día hasta avanzada la noche, sin otra merced que un áspero harapo con el que cubrirse y de un escaso y grosero alimento para sustentarse. Los malos tratos y los bárbaros suplicios a los que son sometidos incluso por fallas mínimas, los han empujado muchas veces a sublevaciones”²²².

En su testamento, al hacer donación de sus bienes para el establecimiento de un instituto y biblioteca pública en Talca, en 1823, el Abate incluyó una disposición sexta, que dice: “Que si en tal herencia se incluyeren esclavos, sean puestos en completa libertad e inmediatamente”²²³.

En carta a Ignacio de Opazo, del 11 de diciembre de 1815, anuncia que se embarcará en abril o mayo de 1816 “de vuelta a mi muy amado Chile”. Escribe: “Sin embargo de mi edad avanzada, me hallo todavía bastante robusto y en edad de emprender el regreso por mar; el deseo de volver a la patria, de abrazarte tiernamente y de morir entre los míos, me lo hará corto y suave”. Y termina: “Dios me conceda esta gracia, que

²²² J. Ignacio Molina: “Memoria XIV Sobre el azúcar”, en P. Oyadener Jara, op. cit., p. 144.

²²³ Citado por W. Hanisch en “La sangre, la tierra y el río de Juan Ignacio Molina”, en el volumen W. Hanisch: *Juan Ignacio Molina y sus obras*, Editorial de la Universidad de Talca, Talca 1999, p. 72.

desde que salí de allá siempre he deseado”²²⁴. El atraso del administrador de sus bienes en enviar lo solicitado para financiar el viaje y la persecución que desató el Santo Oficio en su contra a raíz de su notable memoria científica “Analogías menos observadas de los tres reinos de la naturaleza”, presentada a la Academia de Bolonia, le impidió viajar. Finalmente, murió en el destierro.

Certeras son las palabras de Francisco Encina para caracterizar al Abate: “Molina tenía el genio de las ciencias; era un observador profundo; un narrador claro y comprensivo; un sabio completo que reunía con una vasta erudición científica los conocimientos más variados y genéricos y una pasión por el estudio que sólo podría compararse a su amor por la enseñanza”²²⁵.

La mayor de sus enseñanzas del Abate Molina es la de: haber transformado el dolor del injusto destierro en amor, en amor al saber, a la ciencia; en amor a sus semejantes, para quienes vertió su sabiduría en su magna obra.

Terminaremos repitiendo las palabras del Padre Hanisch que leímos aquí el año pasado, al presentar la traducción del poema *Los ríos de Chile* del Abate. Refiriéndose a las migraciones, exilios voluntarios e involuntarios, dice Hanisch: “Molina perdido en el mar de tan vastos acontecimientos, contribuye con su gota de agua, amarga como el mar, extensa como su vida, desterrado 62 de los 89 que vivió; pero que superó con la ciencia, la enseñanza, la religión y la amistad. Y fue la ciencia de la naturaleza de su patria el modo de recordarla y enseñarla a la docta Europa con el mejor lenguaje de los sabios”²²⁶.

Y copiemos aun las palabras grabadas en la lápida mortuoria del Abate, en Bolonia:

²²⁴ Ch. E. Ronan y W. Hanisch: *Epistolario de Juan Ignacio Molina S. J.*, Editorial Universitaria, Santiago 1979, p. 218.

²²⁵ Citado por H. Briones en op. cit., p. 86.

²²⁶ W. Hanisch: “Juan Ignacio Molina, exiliado y heresiarca”, en el volumen *Juan Ignacio Molina y sus obras*, p. 96. Antes se había publicado este estudio en la revista *Universum* Año 2 N° 1 1987 (Talca).

“Ignacio Molina, sacerdote piadoso, historiador insigne, naturalista preclaro, nacido en Chile, arrojado por la tempestad, fijó su morada en Bolonia, soportó las amarguras de la suerte, perdonó la acritud de las ofensas, y en la veneración de los buenos, y con la paz del justo, se durmió en el Señor el 12 de septiembre de 1829”²²⁷.

Y quisiéramos recordar las palabras del Padre Hanisch, después de visitar en la Cartuja de Bolonia el lugar donde estuvo la tumba del Abate, primero en el Panteón de los Hombres Ilustres, y luego en el mausoleo al que fueron trasladados los restos que descansaban en el Panteón:

“Aún veo la luz del sol, primero blanca, luego rosa y finalmente ocre, que iba cayendo dormida en los claustros, en las rosas y en los muros lejanos. Aún escucho el suave murmullo del agua, que se iba apagando a medida que me alejaba de la sencilla y hermosa morada, donde Molina durmió más de un siglo, antes de volver a la patria para cumplir el deseo, que tuvo siempre en su corazón”²²⁸.

²²⁷ Ch. E. Ronan y W. Hanisch: *Epistolario de Juan Ignacio Molina S. J.*, p. 231.

²²⁸ *Ibíd.*, p. 233.

Juan Ignacio Molina, sabio y poeta de la naturaleza

Juan Ignacio Molina (1740-1829), fue quien acaso entre la pléyade de jesuitas expulsados en 1767, enalteció más el nombre de su patria, estudiando, enseñando, trabajando y escribiendo en la lejanía forzada, con la tristeza inapagable de la nostalgia. Muchos son los nombres ilustres de expulsados de Chile que brillaron en Italia por sus obras: Miguel de Olivares, Manuel Lacunza, Bernardo Havestadt, Diego Alquízar, Javier Caldera, y no pocos otros, que ha estudiado detalladamente el Padre Hanisch en *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)*²²⁹.

Como afirma el Padre Hanisch en su libro *Juan Ignacio Molina, sabio de su tiempo*, éste “incorpora la naturaleza de Chile al movimiento científico contemporáneo y la da a conocer en Europa [...]. En la culta Bolonia gozó de fama y respeto unánime”²³⁰. Esto tanto en la Academia como en la Universidad. Estudió con gran dedicación, a pesar de las duras condiciones del destierro. Y llegó a ser un sabio, admirado por sabios. Es notable la universalidad de sus conocimientos. No sólo domina el campo de sus disciplinas, sino que su saber se extiende a todo el ámbito de las ciencias experimentales. Desde 1776, fecha del *Compendio de historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*, sus obras se suceden. En 1782 aparece su *Ensayo sobre la historia natural de Chile*. En 1787 se publica el *Ensayo sobre la historia civil de Chile*; en 1810, se aparece la edición definitiva de su *Ensayo sobre la historia natural de Chile*, que en concepto del profesor Jaramillo puede considerarse una verdadera obra

²²⁹ W. Hanisch: *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)*, Editorial Andrés Bello, Santiago 1972.

²³⁰ W. Hanisch: *Juan Ignacio Molina Sabio de su tiempo*, Ediciones “Nihil Mihi”, Santiago 1976, p. 21. El Padre Hanisch dedicó diversos estudios a Molina, reunidos varios de ellos en el volumen *Juan Ignacio Molina y sus obras*, Editorial Universidad de Talca, Talca 1999. Fundamental entre las obras molinianas del Padre Hanisch es el *Epistolario de Juan Ignacio Molina* (con Charles E. Ronan, S. J.), Editorial Universitaria, Santiago 1979.

nueva; y en 1821-22 se imprimen los dos tomos de sus *Memorias de historia natural*, catorce comunicaciones científicas leídas en la Academia de Bolonia, entre 1811 y 1816.

Estudió y enseñó hasta sus últimos años. Su anhelo por aprender siempre más lo refleja un hecho que recuerda Hernán Briones en el libro *El Abate Juan Ignacio Molina*. A los 85 años, ante la prohibición de préstamos domiciliarios por la Biblioteca de la Universidad, el 19 de noviembre de 1825, dirige una petición al cardenal encargado de ella, para que se permita que se le lleven libros en la casa, ya que tiene muchas dificultades para caminar²³¹.

Fue un hombre de pensamiento libertario, que anheló hasta el fin de su vida poder volver a su patria. Claudio Ferrari, uno de sus discípulos recuerda: “Se entretenía hablando con sus compañeros sobre las maneras de lograr la independencia de su país. Molina siempre tuvo dentro de sí un espíritu libertario”. El ilustre precursor de la independencia hispanoamericana, jesuita expulsado también, Juan Pablo Viscardo, lo considera entre los patriotas. En carta de 7 de abril de 1791, escrita en tercera persona, afirma, refiriéndose a su proyecto de independencia de América: « Se le informa al Sr Rossi [el alias de Viscardo en Londres] que su gran secreto fue participado a otros dos amigos dignos de confianza, uno de los cuales es autor de una historia natural y civil de Chile que le valió mucho prestigio en Europa »²³².

El mismo Ferrari, escribiendo sobre su intento de regresar en 1802, testimonia: “Había procurado muchas veces tener permiso para volver, inútilmente”. Con él, como con la gran mayoría de los jesuitas expulsados, el absolutismo español fue implacable.

Su obra fue motivada por el amor a su tierra, a Talca y sus campos, a su país Chile y a su patria grande, América. Desde niño pequeño y luego de adolescente y joven recorrió valles y montañas, observando plantas y animales, anotando detalles, esbozando descripciones. Y luego de la expulsión, en 1767, cuando a los 26 años fue arrancado para siempre de los suyos y de su tierra, y cuando se le

²³¹ H. Briones Toledo: *El Abate Juan Ignacio Molina Ensayo crítico – introductorio a su vida y obra*, p. 59.

²³² Gentil comunicación del profesor Nicolás de Riba, de la Universidad de Artois.

arrebataron todos sus apuntes, al amor se unió el dolor. Su país, al que llama “el jardín de la América meridional”, estuvo en su mente y en su corazón hasta el momento de su muerte.

Después de afirmar que el anterior *Compendio* es muy conciso y que es necesaria una información mayor, escribe en la introducción del *Ensayo sobre la historia natural de Chile*: “Con esta mira me había dedicado desde mi juventud a observar sus riquezas naturales, y a instruirme en sus acaecimientos, con intención de publicar sus resultados para beneficio de mis compatriotas. Las críticas situaciones en que me he hallado, y que interrumpieron mis tareas, me privaron aun hasta de la esperanza de que pudiese llegar el día en que las continuara de nuevo: pero habiendo venido a mis manos, por una feliz casualidad, varios materiales de los más necesarios para mi empresa, me dediqué a formar el presente ensayo”²³³.

En carta a Ignacio de Opazo, del 15 de diciembre de 1815, anuncia que se embarcará en abril o mayo de 1816 “de vuelta a mi muy amado Chile”. Dice que “el deseo de volver a la patria” le hará el viaje “suave y corto”, a pesar de su avanzada edad. Y termina: “Dios me conceda esta gracia, que desde que salí de allá siempre he deseado”. La persecución que se desató en su contra a raíz de la memoria científica “Analogías menos observadas de los tres reinos de la naturaleza”, presentada a la Academia de Bolonia, le impidió viajar. Finalmente, murió en el destierro. En la agonía, sus últimas palabras fueron para pedir agua de la Cordillera de los Andes.

Paradojalmente, Juan Ignacio Molina no escribió en castellano sino cartas. Desterrado de su lengua, debió escribir sus tres obras científicas en italiano, así como sus 14 *Memorias* para la Academia de

²³³ *Compendio de Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*, escrito en italiano por el Abate Don Juan Ignacio Molina / Primera Parte que abraza la Historia Geográfica y Natural Traducida en español por Don Domingo Joseph de Arquellada Mendoza [...] / En Madrid por Don Antonio de Sancha / Año M.DCC.LXXXVIII.p. VIII-IX. www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs En realidad, Arquellada tradujo el *Ensayo sobre la historia natural de Chile*, de 1782, y colocó equivocadamente el título del Compendio de 1776. Sobre esta traducción y sus errores, véase de José R. Stuardo: “Trascendencia del primer *Saggio sulla storia naturale del Chili*, su traducción, el *Compendio Anónimo* y el Bicentenario, *Atenea* N° 495-2007 (Concepción).

Bolonia. Y su obra poética, sólo en pequeña parte conservada, está en latín, griego e italiano. Desafortunadamente, la colección original de poemas de Molina, que vieron Barros Arana y Hanisch, no se ha podido encontrar. En ella había 3 odas en griego, 14 odas en latín, 1 égloga, 2 poemas épicos cortos, y 10 acrósticos. No queda claro en qué lengua estaban aquellas composiciones no latinas ni griegas. De todo ello, se conservan cuatro poemas latinos y algunos en italiano: un soneto, una décima, varios epigramas. Los poemas latinos son: “Elegía autobiográfica”, “De fluviis chilensibus” Sobre los ríos de Chile, la “Ad Callium, olim Cale” Oda a Bolonia, el poema “De peste variolarum” o Elegías de la viruela, de 622 versos; “Las Elegías sobre la ruina de la ciudad de Concepción”. El título en latín de esta última señala que es su primera obra. Ya en ella agrega al suyo el nombre de Ovidio, poeta a quien recuerda con admiración en su poema sobre la viruela y a quien dedica esa composición, escrita convaleciente de la peste en la que perdió a varios de sus compañeros de religión. Este es su título *Ioannis Ignatii Ovidii Molinae Opuscula Elegiaca. Opusculum Primum De Concepcionis Urbis Ruina*. Se refiere al terremoto y maremoto de 1751.

Así habla de Ovidio en las *Elegías de la viruela*:

También tú, Nasón, noble desterrado en Tomis,
a quien mis primeros frutos en esta elegía entrego,
tú me has llevado al país de las Musas,
el cauce me has mostrado
por el que fluye el agua sagrada.

Cuando escribió este poema a los 20 años de edad, en mayo de 1760, mal pudo imaginarse el joven Juan Ignacio que él sería un desterrado más, en la larga historia de los exilios que con su cortejo de dolor parece acompañar la trayectoria del ser humano; y que de ese destierro, como Ovidio, no podría volver a su tierra.

La calidad de las composiciones latinas y griegas de Molina tuvo un juicio favorable del Padre Miguel de Olivares, quien en 1760, escribe, refiriéndose a él: “Hoy tenemos un joven jesuita a quien las Musas han

querido visitar peregrinas, desde el Lacio y la Grecia, inspirándole felicísimos versos en ambos idiomas”²³⁴.

Es emocionante leer la obra de Molina ahora. En el lenguaje sobrio de sus relatos y sus descripciones, podemos apreciar su amor por su patria lejana; su defensa de América frente a la ignorancia y los juicios injustos de los europeos, como Paw y Buffon; su admiración por el pueblo araucano y el Estado de Arauco. En la VII Memoria a la Academia de Bolonia, nombra a “la pequeña República Araucana en Chile”²³⁵. Y en la *Historia Natural y Civil de Chile*, habla del Estado de Arauco, al aclarar que sus habitantes “toman el nombre de araucanos de la provincia de Arauco, la cual, aunque sea la más pequeña de su Estado, ha dado como la Holanda, el nombre a todo la nación. Este pueblo, constantemente adicto a la independencia, ama con gusto ser llamado auca, esto es, franco, libre”²³⁶. En la Introducción a la *Historia Natural*, en la edición de 1782, comprueba el desconocimiento que hay en el mundo sobre los “antiguos habitantes” del país, de manera “que la índole, las costumbres y el armonioso lenguaje de sus antiguos habitantes yacen tan ignorados como los maravillosos esfuerzos con que han procurado defender su libertad, desde el principio de la conquista hasta nuestros días”²³⁷.

Y no dejamos de hacer una cosecha poética en sus evocaciones de campos y montañas, hasta en los nombres científicos que da a las flores, como el *crinodendron*, el árbol del lirio, nuestra patagua, la que describe breve y bellamente.

²³⁴ Citado por Julio Jiménez Berguecio: *Juan Ignacio Molina Humanista clásico y sabio cristiano*. Universidad católica de Chile, Santiago 1974, p. 145.

²³⁵ “Memoria VII Los jardines ingleses”, en Patricio Oyadener Jara: *Saber y saborear Cuatro “Memorias” del Abate Molina*, Editorial Universidad

²³⁶ Juan Ignacio Molina: *Historia Natural y Civil de Chile*, Selección, prólogo y notas de Walter Hanisch, Editorial Universitaria, Santiago 1978, p. 108.

²³⁷ *Compendio de Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*, escrito en italiano por el Abate Don Juan Ignacio Molina / Primera Parte que abraza la Historia Geográfica y Natural Traducida en español por Don Domingo Joseph de Arquellada Mendoza [...] / En Madrid por Don Antonio de Sancha / Año M.DCC.LXXXVIII, p. 4 (versión digital).

Hay que recordar que pese a la amarga y larga lejanía, cuando supo que recibía una herencia por haberse extinguido el resto de su familia, declara su voluntad de fundar un instituto en Talca para el estudio, la investigación y la formación técnica de los jóvenes. Cuando el gobierno de O'Higgins expropió bienes de realistas fugados para equipar la primera escuadra nacional y por error incluyó los de Molina, éste escribió desde Bolonia: "¡Oh, qué determinación más bella la que han tomado las autoridades de la República. De ningún otro modo habrían podido haber interpretado mejor mi voluntad como lo han hecho, con tal que todo haya de ser en beneficio de la patria". Enmendado el error, se devolvieron los bienes y Molina retomó su idea, la que finalmente se concretaría en la creación del Liceo de Talca que hoy lleva su nombre²³⁸. Una cláusula de la donación habla de su rechazo a la esclavitud. Escribió Molina: "Que si en tal herencia se incluyen esclavos, sean puestos en completa libertad e inmediatamente".

El poema sobre los ríos de Chile

De fluviis Chilensibus es un poema de 60 versos hexámetros, que se ha conservado al parecer completo. De esos versos, 14 contienen una digresión histórica para dar una presunta etimología al nombre del río Mataquito. El poema comienza con un hermoso verso, en el que nombra al país como "mi Chile": Y le aplica el país el epíteto "rorida", es decir, "cubierta de rocío" o "abundante en rocío". Este es el verso: "Formosos amnes gignit mea rorida Chile", es decir, "hermosos ríos engendra mi Chile abundante en rocío".

Pero hay un pasaje en las *Elegías de la viruela* que es, en cierta medida, un paralelo de aquel poema, aunque con diversas variantes en la presentación de los ríos. En medio del ardor de la fiebre de la enfermedad, el poeta viaja mentalmente por la zona central, siguiendo los ríos que ofrecen su agua fresca. Además, hay también en esas *Elegías*,

de Concepción, Concepción 203, p. 86.

²³⁸ H. Briones: *El Abate Juan Ignacio Molina Ensayo crítico-introductorio a su vida y obra*, Editorial Andrés Bello, Santiago 1968. Ver también la obra citada de Rodolfo Jaramillo: *Elegías latinas de la viruela, 1761*, pp. 23-24.

un pasaje especial para el río Claro, al cual el joven poeta le tiene un amor particular. Se imagina dialogando con el río, al que se dirige nombrándolo “*amnis amice*”, río amigo, y diciéndole que quizás ahora no lo conozca, pues tiene el rostro desfigurado por la peste. Después se despide del río Claro y dirige su palabra a Concepción.

Hemos traducido el poema y también el texto paralelo. ¿Pero cómo traducir el hexámetro latino? En la forma en que tradicionalmente se lo ha vertido, en el verso de 14 sílabas, no era cómodo hacerlo. Decidimos que era más adecuado recurrir a diversos metros. Así hemos utilizado versos de 7, 9, 11 y 13 sílabas.

Molina parte desde el Maipo, y llega hasta el Bío Bío, donde comienza la “pequeña república araucana”. El poema termina en forma un poco inesperada con estos versos: “*Haec sunt Chilenses inter clarissima lymphas flumina; / non magnum caetera nomen habent*”, es decir, “estos son los ríos famosísimos de las aguas chilenas; un gran renombre otros no tienen”. En el pasaje paralelo también parte Molina desde el Maipo, pero llega hasta el río Claro, al que dedica, como dijimos, expresiones de especial amor. Le dice:

Salve tú, noble río Claro
que nobles aguas llevas,
con qué gozosos ojos
contemplo yo tus ondas...

Y recuerda que en sus aguas se bañaba y en sus riberas,
entre los temos ribereños, tomaba el fresco.

En ambos textos se menciona, aunque en forma distinta, la leyenda, según la cual el río Cachapoal, que el poeta nombra como Cachapual, con u, con tres sílabas, habría cambiado de cauce por intervención divina, a petición de un pariente de Francisco de Villagra. La mención de la creencia popular es más extensa en el poema sobre los ríos.

Algunas expresiones del texto dejan duda sobre la referencia. Así, dice Molina que el Maule “*marmore iungit aguas*”, junta sus aguas en mármol. Del Itata dice: “*Hinc fluit et refluit vinoso tramite Itata /*

uicundus Bromio per sua prata suo”, es decir, “desde aquí fluye y refluye el apacible Itata, por su vinoso curso hacia su Dioniso”.

Una expresión graciosa dedica al Loncomilla, del que dice que “en otro tiempo acompañó mi nacimiento / el Loncomilla “qui, celebris vates sim modo, clarus erit”, que será famoso si yo llego a ser un célebre poeta”.

También en el poema, Molina dedica palabras especiales a su amado río Claro:

“Clarus es, a claris specioso nomine
lymphis dictus
et, eximius, Talcica rura lavas » ;
claro eres y con hermoso nombre
eres llamado por tus claras aguas,
y los talquinos campos riegas,
tú, río singular.

Esta es la traducción del poema *Los ríos de Chile*

Hermosos ríos engendra mi Chile
rico en rocío es; ni árido ni falto
de agua en parte alguna.
De aquí Chile el primero al Maipo muestra
amplio río que baña
fértiles campos, márgenes frondosas.
En vez de puente, por trenzadas cuerdas
unido el Maipo está, porque no puede
soportar ni ladrillos ni maderos.
Corre después el Rapel agitado,
al que sus aguas da el Cachapoal
y da el Tinguiririca. Aquél dejó
su cauce otrora por poder divino:
y por allí por donde nunca iba
sus aguas lleva ahora desviadas.
Un varón en efecto

de la familia insigne de Francisco
forzado a arrear rebaños que buscado había
llegó hasta las riberas una vez.
Por causa de las nieves derretidas,
no permitía por crecido el río
el paso ya elegido.
Alzó el cielo las manos el viajero
y a Dios rogó,
y al sueño se entregó, pues era noche.
Al apuntar el día se dio cuenta
que a sus espaldas iba ahora el río
y que podía proseguir su senda.
Dan nacimiento al Mataquito
los ríos Lontué y Teno.
Y el que antes era doble
como único corre hacia la mar.

35

De todos los ríos que bañan
los campos de Chile, yo doy, no sin razón,
rango primero al Maule al cual le viene
de nuestros Alpes rapidísima corriente,
río que a la mar recuerda
por su bullicio y por su estrépito;
curvas sendas no tiene
y corre muy derecho.
En su lugar de nacimiento
sus aguas junta en mármol;
ni ante el océano cede y en lo profundo
bajo las olas pasa victorioso
y expulsa de sus vados las salobres aguas.
Por una parte y por otra recibe
ríos y arroyos incontables
que enumerar largo sería.
En otro tiempo acompañó mi nacimiento

el Loncomilla, que será famoso
si llego a ser un célebre poeta.
Y aunque abundante en aguas,
igualmente este río se somete
a las maulinas ondas.
Te pasaba de largo, río Claro,
que tu nombre lo pierdes
y vas buscando al Maule.
Claro eres y con hermoso nombre
eres llamado por tus claras aguas,
y los talquinos campos riegas,
tú, río singular..
Y desde aquí fluye y refluye
el Itata apacible,
con su vinosa senda,
por sus praderas hasta su Dioniso.
El Bíobío anchísimo
ingente cauce tiene;
nunca sin barca suele atravesarse.
Aunque no es menor en modo alguno,
el Laja igualmente se le junta.
Y el Bíobío así en las olas del océano
por muchas millas fluye.
Y son éstos los ríos más famosos
de las aguas chilenas,
y gran renombre otros no poseen.

Y esta es la traducción de los pasajes de las *Elegías de la viruela*, en los que el poeta cree ir viendo aparecer los ríos de Chile.

Primero el Maipo apareció arenoso
con sus amarillosas aguas,
quizás no hermosas pero cristalinas,
y con rumor alegre un hilo de agua
las sementeras cruza:

Aguabuena lo llaman los vecinos.
Seguimos más allá do majestuoso
corrió el Cachapoal en viejos tiempos,
curso primero que después fuera cambiado.
En el lugar llamado por sus aguas
Rioclarito, adorna
feraces campos el Tinguiririca,
río pequeño y frío:
la ciudad de Fernando la circunda
con sus discretos vados.
El río Teno busca la llanura
en carrera de rapidez creciente,
sus aguas óptimas desde las cumbres trae.
Y el Lontué adorna a Curicó
con su caudal que despedaza rocas;
y forma con el Teno el Mataquito,
yendo juntos al mar.
Ya cerca se divisan
de las tierras de Talca las colinas;
desde sus conocidos montes
grata brisa proviene.
Aquí está el amable río Claro;
esta misma selva sus aguas
famosas las cubría.
En estas orillas y arenas yo tomaba
bajo estos temos el grato frescor;
en estas piedras me sentaba
y en estas aguas me bañaba,
y aquí abundante presa
fue pescada por mí.
Salve tú, noble río Claro,
que nobles aguas llevas,
con qué gozosos ojos
contemplo yo tus ondas.
Después de tanto tiempo, río amigo,

¿puedes aún reconocirme?
¡Ah! tú, a quien yo quiero tanto,
¿crees quizás que simulando estoy,
que estoy tejiendo un cuento,
que intento venderte mi cara
como de un conocido tuyo?

....

No soy más que una pálida
imagen de muerte, cadáver condenado
a la tierra funesta desde ahora.
¿Qué tiene pues de raro, río amigo,
si ofendido tus aguas me prohíbes?
¡Adiós, mi río Claro!
¡Talca me llama ya!
Tú, Talca, prístina conciencia
de mi edad juvenil.

No volvió a ver Juan Ignacio Molina las aguas de sus ríos amados, arrebatado para siempre y llevado lejos de todo lo que le era querido, una aciaga noche de agosto de 1767. El Padre Hanisch, al enmarcar el destierro de los jesuitas en el torrente de los hechos que marcan la historia de los exilios, escribe: “Molina perdido en el mar de tan vastos acontecimientos, contribuye con su gota de agua, amarga como el mar, extensa como su vida, desterrado 62 de los 89 que vivió; pero que superó con la ciencia, la enseñanza, la religión y la amistad. Y fue la ciencia de la naturaleza de su patria el modo de recordarla y enseñarla a la docta Europa con el mejor lenguaje de los sabios”²³⁹.

²³⁹ W. Hanisch: “Juan Ignacio Molina, exiliado y heresiarca”, en el volumen *Juan Ignacio Molina y sus obras*, p. 6. Antes se había publica este estudio en la revista *Universum* Año2 N° 1 1987 (Talca).

Bibliografía

- Briones, H.: *El Abate Juan Ignacio Molina Ensayo crítico-introductorio a su vida y obra*, Editorial Andrés Bello, Santiago 1968.
- Briones, H.: "Las 'Elegías a la ruina de Concepción' del Abate Juan Ignacio Molina González". Presentación, traducción y notas Hernán Briones Toledo, revista *Limes* Nos. 5-6 1993-1994 (Santiago).
- Hanisch W. y Ronan, Ch.: *Epistolario de Juan Ignacio Molina*, Editorial Universitaria, Santiago 1979.
- Hanisch, W.: *Juan Ignacio Molina Sabio de su tiempo*, Ediciones "Nihil Mihi", Santiago 1976.
- Hanisch, W.: *Juan Ignacio Molina y sus obras*, Editorial Universidad de Talca, Talca 1999.
- Jaramillo, R.: *Elegías latinas de la viruela, 1761*, Ediciones "Nihil Mihi", Santiago 1976.
- Jiménez J.: *El Abate Molina Humanista clásico y sabio cristiano*, Universidad Católica de Chile, Santiago 1974.
- Molina, J. I.: *Compendio de Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*, escrito en italiano por el Abate Don Juan Ignacio Molina / Primera Parte que abraza la Historia Geográfica y Natural Traducida en español por Don Domingo Joseph de Arquellada Mendoza [...] / En Madrid por Don Antonio de Sancha / Año M.DCC.LXXXVIII.p. VIII-IX. (En realidad, Arquellada tradujo el *Ensayo sobre la historia natural de Chile*, de 1782, y colocó equivocadamente el título del *Compendio* de 1776) (Reproducción digital: [www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs -MC0005915](http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs-MC0005915).)
- Molina, J. I.: *Ensayo sobre la Historia Natural de Chile Bolonia 1810*, Traducción, prólogo y notas de Rodolfo Jaramillo, Ediciones Maule, Santiago 1986. (Reproducción digital: [www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs -MC000268](http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs-MC000268).)
- Molina, J. I.: *Historia Natural y Civil de Chile*, Selección, prólogo y notas de Walter Hanisch, Editorial Universitaria, Santiago 1978.
- Oyadener, P.: *Saber y saborear Cuatro "Memorias" del Abate Molina*, Editorial Universidad de Concepción, Concepción 2003.
- Stuardo, J. R.: "Trascendencia del primer *Saggio sulla storia naturale del Chili*, su traducción, el *Compendio Anónimo* y el Bicentenario", *Atenea* N° 495-2007 (Concepción).

Francisco de Miranda y el Abate Molina

Juan Ignacio Molina fue un hombre de pensamiento libertario, que anheló hasta el fin de su vida poder volver a su patria. “La pasión de la libertad es un motivo constante en la obra de Juan Ignacio Molina. Admira en los indios de Chile su valor, que nace de la libertad. La pequeña república araucana de Chile es libre, como también los pueblos indígenas australes. La historia de Chile es para Molina la apología de la libertad de los indios. Si critica la esclavitud negra es para hacer el elogio de la libertad. La independencia de los Estados Unidos de América es suficiente para hacer callar a todos los detractores de América²⁴⁰”.

Generalmente se señala que la actitud de los jesuitas en favor de la independencia de América Latina se limitaría a una exaltación de la idea de patria por medio de sus obras históricas, lo que ocuparía un lugar entre las causas remotas de la independencia. Y cuando éste llegó a ser una realidad, la posición de Molina se manifiesta en su alegría al saber que su herencia (aunque por un error) había ido a engrosar el financiamiento de la primera escuadra nacional²⁴¹.

Y agrega Padre Hanisch agrega: “Sin embargo, entre estos dos hechos de la afirmación de la conciencia nacional por sus obras históricas y las alegrías de la independencia de América y Chile, hay un hecho que el mismo Molina se encargó de conservar. Lo cuenta Claudio Ferrari en la autobiografía que escribió al dictado de Molina y que este mismo corrigió de su mano: ‘Se entretenía (dice) hablando con sus compañeros sobre las maneras de lograr la independencia de su país. Don Molina tuvo siempre dentro de sí un espíritu libertario y antes que se oyera voz alguna de la Revolución Francesa, que ocurrió mucho antes de la revolución de la América meridional, él había compuesto en lengua española una constitución republicana para su patria, la que envió con un compatriota que pasó por Bolonia’”²⁴².

²⁴⁰ W. Hanisch: *Juan Ignacio Molina sabio de su tiempo*, p. 73-74.

²⁴¹ Santágata: *Biografía de J. I. Molina*, citada por W. Hanisch, op. cit., p. 74

²⁴² Nota del P. Hanisch: *Autobiografía de Molina* escrita por Claudio Ferrari. (Archivo Histórico Nacional, Santiago).

La noticia citada lleva al Padre Hanisch a afirmar: “El texto es definitivo y hace de Molina un precursor de la independencia de Chile por derecho propio y el primer constitucionalista chileno”²⁴³. Así pues, Molina comparte con Miranda el hecho de ser precursor de la independencia, el haber tenido la idea libertaria antes de la Revolución Francesa y el haberse ocupado de redactar un texto constitucional, lo que significa pensar en la estructuración del futuro Estado independiente.

Su obra, además de ser fruto de años de intenso estudio agregados a los años en que pudo desde su niñez recorrer campos y montañas y conocer árboles, flores, animales, anotando sus descripciones, fue fruto de su profundo amor por Chile y por América, a quienes defiende de los juicios injustos de algunos europeos. En la segunda edición de la *Historia natural*, de 1810, escribe: “El amor que la patria naturalmente inspira me indujo a dar alguna idea, en el modo que me fue posible hacerlo a una distancia tan grande de los objetos que debía presentar”²⁴⁴. Claudio Ferrari, uno de sus discípulos recuerda: “Se entretenía hablando con sus compañeros sobre las maneras de lograr la independencia de su país. Molina siempre tuvo dentro de sí un espíritu libertario”²⁴⁵. Juan Pablo Viscardo, el gran precursor peruano de la independencia de Hispanoamérica (1748-1798), alude directamente a Molina como hombre que compartía la causa independentista y libertaria. En una carta escrita en tercera persona, escribe: « Se le informa al Sr Rossi [el alias de Viscardo en Londres] en la misma carta que su gran secreto fue participado a otros dos amigos dignos de confianza, uno de los cuales es autor de una *Historia natural y civil de Chile* que le valió mucho prestigio en Europa »²⁴⁶.

El mismo Ferrari, escribiendo sobre su intento de regresar en 1802, testimonia: “Había procurado muchas veces tener permiso para volver, inútilmente”.

²⁴³ *Ibíd.*, p. 75.

²⁴⁴ J. I. Molina: *Historia Natural de Chile*, p. II.

²⁴⁵ *Autobiografía de Molina*, redactada por Ferrari, citada por W. Hanisch: *Juan Ignacio Molina Sabio de su tiempo*, p. 74.

²⁴⁶ Carta de 7 de abril de 1791, gentilmente comunicada por el profesor Nicolás de Ribas de la Universidad de Artois..

Con él, como con los demás jesuitas expulsados, el absolutismo español fue terriblemente implacable. En carta a Ignacio de Opazo, del 15 de diciembre de 1815, anuncia que se embarcará en abril o mayo de 1816 “de vuelta a mi muy amado Chile”. Dice que “el deseo de volver a la patria” le hará el viaje “suave y corto”, a pesar de su avanzada edad. Y termina: “Dios me conceda esta gracia, que desde que salí de allá siempre he deseado”²⁴⁷. La persecución que desató el Santo Oficio en su contra a raíz de una memoria científica presentada a la Academia de Bolonia, le impidió viajar. Finalmente, murió en el destierro. En la agonía, sus últimas palabras fueron para pedir agua de la Cordillera de los Andes.

Miranda no sólo tenía sus obras, sino que también hizo uso de ellas en su lucha por la independencia. En un memorial dirigido al Primer Ministro de Inglaterra William Pitt, en mayo de 1790, al ponderar las características de América Hispana, reproduce un hermoso elogio de Chile, del ilustre sabio desterrado, identificando en nota el pasaje que ha citado: “*Historia naturale del Chile*, Bologna, 1782, página 333”:

“El hombre goza de todo el vigor que pueden suministrarle las bondades de un clima inalterable. Una tardía muerte viene, en general, a cortar el largo discurrir de sus días. Los de origen europeo son en su mayoría de bella estampa, especialmente las mujeres, muchas de las cuales se encuentran dotadas de una singular belleza”²⁴⁸.

Con las bellas expresiones de Molina, presentaba Miranda a los chilenos ante las “pragmáticas” autoridades inglesas, que más de una vez sonreirían ante los argumentos del Precursor, como más de una vez desmintieron las esperanzas que habían dado de ayudar a la causa hispanoamericana. En el mismo documento, Miranda se vale de palabras de otro ilustre sacerdote, español en este caso, de Feijoo, para elogiar la cultura de los americanos: “La cultura en todo género de letras humanas, entre los que no son profesores por destino, florece más en la América

²⁴⁷ Carta a Ignacio de Opazo, de 11 de diciembre de 1815, en W. Hanisch y Ch. E. Ronan: *Epistolario de Juan Ignacio Molina*, pp. 218-219.

²⁴⁸ F. de Miranda: *América espera*, p. 107.

que en España". Y documenta al pie de página: Feijoo: *Cartas eruditas*, tomo V, cap. X, 1764²⁴⁹.

El 13 de diciembre de 1805, tratando de obtener apoyo o al menos neutralidad frente a la expedición que proyecta, se entrevista con el Presidente Jefferson de Estados Unidos. En la conversación que tuvieron se habló de la obra del Abate Molina. Y en enero, para tener una especie de autoconstancia de esa reunión, Miranda escribe al Presidente y le envía de regalo un libro del Abate Molina: "Tengo el honor de enviarle la *Historia Natural y Civil de Chile*, sobre la cual conversamos en Washington. Usted podrá quizás encontrar más interesantes hechos y más grandes conocimientos en este pequeño volumen, que en aquellos que han sido publicados antes sobre el mismo tema concerniente a este bello país"²⁵⁰.

Cuatro años después, en Londres, en la *The Edinburgh Review*, órgano en el que se aparecieron no pocos textos sobre América Latina y la situación política de España y sus colonias, se publica un extenso documento, sin duda proporcionado a la revista por Miranda²⁵¹, en cuya primera parte se comenta elogiosamente la obra del Abate Molina. Esta especie de reseña de la edición norteamericana de la *Historia Natural* de la *Historia Civil*, sirve como de introducción a una larga exposición sobre América Latina. El artículo menciona un documento que estaba entre los papeles y escritos del Abate Juan Pablo Viscardo, que Miranda conoció y tuvo intenciones de publicar. Este documento era una carta de otro ilustre jesuita expulsado, Francisco Javier Clavijero (1731-1787), en que éste daba respuesta a preguntas de Viscardo. La mención no deja lugar a dudas de que es Miranda el autor de la exposición:

²⁴⁹ R. Jaramillo: *La más importante obra poética juvenil del Abate Juan Ignacio Molina Elegías latinas de la viruela, 1761*. Ediciones "Nihil mihi", Santiago 1976, p. 24.

²⁵⁰ El texto de la carta, escrita en inglés y con los versos de Virgilio citados en latín, se conserva en el *Archivo*. Biggs la incluyó en su libro, p. 214, lo que confirma que el Precursor quiso aprovechar su propia carta como una especie de constancia, "autoconstancia" de la opinión favorable para la independencia de Hispanoamérica del Presidente de Estados Unidos.

²⁵¹ Más de una vez, Miranda escribió, en conjunto con su amigo el filósofo James Mill, artículos para esta revista, en sus esfuerzos por difundir la causa de la independencia americana en la opinión pública británica.

“La *Historia Geográfica, Natural y Civil de Chile*, por el Abate Don J. Ignatius Molina; con Notas de las Versiones Española y Francesa; y un Apéndice que contiene copiosos extractos de *La Araucana* de Don Alonso de Ercilla. Traducido del Original Italiano por un Caballero Norteamericano. 2 vol. 8º. Middletown (Conn.) 1808.”

“Nos sentimos particularmente contentos, en la presente oportunidad, de ser capaces de presentar en su propio idioma a nuestros lectores la obra de Molina. Cualquier esfuerzo destinado a aumentar nuestro conocimiento de la América del Sur reviste hoy la mayor importancia, y la región del trabajo que tenemos ante nosotros se encuentra ciertamente entre las más interesantes de ese olvidado mundo. Situado entre los Andes y el Océano Pacífico, y extendida entre los paralelos 24 y 45 de latitud sur, es descrita por todos como un paraíso terrenal bendito como ningún otro país, con un delicioso clima y un suelo fértil, y que además exhibe en un vario paisaje una naturaleza en ocasiones de la mayor grandiosidad y magnificencia, y en otras de la mayor suavidad y plenitud de encantos.

“La traducción con la que nos vemos ahora favorecidos – producto de una pluma norteamericana y de una imprenta norteamericana – nos presenta dos obras de Molina originalmente publicadas por separado. La primera se titula *Saggio sulla Storia Naturale del Chili*, del Signor Abate Giovanni Ignazio Molina, editado en Bolonia en 1782; la otra se titula *Saggio sulla Storia Naturale del Chili*, editada en Bolonia en 1787. La primera de ellas es bien conocida, aun en nuestro país, y es estimada altamente por todos los naturalistas europeos²⁵². La segunda es una rareza en Inglaterra, aunque ha sido traducida al español y creemos que al francés. De la *Storia Naturale* tenemos ahora nosotros una traducción francesa.

²⁵² En nota con asterisco, se lee: “Hasta el señor Pinkerton, quien no es muy fácil de complacer, opina que “Molina honra a la raza criolla, ya que ningún autor escribió nunca un recuento más claro, científico e inteligente de algún país o de alguna época o clima”. *Modern Geography*, V. III, p. 701. Y en la p. 665: “Las obras de Molina concernientes a este interesante país, pueden ser consideradas como excelentes modelos de corografía, y a duras penas existe de alguna región distante una descripción tan exacta y completa”. *América espera*, p. 39.

“En cuanto a la publicación norteamericana que hemos ahora recibido, el primer volumen contiene la traducción de la *Storia Naturale*, y el segundo la de la *Storia Civile* con el apéndice anunciado en el título [de este artículo]. No es nuestra intención abundar en el contenido de estas obras: la *Storia Naturale* es demasiado conocida para requerir tal cosa; y de la *Storia Civile* basta con decir que es un recuento sucinto e inteligente del estado en que se encontraban los nativos cuando fueron descubiertos por los españoles, de las transacciones belicosas o pacíficas que han tenido lugar entre ellos desde entonces, y del estado actual, carácter y diversidad de la población. Pocos habrá, pensamos, entre quienes se interesan por tales cuestiones, que no se hallen dispuestos a examinar por sí mismos esta satisfactoria e interesante obra.

“Acerca del autor puede ser preciso decir que se trataba de un nativo del país que ha descrito. Era uno de los jesuitas que fueron tan cruelmente expulsados de sus países cuando la corte de Madrid tomó la resolución de extinguir la orden en todos sus dominios; y también era uno de aquellos que en esa ocasión – como lo mencionamos en un artículo anterior – fueron a refugiarse en los dominios del Papa, en Italia. Clavijero, a quien conocemos por la famosa historia de su país natal, México; Molina, el historiador de Chile; y Viscardo, un nativo del Perú de cuya pluma hemos ofrecido recientemente un interesante opúsculo a la consideración de nuestros lectores, y a quien debemos varios manuscritos sobre el estado de su país – de los que tenemos razones para creer que eran altamente dignos de salir a la luz – son tres nativos de la América Española, y tres miembros de un grupo de eclesiásticos perseguidos [...]”²⁵³.

El opúsculo de Viscardo al que se hace referencia es la famosa *Carta a los españoles americanos*, escrita originalmente en francés. Miranda la publicó primero en francés en 1799, luego en 1801 en traducción española que él mismo hizo. El impreso en castellano fue enviado muchas veces por Miranda a América y fue llevado por él en la

²⁵³ El artículo se reproduce íntegro, traducido al castellano, en *América espera*, pp. 398-417.

expedición libertadora de 1806. En su proclama en Coro exhorta a los habitantes de Venezuela a leer la *Carta*. Puede considerarse casi seguro que Miranda también tradujo o hizo traducir al inglés la *Carta*, versión que se incluyó en la segunda edición ampliada del libro de W. Burke *Additional Reasons for our immediately emancipating Spanish America...*²⁵⁴. La mención de otros escritos de Viscardo, que Miranda tuvo en sus manos y que quiso publicar, puede referirse quizás especialmente a su *Projet pour rendre l'Amérique Espagnole indépendante* y su continuación *Essai historique sur l'état actuel de l'Amérique Espagnole et sur les moyens d'adresse pour faciliter son indépendance*²⁵⁵.

Miranda admiró a los grandes jesuitas expulsados brutalmente por el absolutismo español y mantenidos implacablemente hasta la muerte lejos de sus patrias. Tenía la *Historia de México* de Clavijero y la estimaba mucho; quiso editar todas las obras de Juan Pablo Viscardo, y, como anotamos ya, tradujo y publicó la *Carta a los españoles americanos*. Vio en ellos las ilustres víctimas de un acto brutal de la tiranía absolutista. Y también los vio como hombres que serían de gran valor en la Hispanoamérica emancipada²⁵⁶.

²⁵⁴ Allan R. Brewer-Carías, en “Las causas de la independencia de Venezuela explicadas en Inglaterra...”, p. 20, cita la opinión de Georges Bastin de que Miranda tuvo clara intervención en la publicación del mencionado libro de Burke, en cuya segunda edición se incorpora la traducción inglesa de la *Carta* de Viscardo y cinco documentos bajo el título de “Cartas y Proclamas del general Miranda”.

²⁵⁵ La precipitación de los hechos en España y luego en América que llevaron al regreso de Miranda a Venezuela, hicieron seguramente imposible la publicación y los manuscritos fueron devueltos al embajador norteamericano Rufus King, a quien los había legado Viscardo. Ver Merle E. Simmons: *Los escritos de Juan Pablo Viscardo y Guzmán Precursor de la Independencia Hispanoamericana*, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, 1983.

²⁵⁶ En carta a William Pitt, de 28 de enero de 1791, escribe que jesuitas “hoy desterrados, radicados ahora en Italia, pueden ser de gran utilidad para dirigir los nuevos establecimientos y las relaciones comerciales que se inicien entre los naturales y los ingleses en las costas de América del Sur, relaciones que se extenderán luego a las grandes ciudades del continente por medio de su influencia y de sus amigos”. *América espera*, p. 109. Posteriormente, el 20 de marzo de 1798, anexa a otra presentación a Pitt el documento “Vista política de la América Española” de Clavijero, ilustre jesuita mexicano desterrado, autor de la famosa *Historia de México Antiguo*. Al final de la exposición, Miranda escribe esta nota: “El papel de que éste es copia tiene una nota que

Poemas a poetas: Sor Juana, Juan Ignacio Molina, Andreas Kalvos, Constantino Kavafis.

En mis clases de historia de la música y de literatura, siempre he reflexionado ante los alumnos sobre cuánta gratitud debemos a poetas, músicos, artistas, cuyas obras podemos gozar, sin merecimiento alguno nuestro. Muchas de ellas fueron creadas en circunstancias de pobreza, de dolor, de penurias. Algunas en el amargo exilio, otras en la miseria o la estrechez económica. Recordar a Bach o a Mozart, sometidos a “patrones obstusos”; a Beethoven y sus sufrimientos físicos y espirituales; a Ovidio, a Bello, escribiendo poemas inmortales en la triste y forzada lejanía de sus patrias... Evocamos brevemente a algunos hombres que nos dejaron una herencia de belleza a la que podemos acudir cuando queramos sin costo ni sacrificio ni merecimientos.

Sor Juana Inés

La poetisa mejicana Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695) es, sin duda, una figura extraordinaria. Lo fue en su tiempo y lo sigue siendo. En vida suya no se la vio como un ejemplo. Pero, a trescientos quince años de su muerte, en nuestra atormentada época, cruzada por toda clase de fanatismos, por la general veneración del becerro de oro, sor Juana, por su vida y por su obra, constituye un ejemplo – creemos nosotros.

La vida de sor Juana, 43 años y medio, se repartió entre sus libros, sus amadas lecturas, sus instrumentos musicales y científicos; sus quehaceres como religiosa de San Jerónimo; un espacio de vida social, a la que la obligó su fama de poetisa y de sabia. Trataba de dejar tiempo para ese espacio, “ese mundo de elegidos”, como escribiendo sobre sor

dice – Papel original de Don Francisco Xavier Clavijero, ex jesuita mexicano y autor de la célebre *Historia Antigua de México*, publicada por él mismo en lengua italiana”. *Ibidem*, pp. 212-219.

Juana, llamó Octavio Paz al espacio al lugar de los libros²⁵⁷. Pero cuánto le costaba a sor Juana refugiarse en la paz de ese espacio: su biblioteca, que, según todos los testimonios, fue magnífica.

Entre sus escritos en prosa, nunca dejará uno de admirar su *Carta a sor Filotea*, documento admirable, conmovedor, por el que sabemos cuán dura fue su lucha. Henríquez Ureña dice del texto que “merece tanta fama como sus mejores composiciones” y lo califica como “uno de los documentos más confortantes de la literatura española”²⁵⁸. Ella – mujer, monja, - en pleno siglo XVII, en una colonia española, pretende saber, pretende leer y leer, escribir no sólo en el ámbito de los cantos religiosos populares, sino también en el de materias profanas, incluso en el campo de la filosofía. Era demasiado atrevimiento. Finalmente, al parecer se daría por vencida, cuando dos años antes de morir, renuncia a escribir y se desprende de sus amados libros e instrumentos musicales y científicos. Hay estudiosos, como el profesor Cedomil Goic, que estiman que lo hace presionada por la autoridad eclesiástica. Para Octavio Paz es claro: “La renuncia al saber, al final de su vida, no fue un acto voluntario; más bien, fue una humillación impuesta por las autoridades eclesiásticas después de un combate de más de dos años”²⁵⁹.

El Padre Méndez Plancarte acoge juicios distintos, como el de Fernández Mac Grégor y el de Menéndez y Pelayo: “Y entonces sí fue santa, enfermó de caritativa Su muerte fue corona de su vida – muy bien lo proclamó Menéndez y Pelayo-. Y su hora más hermosa fue, sin duda – para todo alto espíritu, como para otra gran poetisa, Gabriela Mistral – ésta en que la postrera sor Juana²⁶⁰, [...] ‘es grande por sobre todas’²⁶¹. Gabriela Mistral supone que ‘la monja sabia [...] debió sentir,

²⁵⁷ O. Paz: *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, 4ª ed., Seix Barral, Barcelona 1990, p. 117.

²⁵⁸ P. Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América Hispana*, F. C. E., Bogotá 1994, p. 82.

²⁵⁹ O. Paz, op. cit., p. 151.

²⁶⁰ Gabriela Mistral: “Semblanza de Sor Juana”, en *Lecturas para mujeres*, Cultura, México 1924.

²⁶¹ A. Méndez Plancarte: “Introducción” a *Obras Completas de Sor Juana Inés de la Cruz I Lírica personal*, 1ª reimpresión, Edición, prólogo y notas Alfonso Méndez Plancarte, F. C. E., México 1976.

con el desengaño de la ciencia, un deseo violento de dejar desnudos los muros de su celda de la estantería erudita". Hasta Aquí Méndez Plancarte.

Pero lo que parece más verosímil si atendemos a lo que sor Juana expresa en la *Respuesta a Sor Filotea*, es que esa renuncia le fue impuesta. No hay ningún indicio que se desilusionara ni del saber ni de la ciencia. En ese extraordinario documento que es la *Respuesta*, sor Juana tiene expresiones bien fuertes. Habla de "persecuciones cuantas no podré contar". Sorprende, en realidad, la entereza de sor Juana para discutir con un jerarca de la Iglesia. Sorprende lo que se atreve a decir. Pero como anota Paz, no sabemos qué no pudo atreverse a decir²⁶². Hay que pensar que la Inquisición seguía torturando y quemando seres humanos.

Dentro del "pluralismo" de estilos, de metros y hasta de lenguas, que caracteriza la obra de sor Juana, esa *Carta* no puede ser leída sin emoción. Fue escrita en 1691, casi dos años antes de que sor Juana renunciara a sus libros y sus instrumentos. Constituye, como escribe Anderson Imbert, "uno de los más admirables ensayos autobiográficos en lengua española"²⁶³. En realidad, ese texto no fue pensado como texto literario. Fue simplemente una respuesta a la amonestación que el obispo Manuel Fernández de Santa Cruz le había hecho por la crítica que había escrito sor Juana a un sermón del entonces famoso predicador Padre Antonio de Vieyra²⁶⁴. En este documento encontramos el testimonio y defensa de su noble pasión, la bella pasión de los libros y del saber:

"No puedo decir lo que con envidia oigo a otros que no les ha costado afán el saber: dichosos ellos. A mí, no el saber (que aún no sé), sólo el desear saber me ha costado gran trabajo [...]. Contra la corriente han navegado (o por mejor decir, han naufragado) mis propios

²⁶² La tortura como método en los interrogatorios y la hoguera para los condenados eran una realidad. En 1680, con ocasión del ascenso al trono de Carlos II (en homenaje a quien sor Juana debió escribir un poema laudatorio), se quemó vivas a una treintena de personas, en un auto de fe, horrible suplicio que, como en otras oportunidades, fue un espectáculo masivo.

²⁶³ A. Imbert: *Historia de la literatura hispanomericana*, F. C. E., México 1954, p. 65.

²⁶⁴ Ese escrito fue publicado en México en 1690 por el obispo de Puebla, sin consultar a sor Juana, con el título de *Carta Atenagórica*.

estudios". "Han llegado a solicitar que se me prohíba el estudio. Una vez lo han conseguido con una prelada muy santa y muy cándida, que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar), en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cabe debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal"²⁶⁵.

En las líneas que siguen evocamos a la admirable mujer y admirada poetisa mejicana después de haber vuelto, el año pasado, a repasar sus poemas y su vida, parar recordarla aquí, en esta Academia:

Olvidar no se pueden las palabras
del verso dedicado a tu retrato.
La vida es aire, bruma, fugaz sueño,
inmaterial rocío sobre el polvo.
Mas en la poesía permaneces
y con ella nos sigues entregando
el hálito de luz y de belleza
que emanaban de tu ser y de tu verbo.
Versos cual la sonrisa de una aurora,
con luz y amor palabras enhebradas.

En tu *Primero Sueño* reuniste
la poesía del anhelo de saber,
del ascenso del alma hacia las luces.
Como Hipatía, hermosa, casta y sabia,
Juana Inés, heroína del saber,
con qué pasión y amor tú defendiste
tu derecho por tantos combatido
de aprender más por menos ignorar.

²⁶⁵ "Carta a Sor Filotea de la Cruz", en Sor Juana Inés de la Cruz: *Obras Completas*, Prólogo F. Monterde, 15ª ed., Editorial Porrúa, México 2007, pp. 837-838

Las tropelosas calles mejicanas
te enseñaron las hablas populares.
Escuchaste la voz del hombre humilde,
de negros y de indios despreciados;
sus palabras amaste, atesoraste,
y en tus *ensaladicas* reuniste
la media lengua negra y el latín,
el español, el vascongado, el náhuatl.
Y del soneto y del perfecto endecasílabo
pasar no desdeñaste
al tocotín sonoro mejicano.

Alguien dijo que fue tu hora más bella,
mas sabemos que fue tu hora más triste
aquella en que tus libros tan amados
hubiste de entregar a mano ajena,
que fuerza te fue al fin ceder a aquellos
que tu sed de saberes condenaban
y tu humilde pasión y humilde anhelo
de “aprender más por menos ignorar”.

Juan Ignacio Molina

Juan Ignacio Molina (1740-1829) – injustamente poco conocido en su patria – fue un gran maestro y un sabio elogiado y citado por grandes sabios, y cuyas obras fueron traducidas rápidamente a varios idiomas.

Como Francisco Javier Clavijero, a México, y Juan Pablo Viscardo a Perú, y otros ilustres jesuitas expulsados, este hombre dio fama a su patria, estudiando, trabajando, enseñando y escribiendo en la lejanía forzada, con la tristeza inapagable de la nostalgia. En palabras del Padre Hanisch, “él incorpora la naturaleza de Chile al movimiento científico contemporáneo y la da a conocer en Europa. Escribe libros que interesan hasta hoy. En la culta Bolonia gozó de fama y respeto unánime”²⁶⁶. Es

²⁶⁶ W. Hanisch: *Juan Ignacio Molina Sabio de su tiempo*, Ediciones “Nihil Mihi”, Santiago 1976, p. 21. El Padre Hanisch dedicó diversos estudios a Molina, reunidos varios de ellos en el volumen *Juan Ignacio Molina y sus obras*, Editorial Universidad de

notable la universalidad de sus conocimientos. No sólo domina el campo de sus disciplinas, sino que su saber se extiende a todo el ámbito de las ciencias experimentales.

Como otros ilustres jesuitas desterrados, Molina quiso la independencia de su patria, y así lo atestigua su discípulo Claudio Ferrari, quien también recuerda sus esfuerzos por volver a su tierra, al mencionar su intento de 1802: “Había procurado muchas veces tener permiso para volver, inútilmente”. Con él, como con los demás jesuitas expulsados, el absolutismo español fue implacable.

Su obra fue motivada por el amor a su tierra, a Talca y sus campos, a su país Chile y a su patria grande, América. Desde niño pequeño y luego de adolescente y joven recorrió valles y montañas, observando plantas y animales, anotando detalles, esbozando descripciones. Y luego de la expulsión, en 1767, cuando a los 26 años fue arrancado para siempre de los suyos y de su tierra, y cuando se le arrebataron sus apuntes, al amor se unió el dolor. Su país, al que llama “el jardín de la América meridional”, estuvo en su mente y en su corazón hasta el momento de su muerte.

Después de afirmar que el *Compendio* de 1776 es muy conciso y que es necesaria una información mayor, escribe en la introducción del *Ensayo sobre la historia natural de Chile*, en 1782: “Con esta mira me había dedicado desde mi juventud a observar sus riquezas naturales, y a instruirme en sus acaecimientos, con intención de publicar sus resultados para beneficio de mis compatriotas. Las críticas situaciones en que me he hallado, y que interrumpieron mis tareas, me privaron aun hasta de la esperanza de que pudiese llegar el día en que las continuara de nuevo: pero habiendo venido a mis manos, por una feliz casualidad, varios materiales de los más necesarios para mi empresa, me dediqué a formar el presente ensayo”²⁶⁷.

Talca, Talca 1999; los que presentan y comentan el *Epistolario de Juan Ignacio Molina* (con Ch. Ronan), Editorial Universitaria, Santiago 1979. Importante para el estudio no sólo de Molina, sino de muchos otros jesuitas desterrados es la maciza obra *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile (1767-1815)*, Editorial Andrés Bello, Santiago 1972.

²⁶⁷ *Compendio de Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*, escrito en italiano por el Abate Don Juan Ignacio Molina / Primera Parte que abraza la Historia

Paradójalmente, Juan Ignacio Molina no escribió en castellano sino cartas. Desterrado de su lengua, debió escribir sus cinco magnas obras científicas en italiano, así como sus *Memorias* para la Academia de Bolonia. Y su obra poética, sólo en pequeña parte conservada, está en latín, griego e italiano. Desafortunadamente, la colección original de poemas de Molina, que vio Barros Arana, no se ha podido encontrar. En ella había 3 odas en griego, 14 odas en latín, 1 égloga, 2 poemas épicos cortos, 1 gentilíaco y 10 acrósticos. No queda claro en qué lengua estaban aquellas composiciones no caratuladas como latinas o griegas. De todo ello, se conservan cuatro poemas latinos y algunos en italiano: un soneto, una ‘décima a la española’, varios epigramas. Los poemas latinos son: “Elegía autobiográfica”, “De fluvibus chilensibus” Sobre los ríos de Chile, la “Ad Callium, olim Cale” Oda a Bolonia, el poema “De peste variolarum” o Elegías de la viruela, de 622 versos; “Las Elegías sobre la ruina de la ciudad de Concepción”. El título de ésta, en latín, señala que es su primera obra: *Ioannis Ignatii Ovidii Molinae Opuscula Elegiaca. Opusculum Primum De Concepcionis Urbis Ruina*. Se refiere al terremoto y maremoto de 1751. Ya en ella agrega al suyo el nombre de Ovidio, poeta a quien recuerda con admiración en su poema sobre la viruela y a quien dedica esa composición, escrita convaleciente de la peste en la que perdió a varios de sus compañeros de religión.

En las *Elegías de la viruela*, dice a Ovidio:

También tú, Nasón, noble desterrado en Tomis,
a quien mis primeros frutos en esta elegía entrego,
tú me has llevado al país de las Musas,
el cauce me has mostrado
por el que fluye el agua sagrada.

Geográfica y Natural Traducida en español por Don Domingo Joseph de Arquellada Mendoza [...] / En Madrid por Don Antonio de Sancha / Año M.DCC.LXXXVIII.p. VIII-IX. En realidad, Arquellada tradujo el *Ensayo sobre la historia natural de Chile*, de 1782, y colocó equivocadamente el título del Compendio de 1776. Sobre esta traducción y sus errores, véase de José R. Stuardo: “Trascendencia del primer *Saggio sulla storia naturale del Chili*, su traducción, el *Compendio Anónimo* y el Bicentenario, *Atenea* N° 495-2007 (Concepción).

En estas *Elegías*, hay una bella digresión que es una especie de paseo imaginativo por los ríos de la zona central desde el Bío-bío hasta el Maipo²⁶⁸.

Es emocionante leer ahora la obra histórica y geográfica de Molina. En el lenguaje sobrio de sus relatos y sus descripciones, podemos apreciar su amor por su patria lejana; su defensa de América frente a la ignorancia y los juicios injustos de los europeos; su admiración por el pueblo araucano y el Estado de Arauco. Y no dejamos de hacer una cosecha poética en sus evocaciones de campos y montañas, hasta en los nombres científicos que da a las flores, como el *crinodendron*, el árbol del lirio, nuestra patagua, la que describe breve y bellamente.

Hay que recordar que pese a la amarga y larga lejanía, cuando supo que recibía una herencia por haberse extinguido el resto de su familia, su afán fue fundar un instituto en Talca para el estudio, la investigación y la formación técnica de los jóvenes. Y en su primer intento de viaje reunió libros para ese Instituto. Las aristas de su humanismo son muchas. Esta idea de enseñar a futuro – ya que sólo pudo hacerlo en Italia – a los jóvenes de su tierra, es una de ellas.

En varios lugares, en momentos de soledad y meditación, hemos evocado al sabio desterrado. Eso sólo son los versos que leemos a continuación: *Evocaciones de Juan Ignacio Molina, historiador, sabio, poeta*.

Constantinopla-Estambul, 19.I.2010, alrededor de las 13 horas, mientras dos amigos recorrían el inmenso y bullicioso Gran Bazar desbordante de turistas.

En medio del Bazar llamado Grande,
en la Ciudad llamada otrora Reina,
en soledad total sumido en medio
de febril multitud cosmopolita
que por doquier se agita hablando a voces,
evoco tu figura, Juan Ignacio,

²⁶⁸ La traducción de este pasaje y de otros del poema de la viruela, en R. Jaramillo: *Elegías latinas de la viruela, 1761 La más importante obra juvenil del Abate Juan Ignacio Molina*, Ediciones “Nihil Mihi”, Santiago 1976, pp. 84-85.

tan joven arrojado a tierra extraña,
los amargos caminos del destierro
sin término empezando a transitar,
arrastrando el dolor de cada día,
con el pecho abrumado de nostalgia,
como el ilustre Viscardo y como aquellos
tres mil y más americanos,
a los que inicua tiranía arrebató
la patria amada y la amante madre.

Aeropuerto de El Cairo, 12.I.2010, alrededor de las 6 o 7 de la tarde, en una inmensa sala vacía con ventanales también inmensos hacia el desierto sin confines.

Mirando las arenas del desierto,
bajo la inmensa bóveda celeste,
que hasta los dos horizontes desciende,
de la sabia Hipatía aquí en los lares,
evoco el país de tu destierro.
Tú te nombraste Juan Ignacio Ovidio.
Tu oda juvenil a la viruela,
tierno latino empeño, dedicaste
a aquel grande poeta desterrado,
a quien crueldad injusta e implacable
para siempre arrancó del suelo patrio
y allá por los hondores del Mar Negro
a penar de por vida condenó.
A tus tiernos veintiún años batallando
por vencer a la mortal enfermedad,
tu alma virginal ¿habrá podido
tanta crueldad imaginar de nuevo
que a ti también la patria arrebatara?
Y te arrancara de la tierra amada,
a la que siempre retornar ansiaste,
a la que siempre como patria la nombraste,

que ya en la tierna infancia recorriste,
admirando los árboles, las flores,
y los bosques umbríos, sus senderos,
las ramas con sus hojas y sus pájaros,
estudiándolo todo con amor y encanto;
la tierra a la que diste fama
en lengua ajena y en cruel lejanía

Riberão Preto-San José de Rio Preto, entre el 15 y el 16 de marzo de 2010, contemplando la inmensidad verde de una llanura al parecer sin límites.

Aquí donde la selva llega hasta tu ventana,
donde imponente ves e íntegra
entre verde y verde la bóveda del cielo,
aquí donde te aguardan mil especies
de árboles y de flores en un río
y mil en la colina y en la floresta mil,
y no “como un largo dolor” cae la lluvia
sino como festiva catarata
que algún dios semental deja caer
a la tierra dispuesta a recibir su don.
Aquí tú, Juan Ignacio, niño, joven, sabio,
aquí habrías hallado un paraíso,
un punto en la sin fin inmensidad
de la sin par naturaleza brasileña;
Y en tus papeles venerables hoy
con emoción recorreríamos las páginas
de tu *Liber De Silva Brasilensi*.

Andreas Kalvos (1792-1869)

Nacido en 1792 en la isla de Zákynthos, Zante, la isla del Jacinto, patria de Hugo Fóscolo y de Dionisio Solomós, este último considerado, junto a Kalvos, como poeta nacional. Ambos cantaron la lucha por la

independencia de Grecia. Con ellos, en plena guerra, nacerá la poesía griega contemporánea. A los 5 años fue llevado por su padre a Italia. Así comenzó una vida dura y azarosa, privado de su madre a tan tierna edad. Ese exilio duró 25 años, en los cuales, siendo bilingüe, como Fóscolo y Solomós, se inició en las letras, escribiendo tres tragedias, una larga *Oda a los jonios* y otros poemas en italiano. Amigo, y en cierto modo discípulo de Fóscolo, sufrió como él persecución y destierro por parte del absolutismo austríaco. Estuvo refugiado en Inglaterra y en Suiza. En Londres perdió a su joven esposa y su única hija. Su pasión por la libertad de su patria esclavizada lo llevó a decidirse finalmente a ser poeta griego. Fóscolo, en cambio, eligió el camino de la poesía italiana. La creación de Andreas Kalvos se reduce a 20 odas, aparecidas en 1824 en Suiza y 1826 de Francia. Hace poco se descubrió otra oda, anterior al estallido de la Revolución de la Independencia. Después de la segunda colección de odas, no volvió a escribir poesía. Sus escritos posteriores son apuntes filosóficos y traducciones de textos sagrados del griego al inglés. En las odas, sólo canta a la libertad de Grecia, a los triunfos y sangrientas derrotas de la guerra, como las feroces masacres de las islas de Quíos (1822) y de Psará (1824), convertidas en desiertos empapados en sangre. Es el cantor de la libertad, de la virtud, del heroísmo por una causa grande, del mar y de la luz y de la belleza de su tierra griega. Cuando al fin volvió a la Grecia combatiente, en 1826, dispuesto a integrarse a la lucha, encontró a sus compatriotas en guerra civil y terribles disensiones, hechos que lo afectaron enormemente. Se retiró a la isla de Kérkira, Corfú, integrante de la República del Heptaneso, bajo soberanía británica, donde enseñó en la primera universidad griega, la Academia Jónica. Sus ideas liberales le causaron problemas. Cada vez más desilusionado, en parte quizás por el no reconocimiento de su obra poética, en 1852, se fue a Inglaterra, después de haberse casado con una profesora inglesa. Allí el matrimonio tuvo un colegio, donde ambos enseñaron hasta la muerte. Murió Kalvos en 1869, en Louth, un pueblo lejos de Londres. De él no quedó imagen alguna (existe una de su esposa). Su tumba permaneció desconocida por casi un siglo. Ubicada por Antonio Indianos, un estudioso chipriota, el poeta Yorgos Seferis, que escribió bellas páginas sobre la poesía kalviana, cuando fue

embajador en Inglaterra, consiguió en 1960 el traslado de sus restos a su isla natal.

Dos poetas le dedicaron magníficos estudios: Kostís Palamás en el siglo XIX y Odiseo Elytis en el siglo XX.

Es el gran clasicista de la literatura neogriega. Su lenguaje, siempre elevado para estar a la altura del elevado tema, tiene rasgos únicos, entre ellos, arcaísmos, que dificultaban la lectura por sus compatriotas. La *Oda I* es un emocionado canto de amor a su isla; en la *Oda III* recuerda a su madre. Relaciona ambos motivos con la libertad de Grecia, a la que canta en las otras 18 odas: las islas mártires de Quíos y Psará; a la de Samos, combatiente incansable; al Batallón Sagrado, trescientos jóvenes inmolados al comienzo de la Revolución de la Independencia, en 1821; a Parga, la ciudad que abandonaron todos sus habitantes llevando las cenizas de sus muertos, cuando fue vendida a los turcos (1819).

En la última estrofa de la primera oda, se lee este anhelo, que finalmente no cumplió:

Que no me dé mi destino
tumba en tierra extranjera...

A Andreas Kalvos

Te vio nacer la isla del jacinto,
la isla verde azul de los poetas,
la del diáfano mar y el cielo puro,
de tus sueños "la única alegría".
Y tus primeros pasos acunaron
las luminosas aguas del Mar Jónico
y el aroma de los "dorados citros".

Pero tempranamente te arrancaron
de la ternura y el calor maternos
y del regazo de la tierra amada.
Del siglo un cuarto tu primer exilio
orfandad y soledades te ofrendó.

“De su ánfora extrae el viejo Olvido”
el torrente que todo desvanece,
pero no a aquellos nombres que cantaste,
a Quiós y a Psará, las islas mártires,
y a Parga, la de alta frente, abandonada
hasta por las cenizas de sus muertos;
y a aquellos jóvenes del Batallón
Sagrado que en Dragatsani se inmolaron.

“Cuando infinitas tiemblan en la noche
las luces de los astros” y despléganse
por los vastos espacios celestiales,
en ti pienso Andreas Kalvos y te invoco,
evocando tu sed de libertad,
tu ansia de humanismo y de justicia.
Te imagino contemplando al sol
que “cual imagen de dicha se muestra”
allá en el resplandor del horizonte.

Poeta de la patria asaz esquiva,
poeta del retiro y del olvido,
poeta del exilio y la virtud,
poeta de la luz y la belleza
y de la gloria y de la libertad,
por deber te impusiste cantar sólo
a la patria que amaste y no te amó.
Después hiciste enmudecer la lira:
te acogiste al silencio para siempre;
ni un vestigio dejaste de tu rostro.

¿Qué amargura tan honda te llevó
a por siempre dejar la tierra amada,
a la Grecia de la luz y del azul,
para perderte en la brumosa Albión?
Como en el viaje último de Byron,

con el alma transida habrás partido,
“divisando a lo lejos las colinas”
y los campos de la patria dulcísima,
mientras las sombras de la tarde descendían
y las olas abrían sin retorno
la dura senda del postrer exilio.

Al destino rogaste no te diera
en tierras extranjeras una tumba,
pero lejos en un lugar remoto,
hasta las huellas desaparecieron
de tu sepulcro entre las hierbas del olvido.

Constantino Kavafis

Alejadría: “El rumor de un mar soñador y los ecos de una historia extraordinaria...”

Es lo que se siente cuando se llega a Alejandría. La poesía sobrecogedora de su mar y la de un pasado fascinante que encuentras dormido en cada calle, en cada rincón, te envuelve y no te abandona ya más. Y te seguirá cuando te alejes. La ciudad te seguirá, como dice el verso del que fue su mayor poeta.

Esa es Alejandría. Así es. Es un lugar único. Una ciudad sin paralelo. No puede sino atraparte.

Uno camina por sus calles evocando la gran ciudad ecuménica, donde durante siglos convivieron tres razas, tres lenguas, tres religiones, tres culturas: egipcios, griegos, hebreos. Medita uno frente a la Nueva Biblioteca de Alejandría, sabiendo que allí, en el cabo Loxías estaban los palacios reales, y junto a ellos la magna Biblioteca y el Museo; allí vivieron Cleopatra y Antonio esa vida de gloria, placer, arte, que llamaron la “vida inimitable”. Se detiene uno en el lugar donde estaba el Cesareum, entre cuyas columnas caminó Cesarión, el hijo de Cleopatra y César, y recuerda el poema de Kavafis, en que evoca su figura de adolescente de 17 años y su rostro triste, esperando que Octavio, el futuro César Augusto decida su muerte. En el centro de la ciudad, es

imposible no recordar que desde allí surgió ese cortejo misterioso cuyos voces y música se escuchó en la noche anterior a la caída de Alejandría en poder de romano. Cortejo y vocerío que, según cuenta Plutarco, algunos interpretaron como anuncio de que el dios que protegía a Antonio lo abandonaba. Y se vienen a la mente los versos aquellos:

Cuando de repente, a medianoche, se escuche
pasar una comparsa invisible
con músicas maravillosas, con vocerío –
tu suerte que ya declina... no llores vanamente...

En los mínimos restos que quedan del grandioso Serapion, el templo mayor de Serapis, evoca uno a la bella y sabia Hipatía, cuyo brutal asesinato, marcó el año 415, el triunfo del fanatismo y la intolerancia, y el fin de la Alejandría ecuménica.

Desde el lugar en que como empleado público trabajaba el poeta durante treinta años, puede uno ver, como él veía, el poético mar que él cantó, el gran puerto oriental. Desde ese edificio vemos el lugar donde estaba el celeberrimo Faro, y donde hoy, desde el siglo XV, se alza la fortaleza de Kaitbey.

Recorremos las tres cuadras y media que caminaba el poeta desde la casa al trabajo y pasamos cerca de la intersección de las calles del Profeta Daniel y Horreya, y pensamos que allí se cruzaban las dos grandes calles antiguas, la de la Puerta de Roseta y la del Sema. En ese punto y bajo la mezquita de Daniel, es posible que estén sepultados en el polvo de los siglos los restos de Alejandro Magno.

En la Casa de Kavafis – así se llama el pequeño museo -, meditamos en la habitación donde escribió tantos poemas. Por el mismo balcón por donde miraba él su ciudad amada, la miramos nosotros. Y desde allí vemos el hospital donde murió y la Iglesia Patriarcal de San Sabas, donde se celebró el oficio fúnebre. Pasamos al templo y luego nos encaminamos al Cementerio Griego, recorriendo calles, por donde, muy joven, conversaría con sus dos amigos de infancia y adolescencia, Estéfano Skilitsis y Mikés Ralis, a los que la muerte arrebató a los 19 y 23 años. En el Cementerio, entre tantas tristes inscripciones, vemos las de

sus amigos, cerca de cuyas cenizas vinieron a reposar los restos del poeta cuarentitantos años después.

En el pórtico del campo santo, escribimos estas líneas, luego de estar meditando junto a la tumba donde reposan los restos del poeta, de su padre y su madre y seis de sus hermanos, después de haber leído y releído en esa desnuda lápida: "Constantino Kafavis / Poeta / Muerto en Alejandría el 29 de abril de 1933":

En la puerta del cementerio griego de Alejandría

Febrero de 2004

Blanca ciudad de mármoles dormida
con palabras que escriben un dolor irremediable,
testimonios de ausencias lacerantes
y de tristezas que no tienen fin.

Te veo aquí, poeta, silencioso
entre las lápidas silentes, frías,
y el recuerdo de tus amigos muertos,
tan jóvenes y de mirar tan claro
cuyas vidas segó funesto día.

Te veo allí en el balcón de tu poema,
en bruma envuelto de melancolía,
viendo el fluir, como lo viera Heráclito,
del bullicio y la vida por las calles
de la que era tu ciudad amada.

Te evoco en la penumbra de tu casa,
a la luz mortecina de tus lámparas,
en misteriosa soledad sumido,
hilando con palabras lentos versos,
para esculpir la condición humana,
su soledad y finitud fatales.

Te pienso frente al mar de Alejandría
y su luz y su azul esplendorosos,
la vastedad de su cielo sin nubes,
su paz y poesía inagotables.

Igual que Antonio y Cleopatra otrora,
viviste tú tu "vida inimitable",
entregado a la santa poesía,
y aquí llegaste un día a reposar,
de tus amigos muertos a la vera,
en la ciudad de mármoles dormida.

Nota.- Las referencias bibliográficas completas das obras citadas se encuentran en las notas al pie de página. Por eso no las repetimos aquí, al final del texto.

Francisco de Miranda y el romanticismo

El tiempo no nos permite sino esbozar algunos aspectos del tema. Antes quisiéramos destacar la importancia que tiene Miranda para América, importancia que para los chilenos es doble, en cuanto él fue Precursor, héroe y mártir de la independencia de toda Hispanoamérica y en cuanto fue el mentor directo de O'Higgins. Hay una clara injusticia histórica al hablar siempre de idea o ideal bolivariano, cuando deberíamos decir "ideal mirandino y bolivariano". La idea de América libre y unida la concibe Miranda en 1781, dos años antes de que naciera el Libertador Simón Bolívar; y a aquella idea entrega su vida entera. En la obra *La literatura de Hispanoamérica*, Martín de Riquer y José María Valverde hacen justicia a Miranda, cuando lo señalan como "el primer soñador de una Indoamérica independiente y unida"²⁶⁹.

Los escritos de Miranda están constituidos por sus *Diarios*, sus cartas, sus proclamas y diversos papeles de trabajo: documentos dirigidos a autoridades francesas e inglesas, proyectos de Constituciones y de reglamentos, exposiciones sobre países americanos, apuntes para entrevistas, memoriales escritos en su prisión. Relacionados estrechamente con sus escritos están una cantidad inmensa de documentos emanados de las más distintas fuentes y que Miranda recopiló y guardó en su *Archivo*, que tituló *Colombeia*, agregando una terminación griega a la palabra Colombia, con la que bautizó a la gran nación hispanoamericana que soñó unida y libre, desde 1781. Sus escritos originales forman parte de esta colección monumental, que es *Colombeia*.

Los documentos y escritos de *Colombeia* atañen a los dos hechos políticos más importantes del siglo de las luces: la Revolución de la Independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa; y al gran acontecimiento de la centuria siguiente, preparado desde las últimas décadas de la anterior: la Revolución de la Independencia Latinoamericana. En las tres revoluciones participó Miranda. Por eso se

²⁶⁹ M. de Riquer y J. A. Valverde: *La literatura de Hispanoamérica*, Planeta, Barcelona, 1974, p. 76.

ha podido llamar a su *Archivo* el “tesoro documental de América”. A su vez que Salvador de Madariaga lo pudo calificar de “uno de los tesoros de la historia europea”.

Esta colección de 63 tomos, que vivió las vicisitudes de la agitada existencia del Precursor, incluida su actuación en Venezuela durante la Primera República, y que estuvo “desaparecida” por más de un siglo, es realmente asombrosa. Teóricamente, se trata de casi 15 folios, pero en realidad, esos folios no hacen 30 mil páginas, sino muchísimas más. En verdad, el número de páginas es inmensamente superior a esa cifra, pues se ha signado con un número de folio sólo la primera página de una gran cantidad de impresos, que poseen desde 1 o 2 hojas hasta casi 300.

Falta un estudio sobre los textos mirandinos como tales y sobre el corpus de *Colombeia* - en la que se insertan los *Diarios* -, considerado como lo que es, como una especie de texto monumental, polícromo y politonal, de la aventura humana. Texto que nos habla muchas veces con acento sobrecogedor de la grandeza del esfuerzo del hombre por superar su precariedad, su pequeñez, su efimericidad. *Colombeia* - y dentro de ella el *Diario* - es un himno a la capacidad de la creatura humana para elevarse desde el barro de que está compuesta hacia lo alto. De haberla conocido, Nikos Kazantzakis habría hallado en *Colombeia* “la llama que devora al hombre”; la llama que impulsa a algunos hombres a luchar por una causa grande y noble pese a las mayores dificultades y penurias. Por *Colombeia* y los *Diarios*, desfilan las miserias y las grandezas de su tiempo. Junto a los museos, los monumentos, la bibliotecas, las universidades y escuelas, Miranda visita - y muchas veces antes que a aquéllos - las prisiones y los hospitales y condena los horrores que allí ve; fustiga las tortura y los tratos degradantes; describe la miseria y la injusticia y protesta contra ellas; se conduce de la ignorancia y la superstición; menosprecia la banalidad, la frivolidad, el vacío espiritual; admira el heroísmo y la consecuencia con los ideales; exalta a los mártires de la libertad; pondera el espíritu crítico, la independencia y amplitud de criterio, condenando la intolerancia y la falta de libertad religiosa y de conciencia; critica el atraso en la educación y la salud públicas y elogia los progresos que en esas materias encuentra en algunos lugares; describe monumentos artísticos y deplora las

condiciones en que se encuentran, el trato que se les da y el latrocinio piratesco de que se les hace víctimas; pinta los paisajes más variados de los lugares, a los que llega a veces venciendo muchas dificultades; baja a una mina; camina sobre un glaciar; colecciona memorias sobre países, ciudades, poblaciones; reúne informes, cuadros estadísticos; historias, dibujos, folletos, partituras, libros, en lo que quedan testimonios de la vida de un pueblo; observa a las personas y a las sociedades, anotando incansablemente sus observaciones.

Y por entre las líneas de ese colosal fresco, hay ciertas constantes: el sentido de la dignidad, tan profundo en Miranda; su sentido de la belleza natural y artística; el amor a su tierra; su pasión por la libertad del Continente Colombiano y por la futura grandeza de sus países unidos; la devoción por la razón, por la instrucción, por la cultura, por la belleza, por la justicia, por la libertad de pensamiento y de conciencia; su amplia visión humanista, tan relacionada con su admiración por la cultura clásica griega y latina.

En *Colombeia* podemos ver – a veces con dimensiones de sobrecogedora grandeza – una “página del gran libro del universo” - para usar una expresión de Miranda, del libro del mundo de la ventura y desventura humana; de la naturaleza y sus bellezas. A través de sus miles de página seguimos al romántico peregrino Miranda, saciándose de bellezas naturales y artísticas, sin perder en la senda la brújula de su Itaca, que es la libertad del continente hispanoamericano.

Es verdad que los *Diarios* están formados por anotaciones rápidas durante un viaje de una década, en que el peregrino debió enfrentar variadas dificultades, problemas, peligros, contratiempos; alojar en los lugares más variados y precarios, sin dejar nunca de leer y de escribir. El conjunto de esas anotaciones constituye, sin duda, un monumento humano y literario de inmenso valor, sin dejar de lado el valor testimonial y documental de esos escritos y de los documentos que recogía el viajero e intercalaba entre sus *Diarios*.

Acertadamente lo señala Henríquez Ureña: “Aunque hombre de amplias lecturas, carecía [Miranda] de ambiciones literarias; sin embargo, el diario que llevó – extraordinario documento – lo coloca en una posición única dentro de la literatura hispanoamericana. Recoge en él

cuanto dato pueda serle útil, anota cuanto rasgo personal, cuanta costumbre le llama la atención en las regiones que visita. Sus comentarios son breves y agudos; muy a menudo, también, enteramente imprevistos”²⁷⁰.

Por su parte, Anderson Imbert escribe: “La historia literaria suele adornarse a veces con figuras políticas que en realidad no le pertenecen, pero que por haber sido “hombres de letras” - en este sentido vasto que “hombres de letras” tiene en América española - permiten y justifican el préstamo. Es el caso de Francisco de Miranda [...]. Su importancia es política, pues de sus conspiraciones y luchas arranca la serie histórica de la independencia; pero hay derecho a considerar sus escritos como exponente de un espíritu original. Sin ambiciones literarias de ninguna clase, fue asentando en páginas sueltas lo que oyó, pensó, vio y leyó. Su modo conciso y agudo de comentar monta tanto como su documentación para la historia de esos años de crisis”²⁷¹.

El estudioso español Mario Sánchez-Barba afirma que el vacío que se observa en el estudio de los escritos mirandinos en su valor literario “se debe a la deformación tradicional entre los cultivadores de la ciencia de la literatura, que tiende a destacar los valores estéticos dentro de unas coordenadas de valor prefiguradas, sin tener en cuenta dos circunstancias que para mí resultan esenciales, en orden a fundamentar los supuestos básicos para efectuar tal valorización: el análisis del proceso creador, dentro de la multiplicidad de circunstancias en que se efectúa y la interacción entre los escritos, las bases intelectuales que los motivan y los modelan, y el público a quien van dirigidos”. Pensamos que las dificultades para acceder a los *Diarios*, ya que el *Archivo* se publicó por primera vez entre 1929 y 1950, en edición limitada y poco manejable, han contribuido a su escaso conocimiento entre los estudiosos de la literatura hispanoamericana.

²⁷⁰ Pedro Henríquez Ureña: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, F. C. E., México, 1949, p. 99.

²⁷¹ Enrique Anderson Imbert: *Historia de la literatura hispanoamericana*, F. C. E., México, 1954, pp. 80-81.

Pero, en verdad, el texto de los *Diarios*, con su vida propia, independientemente de la disposición con que se los escribió, posee sin duda vida propia como un texto literario cautivador.

La palabra “romántico” y Miranda

Tradicionalmente se cita al inglés Borwell como el introductor del término “romántico”, que aplica al “the romantic aspect” de la isla de Córcega, en 1765²⁷². La adaptación de la palabra al francés la habría hecho Rousseau en su *Réverie du promeneur solitaire*, “romantique”, en 1778. El año anterior, su amigo del marqués de Girardin había utilizado la palabra en inglés, “romantic”, escribiendo sobre sus jardines de Ermenoville, lugar donde moriría Rousseau y que Miranda visitará con veneración. Por su parte, Federico Schlegel, a fines del siglo lo adaptó al alemán como “romantisch”, dándole el sentido estricto de orientación estética o literaria. Uslar Pietri anota respecto del uso de la palabra en Miranda: “La escribe don Francisco en un día de 1788, al azar de su apasionado vagabundaje europeo, a la vista del paisaje de los alrededores de Münster, en la Westfalia. Dos veces emplea la palabra y las dos en relación con la vista de la naturaleza [...]”. Y continúa: “Es, seguramente, la más antigua documentación conocida de la palabra “romántico” en castellano. En español, por lo que conocemos, no aparece hasta bien entrado el siglo XIX”²⁷³. En realidad, siempre será difícil la constatación del primer uso de un vocablo en una lengua. Y, en todo caso, en España, encontramos el término en 1814-1818, en la polémica Böhl de Faber, y José Joaquín de Mora, y según Díaz-Plaza, a partir de 1818 esta palabra - salvo algunas vacilaciones - es aceptada²⁷⁴. Menéndez

²⁷² Lo recuerda Díaz-Plaza, citando a G. Roth en *À propos de l' épithète 'romantique'*, como “un primer hallazgo del vocablo a mediados del siglo XVIII”, dando la fecha de 1765. Op. cit., p. 21. El Diccionario de literatura española de Julián Marías y otros entrega el mismo dato, agregando su uso por Rousseau, como “romantique”, en *Réverie du promeneur solitaire*, en 1778.

²⁷³ A. Uslar Pietri, op. cit. p. 81.

²⁷⁴ G. Díaz-Plaza, op. cit., p. 21. Según Hubert Becher, en su *Nota histórica sobre el origen de la palabra romántico* (Bol. Bib. Menéndez Pelayo, XIII), citado por Díaz

y Pelayo ubica los primeros atisbos del romanticismo en España en 1823. La misma información de Díaz Plaja entrega el *Diccionario de Literatura Española* dirigido por Julián Marías. Pero Miranda utiliza treinta años antes el vocablo *romántico* y no dos veces, sino al menos trece veces entre julio y diciembre de 1788²⁷⁵. Hay un nuevo ver y sentir la naturaleza en sus descripciones de lugares que califica de “románticos”: grutas, bosques, valles, montañas, rincones, paisajes. Con esa nueva mirada, contempla los paisajes que inspiraron los *Idilios* de Gessner. Muchas de las descripciones recuerdan de cerca al Rousseau de la *Nueva Eloísa*. El viajero utiliza también con el mismo sentido el término *romanesco* en varias ocasiones. No deja de ser curioso anotar que el 1º de agosto de ese año, en Arlesheim, el viajero se extasía ante las bellezas de un jardín llamado “La soledad romántica”, traduciendo así el nombre del parque del francés.

Miranda y Rousseau

Son muchos los autores que destacan la importancia de Rousseau en los inicios del romanticismo americano. Torres-Rioseco afirma que “el romanticismo desde su primera expresión en Rousseau y en particular en *La Nouvelle Héloïse*, halló en Hispanoamérica entusiastas discípulos. Esta novela, en la que se ensalzaba la pasión y se sublimaba la esencia divina del amor humano, en la que la naturaleza se revelaba en toda su concreta belleza de praderas, lagos y montañas, en la que el autor sentía y expresaba las emociones subjetivas de la soledad y la melancolía bucólica, hirió perentoriamente un cuerda afín”²⁷⁶. Como Torres-Rioseco, un estudioso norteamericano, J. R. Spell, pone de relieve la influencia de Rousseau en la historia cultural hispanoamericana, nombrando

Plaja, op. cit., loc. cit., en la revista *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes*, Madrid, 1805, “aparece el vocablo *romancistas* aplicado a las nuevas tendencias”.

²⁷⁵ Las fechas, todas del año 1788, son 14.7 en *Colombeia* VII, p. 329; el 1º.8. en Arlesheim, en ibídem, p. 383; el 5.8 en ibídem, p. 390, en Lauffen; el 14.8. en Oberriet, en ibídem, p. 405; 16.8 en ibídem 408; 19.8 en ibídem 412; 17.9 en ibídem 491; 29.11, en *Colombeia* VIII, p. 161; 2.11 en VIII p. 166; el 13.12, en ibídem, p. 194; 22.10.88 en ibídem, p. 91; el 20.11.88 en ibídem, p. 139; en Münster 12.X.88, en ibídem, p. 68. Este día utiliza, además del vocablo “romántico” el término “romanesco”; y el 15.X.88 escribe sólo “romanesco”.

²⁷⁶ Arturo Torres-Rioseco: *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana*, p. 49.

precisamente a Miranda entre los primeros de los próceres de la independencia latinoamericana en quienes ve discípulos entusiastas del autor del Emilio: “Esta combinada influencia ideológico-literaria de Rousseau constituye uno de los capítulos más fascinantes de la historia cultural hispanoamericana. La corriente puede remontarse a través de muchas de las principales figuras del momento de la independencia. Ciertamente los revolucionarios más importantes de fines del siglo XVIII y principios del XIX - Miranda, Belgrano, el Padre Camilo Henríquez, Nariño, Simón Rodríguez (maestro de Bolívar) - eran discípulos entusiastas de Rousseau”²⁷⁷. Hay que destacar la importancia del Precursor como el primero y más preclaro receptor de la sensibilidad romántica y muy en especial de la obra de Rousseau. Pensemos que Miranda adquirió las *Obras Completas* de ese escritor ya en el año 1782. Quiso seguir las huellas de su camino vital y literario y las siguió con gran emoción, visitando los lugares donde nació, escribió y murió. Lo admiró profundamente como escritor y como músico. Así lo mostramos en un ensayo titulado precisamente *Rousseau en el camino de Miranda*.

Rasgos románticos de Miranda

A partir de las características de ilustrado que sin dudas presenta Miranda, el estudioso del pensamiento mirandino y biógrafo del prócer, Antonio Egea López lo califica de neoclásico. Lo hace mencionando las continuas referencias que se hallan en sus escritos a los clásicos griegos y latinos y a su maravillosa biblioteca clásica. No le parece que se pueda adjetivar a Miranda como romántico²⁷⁸.

Para nosotros es claro que, tal como lo señala el gran historiador venezolano Caracciolo Parra-Pérez, la figura del Precursor, su personalidad está más allá de cualquier esquema o encasillamiento. No podemos enfocar su espíritu multifacético, teniendo en mente la antítesis simplista: o neoclásico-conservador o romántico-liberal revolucionario. Miranda por su formación, por su cultura, como hijo del siglo XVIII,

²⁷⁷ A. Torres-Rioseco, op. cit., p. 49, donde cita a J. R. Spell: *Rousseau in the Spanish World before 1813*, Austin, 1938, p. 225.

²⁷⁸ A. Egea López, op. cit., p. 176.

presenta algunas características de ilustrado; pero ostenta muy notables rasgos románticos²⁷⁹. Como podremos apreciarlo más adelante, estudiosos diversos han destacado el carácter esencialmente romántico de las grandes figuras de la independencia hispanoamericana.

El erudito español Pedro escribe a este respecto: “El perfil romántico de los protagonistas de la independencia americana es un hecho evidente, hasta el punto que don Augusto Mijares ha podido señalar que los hombres mismos, actores de la independencia, son personificación de la idealización romántica. Miranda, Bolívar, Sucre, O’Higgins, San Martín, son ellos mismos, en su vida, como tipos humanos, auténtica corporeización de lo que entendemos por romanticismo. Desde luego, liberales, como se autoproclaman en numerosos textos salidos de sus plumas”²⁸⁰.

Por otra parte, más de un autor, sin mencionar la palabra “romanticismo”, ha aludido en esencia a rasgos románticos en la magnífica y trágica aventura (aventura en el mejor sentido de la palabra) que es la vida del Precursor. El historiador Jules Michelet ha dejado elocuentes expresiones a este respecto: “Miranda, hombre heroico y austero, rico y noble de nacimiento, sacrificó desde su juventud reposo y fortuna al triunfo de una idea: la libertad de la América Española. No hay ejemplo de vida alguna consagrada tan absolutamente al servicio de una idea, sin conceder jamás un solo instante al interés o al egoísmo; no hay ejemplo de tal desprendimiento en la historia de la humanidad [...]. Nadie tenía más instrucción ni más talento que él, y por lo que al valor se refiere, si carecía de la brillante iniciativa de los generales franceses, poseía en el más alto grado la firmeza castellana, noble cualidad que se asociaba en él a la profundidad y el ardor de su fe revolucionaria [...]. Con aquella su trigueña faz española, tenía el garbo altanero y sombrío,

²⁷⁹ Vale la pena recordar esta afirmación de Díaz-Plaja: “El romanticismo es un fenómeno surgido del movimiento general de las ideas del setecientos; es la versión estética de la rebeldía individualista que preconiza el racionalismo, de la libertad que propugna la Enciclopedia, de la defensa de la pasión que va desde Spinoza a Rousseau. Críticamente es, como ha notado Paul Souday, el paso del dogmatismo al relativismo”. Guillermo Díaz-Plaja: *Introducción al estudio del romanticismo español*, p. 15.

²⁸⁰ Pedro Grases: “El sentido crítico y educador de Bello”, en el volumen *Bello y Chile*, I, p. 426.

el trágico aspecto de un hombre predestinado más bien al martirio que a la gloria”²⁸¹.

Miranda nace justamente cuando el siglo XVIII promediaba, 1750; cuando promediaba la centuria de Voltaire, Rousseau y Chenier, quienes precisamente dentro de ese siglo marcan el comienzo de una nueva época y una nueva sensibilidad. En esa centuria nace Francisco de Miranda, no en la Europa de las luces, de las cortes absolutistas, sino en las lejanas y exuberantes tierras venezolanas. “Hijo del neoclasicismo típico del siglo XVII y comienzos del XVIII, pero inclinado por su naturaleza tropical e inquieta hacia las nuevas tendencias, que aflúan de todas partes [...] del centro del planeta, que ya era Francia”, Miranda viene a ese mundo, al viejo mundo en renovación, trayendo ya en su primera juventud fermentos del despertar de aquel otro mundo, el nuevo, América”²⁸².

El poeta Paz Castillo ve en Miranda un sentimental, tras la apariencia estoica y severa (que Augusto Mijares atribuye a una seria educación clásica) y un espíritu pleno de muy variadas y hasta contradictorias inquietudes: “Ama el placer y la acción, al par que la contemplación; el tumulto y la calma; la guerra y la paz; la serenidad eglógica de las montañas y los rumorosos salones de sociedad. Y es el caminante soñador que gusta reposar en su cuarto, por el atardecer, entre sus libros; y el general vehemente a quien le interesa la guerra [...]; y que también se detiene a escuchar, como un poeta, el ruido del ala vespertina que huye azorada por el monte, como la nota del pastor que guía sus cabras por entre valles y collados, con su tradicional flauta de carrizos”²⁸³.

Y al terminar sus consideraciones sobre este tema, el poeta concluye: “Miranda es para mí un romántico [...]. Es un personaje de la eterna tragedia romántica”, cuidándose de expresar que “disminuiría mucho la figura de Miranda vista sólo como arquetipo de romanticismo europeo”. Porque, en realidad, las raíces americanas, venezolanas, de Miranda y su perspectiva universal, rebasan los límites del hombre de

²⁸¹ Jules Michelet: *Histoire de la Révolution Française*, vol. II, pp. 230-231.

²⁸² Fernando Paz Castillo: *El romanticismo en don Francisco de Miranda*, p. 20.

²⁸³ *Ibíd.*, p. 23.

Europa, francés, inglés, alemán o italiano. Muy difícilmente se podría encontrar un tipo europeo que igualara la plenitud y vastedad de la trayectoria vital del Precursor.

Para Uslar Pietri, resulta evidente que se puede calificar a Miranda de romántico. En un estudio dedicado a este tema, escribe: “No hay duda de que, como anota Paz Castillo, Miranda es sobre todo un romántico. Un romántico *avant la lettre*. Lo es por el espíritu vital que lo arrastra al riesgo y al desafío; lo es por el poder de las pasiones y las emociones; lo es por el amor a la aventura; lo es por el odio a la injusticia y el entusiasmo por la libertad; lo es por la vocación prometeica de sacrificio y de desgracia. Es un gran personaje romántico antes de que se hubieran creado los grandes personajes románticos de las letras”²⁸⁴. Y agrega: “Debajo de su tricornio y su casaca de seda, palpitaba la torrentosa vida del primer criollo universal. Sed trágica de realizar lo imposible y de alcanzar lo inalcanzable, como todos los héroes que los románticos exaltaron en su integridad”²⁸⁵. Sus expresiones de amor por su “patria la América” son conmovedoras. En carta a Pétion, desde el frente donde lucha por Francia, en noviembre de 1792, le habla de “mi pobre patria oprimida, que desde lejos me tiende la mano, haciéndome ver los grilletes en que se lamenta, desafortunadamente, bajo el más cruel e infame despotismo... ¡Se me desgarran el corazón cada vez que pienso en esto...! Sin embargo, no pierdo la esperanza”²⁸⁶.

La soledad, como signo de la vida del Precursor, es, sin duda, un elemento que contribuye a configurar también su aura romántica. Desde que dejó Venezuela y su familia, acaso es la soledad su verdadera compañía en los momentos más importantes de su vida. Su soledad en la expedición libertadora de 1806, sin un soldado hispanoamericano a su lado y sin un compatriota que acudiera a sus fervientes llamados en Coro, cuando venía a libertad a su “amada Colombia”, su “continente

²⁸⁴ Arturo Uslar Pietri: *Miranda y el romanticismo*, p. 46.

²⁸⁵ *Ibíd.*, p. 50.

²⁸⁶ Carta a Pétion desde Valenciennes, 26 de noviembre de 1792. F. de Miranda: *América espera*, pp. 122-124.

américo-colombiano”, su “nuestra América”²⁸⁷, “mi patria, la América”. La amarga y cruel soledad en la prisión final, lejos de todo lo que le era amado, después de sufrir la injusticia y pequeñez de sus compatriotas y la brutal injusticia primero de los “liberales” españoles y luego del absolutismo hispano. Esa soledad o ingrititud, compañera del sentido de la libertad espiritual suprema del héroe, acaso pueda vincularse con la concepción de la soledad que expresa Nikos Kazantzakis en su *Odisea*²⁸⁸. María Gómez-Mampaso ha estudiado este tema en Miranda, con conmovedores acentos en su obra *Soledad y grandeza de un hombre*.

Carlos Pi Sunyer, en un apartado de sus *Estudios mirandinos*, formula algunas bellas sugerencias en relación con el carácter de la precursora expedición de 1806. Aludiendo a esa empresa increíble, en la cual el caraqueño, después de haber luchado casi dos décadas por conseguir apoyo, decide venir solo, empeñando su único tesoro, sus libros, para tratar de hacer libre a “nuestra América”, a “la desventurada Colombia”, escribe el gran exiliado catalán: “Y es desde Londres de donde Miranda se lanza a la empresa que de entre todas las suyas tiene más aire romántico: la aventura del “Leander”, de una resonancia épica a pesar de su fracaso, y que recuerda el sacrificio de Lord Byron, combatiendo por la independencia de Grecia”²⁸⁹. Lord Cochrane vio esa proyección épica y le escribió al respecto a Miranda: “Estoy seguro de que su invasión, a pesar de no haber tenido el éxito que hubiéramos deseado, abrirá el camino para la liberación final de Colombia”. Este juicio del almirante Cochrane, comenta Josefina Rodríguez, “ha sido confirmado por la historia. El frustrado desembarco del pequeño ejército de Miranda en Coro, es la primera batalla librada por la independencia del continente”²⁹⁰. Allí, en La Vela y en Coro, el Precursor izó la primera bandera de una América libre, bandera cuyos colores llevan hoy las enseñas de Venezuela, Colombia y Ecuador. Por eso O’Higgins, al

²⁸⁷ Un siglo después, otro gran hijo de América, José Martí, popularizará esta expresión.

²⁸⁸ El tema está sugerido en la interesante obra de María V. Gómez-Mampaso, de la Universidad de Madrid, *Soledad y grandeza de un hombre*, Caracas, s. f.

²⁸⁹ C. Pi Sunyer, “Estudios mirandinos”, en *Patriotas americanos en Londres*, p. 54-55.

²⁹⁰ J. Rodríguez de Alonso: “Bosquejo biográfico de Francisco de Miranda”, en *Colombia*, vol. I, p. 83.

reconocer que su idea de libertar a Chile la tomó directamente de Miranda, lo califica de “infatigable apóstol de la independencia de la América española”.

Y en realidad, es imposible no comparar las figuras de Byron y de Miranda. El poeta inglés sacrifica fortuna y destino para ir a combatir por la libertad de la Grecia oprimida por el Imperio Otomano. Al llegar a tierras helénicas comprueba que los patriotas están divididos por caudillismos, celos y pequeñeces humanas. A poco, muere en Mesolonyi. Sin embargo, su gesto y su sacrificio contribuirán decisivamente a que se produzca un giro en la situación, a que las potencias, hostiles a la Revolución Griega y solidarias, como absolutistas, con la tiranía absolutista otomana, cambien finalmente de posición. Miranda no tenía fortuna ni renombre literario. Tenía sus libros amados y la misma pasión libertaria que el poeta. Como lo hará éste en 1811 y después en 1824, Miranda había llegado a ver la tierra griega, en 1886. Armará un barco, empeñando sus libros y consiguiendo préstamos con amigos, y partirá a luchar contra otro un imperio, no menos poderoso que el otomano al que más tarde enfrentará Lord Byron. En distinta forma, pues la enfermedad segará la empresa del poeta, uno y otro lo entregarán todo, la vida, por la libertad de un pueblo. Uno y otro influirán decisivamente con la palabra y el sacrificio al triunfo del ideal libertario.

Romántico por su sentido de la naturaleza, como lo vemos en las páginas dedicadas a su amor por Virgilio y como lo vemos en sus increíbles viajes; romántico por su sentido del ser humano y de la capacidad de éste para acometer empresas sublimes. Trágico por el contraste entre la grandeza de sus miras precursoras y su clarividencia en los momentos decisivos de la Primera República de Venezuela, y la pequeñez, el celo mezquino y la ceguera de algunos de sus compatriotas.

Y el poeta Paz Castillo acude a la figura de otro poeta, de Francia éste, para resumir la relación de lo clásico y lo romántico en Miranda: “Clásico por educación y por estilo. Romántico por temperamento y por contagio. André Chenier, diez años menor que él, encarna - visto desde cierta perspectiva - parecido tipo de hombre: uno con sangre francesa y otro criolla, exaltados y sin embargo serenos frente a la interrogación de la guillotina. La cabeza del poeta, poco antes llena con el susurro de las

abejas helénicas, cae en el cesto trágico; pero la del general, de insinuantes lejanías rodeada, espera para reposar en la muerte, hasta 1816”²⁹¹. Y así, su figura aureolada por los reflejos románticos de la lucha y la desgracia también se nos presenta, en la hondura de su plenitud humana, con la noble serenidad del mármol clásico”²⁹².

Capacidad de descripción y sensibilidad ante la naturaleza; visión de panoramas

Incontables son las bellas descripciones trazadas por Miranda en sus escritos y serían muchísimas las que podríamos citar como ejemplos.

Ya en sus recorridos por razones de su trabajo en España, en sus años como soldado del ejército del rey, se da tiempo para anotar impresiones sobre el paisaje.

En su travesía por los “recién nacidos” Estados Unidos, en 1783 y 84, hallamos bellas descripciones de campiñas y bosques. El 18 de enero de 1784, Miranda escribe en Nueva Jersey:

“La superficie y cultura [cultivo] de la región es tan amena y agradable que comúnmente se la llama el ‘jardín de América’. Por todas partes se ven correr arroyuelos y fuentes de aguas cristalinas, que conducidas con mano industriosa por las faldas de las suaves lomas y colinas que hermocean la superficie del terreno, fertilizan la tierra y forman una serie de agradables perspectivas por toda la región. Las quebradas están cubiertas de bosques frondosos, preservados con inteligencia y cuidado para mil usos utilísimos, los cuales producen a la vista la variedad y contraste más hermosos con los trigos, cáñamos y otras siembras de los campos circunvecinos, abrigando al mismo tiempo una cantidad prodigiosa de pájaros de canto, que se acogen a su sombra y frescura en el verano y añaden mucho realce con su melodía a esta hermosa escena rural”²⁹³.

²⁹¹ F. Paz Castillo, op. cit., p. 32.

²⁹² C. P Sunyer, op. cit., p. 160.

²⁹³ *Colombia*, vol. III, p. 127.

Por sus *Diarios*, sabemos que en casi todos los lugares que visitaba buscaba algún punto elevado, que le procurara una vista panorámica. También en sus visitas a monumentos, trata de su visión sea la más amplia posible.

El 8 de junio de 1786, en Corinto, sube a la fortaleza, para obtener una vista de conjunto de los lugares clásicas. Por experiencia propia, podemos asegurar que la ascensión es hasta hoy muy dura, pues el enorme peñón del Acrocorinto es pétreo, sin caminos ni senderos y muy pendiente en ciertas partes. Escribe el viajero:

“Por la tarde emprendí a montar sobre el castillo, cuya subida es larga y penosa. Mas cuando se llega arriba, se queda contento por las hermosísimas y extensas vistas que de todas partes se presentan. El Helicón y el Parnaso, con sus dos cuernos, se ven clarísimamente y más con un buen antejo como el que yo tenía. A un tiempo se ven la mar de Lepanto y la del Archipiélago, islas de Salamina, montes de Atenas, etc.; y es una de las más bellas y extensas perspectivas que yo haya visto jamás”²⁹⁴.

La visión de Constantinopla, la ciudad que fuera por mil años magnífica capital del helenismo medieval, es descrita por Miranda desde el mar, el día 30 de julio de 1786, en un muy hermoso pasaje de su *Diario*.²⁹⁵

La sensibilidad del viajero ante la belleza de los restos clásicos va a la par con la que siente ante la naturaleza. Y así, en las últimas líneas de la descripción que reproducimos a continuación, Miranda está destacando una de las más interesantes y hermosas características del arte arquitectónico griego: la ubicación de sus monumentos en incomparables entornos naturales. En Corinto, el viajero consigue la autorización del bey turco del lugar, quien queda asombrado de ver que ese raro viajero, proveniente de un remoto lugar, pretenda caminar horas bajo un sol inclemente para ver tres columnas. Y así, a comienzos del

²⁹⁴ *Colombeia*, vol. IV, p. 374.

²⁹⁵ *Ibídem*, p. 405.

caluroso junio, Miranda marcha cuatro horas en busca de las ruinas. Ascende varias montezuelos y – escribe:

“Habiendo marchado como una legua más adelante, descendí a una bella llanura, en medio de la cual se descubren las tres columnas mencionadas, de orden dórico, de una bellísima proporción, y asimismo las ruinas de las demás y grandes cantos de mármol que, reposando unos sobre otros, formaban las murallas interiores – o cella – de dicho templo, cuya forma es cuadrilonga; y desde luego representaría el objeto más majestuoso que pueda imaginarse en medio de aquel valle solitario y colinas que le circundan”²⁹⁶.

Dos años después de la travesía por tierras griegas, Miranda hace el recorrido por el norte de Italia a Suiza a través de los Alpes, sus alturas y sus valles. Desde Grindelwald, el 17 de septiembre de 1788, el caraqueño andante va a ver uno de los glaciares. La descripción que luego nos da en su *Diario* nos entrega una idea de la grandeza del panorama. Una nota humana – la cordialidad de campesinos y aldeanos para con el peregrino – cierra las líneas:

“A las seis en pie, y tomé mi guía para ir al glaciar inferior, que distará media legua, sin embargo que parece mucho más inmediato. Pasamos el riachuelo [...] y encontramos la marisma propia del glaciar; pasámosla y llegamos a la gruta de nieve de donde sale el riachuelo, cuya agua, por opuesto, es blanquísima. ¡Válgate Dios, qué inmensos cuerpos de hielo cuando uno se aproxima, que da miedo a la verdad [...]. De aquí montamos por un sendero que está cerca de a las marismas, para ir a ver en lo alto ‘la mar’ que llaman; y en esto oímos un ruido que hizo resonar toda la montaña, como un fuerte trueno, y que era una avalancha: cosa terrible. En fin, cuando con mis dificultades llegue arriba, vi que el glaciar, en lugar de llanura, formaba ondas como el mar cuando está sumamente agitado, con grietas, etc., que hacen el camino encima casi impracticable. Desde aquí gocé de la completa vista del valle,

²⁹⁶ *Ibíd.*, p. 374-375.

que es tan ameno y delicioso, formando el más completo contraste que quiera imaginarse. Y cuando me retiraba, aquellas mujeres y niños me venían a ofrecer flores, claveles y hierbas aromáticas [...], que realmente me parecía una ilusión”²⁹⁷.

Siempre en Suiza, el 19 de agosto de 1788, Miranda llega al “village” de Rongellen, camino desde el cual puede gozarse de una grandiosa vista del Rin, en el fondo del valle:

“A las cinco en punto [de la mañana] marché con mi guía, pues el país es sumamente escabroso y montuosísimo, y a una cosa de una legua se encuentra el village de Rongellen, y se entra de contado en la Vía Mala, que llaman, y no es otra cosa que un camino angosto, tallado mucha parte en la roca de dos montañas que casi se juntan allá. En el fondo corre el Rin con sumo estrépito entre las peñas, ya formando cascadas, ya escapándose con infinita velocidad por un angosto canal, ya colándose todo por la raja angosta de un grandísimo peñasco que, plantado en el medio de las dos montañas, le dice: por aquí sin más remedio haz de pasar, etc.; con mil otros románticos caprichos de esta especie, que realmente hacen la escena varia e interesante por más de una legua de camino, a que se añade la audacia de los tres puentes de piedra bruta por donde se pasa y repasa de una a otra montaña, conforme guía el camino, que también perfora rocas enteras para dar paso cómodo al tránsito y al conjunto de aquel grandiosísimo barranco, tan revestido de feraz vegetación, que son los mayores pinos que he visto en mi vida”²⁹⁸.

Como lo hace cuando camina relejendo las *Geórgicas* de Virgilio o los *Idilios* de Gessner, la sensibilidad de Miranda ante la naturaleza se expresa muchas veces, haciendo él relación con un escritor admirado o una obra querida, a veces como confirmando personalmente los sentimientos que algunos parajes o ciertos paisajes despertaron en un

²⁹⁷ *Colombeia*, vol. VII, p. 487.

²⁹⁸ *Ibíd.*, p. 412.

poeta. Aquí sólo traigamos su recorrido por uno de los lugares unidos al nombre de Rousseau. En el itinerario suizo del peregrino no podía faltar Vevey. Allí debe adquirir *La nueva Eloísa*, que acaso había perdido en sus viajes, pues sabemos que seis años antes había comprado la obra completa del ginebrino. Las anotaciones del viajero caraqueño muestran la emoción que lo embarga al visitar y contemplar lugares donde vivió y creó sus obras “el poético escritor”; y a la vez dejan ver su sentido de las bellezas naturales. Éstas son las anotaciones de Miranda el día 25 de octubre de 1788:

“La mañana en casa estudiando. Por la tarde, a la dos, salí con un guía, y fuimos al paseo Derrière l’Aile que llaman, a la orilla del lago y con vista y hermosa arboleda [...]. Fui en casa del librero que me vendió la *Eloísa* de Rousseau, para leer estas escenas y descripciones interesantes [...] y luego me volví para montar a la terraza de la iglesia de San Martín, que está por encima de la ciudad... Válgame Dios ¡qué hermosa vista! Subí aun a la torre, de donde no solamente se ve el lago, rocas de Mailleraiz, montañas de Savoya y al pie el village de St. Gengout, más distante la Villa de Evian, etc.; más sobre la izquierda, la llanura de Aigle; embocadura del Rhone; la Villeneuve; castillo de Chillón, aislado en el lago; el de Chatellar y la agradable villa de Clarens, con su ameno bosque que Rousseau ha inmortalizado; los Alpes de la Suiza con sus nevados topes, que se alzan por encima de todo el fondo... Mas cuando uno vuelve la espalda hacia la montaña y ve un extenso y bien graduado anfiteatro, cubierto de viñobles, frutales, arboledas por allí..., al tope prados y espesos bosques, ¡no puede imaginarse un cuadro más vario y hermoso! Y así me estuve gozando de su vista hasta ponerse el sol, pues no me hartó de verlo. Me fui después en casa del librero, donde leí varios de los pasajes de Rousseau que hablan de estos sitios deleitosos. Me llevó éste a la terraza de su casa, que da sobre el lago. Desde allí clara y distintamente me enseñó los parajes de la escena que trae Rousseau en la *Nouvelle Eloïse*. Me retiré a casa luego, donde me entretuve el resto de la

noche leyendo la bella y exacta descripción que de estos sitios hace este [...] poético escritor”²⁹⁹.

Buscando las huellas de Rousseau, el 11 de octubre de 1788, Miranda va a la isla de San Pedro, donde aquél residió y escribió algunas de sus obras:

“A eso de las once llegamos allá, y encontramos aún vendimiando en las hermosas colinas de viñas que allí hay. Subimos por una calle de árboles frutales a la Terraza que llaman, donde hay un frondosísimo paseo de árboles de más de un tercio de legua de largo y vistas deliciosas. En medio está un pabellón octógono... Tiene de circunferencia esta isla tres cuartos de legua y bellísimos prados por el Sur Oeste, de modo que nada le falta para un retiro ameno, como Rousseau perfectamente lo describe”³⁰⁰.

En la aldea de Nufenen, en agosto de 1788, el espectáculo de las cien o más fuentes que descienden de la montaña y una catarata que cae del monte Adel, acaparan la atención del caminante. Y la cumbre de esa montaña majestuosa le parece digna de que la hubiera concebido un Homero:

“Vi en este valle como más de cien y más fuentes que brotan de la montaña derecha y justamente atraviesan el camino y contribuyen con sus pequeños caudales a formarlo, mientras que otras aguas que se desgajan de las más altas montañas, provenientes del deshielo de las nieves, contribuyen a engrosarlo en el verano. Y al pie o falda justamente del soberbio monte Adel, se desgaja una considerable catarata de 600 o 700 pies de altura, que produce uno de los efectos más pintorescos que he visto jamás. El tope erizado y bruto de la montaña que resalta por encima forma el remate que el ingenio poético de un Homero podía haber concebido; y me estuve por un rato considerando este sublime rasgo”³⁰¹.

²⁹⁹ *Colombeia*, vol. VIII, p. 96.

³⁰⁰ *Ibidem*, p. 65.

³⁰¹ *Colombeia*, vol. VII, pp. 413-141

A seis leguas de Andeer, el viajero encuentra el village de Hinterrhein (o alto Rin) y desde allí quiere ir a ver el nacimiento de glaciares, para lo cual debe conseguir un guía lugareño. El relato de la jornada del 20 de agosto es realmente notable y vale la pena leerla completa:

“Amaneció lloviendo y así aguardamos hasta las seis, que con mi buen guía, mis zapatos de paisano con clavos de hierro y mi matalotaje, emprendí la marcha a caballo. Seguimos por una legua sobre piedras y guijarros; las dos ramas de montañas se aproximan más y más, y es prodigioso el número de chorros y cascadas de agua que por una y otra parten se desgajan, unos mayores, otros más pequeños.

“Aquí dejamos los caballos que no podían seguir más adelante, y nosotros a pie, ya saltando peñascos, arroyos, y pasando varios cuerpos de nieve que forman puente sobre los arroyos. Encontramos uno mayor sobre el cual pasamos al otro lado del Rin, que corre por debajo a un espesor considerable. Encuentro que estos zapatos son excelentes para andar sobre los glaciares, pues con los clavos no resbalan. Seguimos ascendiendo la montaña sobre la mano derecha y media legua más adelante encontramos una cabaña de pastores que hablaban muy bien el italiano.

“Hicimos aquí una pausa y nos calentamos un poquillo, pues realmente hacía frío, dejando aquí nuestro matalotaje para la vuelta. ¡Válgate Dios, cuantiosísimos ramos de agua se desgajan de una parte a otra de ambas montañas - particularmente de la del “Oiseau”, que es la más elevada - y caen sobre el Rin, que corre en el fondo de este inmenso barranco, por decirlo así! Seguimos trepando precipicios por peñascos y pastos hermosos, todo mezclado, y entre ellos muchísimas plantas y flores aromáticas, que es un gusto y contraste no poco singular. Media legua más adelante está el paraje que llaman el Infierno, y es una altísima cascada que forma el río cayendo en un agujero formado por un cuerpo grueso de nieve acumulado abajo y que forma puente al mismo tiempo, pues el río sigue su curso y aparece luego más abajo. Encima de esta cascada, sobre la izquierda, sigue luego como un pequeño prado, que

está verde, hasta tocar al gran glaciar, que se extiende por toda la altura y que llaman el Paraíso [...].

“Seguimos en fin por un diantre de precipicio, y poco más adelante encontramos un pastor, que al principio nos dio nuestros recelos viéndolo hablar con nuestro guía, mas nos sirvió realmente, viniéndonos a enseñar mejores senderos, en los que sin embargo por poco nos desriscamos. Las cascadas de agua se desgajan por todas partes, y habiendo marchado una legua más adelante, encontramos el gran glaciar. Y al pie justamente, en la confluencia de las dos montañas, sale un arroyo de agua que, en mi opinión, y según pude examinar, se forma aún de fuentes que se desgajan de una parte y otra, reuniéndose en el medio... y aquí están cubiertos por la nieve. Y como la atmósfera aclaró justamente en este instante, podíamos descubrir un grandísimo espacio del tope de esta montaña, todo cubierto de blanquísima nieve y formando con el purísimo azul del éter el contraste más bello y magnífico que ningún objeto de la naturaleza puede presentar”³⁰².

³⁰² *Ibíd*em, pp. 414-415

Don Quijote, Santa Teresa y Cristóbal Colón en la visión de Nikos Kazantzakis³⁰³

Dedicamos el trabajo que presentamos esta tarde a la memoria del Hermano Martín Panero, quien nos ha dejado hace pocos días. Admiramos en él su sabiduría, su memoria prodigiosa, su simpatía e ingenio y, por sobre todo, su bondad. En nuestra exposición, hablaremos, entre otros personajes de Don Quijote, tema que fue de su acaso particular dominio y sobre el cual le escuchamos hablar en inolvidables conferencias. Por eso también, el recuerdo del Hermano Martín Panero estará especialmente con nosotros esta tarde.

Nikos Kazantzakis, poeta, novelista, dramaturgo, ensayista, pensador griego, muerto en 1957, puede atraer nuestro interés por muchos aspectos de su vasta obra escrita y de su vida, "plena de aventuras, plena de conocimientos", para decirlo con un verso de Kavafis³⁰⁴. Pero esta tarde, en el Día del Idioma Español, quisiéramos recordar a tres personajes de España en la visión de poeta griego.

Gran filohispano, Kazantzakis, entre varias lenguas europeas que llegó a dominar, aprendió con especial empeño el idioma de Castilla, para leer en originales la literatura española que admiraba y amaba. Cuatro veces recorrió la Península Ibérica. Escribió el libro *Viajando por España*, que ha sido traducido con el título de *España, dos rostros*. Fue el primer traductor al griego de García Lorca, de Juan Ramón Jiménez y de casi todos los poetas de la Generación del 27. En 1931, publicó una extensa *Antología de la poesía española contemporánea*. En verdad, el escritor se encontró primero con la lengua española, con la poesía castellana, y después con la geografía física de la Península.

Y precisamente, entre los personajes de la hispanidad que admiró y amó especialmente, hay tres a los que cantó en dos poemas en tercinas,

³⁰³ Disertación en la Academia Chilena de la Lengua con motivo del Día del Idioma, 29-IV-1999.

³⁰⁴ Sobre su vida y obra, puede verse Roberto Quiroz: *Cronología y bibliografía de Kazantzakis*, Centro de Estudios Griegos, Santiago 1997.

en su oceánica *Odisea* y en una tragedia poética. Con ellos se conoció a través de sus escritos, a través de la lengua en que se expresaron y en la que quedaron plasmados sus anhelos, sus sueños y sus apasionadas luchas.

Ellos son Don Quijote, Santa Teresa y Cristóbal Colón. Sus distintos hablares, reflejos de los distintos azares de sus vidas, conquistaron al poeta griego, desde el magnífico balbuceo del Descubridor, que estudió Menéndez Pidal, hasta el "estilo ermitaño" de Santa Teresa, como lo calificó el mismo sabio, y el inigualable hablar del Caballero de la Triste Figura.

Don Quijote es acaso el personaje que más admiró Kazantzakis en España, el país al que seguramente también admiró más, después de Grecia. Uno de los cuatro guiones que escribió a comienzos de 1932 es "Don Quijote". Imaginó entonces una película, que sólo quedó en eso: en la imaginación. Dos años después, en 1934, dedicó al caballero inmortal un canto en tercinas, en 162 endecasílabos. Con el nombre de Capitán-Uno, Don Quijote aparece en la *Odisea*, su gigantesco poema de 33.333 versos, como un luchador heroico al que tanto Ulises como el poeta admiran. Y en el libro *Viajando por España*³⁰⁵, en su forma definitiva, el Caballero de la Triste Figura es, entre los personajes españoles allí recordados, el que recibe más epítetos admirativos; y su imagen se asocia a otras que causaron profunda impresión en Kazantzakis, como Santa Teresa y Unamuno.

Don Quijote integra la galería de personajes venerados por el escritor cretense, de esos "guías" o "conductores" de su espíritu, a quienes dedica veintiún cantos en tercinas y varias de sus tragedias: Buda, Moisés, Alejandro Magno, Cristo, Mahoma, Dante, Leonardo, Santa Teresa, Cristóbal Colón, Constantino Paleólogo, el Greco, Psijaris, Nietzsche, Lenin. En ellos ve principalmente un rasgo: la capacidad para empaparse por una "gran idea" y para sacrificarse por ella, arder en su llama. Muchas veces el camino de esa gran idea ha llevado al martirio, al sacrificio. De ahí que la palabra "mártir" la hallemos más de una vez en las referencias a varias de esas figuras admiradas. Gran

³⁰⁵ Ha sido traducido al castellano por Joaquín Maestre y publicado con el título de *España dos rostros*, Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1985.

mártir es Colón ³⁰⁶; santo mártir es Don Quijote³⁰⁷; mártir es Cristo; mártir, Constantino Paleólogo; mártir, Nietzsche.

Mucho dice la dedicatoria que dejó escrita Kazantzakis al comienzo de su colección de cantos en tercinas, que, como sabemos, no llegó a publicar en vida: "Estos versos están dedicados a las dos más elevadas palabras que han creado hasta ahora el orgullo y la altivez del hombre: desesperado, nada"³⁰⁸. Entre paréntesis: Kazantzakis usa la forma arcaica "desperado" y no "desesperado". Y en *Viajando por España* explica en cierto modo el porqué escribió esos términos en nuestra lengua castellana: "Nada, nada. El grito más profundo y característico del espíritu español: su conciencia de la nada, de que la vida es un sueño"³⁰⁹.

Sobre esta idea de la nada, escribe desde Madrid en 1932 a su amigo Renaud de Jouvenel: "Mirar la nada a la cara: he aquí lo que me gusta y que lo encuentro aquí en la tierra, el aire y los molinos de viento de nuestro Señor Don Quijote"

Y la lucha sin esperanzas, "desperada", que constituye el mandamiento de la *Ascética*, opúsculo en que recoge la quintaesencia de su pensamiento, la ve Kazantzakis simbolizada en la empresa de Don Quijote. Cuando afirma que "la vida es una lucha mortal del amor y la muerte", iguala esta lucha a "una terrible aventura de Don Quijote, desesperada y valiente"³¹⁰. Y repite esta idea: "Somos sollozos hechos de carne y nadie nos oye. Y sin embargo, lo cierto es que gritaríamos y nos rebelaríamos, como Don Quijote, al negar la muerte, incluso en el momento mismo de nuestro fin"³¹¹.

Larga es la lista de las formas en que nombra Kazantzakis a su admirado personaje: santo mártir, gran príncipe, gran señor feudal, caballero del ideal, ardiente héroe de la Mancha, eternamente errante caballero del ideal, gran espíritu, soñador que no quería salir de su

³⁰⁶ *España dos rostros*, p. 36.

³⁰⁷ *Ibid.*, p., 14.

³⁰⁸ N. Kazantzakis, *Tersines*, ed. Heleni Kazantzaki, con nota de E. Kásdagli, Atenas, 1960, p. 5.

³⁰⁹ *España dos rostros*, p. 24.

³¹⁰ *Ibid.*, p. 150.

³¹¹ *Ibid.*, p. 115.

sueño, temerario e ingenuo amante de la idea y de la cruel Dulcinea, caudillo de las almas de los mortales como Hamlet, Fausto y Ulises. Algunas de estas expresiones que leemos en *Viajando por España* las hallamos en el canto en tercinas, y encontramos otras: grande asceta, anciano conductor, ardiente señor del arenal, valiente lancero, grande mártir, el sin esperanza, la mayor esperanza de la tierra viuda, la última ubre de Dios, el tesoro más puro y preciado de Dios, postrer trinchera inexpugnable de Dios, gran atleta, anciano jefe, gran combatiente, Capitán-Uno. Este último nombre es el que predomina en la rapsodia vigésima de la *Odisea*, donde Ulises lo nombra también como “noble de la imaginación”, “ala roja de la tierra” y simplemente “capitán”, mientras que Don Quijote se califica a sí mismo de

“pájaro inmortal, que cuando me vuelvo pavesas,
brinco alegremente desde mis cenizas, y las llamas
que me devoraron
se truecan en alas largas-como remos y ascienden
hacia Dios”³¹²

En su caminar por España, Kazantzakis sigue con emoción las huellas de Don Quijote. Citemos sólo dos pasajes de los varios en que recuerda al gran combatiente. “Contemplé las piedras, respiré el aire de Castilla (...). Me di cuenta de que habíamos llegado al devastado y demencial territorio del gran príncipe Don Quijote. Él era aquí, en esta prolífica estepa, el gran señor. Fue aquí donde el caballero del ideal emprendió la marcha para liberar a los esclavos, reparar los agravios de aquellos que habían sido tratados injustamente, proteger a los huérfanos y a las viudas, deshacer entuertos y luchar contra las bajas pasiones del mundo, la envidia, la injusticia, el temor, la deshonestidad, la pereza, la arrogancia”³¹³.

Don Quijote vive intensamente y por eso sigue “el método más seguro y fructífero” que “ha sido siempre el camino de la fe y del

³¹² N. Kazantzakis, *Odisea*, Introducción, traducción, síntesis y glosario M. Castillo Didier, *Obras selectas*, vol. IV, Ed. Planeta, Barcelona, 1975, 2ª edición: Tajamar Editores, Santiago 2013. Rapsodia XX, v. 213-215.

³¹³ *España dos rostros*, pp. 38-39.

ascetismo". Su propósito en la tierra ha sido salvar su alma o más bien "ofrecerla con desbordante generosidad en pro de los más elevados fines". La santa locura de este santo mártir, "el grito de Don Quijote contra la razón (que, en realidad, es el más profundo alegato en favor de ésta) dejó oír su estruendo entre los seres humanos prácticos y razonables"³¹⁴.

Comparte Don Quijote este don de la santa locura con una reina Isabel la Católica, con un Cristóbal Colón, a quien Kazantzakis recuerda precisamente con el apodo de Wasserman, "el Don Quijote de los mares"³¹⁵. Arreglar el mundo, corregir las injusticias, es la misión que impone esa santa locura: "El mundo salido de las manos de Dios estaba plagado de defectos e injusticias y el caballero estaba obligado a arreglarlo. Porque la obra de Don Quijote comienza allí donde Dios la abandona"³¹⁶. La empresa de ese gran espíritu es hermosa, es sublime, y cuando después de la derrota debe volver humillado, Kazantzakis siente honda amargura, pues -dice - "somos profundamente conscientes de cuán abominable es esta vida, que sólo recompensa los proyectos fríos y calculadores, despreciando las empresas nobles y generosas"³¹⁷

Este juicio nos recuerda el del Libertador Simón Bolívar cuando, ante las excusas por la pobreza de su biblioteca que le dio Joaquín de Mier, el español en cuya casa halló paradójicamente refugio final - caído, proscrito y agonizante -, respondió con estas palabras: "¿Cómo puede ser pobre esta biblioteca, cuando tiene en ella la historia de la humanidad: *Gil Blas*, el hombre tal cual es; y *Don Quijote*, el hombre como debiera ser"³¹⁸.

El hombre como debiera ser, siempre ascendiendo, siempre luchando sin esperanza. En el canto en tercinas, al grito de libertad del alma humana "se alza el gran combatiente" y, al consolar al alma, define su misión, complementaria de la de Dios:

³¹⁴ Ibid., p. 15.

³¹⁵ Ibid., p. 37.

³¹⁶ Ibid., p. 39.

³¹⁷ Ibid., loc. cit.

³¹⁸ Mario Briceño Perozo, *La espada de Cervantes*, p. 211.

Lo que no terminado dejó Dios
yo lo he de terminar, yo el combatiente (v. 16-18)³¹⁹

Ante el mundo hostil, desértico, en que debe combatir; ante la tentación de la dulzura y la quietud del hogar, el gran asceta reafirma su voluntad de combate por la libertad, desechando las advertencias de su cuerpo temeroso y de su débil caballo. Prefiere escuchar, como en la *Odisea*, a su corazón, el cual, en largo parlamento, desde el v. 50 al 129, le hace entrever las penurias y pruebas que le aguardan, esa dura lucha que es como “comenzar una segunda creación”. Prevé la senda ardua en la que tendrá por compañero sólo al hambriento Caronte, ese león. Aquí Kazantzakis personifica la muerte en Caronte, que no es el antiguo barquero, sino el negro caballero de la mitología popular neogriega, que sale en su negro corcel a llevarse a los humanos. Pero tan voraz es que el poeta lo compara con un león.

Las consignas del luchador coinciden con los mandamientos de la *Ascética*:

Adelante, sin esperanza alguna. (v.61)
¿Qué es en la creación lo más difícil?
Nuestro pecho eso busca sin temblar. (95-96)

Atrás quedan la vida pequeña y el mezquino sentido con sus estrechos límites:

Altas montañas, oh alegría, nuestra frente
golpeada es por los puros vendavales:
ya hemos roto de la prudencia el freno... (v. 91-2, 4)

³¹⁹ La traducción castellana del poema *Don Quijote* en N. Kazantzakis, *Cinco cantos en tercinas*, trad. e introducción Miguel Castillo Didier, en *Byzantion Nea Hellás* N°16. Homenaje a Kazantzakis, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos, Universidad de Chile, Santiago, 1997, pp. 156-160.

Don Quijote elige el camino duro del ascenso, a través de la lucha, para terminar lo que inacabado dejó Dios y por corregir lo malo que ha añadido el hombre a la creación: la injusticia.

¡Mi Dios, nunca vi tanto veneno!,
ni patria tan desierta e inclemente:
Ah, la senda de Dios creo he tomado. (v.25, 27-8)

Como a Cristo, la tentación de una casita hermosa, una tierna mujer y un hijo amoroso, no vence a Don Quijote. No atiende al clamor de su débil caballo y de su escualido cuerpo, sino a la voz de su corazón, que anuncia un camino sin esperanzas, duro y sangriento, con la dulce Dulcinea inexistente como guía y el hambriento Caronte por compañero:

Este es el reino de la idea;
serpientes venenosas son sus bienes,
y sólo hay una rosada flor,
el secreto perfume de la amada,
de nuestra Dulcinea inexistente.
Y seguiremos de por vida jadeantes
por nuestra senda las amadas huellas;
pero sólo como sedientos perros
sobre las piedras lameremos nuestra sangre
y un solo fiel tendremos compañero:
al hambriento Caronte, ese león. (v. 50-60)

Al final del poema, divisamos la figura ascética en silencioso ascenso por la pendiente de su propia alma:

Estrellada la vasta medianoche
llorando se deshoja sobre él;
mas en silencio él espolea su caballo,
y lentamente y sin aliento asciende
la pendiente sin esperanza de su alma (v.158-162)

En la *Odisea*, en esa tan extensa y poliédrica narración de la nueva y postrera peregrinación de Ulises en búsqueda de sentido para la existencia humana, o en busca de Dios, como se ha dicho, el Capitán-Uno, Don Quijote, es uno de los últimos personajes con quienes contrasta aquél su visión del mundo. Desde su llegada al Africa, Odiseo ha ido hallando a diversos hombres, varios de ellos representativos de tipos humanos que han sido recogidos en la literatura mundial, como Hamlet, Fausto y otros. En la rapsodia vigésima, conocerá al Capitán-Uno. En la rapsodia siguiente, hallará al último, al joven pescador negro que representa al Cristo.

Cabalgando en un viejo camello, el Capitán-Uno ha salido al mundo a combatir las injusticias y ha caído en poder de una tribu de antropófagos. Está a punto de ser quemado, cuando Ulises llega al lugar y logra salvarlo. El contrapunto entre los dos personajes deja de manifiesto la profunda admiración de Odiseo por el viejo luchador a quien la gente tiene por loco. El Capitán-Uno “alto, delgado y desgarrado, ancha su cabeza cual una bandeja; sus viejas heridas pintadas, su cabello enmarañado”, oye el clamor de viudas, huérfanos, cautivos y jornaleros maltratados. Ningún argumento lo detiene en su propósito; y así responde a su madre que trata de disuadirlo:

¡Madre, ama el corazón y no pregunta, y llama!
Madre, al hombre compadezco y no quiero la
injusticia;
¡parto a llevar libertad y pan y amor a los humanos!
(XX, v.89-91)

A sus primeros reveses sucede la caída en manos de antropófagos que van a quemarlo y devorarlo. El anciano invoca a la libertad, seguro de que otros vendrán tras él. Es el momento en que llega el asceta Odiseo:

¡Enhorabuena nos hemos encontrado con este nuevo
compañero
Brinca ya la llama y los asadores están listos, y él

permanece erguido:
¡muere negando a la muerte e invoca a la libertad!
¡Eh anciano nudoso, tu locura es pareja de la mía!
(XX, v. 174-7)

También el Capitán-Uno se siente identificado con Ulises y quisiera compartir con él la salvación del mundo:

¡Enhorabuena viniste hacia nosotros, mi hermano
igual a mí!
Vamos a partir nosotros dos a fin de salvar al mundo;
yo caeré delante con mi espada y te abriré camino;
romperé yo las cadenas de la esclavitud, destruiré las
fortalezas . (XX, v. 191-4)

Más de una vez, Odiseo reitera su admiración al combatiente. Éste ha pronunciado su invitación a la lucha, estando atado para ser muerto. Por eso, el asceta le dice:

¡Salud, hermano, que niegas lo que estás viendo y
cantas en la hoguera!
(XX, v. 201)

Y cuando finalmente Ulises logra liberarlo, explica así su acción a los antropófagos:

¡Eh cabezas motudas, escuchadme una palabra!
No he dejado roca por volver, vagué por continentes
y por mares,
para poder juntarme con este noble de la
imaginación;
y las alas que Dios no me dio, éste me las ha de dar.
Una nodriza nos amamantó; una leche nos alimentó.
(XX, v. 257 y 261)

La idea de querer perfeccionar el mundo, no terminado por Dios, que se expresa en el canto en tercinas y en el libro sobre España, aparece aquí, cuando, ante la observación de Ulises acerca de las escasas fuerzas y pocos medios del Capitán-Uno, éste responde:

Yo no estoy desarmado; la justicia es mi broquel.
Imperfecto salió el mundo de las manos del Señor.
Y yo debo partir, solo, para perfeccionarlo.
En tanto la injusticia, el temor, la esclavitud, al
mundo tiranicen,
¡he jurado la espada nunca dejar libre, hermano mío!
(XX, v. 290-4)

La santa locura que pondera Cristóbal Colón ante la Reina Isabel en la tragedia homónima, es elogiada con palabras conmovidas por Ulises-Kazantzakis, al despedirse del Capitán-Uno, que se ha lanzado a tratar de liberar a los esclavos que llevan los antropófagos:

Dentro de tu sueño te has atrincherado y ya no
quieres salir,
¡y ya no aceptas, águila, caminar por la tierra!
(XX, v. 303-4)
Sabes bien que has de quemarte y de perderte en la
llama,
pero haces de la pérdida un asalto y un ala de la
pobreza;
bendito tu tiempo, hermano, y nunca vuelva tu
entendimiento a sus cabales;
¡eres el ala roja de la tierra y otra ala no existe!
(XX, v. 311-14)

La santa de Ávila y su lucha

Al viajar por España, Kazantzakis reconoce el paisaje rudo, austero, que recorrieron y en el que lucharon el inmortal caballero de la

Mancha y la doctora de Ávila. El poeta griego contempla sobrecogido “las altas mesetas de Castilla y Extremadura, vacías de agua, vacías de árboles; rocas por todas partes”³²⁰.

“Seca, desértica, obstinada, así es la fragua sita en las alturas en la que se ha forjado el espíritu español”³²¹, escribe en el libro *Viajando España*. En el *Canto a Santa Teresa*, el verso inicial nos ubica en el espacio en que la mujer admirada vivió su lucha por una gran idea:

¡Áspera Castilla, gallarda y desnuda!³²²

Y Don Quijote en el poema en tercinas ve una patria “desierta e inclemente”.

En estas tierras difíciles diversas razas mezclaron sus sangres, hasta que surgió lo que Kazantzakis llama “la sagrada pareja de España”: “Finalmente sobrevino el punto álgido, la síntesis profunda, el héroe de todo este país que fundió todos aquellos rostros efímeros y sin conjurar, en un perfil eterno, de modo que España quedara representada ante los grandes comicios del tiempo y del espacio: el santo mártir Don Quijote y, a su diestra, su esposa mística Santa Teresa”³²³. Para el escritor griego hay algo común en el impulso a la acción heroica, en el llamado a servir hasta el sacrificio a una gran idea, que sintieron, escucharon y obedecieron Don Quijote y la santa de Ávila: “Don Quijote y Santa Teresa forman una pareja. Suyo es el mismo e idéntico grito; ambos tienen el mismo propósito: salvar sus almas, o más bien, ofrecerlas con desbordante generosidad, en pro de los más elevados fines”³²⁴

Teresa y su carácter en palabras de Brenan, “muy complejo, lleno de paradojas y contradicciones, pero compacto en la acción gracias a una fuerte voluntad”³²⁵ no podía sino atraer a Kazantzakis.

³²⁰ *Viajando España*, p. 11

³²¹ *Ibid.*, p. 57.

³²² La traducción castellana del poema *Santa Teresa* en N. Kazantzakis, *Cinco cantos en tercinas*, ya cit., pp. 168-173.

³²³ *España dos rostros*, p. 14.

³²⁴ *Ibid.*, p. 61.

³²⁵ Gerald Brenan, *Historia de la literatura española*, trad. M. de Amilibia, prólogo G. Torrente Ballester, Ed. Crítico, 2ª ed., Barcelona, 1984, p. 190.

Se ha escrito que la santa puede considerarse la cima de la mujer castellana: "Lo es por ser esencialmente una mujer de acción, una reformadora, un carácter voluntarioso e intrépido, movido por una alta espiritualidad. Castilla no sólo es voluntad, sino poesía y creación.

Titánica y heroica fue la lucha de Santa Teresa, su labor reformadora y fundadora. "Esta reforma que emprendió a la edad de cuarenta y siete años -dice Lavelle ³²⁶-, debía convertirse para ella en la causa de todos sus tormentos". Y Teresa recuerda "gran persecución vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era un disparate" ³²⁷, y aunque tiene conciencia de que poseía una "firmeza de alma que no es común en las mujeres" ³²⁸, le fue duro y difícil superar las contradicciones y persecuciones que relata en los capítulos XXXV y XXXVI de su *Vida*. Ese combate no podía sino atraer a Kazantzakis.

En la persona y en la lucha de Santa Teresa, Kazantzakis admira la paciencia, la lógica, la alegría, el amor ³²⁹, el tesón, la perseverancia, la resistencia obstinada a penalidades, obstáculos y persecuciones. En ella, en "la más mística de las mujeres españolas", como la llama, admira el hecho de que jamás perdió "el sagrado sentido común". Admira junto al misticismo el realismo, ese extraordinario realismo que, en palabras de Lavelle, permite a la santa "percibir las miserables realidades de la condición humana de una manera tan directa, tan sorprendente y a veces tan cruel, y ese extraordinario idealismo que no era, por así decirlo, sino un realismo espiritual" ³³⁰. Y sin duda, al poeta de la *Odisea*, poema en el que viste a los más elevados pensamientos filosóficos con variados elementos sensibles, debía atraer especialmente aquello que según Américo Castro domina en la obra de Santa Teresa: "la transposición de la experiencia sensible al mundo de lo que estrictamente aceptado debiera ser inefable, y que felizmente para nosotros y para el arte, no

³²⁶ Louis Lavelle, "Santa Teresa" en *Cuatro Santos*, trad. de Jorge Zalamea, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1952, p. 143.

³²⁷ Santa Teresa, *Su vida*, 11ª ed., col. Austral, Espasa-Calpe, Madrid, 1984, p. 187.

³²⁸ *Ibid.*, p. 154.

³²⁹ *España dos rostros*, p. 63.

³³⁰ Louis Lavelle, *op. cit.*, p. 140.

quiso la santa que fuera así³³¹. Teresa no eliminó las injerencias sensibles en la contemplación. Por el contrario, destaca Castro, “las alienta y no las refrena”, y agrega: “En ese cándido y misterioso recinto, sede de suaves afectividades, es donde la santa instala lo divino”³³².

En *Viajando por España*, Kazantzakis recuerda algunas de las aventuras y penurias de la santa, como las que narra ella misma en los capítulos recién mencionados y también en el primero del libro de su *Vida*. Y cuenta como preludeo al primer éxtasis y pérdida de conciencia de Teresa, el episodio de la monja que, con una pandereta y unas castañuelas comenzó de repente a bailar, llamando a Jesús “¡Venid, venid, ojos queridos! ¡Ven mi dulce Cristo!”³³³. En torno a este episodio, se entreteje el *Canto* en tercinas a la santa. Como en varios de sus poemas en tercinas los dedicados por ejemplo a Dante, a Cristo, a Don Quijote, en el *Canto* a Santa Teresa, el tiempo en que transcurre lo que podríamos llamar la “acción” es muy breve; serán algunos minutos.

En la fría y desnuda Castilla, padecen hambre las monjas de un convento:

El pecho les palpita al hambre, al frío
- ave desfalleciente -, pues tres noches,
que no tienen ya pan, fuego, esperanza (v. 13-15)

Pero la priora, Teresa, que nada ha podido traer esta vez de sus andanzas en busca de ayuda, proclama alegría:

¡Alegraos, hermanas, que en los valles
del cielo pastaremos algún día,
pues no tenemos en la tierra qué comer! (v. 18-20)

³³¹ Américo Castro, “La mística y humana feminidad de Teresa la Santa”, *Santa Teresa y otros ensayos*, Ed. Historia Nueva, Santander, 1929, p. 38.

³³² *Ibid.*, p. 39.

³³³ *España dos rostros*, p. 62.

Las monjas sufren con imágenes de hogar, de amor, de hijo, de cálida comida. Rudos ángeles, cual barbinegros mozos, empiezan a poblar el nevado patio del monasterio:

De pie sobre la nieve, ve la priora
sonriendo el fantástico cortejo:
- De Jericó, mis rosas, ya vendrá,
nupcial tormenta, se abrirá la carne,
y todas, hartas, os aliviaréis
en la copiosa inundación de nuestro Dios" (v. 46-51)

Y cuando una de las religiosas salta y desatándose el cabello proclama su oculto deseo "Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo", la priora es arrebatada por misteriosa mano:

Llameante rompe saeta encarnada
el seno de la priora y una mano
del cráneo oculta cógela con fuerza.
Cual águila en el aire convulsiónase.
Se cogió de la puerta, resistiendo,
pero un ala azulosa la golpea
y hasta el centro del patio precipítala.
Una llama brotó a su lado izquierdo:
crece, coge la tierra; en fiera red
de espeso fuego el monasterio envuélvese,
se sume entero en tempestad helada (v. 58-69)

Largas son las palabras de la priora. Ocupan sesentitrés de los cientocincuenticuatro versos del poema. A través de ellos, Kazantzakis, con su lenguaje, expresa la comunicación mística de la santa con Dios:

¡Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo!
Arde, florece el pobre monasterio:
¡ceniza vuélvase, y veamos al Amado!
La mente se embriagó, dan flor los yermos senos;

¡caminar ya no puedo y me suspendo
cual abeja de espaldas en la rama
florida del Señor y allí me cimbro!
Soy, Dios mío, mujer: tan dulcemente
sólo contigo puedo yo aunarme;
siento el dolor de nuestra tierra hembra
al diluvio del cielo, y el celeste
de la noche temor bajo los rayos.
Subo sobre los techos agitando
mis alas rojas como una cigüeña:
¡fuera de ley, gozad, hombres, mujeres;
hondamente se teja un cuerpo a otro;
mas yo al Dios mío guardo en mi regazo!
¡Y es mi cuerpo una túnica de fuego! (v.79, 85-101)

Los versos siguientes son un desarrollo del celeberrimo “que muero porque no muero”³³⁴. La unión mística con Dios en la tierra son sólo esponsales y duran demasiado. Sólo la muerte trae la unión verdadera, tan deseada:

Eh Caronte, amoroso niño mío,
el alma mía toma de la mano
y por tu oculto canal subterráneo
guíala hasta el Amado, que ¡ay de mí!,
esperanza más grande yo no tengo.
¡Ah, morir es mi sola salvación! (v. 102-6, III)

No falta una palabra para la vida, mientras se pide la muerte, que es la verdadera boda después de los esponsales terrenos:

Buena es la gracia de la tierra y mar
y la fragancia de la selva húmeda,
cuando el cuclillo canta en primavera...

³³⁴ Santa Teresa, *Poesías y exclamaciones*, Ediciones 29, Barcelona, s.f., p. 14-17.

mas mucho se alargó la vida, oh. Dios,
y mucho duran ya tus esponsales.
¡De tu místico vendaval con la pasión
el cuerpo - ese tabique - se destroce,
novia desnuda salga el alma y tiemblen
de corola a raíz las azucenas!
Hambre y virginidad, oh mi cortejo;
oh versos, mis corceles con la dote,
golpead a la tierra negra y mora (v. 116-124)

Derretirse en el fuego divino, fusión mística con el Amado; que venga Dios cual catarata y que beba el alma y se sacie. Y las exaltadas palabras concluirán con el ruego a Jesús, el adorado mozo:

Cirios somos en fila al aire ardiente:
¡a derretirnos, que otra dicha no hay!
Vengan ya los heraldos de las bodas;
sofocado de amor, avanza, oh cuerpo.
¡Ven, mi Jesús, dulce adorado mozo,
ven para siempre ya, ven para siempre! (v. 137-143)

Cesaron las palabras de la priora. El Paraíso entrevisto se ha esfumado; pero el hambre se calmó y la virginidad ha gozado el abrazo divino. Todo fue un relámpago y pasó,

¡pues breve instante es la inmortalidad!

Colón, personaje para un poeta griego.

Colón será siempre un personaje apasionante para los habitantes de este continente y especialmente para los de la América morena. Y de gran interés resulta encontrarlo en la visión de un poeta griego.

Cristóbal Colón es la penúltima de las 21 piezas teatrales de Nikos Kazantzakis. Fue escrita en 1948, pero el personaje y su hazaña lo habían atraído desde mucho antes. Ya en 1923, en el opúsculo poético-filosófico

Ascética, el motivo del nuevo mundo, creado en el pecho del hombre, es utilizado como elemento simbólico: "Un barco es nuestro ser y navega en profundas aguas azules. ¿Cuál es nuestro objetivo? ¡Navegar! Porque el Atlántico es una catarata y la nueva tierra sólo existe en el corazón del hombre"-

En España se encontrará el escritor griego con la sombra de Colón.

En 1926, el poeta encuentra en la catedral de Sevilla el sepulcro que se tiene por tumba de Colón. Meditando frente al monumento, esboza lo que será el núcleo generador de la tragedia que tomará forma 23 años después. Escribe:

"Más allá, en el muro, está pintado San Cristóbal. Atraviesa el río llevando en sus hombros a Jesús Niño. Delante de la pintura hay un féretro de mármol, sostenido por cuatro reinas. Es la tumba de Cristóbal Colón. Y debajo están grabadas en la piedra las tres carabelas del destino que lo llevaron a descubrir el Nuevo Mundo: la Santa María, la Pinta y la Niña. Sólo falta algo - lo más importante - para completar la historia del gran hombre: las cadenas con que lo ataron para hacerlo volver desde el mundo que descubrió a España. La amargura del trágico destino de Colón embarga mi espíritu. El se había "embriagado de estrellas" sobre la proa de un barco. Miraba hacia la lejanía, hacia el poniente, la mar desierta. Y se deshacía como el gusano que, henchido ya de seda, la saca de sus entrañas para tejer el capullo. De igual manera, ciertamente, el Don Quijote del Océano la extraía de su ser, día y noche, en silencio, en desdeñosa obstinación, y creaba la nueva tierra, carne de su carne. Hasta que un día el sueño cobró realidad y aparecieron las primeras avejillas, trayendo una hierbas verdes".

En 1941, en los duros años de la ocupación nazi, de nuevo Kazantzakis se ocupa de Colón. Escribe una biografía de tipo escolar, dentro de una serie de trabajos de esa clase que realizó para sobrevivir. Pero es en 1948 cuando ante el poeta griego reaparece la figura de Colón, con su fuego interior, con su ímpetu obstinado, con su voluntad a toda prueba de emprender la gran aventura. El escritor retoma sus lecturas

sobre el Navegante y su época. Encuentra en Colón "la llama que arde en el corazón de los santos y de los héroes". Y es ese fuego el que esencialmente lo atrae y no el significado histórico de su hazaña ni el juicio que puedan merecer el descubrimiento y sus consecuencias. Para Kazantzakis, Colón es por excelencia "el hombre devorado por la llama de una gran idea". Ambición, imaginación, obstinación, locura, son características del siglo XV que el poeta griego percibe en el Descubridor. Lo ve - y lo ha destacado así el profesor César García - como un hijo de su centuria, de ese "siglo obstinado", como lo llamará Humboldt; el siglo de la imaginación desatada por viajes increíbles; de las ambiciones que superan las estrechas perspectivas inverosímiles; siglo en que, según Foucauld, se rehabilita el binomio humano cordura-locura. Precisamente, para Kazantzakis, en la voz de Isabel la Católica, en el tercer acto de la tragedia, la locura es elevada a la categoría de Santa, "aquella que combate sobre el abismo, allí donde los otros santos no se atreven a poner los pies". En la amplitud de su saber y en su sed de conocimientos y experiencias, Colón se presenta también como hijo de su siglo ante Kazantzakis. Pues para él, el Navegante fue un humanista "e hizo suya la tipología de Castiglione. Hombre de voluntad fuerte y mentalidad abierta a una humanidad más amplia y rica, cultivó con decisión el saber universal propuesto en *El Cortesano*". Estos rasgos de hombre de una época que muestra Colón son fundidos por Kazantzakis con otros que ve en personajes de otros tiempos y ámbitos, y a los que también venera, como Cristo y Ulises. Éste parte de nuevo de Itaca para buscar a Dios, para hallar un sentido a la existencia humana. Colón parte a buscar tierras que para la mayoría de los hombres no existen. Ambos parten contra toda esperanza.

El carácter visionario del Navegante, su tesón a toda prueba, el nimbo de misterio que rodea su figura atrajeron intensamente al escritor griego. Lo cautivó su lengua castellana llena de fuego. Lo cautivó la imagen que se desprende de sus escritos y de la biografía atribuida a su hijo, textos en los cuales, en palabras de Wassermann, "no sólo se aprecia la espontánea elocuencia de un alma inculta, a quien grandes cosas dictan grandes palabras, levantándolas por el poder de la emoción sincera a alturas superiores a toda retórica; sino que aparece el hombre

entero, con su mezcla de soberbia y debilidad; de amargura desalentada y sobrenatural esperanza; con el presentimiento grandioso de su misión; con la iluminación súbita de su gloria".

Esta imagen surge "aumentada" en la tragedia de Kazantzakis. Aumentada por el autor, que exagera y realza rasgos de la personalidad de Colón; y por el personaje, quien juega con la verdad y la mentira, la realidad y la fantasía, en cuanto ello sirva a su "gran idea", su misión. Así, por ejemplo, en un momento Colón dice haber visto una vez a Dios cara a cara; en otra ocasión afirma haberlo visto tres veces. El navegante no sólo se queja, como Cristo en la Cruz, de que Dios lo ha abandonado; sino que apostrofa al Padre, diciéndole que él, en cambio, no lo abandona, no abandona al Padre.

Tanto el autor como el personaje aprovechan elementos religiosos. Kazantzakis los explota para tratar de dar a la figura de Colón las dimensiones humanas y sobrehumanas que él le atribuye. El personaje Colón los aprovecha para tratar de llegar, de cualquier modo, a realizar su misión. La hazaña del Navegante fue una epopeya y lo sobrenatural, lo maravilloso, es el elemento natural de la epopeya. El elemento sobrenatural, religioso, está en la tragedia de Kazantzakis al servicio de una visión humana del personaje. En este enfoque humano, esencialmente humano, pero grandiosamente humano, se diferencia esta obra de otra de las piezas dramáticas inspiradas por Colón en nuestro siglo, *El libro de Cristóbal Colón* de Claudel.

En todos los personajes trágicos de Kazantzakis hallamos una contradicción fundamental, que no parece tener otra salida que el sacrificio del héroe. En Colón le pareció ver la contradicción como su signo. Ella se manifiesta en diversas formas y con variadas aristas dentro de la obra y constituye un factor fundamental de la tensión dramática. La contradicción se da entre Colón y el mundo de su época, que califica de disparatada su idea; entre él y el capitán Alonso, un marino que lo busca para asesinarlo, arrebatarle sus mapas y emprender él la expedición; entre Colón e Isabel la Católica, que no puede decidirse; entre él y la tripulación que, horrorizada, se subleva en el mar, en medio de la tormenta; entre él y los habitantes de América, los cuales, dentro de una

visión que los ángeles le presentan, rechazan la invasión de extranjeros que les traerán ruina, dolor y explotación seculares.

La contradicción principal es la que se plantea entre su misión, la realización de su "gran idea", y el destino que los ángeles le anuncian en la visión que se despliega ante él precisamente en el instante en que, después de tantas penurias y tanto batallar, el vigía ha divisado la tierra tan anhelada. Si persiste en avanzar hacia las nuevas tierras, hacia "sus islas de portales de oro y torres de diamantes", su destino será la pobreza, el despojo, las cadenas. Es el instante de la gran decisión, de la aceptación del sacrificio, del martirio; la hora de decir "el gran Sí" o "el gran No", de que habla Kavafis en el poema *Che fece... il gran rifiuto*. Colón dirá "No" a la tentación, como lo dijo también Cristo, cuando, agobiado por los sufrimientos tuvo en la Cruz un instante de desfallecimiento. Como Aquél, no abandonará su misión, no evitará el sacrificio.

Y con ese "No" termina el drama. Colón no levanta la mirada y no ve las bellas tierras que se dibujan en lontananza el disolverse la visión. Y allí concluye la obra.

Colón domina la escena, con su lenguaje profético, rotundo, poético, que recuerda la lengua de los escritos del Descubridor: Cuando el monje Juan le pregunta "¿La Cruz, qué quiere decir", él responde: "¡Combate, martirio, peldaño para subir al cielo! ¡Quiere decir el navío que nos lleva desde el viejo y mil veces hollado mundo al suelo virgen; desde este monasterio donde estoy conversando con vosotros hasta el sagrado país de torres de diamantes y tejados de oro".

La idea de su predestinación, la expresa Colón con exaltada grandeza:

"Juan: ¿Cuál es, buen hombre, la ruta que abrirás? (Riendo:) ¿Has puesto proa al Paraíso terrenal? - Colón (Con irritación creciente:) ¡Raza impía, corrompida, miserable, condenada a muerte! ¡Estos hombres hablan del Paraíso y se atacan de risa! ¡Nunca, capitán Alonso; nunca, padre Juan, encontraréis nuevas tierras, porque no las lleváis dentro de vuestras entrañas! Primero aparecen en nuestro pecho y después aparecen en el mar! ¡Sí, sí, en medio del mar, quieras o no! - Capitán

Alonso: ¿Qué jactancias son éstas? Desde la creación del mundo las tierras han brotado del mar y esperan al hombre. Y un buen día, mientras navegamos al azar la proa de nuestro barco encalla en ellas... Colón: ¡Vosotros estáis cogidos por el azar y colgáis de sus manos! ¡Otra deidad no poseen los impíos! ¡Pero yo estoy suspendido de las manos de Cristo! Un mapa tengo en mi mente, grabado por el Gran Cartógrafo, Dios. Y en él están señaladas todas las cosas, sin error alguno... Y si no encuentro las tierras que llevo en mi pecho...imprecaré a Dios y le advertiré que está cometiendo una falta. ¡Y Él sumergirá sus manos entre las olas y las hará ascender!"

Don Quijote, Santa Teresa, Colón. Tres personajes con que la Madre Patria España y la lengua española están y estarán presentes en los comicios del tiempo, como dice Kazantzakis. En ellos, la lengua de Castilla, que es nuestra lengua, fue el vehículo de sus sueños, de sus ideales, de sus anhelos, de sus combates. A través de esa lengua los descubrió, los admiró y los amó el poeta griego. Verdad es que los cantó en lengua griega. Y no podía sino ser así. Aquí, con la natural limitación del tiempo, hemos tratado de traer a nuestro idioma algo al menos de lo que estos tres personajes llegaron a ser en la visión de Nikos Kazantzakis. Muchas gracias.

Príamo y Edipo. Desde la épica y la tragedia antiguas a un lírico moderno: Kavafis”.

El vastísimo legado griego nos presenta diversas figuras arquetípicas a las que el hombre ha vuelto a través de los siglos y sobre las que ha reflexionado y seguramente seguirá reflexionando. Prometeo, Orfeo, Edipo, Antígona, Odiseo, Aquiles, Penélope, Helena, Alcestes, el perro Argos. ¡Cuántos personajes, nimbados por la luz de la sabiduría, de la virtud, del heroísmo, del amor, de la tragedia, de la fatalidad!

Quisiéramos referirnos a dos de aquellas figuras, tal como las trajo a nosotros el poeta griego de Alejandría, Kavafis. Como es sabido, además de los 153 poemas que él publicó en hojas sueltas y uno más, el último escrito y terminado en su lecho de muerte, hay también tres grupos de textos: los llamados “inéditos” *ta anékdota*, los denominados “repudiados o proscritos” *ta apokirigmena*, y los “esbozos” o “poemas no terminados” *ta atelí*. A los textos del segundo grupo preferimos llamarlos “escondidos” en vez de proscritos o repudiados. Escondidos en varios sentidos: quedaron en cierta manera ocultos, ya que fueron dejados de mano u olvidados por el poeta después de haberlos publicado, en su juventud, en una revista. *Edipo*³³⁵ quedó así, olvidado, después de haber sido publicado en 1896; y *Viaje nocturno de Príamo*, permaneció entre los textos inéditos. Este último poema ha pasado a quedar aún más “escondido” para las nuevas generaciones griegas, después de la reforma lingüística de 1976, que suprimió la *katharévusa*, la lengua arcaizante oficial. Esto a pesar de que los textos “inéditos” y “proscritos” fueron editados en 1968 y 1983 por Yorgos Savidis. Aún después de haber sido dados a la luz, para los estudiosos no griegos han permanecido un tanto ocultos, un tanto opacados, por el gran interés que despierta la obra canónica de Kavafis.

³³⁵ Los textos de los poemas “inéditos”: *Anékdota Piímata (1882-1923)* Filoloyikí Epimelia Y. P. Savidí, Íkaros, Atenas 1977. [Reimpresión litofotográfica de la edición original de 1968]. Los textos originales de los poemas “olvidados” en C. P. Kavafis: *Ta Apokirigmena Piímata ke Metafrasis (1886-1898)* Filoloyikí Epimelia Y. P. Savidí, Íkaros, Atenas, 1983.

Desde la misma Antigüedad, el *Edipo rey* de Sófocles fue considerado no sólo como la obra maestra de ese autor, sino también como “el modelo más acabado del drama”. Quizás también, en forma más clara que en otros casos, esta pieza dramática parece confirmar como acertada la afirmación de Aristóteles de que la poesía trágica es más filosófica que la historia³³⁶. Ésta expone el cómo sucedieron determinados acontecimientos o cómo actuaron ciertos personajes. La poesía trágica nos llevaría a un conocimiento más elevado que el que proporciona la historia, puesto que nos plantea las cuestiones más profundas e intrincadas de la condición humana. El mismo Aristóteles eleva al *Edipo* a la categoría de modelo del género trágico. A partir de entonces, a través del tiempo, la obra no sólo ha constituido una fuente de inspiración y un punto de referencia, sino también un punto de partida para la búsqueda de los comienzos de la cultura occidental³³⁷.

El mito de Edipo lo hallamos parcialmente presentado en Homero, en la rapsodia XI de la *Odisea*, cuando Ulises desciende a la región de los muertos; y en la *Odipodia* y en la *Tebaida*, poemas épicos de los que sólo se han conservado escasos fragmentos.

El tema y la forma de presentación de éste por Sófocles han dado motivo para intensas reflexiones y diversas interpretaciones. El hombre que, con clarividencia, resuelve el enigma planteado por la Esfinge, no puede ver lo que su trágico destino le ha reservado desde antes que existiera. Él libra a Tebas del monstruo que la amenaza; pero no puede saber que esta “grande y benéfica acción” traerá el cumplimiento de la segunda parte de la profecía que acerca de su vida había hecho el oráculo de Delfos, antes de que Edipo fuera concebido. Ya ha dado muerte a un hombre, sin saber que era su padre. Y cometió esa acción, precisamente mientras “huía del destino”, después de abandonar a quienes creía sus padres.

Este hombre clarividente, que reinará como un monarca justo y bueno, se demostrará mentalmente ciego, cuando llegue a Tebas el azote

³³⁶ Aristóteles: *Poética* 1451b, Traducción A. J. Cappelletti, Monte Ávila Editores, Caracas, 1990.

³³⁷ Anyelikí Spiropulu destaca esta última idea en “Jronoloyio tu víu ke tu ergu tu Sofoklí”, *Diavazo*, N° 243, 1990, p. 21.

de una peste y se trate de averiguar la causa del mal. Permanecerá cegado hasta el último momento, frente a las palabras de Tiresias, el adivino, físicamente ciego, pero que sí ve el origen del azote que aflige a la ciudad. Como expresa, Teófilo Veikos, Edipo, “el primero de los varones, el más lúcido y sabio de los hombres, no puede ver él mismo la verdadera realidad. Ésta permanece obstinadamente oculta para aparecer y brillar sólo al final. Permanece tanto más oculta, cuanto más cercana y familiar es”.

Esta ceguera de Edipo está íntimamente ligada a su destino trágico. Incapacidad parecida para ver lo que está muy cerca de ellos, hallamos en otros personajes de la dramaturgia universal; como Otelo y el rey Lear, que no pueden ver cómo son realmente quienes los rodean; o como Penteo, en *Las bacantes* de Eurípides, que es incapaz de apreciar el lugar que el elemento dionisiaco tiene en la vida del hombre, y se opone ciegamente a su culto, terminando despedazado por las bacantes y, entre ellas, por su propia esposa.

La pieza de Sófocles, como recordábamos, pasó a ser un *extratexto* para una serie nada breve de obras dramáticas, que van desde la de Séneca a la de Eliot. Entre los escritores franceses habría que recordar a Corneille, Voltaire, Gide y Cocteau. Corneille (1669) destaca la inocencia de un Edipo heroico, y, a la vez, hace resaltar lo funesto que resulta el intento del hombre de averiguar el futuro para evitar sus peligros.

Voltaire (1718) introduce elementos nuevos en el desarrollo de la historia de Edipo. Hay un personaje más en el drama. Es Filoctetes, sobre quien recaen sospechas de que pueda ser el asesino de Layo. A él le deja Edipo el trono, cuando se ciega y se exilia. El suicidio de Yocasta se presenta en plena escena, aquella con la que termina la obra. Voltaire subraya la culpabilidad de los dioses y sus injusticias y la inocencia de Edipo y Yocasta. Lo expresa Edipo en su queja:

Dioses inclementes, mis crímenes son los vuestros,
y vosotros me castigáis por ellos³³⁸

³³⁸ Voltaire: *Edipo*, Escena IV, Acto V, v. 14-15. Traducción nuestra. *Ouvres Complètes* de Voltaire, Firmin Didot Frères, Paris, 1864, p. 46.

Y lo expresa Yocasta en el parlamento con que termina la obra, al quitarse la vida en escena: “los dioses me han forzado al crimen”... “he vivido virtuosa y muero sin remordimientos”³³⁹.

En la obra de Gide, Edipo también acusa a Dios. Cuando Tiresias le habla de “regenerarse” y de que para lograr la regeneración faltaba el sufrimiento y afirma que “tu crimen será perdonado”, la respuesta es: “Crimen impuesto por Dios, disimulado por Él en mi camino. Ya antes de que naciera, el cepo estaba preparado para que yo tuviera que tropezar con él. Pues, o mentía tu oráculo o yo no podía escaparme. Estaba acorralado”. Y más adelante, se dirige a la acción misma de la divinidad: “Cobarde, cobardísima traición de Dios, no me pareces tolerable”³⁴⁰.

Imponente y aterrador se presenta el destino en la historia de Edipo como la encontramos en la tragedia de Sófocles. El motivo no podía sino conmover al poeta Constantino Kavafis (1863-1933), quien, desde su retiro de Alejandría, medita sobre el hombre y su condición trágica. Reflexiona, inclinado sobre los viejos textos de la historia más olvidada, reviviendo en breves poemas trágicas odiseas humanas; la historia de un Aristóbulo, de un Cesarión, de un Orofernes, de un Aquiles, de un Huséin Selim, de un poeta Amonis, vidas todas segadas en la adolescencia o primera juventud. O medita, reactualizando escenas de caída y muerte de hombres cegados por la pasión de la gloria y del poder, como Pompeyo, César y Antonio.

El 4 de febrero de 1896, en la revista *Kosmos* de Alejandría, Kavafis publicó un poema en el cual la referencia intertextual es muy particular: es la descripción de un objeto. El *extratexto* no está constituido por unas líneas o unas palabras de una obra literaria, histórica o filosófica, o un motivo mitológico, sino por una referencia a una descripción de un cuadro. Se indica que el poema fue escrito después de leer tal descripción, pero nada de ésta se reproduce. No hay otro poema

³³⁹ Ibidem, Acto V, p. 97.

³⁴⁰ André Gide: *Edipo*, en A. Gide: *Teatro*, Traducción José Ma. Corredor, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1952, pp. 257 y 258.

de Kavafis en que hallemos algo semejante³⁴¹. Se trata del poema *Edipo*, plasmado en perfecta lengua *dimotiki*, es decir, la auténtica lengua neogriega hablada, y en bellos endecasílabos sin rima. El epígrafe dice así: “Escrito después de la lectura de una descripción de la pintura ‘Edipo y la Esfinge’ de Gustave Moreau”.

Naturalmente, en un sentido más amplio, el *extratexto* del poema sería el mito de Edipo, elemento cultural plenamente presente en la cultura occidental y, dentro de ella, en la cultura neogriega. Sin duda, el poeta lo conocía perfectamente. Lo que no conocía es el cuadro de Moreau sobre Edipo. Y al parecer, como veremos, lo que conoció, lo que leyó e inspiró el surgimiento del poema, fue una descripción del cuadro a la que no acompañaba una reproducción de él. De haber visto Kavafis una reproducción de la pintura de Moreau, esta obra plástica que, con su lenguaje propio, “dice algo”, habría constituido su especial *extratexto*.

El cuadro “Edipo y la Esfinge” de Gustave Moreau (1826-1898) fue presentado en París en 1864 y actualmente se exhibe en el Metropolitan Museum of Arts de Nueva York. Muy pronto llegó a ser una obra famosa. El archivo de Kavafis no ha sido publicado completo y pudiera aún aparecer el recorte de alguna revista con la descripción del cuadro o acaso una copia escrita por el poeta. Quizás podríamos así tener la fecha de la revista o de la copia. Al examinar nosotros una reproducción del cuadro comprobamos diferencias con las presentaciones pictóricas antiguas de la escena de Edipo y la Esfinge, y con la conocida versión de Ingres. Aquellas imágenes no llamaron la atención del poeta. En cambio, le interesó la descripción de una imagen que no llegó a conocer³⁴².

En los dibujos antiguos, Edipo aparece como un hombre de mediana edad, con sombrero y cayado de caminante, y en una actitud serena, como pensativo ante el monstruo. Ingres dio a la escena un entorno casi romántico, mostrando a un Edipo joven, desnudo, de cuerpo fuerte, inclinado hacia la Esfinge, en actitud interrogativa, pero

³⁴¹ Yanis Rigópulos, en “Edipo aproximación interpretativa a un motivo literario-figurativo”, *Ut pictura, poesis*, Ed. Smili, Atenas, 1991, p. 51, destaca este hecho.

³⁴² Moreau dedicó otras pinturas al motivo de Edipo, la esfinge. Rigópulos no duda de que el cuadro cuya descripción leyó Kavafis es el de 1864, op. cit., loc. cit.

serena. En la obra de Moreau, Edipo se ve como un hombre joven, delgado, de apariencia débil. Está también desnudo. Se apoya en un largo cayado. A sus pies se ve la mano y el pie de un hombre derribado por el monstruo. La Esfinge tiene posada al menos una pata posterior sobre el sexo de Edipo [no está bien claro si la otra pata está en el aire o si se trata de una cola; en otros de los cuadros de Moreau sobre esta escena, sí puede distinguirse bien la cola del monstruo] y las anteriores sobre su pecho. Muestra unas grandes alas desplegadas. Su rostro parece juvenil; es hermoso, fino y delicado y en absoluto se muestra feroz. Una diadema o pequeña corona adorna su cabellera. La escena del encuentro está ambientada en un paso montañoso, entre altos roqueríos. Hacia la derecha parece abrirse un paso, un sendero. Edipo y la Esfinge se miran fijamente. El rostro de Edipo se inclina inquisidor, escrutador. Parece enfrentar el misterio con serenidad que quizás refleje lucidez.

Acaso la descripción que leyó el poeta no daba una idea bien clara del cuadro o quizás Kavafis modificó algunos elementos que entregaba la descripción en beneficio de su idea poética. Pero el resultado es un poema muy hermoso e interesante, centrado en el motivo de la clarividencia de Edipo para presentir lo que su terrible destino le reservaba, y para presentirlo precisamente en el momento del gran triunfo sobre la Esfinge.

Esta tan temprana clarividencia contrasta con la “ceguera mental” que Edipo muestra en la obra de Sófocles. En la pieza de Voltaire, tardíamente asoman los “presentimientos” de Edipo, los atisbos de la desgracia en un hermoso parlamento, en el acto IV:

No..., mi alma inquieta
no está menos agitada de sospechas inoportunas.
El gran sacerdote me molesta, y, pronto yo a excusarlo,
comienzo en secreto a acusarme a mí mismo;
y mil hechos borrados de mi alma
se han ofrecido ahora en multitud a mi helado espíritu
El pasado me sobrecoge, y el presente me agobia.
Leo en el porvenir una suerte espantosa:

y por doquier el crimen parece seguir mis pasos³⁴³.

En el poema de Kavafis, Edipo no está de pie, sino caído bajo el peso del monstruo, que apoya sus patas sobre su pecho. Después de la primera conmoción que le produce el ataque de la Esfinge, Edipo se repone y deja el temor, pues ya tiene la solución para el enigma. Pero no se alegra por la victoria que será manifiesta pocos segundos después. Con tristeza, su mirada ya no se fija en la Esfinge, sino que va más allá, hacia el sendero que conduce a Tebas y que terminará en Colono. Presiente que allá el monstruo le hablará de nuevo. Y ante aquellos nuevos enigmas no habrá respuesta. La respuesta que ahora va a pronunciar “La solución soy yo, el hombre”, no será allá válida.

El poeta no tomó la idea de la queja de Edipo en Sófocles ni la de la queja y acusación a los dioses en Voltaire y en Gide. Para Kavafis, y para nosotros sus lectores, hasta el momento de encontrarse con la Esfinge, Edipo no conoce ni puede imaginar su terrible historia y destino. Nosotros sí conocemos esa historia, pero él no. Edipo sólo presiente que más tarde enfrentará un trance más duro que el que ha surgido con la Esfinge y del cual, de éste, va a salir airoso enseguida. La Esfinge, imagen del destino, le hablará de nuevo en Tebas y en Colono, y entonces no habrá solución para esos nuevos enigmas.

Para Kavafis, Edipo no mira a la Esfinge. La calidad de la reproducción de que disponemos no nos permite apreciar si el poeta se aparta aquí de la realidad del cuadro – a través de la descripción que leyó – o introduce un elemento nuevo. Podemos, sí, comprobar otras diferencias: la Esfinge no está caída sobre él “con dientes y con garras extendidas”. El rostro no muestra en absoluto fiereza. Ni siquiera fealdad. Como anotamos, el rostro de la Esfinge es hermoso; sus rasgos son delicados y su expresión queda determinada por el hecho de que mira muy fijamente a Edipo. Éste mira, a su vez, al monstruo (el poema dice que no lo mira). Pero acerca de esto último, podemos pensar que si

³⁴³ Acto IV, escena I, p. 90.

bien Edipo forzosamente está mirando a la Esfinge, pues en el primer momento le aterró la aparición de ese extraño ser, tal momento ha sido interiormente superado y el hombre está pensando en lo que seguirá en su vida, cuando prosiga su camino y tome el camino que conduce a Tebas y, más allá, a Colono.

La continua meditación de Kavafis sobre la condición del hombre y su destino toca en varios poemas el motivo de la incapacidad humana para preverlo. Sólo en muy rara ocasión y sólo muy pocos hombres pueden atisbar el futuro. Solamente los dioses son los plenos concedores de todas las cosas. El conocimiento del hombre se limita al pasado y al presente expresa un poema inspirado en una frase de la *Vida de Apolonio de Tiana*, de Filóstrato:

De los hechos futuros los sabios captan
aquellos que se aproximan. Sus oídos
a veces en horas de honda meditación
se conturban. El misterioso rumor
les llega de los acontecimientos que se aproximan.

César tuvo en sus manos el papel con el anuncio de que los conspiradores lo aguardaban en el Senado para asesinarlo, pero no lo leyó. Nerón dormía feliz y tranquilo, mientras los pequeños dioses Lares temblaban al escuchar el paso de las Furias que venían a vengar los crímenes del emperador. Y a nosotros, hombres comunes y corrientes, o nos llegan mensajes falsos o no escuchamos mensajes que nos advierten del peligro que nos acecha. Bajo las patas de la feroz Esfinge, Edipo percibe ese misterioso rumor de los hechos futuros – no cercanos en su caso, pero que inexorablemente llegarán.

Para nosotros, el poema puede inscribirse en el vasto ciclo de “la fatalidad y el destino”. La Esfinge es claramente para el poeta una imagen del destino, de la fatalidad. Hay otros enfoques y posiblemente habrá aún otros más.

Para Edward Schuré, la Esfinge es un símbolo erótico, de la naturaleza como eros. Explica así la corona que lleva el monstruo: “desde tiempos inmemoriales, es la naturaleza, terrible, engañadora,

inescrutable, la reina del género humano". Se aproxima esta idea a la de Heine, quien veía en la Esfinge el "símbolo del eros y del dolor erótico"³⁴⁴.

Para Mijalis Pieris, aquí hay un símbolo de la peripecia artística y de las fases de la creación artística. Edipo pasa en el poema a través de tres estadios: Primero: se encuentra en una encrucijada que lo atemoriza. Segundo: sigue una victoria que es a la vez un paso importante hacia su autoconocimiento. Tercero: la victoria no le deja un sentimiento de alegría triunfal, sino de miedo y dudas, pues esa victoria lo dota con una sabia melancolía³⁴⁵.

He aquí el poema y su traducción.

EDIPO

Fue escrito después de la lectura de una descripción de la pintura "Edipo y la Esfinge" de Gustave Moreau.

Sobre él la Esfinge se ha dejado caer
con dientes y con garras extendidas
y con toda la fiereza de la vida.
Cayó Edipo a su primera arremetida,
Lo atemorizó su primera aparición –
tal figura y tal modo de hablar
nunca hasta entonces las había imaginado.
Mas a pesar de que el monstruo apoya
sus dos patas en el pecho de Edipo,
éste rápidamente se repuso – y en absoluto
le teme ahora ya, pues tiene
lista la solución y vencerá.
Y sin embargo no se alegra por esta victoria.
Su mirada llena de melancolía

³⁴⁴ La descripción del cuadro de Moreau por Schuré la reproduce Hans Hofstätter en *Gustave Moreau Leben und Werke*, Köln, 1978, pp. 71-72, cit. por Y. Rigópulos, op. cit., pp. 55-56.

³⁴⁵ Mijalis Pieris: "K.P. Kavafis: Éfodos sto skotadi (i exeliktiki poría)", en *To mikró dendro*, N° 6, Tesalónica, s. f., pp. 41-42.

a la Esfinge no mira, ve más allá
el estrecho camino que va a Tebas,
y que en Colono ha de terminar.
Y claramente presiente su alma
que la Esfinge allí le hablará de nuevo
con más difíciles y mayores
enigmas que respuesta no tienen.

Edipo y la Esfinge: dibujo en un vaso antiguo





Edipo y la Esfinge, pintura de Gustav Moreau



Edipo de la Esfinge de Ingres

Viaje nocturno de Príamo

Este texto es una de los poemas denominados "inéditos". Fue escrito en 1893 en lengua especialmente arcaizante. La escritura no sólo nos recuerda "ópticamente", si así pudiéramos decir, el griego clásico. Hay, además, reminiscencias literales de viejas palabras homéricas. Así, los objetos que el dolorido rey reúne para ofrecerlos a Aquiles son mencionados con los mismos nombres con que Homero los consignó:

peplous, chlainas, tápetas, chitonas, chrysou, tálanta, trípodas, lébetas. Kavafis sólo ha omitido fareas y depas. Las grandes dificultades que su comprensión presenta para un griego que no aprendió katharévusa, no existen en una traducción.

El poema tiene 44 versos, de los cuales 11 contienen una palabra bisílaba, por lo que podrían haber sido 33, los que corresponderían en principio, a primera vista, a 179 versos de la *Iliada*, del 159 al 338 de la rapsodia XXIV; es decir, desde el momento en que Príamo escucha las lamentaciones por la muerte de Héctor, al entrar al palacio, hasta cuando Zeus termina de instruir a Hermes para que proteja y acompañe al anciano rey en su trayecto hacia la tienda de Aquiles, a fin de tratar de rescatar el cadáver de su hijo para darle sepultura³⁴⁶.

Al poeta ciertamente lo conmovían mucho los dramas de Aquiles y de Príamo. Lo impresionaba el equilibrio de sangre, dolor y honor que se da en la *Iliada* en la relación Aquiles-Patroclo-Héctor Príamo. Dos hombres agobiados de dolor ante una pérdida irreparable: Aquiles y Príamo; dos valientes héroes muertos en juventud: Patroclo y Héctor; el deber sagrado de honrar y dar sepultura al cadáver del ser amado, lo que al mismo tiempo la única forma de cierto consuelo. Pero hay una muy grande diferencia entre el poema kavafiano y el relato homérico. La solución del problema creado por la decisión de Aquiles de deshonorar el cadáver de Héctor y no entregarlo, es en la *Iliada* esencialmente una cuestión de los dioses. Es Zeus quien, movido por la compasión, determina los hechos³⁴⁷. Él da la idea de conseguir el rescate mediante regalos. Y se moviliza para materializar su decisión: envía mensajes a Aquiles y a Príamo. Hace intervenir diversos personajes divinos y humanos. Los dioses cooperan, comentando o discutiendo el asunto. Se mueven los mensajeros divinos Iris y Hermes. Príamo comunica a Hécuba la decisión de Zeus; elige los regalos, increpa a sus hijos, exigiéndoles que le preparen un carruaje. Éstos así lo hacen. Hécuba trae

³⁴⁶ Lúcido y convincente análisis de este poema hace D. Maronitis en “C. P. Kavafis: un poeta lector”, en *Ciclo Kavafis*, Tesalónica, 1983, p. 52 y s.

³⁴⁷ G. Finsler: *La poesía homérica*, trad. Carles Riba, 3a. ed., Ed. Labor, Barcelona, 1947, p. 179.

el vino para una libación que cumple el rey. Hay una plegaria final. Sale Príamo y va adelante el prudente Ideo. Los troyanos los acompañan, llorando, y vuelven a la ciudad cuando los viajeros llegan a la llanura. El rey sube al carro y por orden de Zeus, Hermes se presenta para servir de guía y protector a Príamo. Llegará luego el anciano rey a la tienda de Aquiles, abrazará sus rodillas y le suplicará. Su ruego será atendido, pues la decisión habrá sido tomada antes por Aquiles, cuando recibió el mensaje del dios y lo acató.

En el poema de Kavafis, en cambio, desaparecen dioses, hombres y palabras que pueblan el texto homérico. Aquellos no existen; y si existieran, no están involucrados en las cosas humanas. Mal podrían dar órdenes y determinar soluciones. Aparte del hombre, sólo existe “el adverso destino sordo”, la fatalidad, la *heimarmene* que ha hecho morir a Héctor. No hay en el poema otros hombres. El único vestigio de éstos es el lamento, “vano, inútil”, de los troyanos; y las sombras “siniestras” que, al final del texto, se extrañan ante el viaje nocturno de Príamo. La soledad del padre doliente es total. Agobiado de dolor, él sólo decide llevar obsequios a Aquiles para intentar rescatar el cadáver de su hijo y honrarlo. Solo elige los regalos y los coloca en un carro. Solo sale a la oscuridad del camino, al “camino tenebroso”, donde “lúgubre gime el viento”. Por único pensamiento tiene entonces el que “corra veloz su carruaje”. No hay un final. Éste queda en el terreno de lo incierto. Si dentro del clima del poema imaginamos a Aquiles, éste no ha recibido orden ni mensaje divino alguno. Por lo tanto es imposible prever su reacción. No sabemos, pues, si entregará el cadáver.

El examen detallado del poema mostraría varios aspectos interesantes, como la presencia de la naturaleza, que después desaparece de la poesía kavafiana. Pero lo importante es que podemos leer este texto como un poema del destino y de la soledad. El remoto pasado mítico que recogió Homero está aquí, tres mil años después, trasmutado en un cuadro de la soledad del hombre, en un motivo plena y dolorosamente actual en Chile y en no pocos países de América. Alguien busca a su padre, esposo, hermano, hijo. Un padre en busca del cadáver de su hijo para poder darle sepultura. Un hermoso poema, dolorosamente “moderno”. ¡Cuántos padres, madres, esposas, hijos, han buscado y aún

buscan encontrar y poder sepultar al menos algún resto de un ser amado
en nuestro país!

Viaje nocturno de Príamo (1893)

Dolor y lamento en Ilión. / La tierra
de Troya en desesperanza amarga y en temor
al gran Héctor Priámida llora.

El treno estridente grave resuena. / Ni un alma
queda en Troya no doliente,
que el recuerdo de Héctor olvide.

Mas es vano, inútil / el mucho
lamento en una ciudad atormentada:
sordo es el adverso destino.

Detestando Príamo lo inútil, / oro
saca del tesoro; agrega
marmitas, tapices, y manto; y también

túnicas, trípodes, una cantidad espléndida /de peplos,
y todo lo que apropiado juzga,
y sobre su caro lo carga.

Quiere con rescate del terrible / enemigo
recuperar el cuerpo de su hijo,
y con augustas exequias honrarlo.

Sale en la noche silenciosa. / Habla
poco. Por único pensamiento ahora tiene
veloz, veloz que corra su carruaje.

Tenebroso extiéndese el camino. / Lúgubre
gime el viento y se lamenta.
Grazna a lo lejos un ominoso cuervo.

Aquí el aullido de un perro se escucha; / allí,
cual susurro una liebre de rápidos pies cruza.
El rey azota, azota los caballos.
Sombras de la llanura despiértanse / siniestras,
y se preguntan por qué con tanta prisa

vuela el Dardánida hacia los navíos
de argivos asesinos y de aqueos / funestos.
Pero el rey a esas cosas no atiende;
basta que su carro veloz, veloz corra.

Bibliografía

- Aristóteles (1990) *Poética*. Traducción A. J. Cappelletti. Caracas: Monte Ávila Editores, Caracas.
- Castillo Didier (2010) *Kavafis íntegro*, 3a. edición. Santiago: Tajamar Editores.
- Finsler, G. (1947) *La poesía homérica*. Traducción Carles Riba, 3a. ed. Barcelona: Editorial Labor.
- Gide, A. (1952) *Edipo*, en A. Gide: *Teatro*, Traducción José Ma. Corredor. Buenos Aires: Editorial Sudamericana
- Kavafis, C.P. (1977) *Anékdota píimata*. Edición cuidada por Y. P. Savidis. Atenas: Íkaros.
- Kavafis, C. P. (1983) *Ta apokirigmena píimata ke metafrasis (1886-1898)*. Edición cuidada por Y. P. Savidis. Atenas: Íkaros.
- Maronitis, D. (1983) "C. P. Kavafis: un poeta lector", en *Ciclo Kavafis*. Tesalónica: Hetería Spoudón.
- Pieris, M. (s. f.) "K.P. Kavafis: Éfodos sto skotadi (i exeliktiki poría)", en *To mikró dendro*, N° 6. Tesalónica: s. m. de editorial.
- Rigópulos, Y. (1991) "Edipo aproximación interpretativa a un motivo literario-figurativo", en Y. Rigópulos: *Ut pictura, poesis* Atenas: Editorial Smili.
- Spiropulu, A. (1990) "Jronoloyio tu víu ke tu ergu tu Sofoklí", *Diavazo*, N° 243. Atenas: Y. Galanis.
- Voltaire (1864) *Edipo*, en Voltaire : *Ouvres Complètes*. París : Firmin Didot Frères.

Clara Schumann, Teresa Carreño, Rosita Renard: la condición de mujer en sus carreras.

Clara Schumann, Teresa Carreño, Rosita Renard: tres de las mujeres que llevaron al más alto grado de perfección el arte de la ejecución pianística. Dos carreras artísticas plenas y una tronchada en su más pleno momento. Diferencias y semejanzas entre ellas surgen nítidamente si nos inclinamos hoy sobre el registro de sus tránsitos terrenales. Y una semejanza se destaca de inmediato: las dificultades que debieron enfrentar en sus carreras artísticas derivadas del hecho de ser mujeres.

Los ejecutantes, a pesar de ser el vínculo esencial entre la creación musical y los auditores de ésta, a pesar de que son quienes dan “vida sonora, real” a lo que estuvo en la mente del compositor y que queda después estampado en un papel, son muy poco favorecidos con estudios musicológicos. Por lo general, quien trata de investigar sobre ellos encuentra sólo críticas breves en diarios y comentarios igualmente breves en revistas. El caso de Clara Schumann resulta especial, pues parte importante del interés que presenta para los estudiosos está relacionada con su condición de esposa de Schumann; otra parte menor está referida a su obra como compositora. Hay al menos cuatro biografías de ella, dos de las cuales han circulado en Chile: la de Matthias Hencke y la de Joan Schissel³⁴⁸. De sus dotes y su quehacer como intérprete, lo que tenemos está constituido por críticas y comentarios de su época, recogidos por los biógrafos. Disponemos de una biografía editada de Teresa Carreño, de Marta Milinowski, y una inédita de Eduardo Lira Espejo³⁴⁹, y una de

³⁴⁸ Véanse las Referencias bibliográficas. Menos accesibles son las biografías debidas a Berthold Litzmann, con utilización de diarios y cartas de Clara, reeditada en Hildesheim en 1989, y la de Impré Gyomai.

³⁴⁹ Véanse las Referencias bibliográficas. Resulta necesario revisar la lectura de Milinowski a la luz de las rectificaciones de que fue objeto su texto por Mario Milanca Guzmán, malogrado estudioso chileno que dedicó significativos trabajos a la vida y obra de la pianista venezolana. Un capítulo de la obra inédita de Lira Espejo, “Teresa

Rosita Renard, última obra del recordado musicólogo Samuel Claro. Tenemos también valiosos trabajos dedicados a Teresa Carreño por nuestro compatriota, el malogrado historiador Mario Milanca Guzmán. Desafortunadamente, con la excepción de Mario Milanca, ninguno de los autores mencionados estimó necesario fundamentar sus afirmaciones, identificando sus fuentes al pie de página.

Una ojeada a los índices de la *Revista Musical Chilena* nos muestra sólo excepcionalmente algún estudio extenso dedicado a un intérprete, como por ejemplo el de Luis Merino “Claudio Arrau en la historia de la música chilena”³⁵⁰. El libro titulado *Arrau*, de Joseph Horowitz³⁵¹, es, en realidad, un texto que en su mayor parte transcribe las respuestas del intérprete a las preguntas del entrevistador. En el volumen se reproduce un interesante artículo de siete páginas de Antonio Orrego Barros, escrito en 1909³⁵²: “El Mozart chileno Claudio Arrau León”. En el caso de Rosita Renard, si exceptuamos la biografía mencionada³⁵³, la falta de materiales extensos es notoria. En la *Revista Musical Chilena*, además de notas de crónica y del Editorial del N° 34, de 1949, dedicado a la pianista con motivo de su muerte, hallamos un breve artículo de Daniel Quiroga: “Rosita Renard en el recuerdo”. En el mismo número, hay un artículo, corto también, de Magdalena Vicuña: “Claudio Arrau a los 75 años”³⁵⁴. En Venezuela, país donde la pianista dejó un perdurable recuerdo como intérprete y como maestra, Israel Peña escribió un hermoso artículo breve, “Elegía a Rosita Renard”, publicado a dos días de la muerte de la pianista³⁵⁵. El texto del crítico argentino Jorge D’ Urbano para el décimo

Carreño: estrella errante”, se publicó en la *Revista Musical de Venezuela*, Nos. 7-8, 1982 (Caracas). En el N° 6 de la misma revista, apareció el artículo “La pianista venezolana Teresa Carreño (1853-1917)”, de Johannes Eichorn, quien descubrió en Berlín una grabación mecánica de la Carreño, realizada en 1906.

³⁵⁰ L. Merino Montero: “Claudio Arrau en la historia de la música chilena”, RMCH 161-1984, pp. 5-32.

³⁵¹ J. Horowitz: *Arrau*, 1984.

³⁵² A. Orrego Barros: “El Mozart chileno Claudio Arrau León”, revista *Selecta*, noviembre 1909.

³⁵³ S. Claro Valdés: *Rosita Renard Pianista chilena*, Santiago 1993.

³⁵⁴ RMCH Nos. 142-144, 1978, pp. 131-136 y 137-139.

³⁵⁵ Israel Peña: “Elegía a Rosita Renard”, en *Música sin pentagrama*, 1955. Véanse las Referencias bibliográficas.

aniversario de la muerte de Rosita, es, en su brevedad, un texto valioso³⁵⁶.

Al intentar trazar un paralelo entre estas tres pianistas – lo que, naturalmente, no constituye el objeto de esta ponencia –, se pueden apreciar las dificultades que, además de las propias de toda carrera de intérprete, debieron afrontar por ser mujeres. Claudio Arrau se refirió así a los problemas de la artista mujer para realizarse: “En la actualidad, la mujer artista no sólo debe enfrentarse a los problemas de su propio desarrollo psicológico femenino, sino que además se ve obligada a abrirse camino en un mundo de hombres (...). La posibilidad de una mujer artista de triunfar en su profesión es consecuentemente más difícil que la del hombre. En mi opinión, su batalla es dos veces más ardua”³⁵⁷.

El juicio anterior, formulado en la segunda mitad del siglo XX, alude a una realidad que en las diez o más décadas anteriores era indudablemente más dura aun. El machismo atravesaba la sociedad europea y la “cultura occidental” trasplantada a América. La posibilidad del cultivo de la música existía para la mujer, pero con limitaciones claras. El tocar el piano en el salón hogareño por la señorita o las señoritas de la casa, fue durante al menos un siglo y medio un elemento importante de la educación y la actividad social de las jóvenes. Más allá de lo límites del salón, comenzaban las dificultades a veces insuperables.

Clara Schumann, Teresa Carreño y Rosita Renard forman parte de aquellas mujeres que superaron las limitaciones que socialmente se imponían al sexo femenino y pudieron llegar a las mayores alturas en el arte musical. Sus condiciones personales y una vocación a toda prueba hacia la ejecución pianística las llevaron a esas cimas. Pero, sin duda, por ser mujeres, la batalla fue para ellas “dos veces más dura”, para repetir palabras de Arrau.

La dureza de la batalla es elemento común, mientras los escenarios temporales y espaciales en que transcurrieron sus vidas y sus carreras fueron bien diferentes. Clara Schumann nació y vivió en Alemania y como pianista viajó a numerosos países europeos. Teresa

³⁵⁶ Reproducido en RMCH N° 66, 1959, pp. 143-144.

³⁵⁷ J. Horowitz: *Arrau*. p. 278.

Carreño nació en Venezuela y vivió allí sólo su primera niñez. Algunos años residió en Estados Unidos y luego en Francia, para pasar los 26 años de su madurez artística en Alemania. Como concertista, su actividad la llevó a países europeos, más Estados Unidos, Cuba, Venezuela, Australia y Nueva Zelanda. Rosita Renard vivió sus primeros 16 años en Chile, donde estudió con el profesor Roberto Duncker. Luego de cuatro años en Alemania estudiando con Martin Krause, vendrán años de cambios de países y problemas que afectarán decisivamente su carrera, y a los que nos referiremos más adelante.

Clara Wieck, más tarde Clara Schumann, nació en 1919, recién apagada la hoguera de las guerras napoleónicas, 34 años antes que Teresa Carreño y 75 años antes que Rosita Renard, y muere en 1896 cuando la centuria llega al ocaso. Su vida, de 77 años, cubre pues ampliamente la mayor parte del siglo XIX. Teresa Carreño vino al mundo recién cumplida la mitad del siglo, en 1853, y muere antes de cumplir 64 años, en 1917, cuando el Viejo Continente era presa de las llamas de la primera conflagración mundial. Al morir 21 años después que Clara Schumann, la artista venezolana alcanza a vivir parte del siglo XX. Rosita Renard nació en 1894, dos años antes de la muerte de Clara Schumann, y murió a los 55 años en 1949, por lo que su vida abarca la mitad del siglo XX, con sus dos guerras mundiales, dos hechos que tendrán negativa influencia en el destino de su carrera.

En la vida de cada una de las tres artistas, se produjo un problema familiar con uno de los padres, que tuvo su origen en la condición de mujer. Verdad es que en los casos de Clara Schumann y de Teresa Carreño, las dificultades no influyeron decisivamente en el desarrollo de sus carreras musicales, pero si significaron para ellas sufrimientos, que se agregaron a otras dificultades también derivadas de esa condición.

Clara Wieck hubo de sufrir el rompimiento con su padre, Friedrich Wieck, debido a la rotunda oposición de éste a su amor por Robert Schumann y a su decisión de casarse con él. Clara tuvo que recurrir a la autoridad judicial para poder contraer matrimonio. Durante

tres años, entre 1840 y 1843, las relaciones estuvieron totalmente interrumpidas³⁵⁸. Más tarde se produjo la reconciliación.

Teresa Carreño se alejó progresivamente de su padre, Manuel Antonio Carreño, quien en algún período debió ser su profesor, y con quien compartió la docencia del piano en París, como actividad de sobrevivencia. La personalidad de Teresa y su espíritu independiente había empezado a chocar con la severa autoridad paterna. En 1868, la joven pianista de 15 años consiguió permiso para hacer sola algunos viajes. Sus primeras estancias en Inglaterra le daban la libertad que no tenía en Francia. Luego, cuando Teresa se enamoró del violinista Émile Sauret, el alejamiento se acentuó. El matrimonio de los artistas, en julio de 1873, parece haber apresurado la enfermedad del padre y su muerte, al año siguiente³⁵⁹.

Para Rosita Renard, el rompimiento con su madre, Carmen Artigas, en 1925, fue muy doloroso. Fueron días muy duros. El motivo inmediato fue la total oposición de la señora Artigas a su matrimonio. En carta a Margarita Friedemann, su entrañable amiga, le escribe: “Esta demás decirle que se opuso tenazmente como en todos los otros casos”; y le cuenta que en todo ese tiempo ha estado “llorando, enflaqueciendo, enfermándome, aceptando la simpatía de mis amigos, separándome después de mil sufrimientos y viajando sola a New York y más tarde al Sur. ¡Una tragedia completa!” Dolorosa la separación, pero muy tardía³⁶⁰. Rosita tenía 31 años. Como lo veremos más adelante, el carácter

³⁵⁸ La acción judicial trajo momentos muy dolorosos para Clara. El 18 de diciembre de 1939, se realizó la audiencia, en la que Wieck actuó con apasionamiento. En su diario, Clara escribió: “Jamás lo olvidaré. No podía mirarlo sin dejar de sentir una profunda compasión; pensaba en todos sus esfuerzos, sus noches insomnes; las explicaciones que había tratado de encontrar [...]. Ese día nos ha separado para siempre; o, al menos, ha roto el tierno lazo que unía a un padre con su hija; también mi corazón está destrozado”. J Chissel, op. cit., p. 114. El final del rompimiento llegó el diciembre de 1843, cuando Wieck en una misiva que comienza “Tempora mutantur et nos mutamur in eis”, escribe: “Por Clara y por el resto del mundo, no podemos seguir alejados...”. El día 19, llegó la familia Schumann a Dresde y se selló la reconciliación, pasando todos juntos la Navidad.

³⁵⁹ M. Milinowski, op. cit., p. 117-118.

³⁶⁰ Citada por S. Claro Valdés, op. cit. p. 61.

despótico de la madre había causado ya un daño irreparable a la carrera artística de la pianista, seis años atrás.

En cuanto a la vida familiar, es bien sabido que Clara Wieck tuvo una hermosa vida matrimonial, interrumpida tempranamente por la trágica enfermedad y la muerte de su esposo, el 29 de julio de 1856. Desde la internación del músico en un establecimiento para enfermos mentales, Clara debió tocar aún más que antes para financiar las necesidades de la familia y los gastos de la enfermedad de su marido. Muchas veces sintió cuán difícil era “presentarse ante el público con el corazón desgarrado”, como anotó en su diario en enero de 1855. El terrible día 29 de julio del año siguiente, cuando se extinguió la vida de Robert Schumann, escribió en ese diario: “Con su partida, mi felicidad se acaba para siempre”³⁶¹. No se casaría otra vez, aunque quedó viuda a los 37 años. Y su amistad y amor por el joven Johannes Brahms permanecería siempre en el plano de lo espiritual y en el de la colaboración en la tarea de difundir y editar las obras de Schumann.

En otro aspecto, la condición de mujer hizo más ardua la carrera de intérprete de Clara Schumann y de Teresa Carreño. Clara tuvo que armonizar su tarea de concertista y de colaboradora con su esposo, con la de madre de siete hijos. Además, siendo una compositora de mucho futuro, se dedicó con incansable perseverancia, en perjuicio de su propia obra, a la difusión de la de su marido. Luego, al quedar prematuramente viuda, su trabajo se hizo aun más pesado. Además, sufrió más tarde el gran dolor de ver morir a tres de sus hijos en juventud, y de perder a uno en vida - podría decirse -, pues debió ser internado para siempre en un clínica psiquiátrica, como su padre. Teresa Carreño perdió a su primera hija, Emilia, cuando la dejó en manos ajenas, lo que más tarde constituyó para ella una gran amargura. Con sus hijos Eugenia y Hertha D' Albert debió enfrentar polémicas con el padre sobre tuición. Y la tarea que se impuso de hacer músicos importantes de sus otros dos hijos, Giovanni y Teresita Tagliapetra, fue motivo de largos y grandes gastos y esfuerzos, para terminar en un claro fracaso. Ninguno de los dos respondió a los sacrificios de su madre, que debía dar más clases y restar tiempo al

³⁶¹ J. Chissel: *Clara Schumann*, p., 214.

estudio para afrontar esos gastos. Teresa Carreño sólo conoció la armonía matrimonial en los últimos 16 años de su vida, con Arturo Tagliapetra, hermano de su segundo esposo, el cantante Giovanni Tagliapetra. En su cuarto matrimonio con un marido no músico, la pianista encontró la paz que no había tenido hasta entonces. Y ese período coincide con su plena madurez como artista. Es la época en que la escuchó el adolescente Claudio Arrau. Más tarde la recordará así: “Ah, era una diosa. Tenía un empuje, una energía increíble. Creo que jamás oí a nadie llenar con tanto sonido la antigua sala del Philharmonie de Berlín³⁶². A días de su muerte, en entrevista al *Nouvel Observateur*, publicada el 6.VI.1991, Arrau volvió a recordarla- “Hay otra latinoamericana que me marcó mucho: Teresa Carreño, la pianista más grande que escuché jamás, una sonoridad sublime, una potencia increíble [...]; tenía una fuerza tremenda, pero bella, serena, resplandeciente”³⁶³.

Rosita Renard, como Arrau, escuchó con gran admiración a la Carreño en sus años de estudio en Alemania. Y habrá rememorado esas impresiones al acompañar el féretro de Teresa el 13 de junio de 1917, en la catedral de Nueva York. Samuel Claro escribe al respecto: “Fue el último encuentro entre esas dos grandes mujeres artistas de América, tan diferentes en su personalidad y tan similares en su arte, donde se debe haber producido una especie de simbólico traspaso del testimonio de total entrega al servicio de la música³⁶⁴.”

Rosita Renard no vivió problemas matrimoniales ni conoció las obligaciones y angustias que trae la maternidad. Su esposo fue el cantante checoslovaco Otto Stern, a quien conoció en Berlín en 1925, y con quien se casó en Nueva York en 1928. A poco de conocerse, había nacido entre ellos un amor y admiración mutuos, que perduraría durante toda la vida matrimonial de veintiún años, plenos de serena felicidad.

Y debemos llegar ahora a la grande y triste diferencia entre las vidas de Clara Schumann y Teresa Carreño, por un lado, y la de la pianista chilena. La carrera de Rosita Renard debió ser semejante a la de

³⁶² Horowitz 1984: 114.

³⁶³ Drillon 1991.

³⁶⁴ Claro 1993: 59.

aquellas. Todo lo auguraba. Su Diploma de Honor en el Conservatorio Stern, otorgado sólo una vez antes, desde 1860. El certificado final del gran maestro Krause, que es rotundo en su concisión: El 18 de agosto de 1914 Krause la nombra como “la grandiosamente dotada, inteligentísima y ya genial pianista Rosita Renard”. Y a continuación escribe:

“Preparada de la manera más acertada por el insigne maestro sudamericano señor Roberto Duncker, la señorita Renard me ha proporcionado más placer que trabajo. Esta niña ha llegado a ser una artista que ha despertado la admiración de todos los que la han escuchado y entre éstos se cuentan los principales músicos y pianistas de Alemania, todos los cuales le asignan un lugar prominente entre los pianistas contemporáneos. Existe una opinión unánime: Rosita Renard domina victoriosamente toda la técnica, su seguridad es asombrosa, su interpretación es profunda y espiritual, su sonido de una finura tal que sólo puede ser comparada con la del gran maestro Emil Sauer. No cabe duda alguna de que Rosita Renard conquistará el mundo como artista”.

A propósito de este juicio de Krause, recordemos que, como afirma Samuel Claro, Rosita salvó la carrera del niño Arrau en un momento en que estaba dispuesto a renunciar a su beca y volver a Chile. Arrau recuerda este hecho:

“Luego conocimos a Rosita Renard, una pianista chilena. En un momento llegó a decirse en Nueva York que ella sería la segunda Guiomar Novaes; ambas tenían aproximadamente la misma edad. De cualquier modo, Rosita estaba estudiando con Martín Krause cuando la conocimos. Mi madre le contó que yo ya no mostraba ningún entusiasmo por el piano, y, que como no estaba practicando bien, posiblemente renunciaría a la beca y regresaríamos a Chile. Entonces Rosita dijo: “Deben probar con Martín Krause”. Y me llevó a Krause”³⁶⁵.

³⁶⁵ Horowitz 1984: 54.

Es de lamentar que Arrau no hubiera escuchado tocar a Rosita Renard, para que hubiéramos contado con un juicio suyo.

Sin duda, Krause no exageraba. Sus juicios fueron confirmados con los triunfos de la joven pianista en Alemania y luego en Estados Unidos. Pero desde su glorioso debut en Nueva York, en el Aeolian Hall, el 12 de marzo de 1916, y sus numerosos éxitos en los años que siguen, incluido el que obtuvo en la Carnegie Hall el 2 de enero de 1920, hasta su triunfo en el mismo Carnegie Hall, el 19 de enero de 1949, transcurrirán tres décadas. Había sido comparada con Teresa Carreño por varios críticos norteamericanos y por el chileno Alberto García Guerrero³⁶⁶. Max Smith había llegado a decir, refiriéndose al segundo recital en el Aeolian Hall: “En realidad, desde los días en que Teresa Carreño³⁶⁷ conquistó al mundo entero, ninguna mujer ha desplegado tal prodigio de virtuosismo como hizo esta morena muchacha, de 22 años, en su programa de ayer, dedicado íntegramente a las obras de trascendental dificultad de Franz Liszt”³⁶⁸.

En ese largo intervalo de casi treinta años, las giras de Rosita Renard se hubieron de limitar a países latinoamericanos. Su extraordinaria carrera quedó cortada cuando la madre impuso a Rosita que rompiera dos contratos. Primero, cuando Charles Ellis, en el marco del contrato firmado para 1919 y 1920, organizó una segunda gira de la pianista, desde Los Ángeles a la costa atlántica. En la primera gira, Rosita había acompañada por Geraldine Farrar. En la segunda debía ir sola, cosa que su madre no permitió. Luego, en septiembre de 1920, cuando la artista debía volver a Estados Unidos a cumplir el contrato de grabaciones con la Aeolian Company, la madre determinó que Rosita debía no cumplir el compromiso y viajar con ella a Alemania, donde

³⁶⁶ También Antonia Sawyer y el crítico de la revista *Musical Courier* (10.X.1918).

³⁶⁷ Rosita Renard, como Arrau, escuchó con gran admiración a la Carreño en sus años de estudio en Alemania. Y habrá rememorado esas impresiones al acompañar el féretro de Teresa el 13 de junio de 1917, en la catedral de Nueva York. Samuel Claro escribe al respecto: “Fue el último encuentro entre esas dos grandes mujeres artistas de América, tan diferentes en su personalidad y tan similares en su arte, donde se debe haber producido una especie de simbólico traspaso del testimonio de total entrega al servicio de la música. Claro 1993: 59.

³⁶⁸ Cit. por S. Claro Valdés, op. cit., p. 66.

Blanca Renard continuaría sus estudios. De este modo, ninguna de las dos hermanas quedaría sola. Las tres mujeres viajaron en abril de 1921.

Los dos incumplimientos de Rosita fueron fatales. Mientras en la Alemania, destrozada por la guerra y sumida en una feroz hiperinflación, nada se podía hacer, en Estados Unidos se le cerraban todas las posibilidades. “La extraordinaria carrera de éxitos de la joven recibía un golpe mortal, justo cuando le sonreían la fama y la fortuna” – escribe Samuel Claro -. “Ellis, un ‘caballero de Boston’, debe haber comprendido el drama de Rosita, pero esto no eliminaba el hecho de que, con esa actitud, le quedaban cerradas las puertas para conseguir cualquier otro contrato con un empresario norteamericano, lo que efectivamente sucedió hasta el final de sus días. En sus años de madurez [...], Rosita se conmovía hasta las lágrimas cuando recordaba este episodio”³⁶⁹.

La pianista en esa época era mayor de edad, pues tenía 26 años. Sin embargo, pudo más la presión de una madre despótica, formada en una sociedad conservadora y machista, que el apasionado amor de la hija por la música, y la autoconciencia que ésta tenía de sus dotes, que habían apreciado los más importantes críticos de Alemania y Estados Unidos. La situación de sometimiento de la mujer que se daba en la sociedad chilena en las primeras décadas del siglo XX, se refleja aquí no sólo en la actitud de doña Carmen Artigas, sino también en la de Rosita, que no se sintió capaz de rebelarse contra el obtuso criterio de su progenitora. Sólo en 1925, se producirá la independencia. Desafortunadamente, demasiado tarde. No sin hondo sufrimiento, Rosita Renard romperá con su madre y vendrá a Estados Unidos, donde se casará tres años después con Otto Stern, quien había sido “vetado” por aquella. Comprobará que las puertas ya no se abren más para ella. Tendrá que sobrevivir haciendo clases. Finalmente, volverá a Chile y será aquí una gran maestra, acaso la más grande que ha pasado por el Conservatorio Nacional. El 9 de diciembre de 1929 fue contratada con 8 horas semanales por 3 años. Formará varias generaciones de excelentes pianistas entre ellas a Flora Guerra, Elvira Savi, Elena Waiss.

³⁶⁹ *Ibidem*, p. 69.

Casi veinte años después de su ingreso al Conservatorio y casi exactamente treinta después de su primer gran triunfo en el Carnegie Hall, Rosita volverá a tocar por una y última vez en esa sala. Sin saberlo, estará ya herida por la enfermedad mortal.

Las palabras de Howard Taubman en el *New York Times* del 20 de enero de 1949, día siguiente al de su postrer recital, muestran extrañeza ante una realidad tras la cual había una verdadera tragedia: “Rosita Renard, que tocó anoche en el Carnegie Hall, luego de una ausencia de más de veinte años de Nueva York, demostró ser una pianista de refinamiento y conmovedora humanidad (...). Sin que haya lugar a dudas, Miss Renard es una artista extraordinariamente dotada y madura. Esto nos lleva a preguntarnos con extrañeza: ¿Cómo es posible que durante todos estos años ella escapara a ser presentada en Nueva York? El problema es aún más desconcertante, puesto que Miss Renard obtuvo una fama inmediata luego de su debut en Nueva York, en 1917?” Otro crítico, Wolfgang Stresemann, al día siguiente, 21 de enero, en el *Staats-Zeitung*, se hacía la misma pregunta: “¿Qué destino tan extraño de artista! ¿Por qué, se pregunta uno, no se ha escuchado durante tanto tiempo a Rosita Renard? ¿Por qué ha tenido que ser ‘descubierta’ por segunda vez? ¿Cómo es posible que se haya mantenido alejada del círculo internacional de la música durante varias decenas de años?”³⁷⁰.

³⁷⁰ Citados por S. Claro, op. cit., pp. 266-268.

Bibliografía

- AMENGUAL, R. 1949 "Rosita Renard, pedagoga", PRO ARTE, junio 1949.
- CASTILLO DIDIER, M. 1993 *Cayetano Carreño Ensayo de biografía documental*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- CASTILLO DIDIER, M. 1994 "Clara Schumann (1819-1896) - Teresa Carreño (1853-1917)", *Revista Nacional de Cultura* 292,293-1994 (Caracas).
- CHISSELL, J. 1985 *Clara Schumann*. Traducción L. Schmidt. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- CLARO VALDÉS, S. 1993 *Rosita Renard Pianista chilena*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- CLARO V., S y URRUTIA B., J. *Historia de la música en Chile*. Santiago: Editorial Orbe.
- HENKE, M. 2001 *Clara Schumann*. Traducción M. Gregor. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- HOROWITZ, J. 1984 *Arrau*. Traducción C. Adán. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- MERINO MONTERO, L. "Claudio Arrau en la historia de la música chilena", RMCH 161-1984, 5-32.
- MILANCA GUZMÁN, M. 1987 *Teresa Carreño Gira caraqueña y Evocación*. Caracas: Ediciones LAGOVEN.
- MILANCA GUZMÁN, M. 1988 "Teresa Carreño: cronología y manuscritos", RMCH 170-1988.
- MILANCA GUZMAN, M.1990 *¿Quién fue Teresa Carreño?* Caracas: Ediciones Alfadil.
- ORREGO SALAS, J. 1949 "Rosita Renard, una artista y un ejemplo", RMCH 34-1949.
- PEÑA, I. 1955 "Elegía a Rosita Renard", *Música sin pentagrama*. Caracas: Editorial Sucre.
- QUIROGA, D. 1978 "Rosita Renard en el recuerdo". RMCH 142,144-1978.
- SANTA CRUZ, D. *Memorias inéditas*.
- SANTA CRUZ, D. 1949 "Rosita Renard empieza a vivir como norte y como antorcha", PRO ARTE, junio 1949.
- SAMUEL, C. 2007 *Clara Schumann Secretos de una pasión*. Buenos Aires: El Ateneo.

Un poema y un canto: testimonios de un gran crimen.

Este año de 2007 se cumplen cien años de la matanza de la Escuela Santa María de Iquique, tragedia casi totalmente olvidada por la historia oficial.

En la última década se han publicado varias obras sobre los hechos de Iquique de diciembre de 1907, incluidas las actas del *I Encuentro de Historiadores* y recopilaciones documentales. Se puede decir que toda la documentación está disponible para todo público.

Estos son los títulos:

--Pablo Artaza (ed.): *A 90 años de los sucesos de Santa María de Iquique*, LOM, Santiago 1998. *I Encuentro de Historiadores de 1997*

--II Encuentro 2007 Jorge Hidalgo Decano. Documentos y ponencias.

--Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan, Historia de una masacre. Escuela Santa María de Iquique, 1907*, Lom, Santiago, 1998.

--Pedro Bravo: *Santa María de Iquique 1907: documentos para su historia*, Ediciones del Litoral, Santiago, 1993.

-- Boletín de Sesiones de la Cámara de Diputados: diciembre 1907-enero 1908.

--Sitio especial en internet de la Dirección de Archivos y Museos sobre el tema.

Obras literarias:

Tres obras han tratado el tema de la matanza, dos de ellas literarias y una autobiografía. Volodia Teitelboim: *Hijo del salitre*, 1952, reed. 1995: Hernán Rivera: *Las flores negras de Santa María*, 2002. Elías Lafferte: *Vida de un comunista*, 1958. Este es un escrito de un sobreviviente de la masacre.

Dos obras musicales “tratan el tema” de la masacre: una canción popular y una cantata de autor académico.

La *Cantata Santa María de Iquique* es una de las obras más conocidas del destacado pianista y compositor Luis Advis, 1935-2004. A juicio del musicólogo Luis Merino:

“Tal como *Gracias a la vida de Violeta Parra*, es la *Cantata Santa María de Iquique*, compuesta el año 1969 y estrenada en Santiago al año siguiente, un componente fundamental del canon de la música chilena del siglo XX. Confluyen en la cantata una temática que representa un hito en la historia de la sociedad chilena y un estilo musical de gran simplicidad”³⁷¹.

La Cantata tiene 18 partes: pregón, relatos, canciones e intermedios musicales.

¿Por qué se produjo la huelga el año 1907?

Sobre la situación en que vivían y laboraban los obreros salitreros, oiremos el primer Relato, en la voz inolvidable de Héctor Duvauchelle, y antes el breve primer Pregón.

Pero antes recordemos los hechos a la luz de los documentos:

El 19 de diciembre, el Intendente de la provincia Carlos Eastman se reunió con los dirigentes de la Combinación Salitrera, que agrupaba a los empresarios. Éstos, aun cuando manifestaron voluntad para estudiar las peticiones de los obreros, dejaron en claro, a la vez, su rechazo a discutir bajo la presión de la huelga, expresando que “si en esas condiciones accedieran al todo o parte de lo pedido por los trabajadores perderían el prestigio moral, el sentimiento de respeto que es la única fuerza del patrón respecto del obrero”.

El día 21, temprano, hubo otra reunión. Carlos Eastman comunicó a los empresarios la propuesta de los trabajadores e informó

³⁷¹ L. Merino Montero: “Luis Advis Vitaglic (1935-2004), un vinculador de mundos”, RMCH 202- 2004 p. 8.

que el Presidente de la República lo había autorizado cablegráficamente para comprometer al gobierno en el pago de la mitad del aumento de salarios que se acordara en las negociaciones. Pero los representantes patronales nuevamente se negaron a aceptar. Según expresaron, el problema no era de dinero. No podían ceder en el principio de no conversar bajo presiones. Esto, dijeron "significaría una imposición manifiesta de los huelguistas y les anularía por completo el prestigio moral que siempre debe tener el patrón sobre el trabajador para el mantenimiento del orden"³⁷².

Ese mismo día, a poco de producirse la masacre, el Intendente telegrafió al Presidente, informándole de que su decisión era tomar "enérgicas medidas" pues consideraba imposible tener en ciudad tan grande aglomeración de gente sin inminente peligro para la seguridad pública y tranquilidad del vecindario³⁷³.

En un nuevo telegrama, poco después, Carlos Eastman insistió en la amenaza constituida por los pampinos para la vida y las propiedades de la población iquiqueña³⁷⁴.

El 22, en el oficio en que daba cuenta de los sangrientos hechos del día anterior, el Intendente insistió en su razonamiento, en la necesidad que había de prevenir posibles desórdenes graves. Afirmaba, entre otras cosas:

"La huelga, respetuosa y tranquila en su principio, que iniciaron el 22 de octubre de 1905 algunos obreros, terminó en la forma que todos conocemos. [...]. La huelga que iniciaron en Valparaíso en 1903, degeneró, por la complacencia o la confianza de la autoridad, en un verdadero y grave desorden [...]"³⁷⁵.

³⁷² Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan, Historia de una masacre. Escuela Santa María de Iquique, 1907*, Santiago, Lom Ediciones, 1998, pág. 185 y 186.

³⁷³ ARNAD, FMI, vol. 3274 (1907), Telegrama del Intendente Eastman al Presidente de la República, Iquique, 21 de diciembre de 1907, 2.10 PM, s.f.

³⁷⁴ ARNAD, FMI, vol. 3274 (1907). *Telegrama del Intendente al Presidente de la República*, 21 de diciembre de 1907, 6,10 p. m., s. f.

³⁷⁵ Cámara de Diputados: *Boletín de Sesiones Extraordinarias* (sic) en 1907. Sesión 32^a de 30.XII.1907.

Los miles de pampinos que ocupaban la plaza Montt y la Escuela Santa María tenían una, según el Intendente una “actitud con apariencias pacíficas, pero muy peligrosas [sic] en el fondo”.

Expresiones parecidas utilizó el comandante del cruceo “Ministro Zenteno”, en oficio al Ministro del Interior del 3 de enero de 1908. Escribe que el 19 de diciembre, “la alarma [...] ya era grande [...], pues la presencia en el corazón de la ciudad de tan crecido número de obreros, a pesar de su actitud tranquila, era un almacén de pólvora que la menor chispa podía hacerlo estallar, y, dado el material de las construcciones, todo de madera, no era posible permitir prolongar esa situación por más tiempo [...]”³⁷⁶.

Esta idea fue reiterada en la Cámara por el ministro del Interior Rafael Sotomayor, quien afirmó que en un comienzo las huelgas siempre iban bien, “con todo orden”, “[...] pero después de siete u ocho días de vida ociosa y agitada, el sistema nervioso se altera y queda preparado para que la excitación se produzca o estalle cuando así convenga a los que estimulan y se benefician con estos movimientos subversivos”³⁷⁷.

La masacre

El primer parte del general Roberto Silva Renard. 24.12.1907, dice así:

“Calculé que en el interior de la Escuela habrían 5000 individuos y afuera 2000, que constituían ciertamente la parte más decidida y exaltada”.

“Comisioné al coronel Ledesma para acercarse al Comité que presidía el movimiento y comunicarle la orden de US de evacuar la Escuela y plaza y dirigirse al Club Hípico con la gente”.

“Tomé nuevas disposiciones para imponer a los huelguistas el respeto y sumisión”.

³⁷⁶ ARNAD, FMI (vol. 3274). *Oficio del almirante J. Montt al Ministro del Interior*, Valparaíso, 3.I.1908, fs. 1 y 2.

³⁷⁷ Cámara de Diputados: *Boletín de las Sesiones Extraordinarias* (sic) en 1907. Sesión 32° Extraordinaria (sic) de 30.XII.1907.

“Hice avanzar dos ametralladoras del Esmeralda y las coloqué frente a la Escuela con puntería fija a la azotea donde estaba reunido el comité, y coloqué un piquete del regimiento O’Higgins a la izquierda de las ametralladoras para hacer fuego oblicuo a la azotea”.

“Se vio, por lo tanto, que no había más remedio que el empleo de las armas de fuego para obtener un resultado”.

“Convencido de que no era posible esperar más tiempo sin comprometer el respeto y prestigio de las autoridades y fuerza pública, y penetrado también de la necesidad de dominar la rebelión antes de terminar el día, ordené a las 3 ³/₄ una descarga por el piquete del O’ Higgins hacia la azotea ya mencionada, y por el piquete de la marinería situada en la calle de La Torre hacia la puerta de la Escuela, donde estaban los huelguistas más rebeldes y exaltados”.

“Ordené dos descargas más a fuego a las ametralladoras con puntería fija hacia la azotea donde vociferaba el comité entre banderas que se agitaban [...]. Hechas las descargas y este fuego de ametralladoras que no duraría sino treinta segundos, la muchedumbre se retiró. Hice evacuar la Escuela y todos los huelguistas en número de 6000 a 7000, rodeados por las tropas fueron conducidos por la calle Barros Arana al Club Hípico”.

“Esta es la relación exacta de los luctuosos sucesos ocurridos ayer, en los cuales han perdido la vida y salido heridos cerca de 140 ciudadanos. El infrascrito lamenta este doloroso resultado del cual son responsables únicamente los agitadores que, ambiciosos de popularidad y dominio, arrastran al pueblo a situaciones contrarias al orden social, que por la majestad de la ley la fuerza pública debe imponer por severa que sea su misión”³⁷⁸.

Queda claro en este parte que no hubo una descarga, sino dos de fuego de las dos ametralladora y dos hechas por los piquetes del O’

³⁷⁸ El texto del parte, en su original, de puño y letra del general está enteramente digitalizado. Lo hemos examinado así gracias a la gentileza del profesor Pablo Artaza. ARNAD, FMI, vol. 3274 (diciembre de 1907), doc. s/n, *Telegrama del Intendente Carlos Eastman al Presidente de la República*, Iquique, 21 de Dic. 1907, 6.10 P.M., s.f.

Higgins y de la marinería desde los costados. Dada la masa de 7 mil personas apretadas entre ellas y el poder de fuego de las ametralladoras es verosímil que se haya producido una cantidad de víctimas cercana a las dos mil, que señalan varios historiadores. El profesor Fernando Ortiz Letelier, en el libro *El movimiento obrero en Chile 1891-1919*, LOM, 2205, da una cifra de más o menos mil muertos. El diario *El Mercurio del 19 de diciembre de 2007* entrega una cifra de 300 muertos. Lo claro es que fue una terrible matanza de personas inermes.

El diputado Malaquías Concha, que llegó a Iquique muy poco después de la masacre, dijo en la Cámara de Diputados, el 30 de diciembre, que “sobre diez mil obreros inermes se disparó con ametralladoras, no por el espacio de treinta segundos, como dice el parte, sino que esta espantosa carnicería ¡duró por lo menos tres minutos! ¡Se formaron montañas de cadáveres que llegaban hasta el techo de la Escuela Santa María! ¡Horrorícese la Cámara!”; y afirmó que los sucesos de Iquique “son un estigma de vergüenza y oprobio para nuestra patria; acontecimientos que pasarán a la historia, señor Vice-Presidente, en condiciones más ominosas que las legendarias matanzas que nos refiere la historia de los primeros cristianos”.

Al recordar los hechos, vienen a la memoria las palabras del Precursor, héroe y mártir de la Independencia Hispanoamericana, Francisco de Miranda, dirigiéndose en 1801 a sus “compatriotas de la nación hispanoamericana”: “Recordad que un homicidio es siempre un homicidio”.

En un segundo parte redactado a comienzos de enero de 1908, el general Silva Renard insistió en el argumento de que las posibilidades de hechos graves justificaban la matanza:

“La tropa era insuficiente para mantener una situación que *podía* prolongarse días y que *podía* dar ocasión a ataques y agresiones de parte de los huelguistas no rodeados, los cuales estando dispersos por los distintos barrios, no queriendo estar en el fragor de la lucha y rebelión al ver a sus compañeros rodeados por la tropa, *podían* intentar romper el círculo para unirse y anular la acción de la fuerza pública. Tal intento *habría* complicado seriamente la acción de la fuerza militar, y dado lugar

a suposiciones que *habrían* envalentonado a lo que se quería someter y amenguado el prestigio moral de las tropas a mi mando³⁷⁹.”

Como se ve, en ninguno de sus dos relatos el principal encargado de la represión se refería a supuestas acciones ofensivas que se atribuyeran a los huelguistas antes del ataque militar. Los hechos invocados eran potenciales. Los tiempos verbales que utiliza son claros. Pero las posibilidades bastaban para justificar la violenta reacción de la fuerza pública. La actitud de los obreros de no evacuar la escuela era un desafío que no se podía tolerar. Y frente a él no cabía sino el fuego de las armas. Escribe el general Silva Renard:

“Las cosas llegaron a tal extremo que no admitían términos medios. Había que obrar o retirarse dejando sin cumplir las órdenes de la autoridad. *Había que derramar la sangre de algunos amotinados* o dejar la ciudad entregada a la magnanimidad de los facciosos que colocan sus intereses, sus jornales, sobre los grandes intereses de la patria. Ante el dilema, las fuerzas de la Nación no vacilaron³⁸⁰”

De los textos de los telegramas del Intendente al Ministro, de la exposición del Ministro Rafael Sotomayor en la Cámara de Diputados y de los dos partes del general Silva Renard, queda claro que ningún desmán ni desorden había ocurrido.

El Ministro, pocos días después de la masacre al responder a las interpelaciones de algunos diputados, por los trágicos sucesos del 21 de diciembre, explica que la masacre no fue un acción desatada por ofuscamiento de algún mando, sino se la decidió fríamente. En efecto, afirmó que:

"[...] Los hechos no fueron debidos a un acto de impremeditación, de culpable e inhumana ligereza. Cada una de las autoridades, en mérito

³⁷⁹ Segundo parte del general Roberto Silva Renard, cit. en Pedro Bravo: *Santa María de Iquique 1907: documentos para su historia*, Ediciones del Litoral, Santiago, 1993., op. cit. p.205

³⁸⁰ Segundo parte del general Silva Renard, en op. cit., loc. cit.

de la magnitud de desgracias que *podrían* sobrevenir, cuando la intervención amistosa de ellas [...] se había agotado, pesó muy bien sus resoluciones, con la conciencia de los deberes de los altos puestos de confianza que desempeñaban; y hubo de apelar a recursos extremos y dolorosos, pero que las difíciles circunstancias hacían, por desgracia, inevitables”³⁸¹.

Por su parte, el diputado Arturo Alessandri Palma, sostuvo que en Iquique no se había producido ningún acto que reprimir y que la censura a la prensa decretada por el gobierno para cubrir los hechos no era “sino miedo”.

Las historias oficiales prefirieron olvidar los hechos. Los trabajadores lo recordaron en una canción. Y el compositor Luis Advis quiso recordarlos en una cantata, cuyo texto le pertenece a él también.



Vamos a escuchar el Pregón de la Cantata:

³⁸¹ Cámara de Diputados: *Boletín de las Sesiones Extraordinarias* (sic) en 1907. Sesión 32º Extraordinaria (sic) de 30.XII.1907, citada.

Señores y señoras / venimos a cantar
aquello que la historia / no quiere recordar.
Pasó en el Norte Grande / fue Iquique la ciudad
mil novecientos siete / marcó fatalidad.
Allí al pampino pobre / mataron por matar
allí al pampino pobre / mataron por matar

Seremos los hablantes / diremos la verdad
verdad que es muerte amarga / de obreros del salario.
Recuerden nuestra historia / de duelo sin perdón
por más que el tiempo pase / no hay nunca que olvidar.
Ahora les pedimos / que pongan atención
ahora les pedimos que pongan atención.

Y ahora escuchemos al Pregón, texto que lee con su voz
inolvidable Héctor Duvauchelle:



Si contemplan la pampa y sus rincones,
verán las sequedades del desierto
el suelo sin milagro y oficinas vacías,
como el último desierto.

Y si observan la pampa y la imaginan
en tiempos de la industria del salitre,
verán a la mujer y al fogón mustio,
al obrero sin cara, al niño triste.

También verán la choza mortecina,
la vela que alumbraba su carencia,
algunas calaminas por paredes
y por lechos los sacos y la tierra.

También verán castigos humillantes,
un cepo en que fijaban al obrero
por días y por días contra el sol,
no importa si al final se iba muriendo.

La culpa del obrero, muchas veces,
era el dolor altivo que mostraba;
rebelión impotente ¡una insolencia!,
la ley del patrón rico es ley sagrada.

También verán el pago que les daban;
dinero no veían, sólo fichas;
una por cada día trabajado
y aquella era cambiada por comida.
¡Cuidado con comprar en otras partes!,
de ninguna manera se podía
aunque las cosas fuesen más baratas:
lo había prohibido la oficina.

El poder comprador de aquella ficha
había ido bajando con el tiempo,
pero el mismo jornal seguían pagando.
Ni por nada en el mundo un aumento.

Si contemplan la pampa y sus rincones,
verán las sequedades del silencio.
Y si observan la pampa como fuera,
sentirán destrozados los lamentos.

El Canto a la Pampa

Como decíamos, la matanza fue recordada por el pueblo chileno en una canción, cuyo origen musical no era claro. Se decía que se había

adaptado para el relato en versos de los hechos un vals boliviano. En realidad no había claridad sobre la procedencia de la música.

Para algunos era evidente que la música era una derivación de la una canción grabada por Violeta Parra en 1956. Se trataba de “Ausencia”, que fue presentada en ese disco como “Del folklor”. No tenía, pues, autor conocido.

Pero recientemente, el Grupo Trehuaco, de Copiapó, en su trabajo de recuperación de un valioso archivo musical local, encontró la partitura de la habanera “Ausencia”, de Tomás Gabino Ortiz, impresa por la Casa Kirsinger y Compañía de Valparaíso, alrededor de 1895. Este compositor fue autor de al menos seis vales editados por la misma editorial musical en la década de 1890.

Como otras habaneras de la época, la de Tomás Ortiz se folklorizó y como tal figuró como anónima y con la caracterización “del folklor”, en la mencionada grabación de Violeta Parra de 1956.

La pieza tiene tres frases musicales: cada una incluye una cuarteta en decasílabos y una segunda cuarteta, con el ritmo del cuarto verso repetido.

Escuchamos la música original de *Ausencia*, por el Grupo Trehuaco de Copiapó, 2006, interpretación hecha de acuerdo a la partitura original conservada en el Museo Regional de Copiapó. Y luego la versión de Violeta Parra, 1956 quien introduce algunas variaciones rítmicas y melódicas, que analiza el musicólogo profesor Juan Pablo González en su *Historia social de la música popular en Chile, 1890-1950*³⁸².

I. Cómo se han ido volando, ingrato,
las raudas horas de un tiempo cruel.
Hoy de ti lejos y en otro campo
y de ti amigo tan cerca ayer;

ayer tu mano sentí en la mía
con ardorosa y grata presión;

³⁸² J. P. González y Claudio Rolle: *Historia social de la música popular en Chile, 1890-1950*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2003, p. 104.

hoy en los ayes de ardiente brisa
a tus oídos irá mi voz,
porque la ausencia es tan cruel dolor.

II. Cuando la noche su manto lóbrego
tiende en el valle y en la ciudad,
pláceme, amigo, con tus recuerdos
pasar mis horas de soledad;
y en cada estrella que centelleante
y que en el cielo veo lucir,
parece, amigo, mirar tus ojos
que sonriendo me están a mí,
tal vez si loca cuán más feliz.

III. Ya no sé, amigo, vivir alegre
como en un tiempo que ya se fue.
Tu amor ausente me tiene triste;
nunca olvides quien te quiso bien;
si acaso olvidas a quien te adora
a quien un día el alma te dio,
mañana acaso lánguida y mustia
sobre su tallo muera una flor
y su perfume no vuela, no.

El poema es hermoso en su estilo popular y el lenguaje tiene para nosotros cierto poético sabor arcaico.

Escuchemos ahora la versión de Violeta Parra, de 1956. Podemos apreciar los cambios rítmicos introducidos, a través de más de medio siglo de interpretaciones de la habanera original.

El *Canto a la Pampa* se cantó a través de décadas hasta el golpe de Estado de 1973. El poema fue escrito por Francisco Pezoa, zapatero anarquista, nacido en 1885. Este caso de adaptación de música a un texto distinto del original, procedimiento llamado *contrafactum* y practicado

abundantemente por el luteranismo, como lo vemos en los corales, para muchos de los cuales Bach compuso sus maravillosos preludios de coral para órgano, es quizás uno de los más notables ocurridos en nuestro país. El ritmo de habanera se hizo más lento; no se contempló la variante de tiempo de la música de la segunda cuarteta de cada frase musical. Y el *Canto a la Pampa* llegó a ser así una especie de lamento musical, en plena concordancia con la tragedia narrada.

El poema mismo es notable y da la visión total de la tragedia en seis estrofas. Sin duda, el zapatero que lo escribió era de aquellos trabajadores que en esos años de organización del movimiento obrero tenían como banderas, además de sus reivindicaciones, el luchar por instruirse y por combatir el alcoholismo entre ellos. Recordemos la gran labor de Luis Emilio Recabarren en la organización del teatro y de las “filarmónicas”, los conjuntos musicales, en los sindicatos. El poeta popular utiliza palabras no populares o al menos no coloquiales: *réproba, verdores, parias, gorjear, bullir, acopiar, clamor, clarinada, estigma, doliente*. Muestra un admirable poder de síntesis: Primera estrofa: panorama del desierto: dureza de naturaleza: tierra triste, sin flores, sin arroyos. Segunda: panorama del trabajo durísimo y mal pagado de los pampinos: sudor, sangre, para acopiar oro para los dueños. Tercera: un día vibró un acento de rebelión: ayes, clamor, clarinada de los derechos. Cuarta: la marcha desde las oficinas: nos parece ver las largas filas de caminantes: mineros, esposas, madres, hijos. Quinta: encontraron sólo voz de metralla; sin compasión los masacraron. Quienes lo ordenaron quedan manchados con sangre obrera. Sexta: justicia, venganza, por los muertos, por los dolientes, las viudas, los huérfanos.

Este poema, hecho canción, fue durante por seis décadas el testimonio de aquel gran crimen.

Canto a la Pampa, la tierra triste,
réproba tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste
ni en lo más bello de la estación.

En donde el ave nunca gorjea,

en donde nunca la flor creció,
ni del arroyo que serpentea
el cristalino bullir se oyó,
el cristalino bullir se oyó

Año tras año por los salares
del desolado Tamarugal,
lento cruzando van por millares
los tristes parias del capital.

Sudor amargo su sien brotando,
llanto en sus ojos sangre en sus pies,
los infelices van acopiando
montones de oro para el burgués
montones de oro para el burgués.

Hasta que un día como un lamento
de lo más hondo del corazón,
por las callejas del campamento
vibró un acento de rebelión.

Eran los ayes de muchos pechos,
de muchas iras era el clamor,
la clarinada de los derechos
del pobre pueblo trabajador,
del pobre pueblo trabajador.

Vamos al puerto dijeron, vamos,
con su resuelto y noble ademán,
para pedirles a nuestros amos
otro pedazo no más de pan.

Y en la misérrima caravana,
al par que al hombre marchar se ven
la amante esposa, la madre anciana

y el inocente niño también,
y el inocente niño también.

Benditas víctimas que bajaron
desde la Pampa llena de fe
y a su llegada lo que encontraron
voz de metralla tan sólo fue.

Baldón eterno para las fieras
masacradoras sin compasión:
quedan manchadas con sangre obrera
como un estigma de maldición,
como un estigma de maldición.

Pido venganza para el valiente
que la metralla pulverizó,
pido venganza por el doliente
huérfano y triste que allí quedó.

Pido venganza por la que vino
de los obreros el pecho a abrir,
pido venganza por el pampino
que allá en Iquique supo morir,
que allá en Iquique supo morir.

Canto a la Pampa, la tierra triste,
réproba tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste
ni en lo más bello de la estación.

Juan Capra, artista pintor y músico, prematuramente desaparecido, hizo un arreglo musical del *Canto a la Pampa*, que grabó el conjunto Quilapayún en 1968. La transformación musical fue severa, por lo que el aire de habanera desapareció. Como escribe el musicólogo Juan Pablo González, aquí “la habanera se viste con ropas andinas mediante el

uso de una quena solista y de pasajes pentáfonos a cargo del charango³⁸³. El característico ritmo saltillo inicial se muta en una síncopa. Siendo una música de la que se apropió el pueblo, nada hay que criticar a un arreglo, pero sí es de lamentar que se suprimieran dos estrofas completas del poema, quitando así al relato su notable plenitud. Se pierde así la historia que es lo fundamental en el *Canto a la pampa*. En todo caso, esta versión constituye una obra que requiere de un conjunto instrumental, de manera que como tal no podría cumplir el papel que tenía la forma original en los funerales de trabajadores. Todos podían cantar el *Canto a la pampa* y todos las cantaban.

Escuchemos la versión del Quilapayún.

Finalmente, escucharemos el *Canto a la Pampa* con sus seis estrofas y en la forma en que se lo cantaba, generalmente en los funerales de dirigentes de los trabajadores, de luchadores sociales. Era la forma en que se contaba y recordaba la masacre hasta 1973. La grabación es muy imperfecta. Está hecha antes del Golpe de Estado, es decir, hace más de 40 años. Durante más de sesenta años, la canción fue entonada en funerales de dirigentes obreros, de luchadores sociales. Esta función de dar testimonio de aquella masacre y mantenerla en la memoria histórica fue trágicamente cortada por el golpe de Estado de 1973. Los 121 dirigentes sindicales desaparecidos y los 60 ejecutados obviamente no tuvieron funerales. Y actualmente, cuando se logra ubicar restos de algunos de esos y otros mártires, en sus funerales, en el Memorial del Cementerio General, se escucha otro canto. El brutal corte en la tradición popular que significó la dictadura trajo la pérdida de esa expresión de la memoria popular.

El canto que ahora se escucha en funerales de los mártires es un tríptico de poemas de Roberto Márquez, Osvaldo Torres y Luis Valdivia, del Conjunto Illapu, titulado *Tres versos para una historia*. Es música y poesía verdaderamente desgarradora, que es interpretada por músicos, con instrumentos, o se escucha grabada. Es testimonio del drama de los

³⁸³ J. P. González y C. Halle, op. cit., loc. Cit.

desaparecidos, de homenaje a ellos y de protesta por este nuevo gran crimen. Pero por su complejidad musical no podría llegar a ser patrimonio popular como lo fue el *Canto a la Pampa*.

Oigamos, pues el *Canto a la Pampa*, sin fijarnos en las grandes imperfecciones de la grabación, que data de hace más 40 años, y conservada en una casete copia de una cinta.

JORGE PEÑA HEN

El 16 de octubre de 1973 ha quedado en la historia de Chile, en la historia de la cultura y de la música chilena, como una fecha negra. Ese día, se inició en el norte del país una serie de matanzas, de asesinatos masivos, fríamente planificadas en Santiago por la dictadura y ejecutadas con igual frialdad y con brutal crueldad, por un grupo de oficiales del Ejército, encabezados por el general Sergio Arellano Stark, quien actuaba como Delegado directo de Augusto Pinochet. En cuatro o cinco días se segó la vida de 72 personas, una de las cuales fue el Maestro Jorge Peña Hen.

El 16 de octubre, en La Serena, junto a 14 personas, fue acribillado por las balas de la Caravana de la Muerte, Jorge Peña Hen, músico apasionado, creador, director de orquesta, pedagogo, organizador, cuya generosa e infatigable obra en la enseñanza y difusión de la música no ha tenido parangón en nuestro país. Aquel día, a los 45 años de edad, cuando estaba en la plenitud de sus capacidades; cuando su trabajo con niños y jóvenes daba hermosos y prometedores frutos, la voz de Jorge Peña Hen fue hecha enmudecer para siempre.

Jorge Peña Hen nació en Coquimbo en 1928 y allí se inició en el estudio del piano. Más tarde estudió también violín, viola y cello, presentándose varias veces como intérprete juvenil en esos cuatro instrumentos. Ya como estudiante de liceo mostró sus inquietudes por la difusión de la música en su medio. Como alumno del Conservatorio Nacional, fue discípulo en piano de Olga Cifuentes, en violín de Ernesto Lederman, en composición de Pedro Humberto Allende, Domingo Santa Cruz y René Amengual³⁸⁴.

Dirigió la Orquesta del Conservatorio, a la que logró imprimir un ritmo importante de actividades, consiguiendo incluso llevarla a provincias.

³⁸⁴ Los detalles de su formación musical pueden verse en los capítulos II “Infancia y primeros estudios” y III “En el Conservatorio Nacional”, en M. Castillo Didier: *Jorge Peña Hen Músico, maestro y humanista mártir*, Autoedición, Santiago 2001.

Su inquietud social, que lo distinguiría durante toda su vida, se expresó ya, cuando siendo Presidente del Centro de Alumnos del Conservatorio, pronunció ante autoridades de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile, un discurso en que destacaba la situación desmedrada de la educación musical y la marginación en que los sectores modestos de la población, en Santiago y más aún en provincias, se hallaban respecto de las posibilidades de disfrutar del arte musical, de conocer la música y de estudiarla. En aquella ocasión – función de gala en el Teatro Municipal con motivo de las Fiestas de la Primavera de 1949 – se estrenó, con coreografía de Cintolesi, una de las primeras obras de peña: el ballet *La Coronación*.

También como estudiante, en 1950, organizó en La Serena el Festiva Bach, con ocasión del bicentenario de la muerte del compositor. Ese Festival debía ser histórico, pues, además de constituir un acontecimiento musical extraordinario en una provincia, dio como fruto que tendría larga y muy grande trascendencia, el impulso para la creación de la Sociedad Juan Sebastián Bach de La Serena. Radicado definitivamente en esta ciudad en 1952, y como Presidente de aquella Sociedad, Peña Hen inició una labor que no puede menos que asombrar por su intensidad, su carácter polifacético; por la incansable y abnegada dedicación que ella supuso a través de 21 años, y que sólo fue interrumpida por su tan trágico e injusto asesinato.

Trataremos de sintetizar esa trayectoria que debía no sólo cambiar completamente el panorama de la enseñanza y de la práctica musical en La Serena y en la Región Norte, sino también en el país, por cuanto su idea acerca de la enseñanza musical infantil masiva y la formación de orquestas y otros conjuntos de niños, se convirtió, ya en vida suya, en una hermosa realidad, que hoy vemos extendida por el territorio nacional.

Como recordábamos, en 1950, Jorge Peña promovió la creación de la Sociedad Juan Sebastián Bach, que sería centro y motor de la actividad musical en el Norte. En 1952, fundó la Orquesta de Cámara de la Sociedad, formada principalmente por músicos aficionados. La dirigió, como también dirigió el Coro Polifónico de la Sociedad, que creo en 1955. Hasta entonces, en los conciertos que regularmente organizaba la

Sociedad cantaban sólo colegiales de los Liceos de Niñas y de Hombres de La Serena, donde Jorge Peña era profesor de música.

En 1956 consiguió la creación del Conservatorio Regional de la Serena, dependiente de la Universidad de Chile, organismo que también dirigió³⁸⁵. Tres años después, los esfuerzos de Jorge Peña lograron que se diera un paso importante con la creación de la Orquesta Filarmónica de La Serena, agrupación ahora profesional. En 1961, el incansable Maestro organizó la Orquesta de Cámara de Antofagasta, conjunto al que asesoró y que en algunos años después pasaría a constituirse en la Orquesta Filarmónica de esa ciudad. En 1964 consiguió la creación en La Serena de la Escuela Experimental de Música; y poco después, la creación de establecimientos de enseñanza musical semejantes de Ovalle y Copiapó.

Unido a la Escuela Experimental de Música está su Plan Docente Experimental, dirigido a la enseñanza masiva de la música a alumnos de la educación primaria. Este Plan fue aplicado con pleno éxito y de esa experiencia surgieron las condiciones para la creación de la Orquesta Sinfónica de Niños, primer conjunto de esa especie en el país. En esa labor se aunaron la pasión pedagógica de Jorge Peña, su sentido social y su amor los niños. Pareciera ser que el Maestro consideró esta tarea como la más hermosa de las muchas que emprendió en su corta vida. Emociona profundamente, en verdad, escuchar hoy las grabaciones en las que habla a los niños; los aconseja; los estimula con su palabra seria, pero siempre cordial y cálida; y hace el balance de algunas de las giras del conjunto infantil.

La Orquesta Sinfónica Infantil llevará su mensaje musical a numerosas ciudades chilenas y llegará a hacer dos giras a Argentina, dos a Perú y una a Cuba, todas plenamente exitosas, y en las que los pequeños músicos dejaron en alto el nombre de Chile y de su educación musical. Ha sido citado más de una vez el juicio del destacado musicólogo Vicente Salas Viu sobre la Orquesta de Niños, con motivo

³⁸⁵ La *Revista Musical Chilena* N° 53 (junio-julio 1957) editorializó acerca de la creación del Conservatorio, destacando la importancia de la nueva institución, así como la labor de los profesores Teresa Slaibe, Silvia Núñez, Manuel Bravo, Nella Camarda y Jorge Peña.

del primer concierto ofrecido por ella en Santiago, el 3 de noviembre de 1965:

“Fue particularmente emocionante en este concierto admirar la entrega a la música, la participación musical de todos y cada uno de los pequeños ejecutantes. Al lado de esto, la seguridad que demostraron acredita por igual el acierto en la delicada labor pedagógica realizada por sus profesores. Es verdad que los chilenos (los niños chilenos en este caso) poseen excepcionales condiciones para el cultivo de la música. Orientar bien estas condiciones, extraer de ellas lo mucho que se obtuvo en la presentación de esta orquesta, se debe, por supuesto, a los que de ello se preocuparon: los profesores Jorge Peña, Nella Camarda, Lautaro Rojas, Osvaldo Urrutia, Pedro Vargas, Edín Hurtado, Rosauro Arriagada y Emilio Matte, quienes merecen los mayores elogios. Un paso de indudable importancia en la educación por la música y para la música de los niños chilenos ha sido dado por las instituciones de enseñanza musical de La Serena. Son amplios los horizontes que abrieron. La presentación de la Orquesta de Niños de La Serena constituye un ejemplo que no debe ser olvidado”³⁸⁶.

Por su parte, el compositor Alfonso Letelier, ex Decano de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales, escribió:

“El Teatro Municipal [...] fue esta vez escenario de un acontecimiento de esos llamados a renovar los conceptos y hábitos caducos de nuestra docencia musical, tanto escolar como especial. La presencia de la Orquesta Infantil ha sorprendido, y con razón, a público y autoridades [...]. Lo que escuchamos en el Municipal es algo enteramente nuevo, inusitado entre nosotros”³⁸⁷.

³⁸⁶ El comentario de Vicente Salas Viu se publicó en *El Mercurio* el 6 de noviembre de 1965.

³⁸⁷ En Revista PEC. Citado por Elizabeth Cortés: *Jorge W. Peña Hen Vida y obra*, Tesis para el título de Profesor de Estado en Educación Musical, La Serena 1994, pp. 79-80.

La presentación de los niños en Santiago, en 1970, provocó nuevamente entusiastas comentarios. Haroldo Zamora Quiroz escribió sobre ella:

“¡Qué puñado en voluntades angelicales! ¡Cómo brotaba la inocencia de la verdad de los labios y los corazones de esos jóvenes! ¡Con cuánta sinceridad de encargaron ellos de traducir su verdad y su mundo a través de la música [...]. No cabe duda que Jorge Peña, siendo un hombre maduro y un músico por definición, traicionaba su edad en el momento de la interpretación. Su rostro traducía, así como su sonrisa luminosa, el mundo de la inocencia de la juventud [...]. Él impone una disciplina al conjunto, adaptándose a aquel mundo interior avasallador que brota de las voluntades juveniles. ¡Ojalá hubiera más hombres como él!³⁸⁸”

Y el profesor Danilo Salcedo ha escrito sobre esta hermosa y pionera labor del Maestro:

“La idea que animaba a Jorge era la de despertar y desarrollar el inmenso potencial musical de nuestro pueblo. Su concepción de la difusión musical se basaba en una simple afirmación: a partir de los niños, los adultos se van incorporando al mundo de la música. Cuán certero fue su enfoque lo demuestran los resultados de su perdurable legado para Chile”.

Decidor es el dato entregado por el Maestro Fernando Rosas de que en La Serena (que no cuenta con más del 1 por ciento de la población del país), la ciudad a la cual Jorge Peña Hen entregó sin reservas sus esfuerzos, se haya formado aproximadamente un 35 por ciento de los músicos que hoy se desempeñan profesionalmente en Chile.

En el vigésimo quinto aniversario de la muerte del Maestro, Fernando Rosas escribió:

³⁸⁸ Recorte sin fecha en el Archivo Jorge Peña Hen.

“Quiero afirmar una vez más que siempre he creído que Jorge Peña Hen y Mario Baeza, recientemente fallecido, son los hombres más relevantes en la vida musical chilena en la segunda mitad del siglo XX. En efecto, Jorge Peña quería que todos los chilenos tocaran instrumentos; y Mario Baeza quería que todos los chilenos cantaran. Ambos, en definitiva, cada uno a su manera, han triunfado. Cada vez más son los chilenos que tocan y los chilenos que cantan”.

En 1991, con oportunidad de haberse instalado la Exposición “Vida y obra de Jorge Peña Hen” en la Casa Central de la Universidad de Chile, el periodista Hernán Millás escribió en las páginas de *La Época* un homenaje titulado “Con fósforos trazó su última música”. Expresó, entre otros conceptos: “Este año, como en los últimos dieciocho años, Peña no ha podido salir con sus niños. Pero estuvo otra vez en Santiago y continuó al Sur en la exposición itinerante, con fotografías, testimonios y recuerdos, cuyo fin se erige como un símbolo de barbarie que esperamos no vuelva jamás a nuestro país [...]. La exposición itinerante no busca atizar odios. Sólo quiere que las nuevas generaciones conozcan la pasión irresistible que sentía Jorge Peña por la música y su amor por la paz. Y que deje la enseñanza que nunca más en Chile una ‘caravana de la muerte’ vaya dejando llanto y dolor”³⁸⁹.

Pero el trabajo con las agrupaciones musicales infantiles, a las que el Maestro dedicó tantas energías, no le significó dejar de lado los otros conjuntos y las otras actividades de la Sociedad Juan Sebastián Bach. En 1966, sobre la base de la anterior Orquesta Filarmónica, organizó la Orquesta Sinfónica de la Universidad de Chile en La Serena. Y esta agrupación continuó la incansable labor de difusión musical impulsada por la Sociedad, tanto en su ciudad sede como en diversas ciudades y pueblos del Norte.

Anotábamos que resulta difícil sintetizar la vasta y polifacética labor del Maestro Peña Hen. Recordemos que no sólo condujo como director a todos los conjuntos de la Sociedad Juan Sebastián Bach de La Serena, sino que, como invitado, dirigió también en diversas temporadas

³⁸⁹ H. Millas: “Con fósforos trazó su última música”, *La Época*, 3.XI.1991.

la Orquesta Sinfónica de Chile, las Orquestas Filarmónicas de Santiago y de Antofagasta, la Orquesta Sinfónica de Viña del Mar, la Orquesta Interuniversitaria de Valparaíso, la Orquesta de la Universidad de Concepción y la Orquesta Sinfónica de Tucumán.

En cuanto a la composición, la obra de Jorge Peña no es muy extensa, lo que se explica por su intensa dedicación a la enseñanza y a la organización de conjuntos y de actividades musicales, así como por la brevedad de su vida. Parte de su creación está dedicada a los niños, como el *Andante y Allegro* para violín y orquesta de niños; su *Concertino* para piano y orquesta de niños; la ópera infantil *La Cenicienta*; un *Concierto* para piano y orquesta, dedicado a su esposa Nella Camarda; dos *Cuartetos* de cuerda; una *Suite* para cuerdas, una *Sonatina* para violín y piano, una *Tonada* para orquesta, el ballet *La Coronación*; el ciclo de canciones para barítono y piano *Crepúsculo de Monte Patria*; *La palomita*, para coro mixto a cappella; música incidental para las películas *Río abajo* y *El Salitre*; música para cuatro *Retablos de Navidad*.

En la *revista Musical Chilena*, a lo largo de más de dos décadas, se dio cuenta regularmente de las actividades de la Sociedad Juan Sebastián Bach de La Serena y de las agrupaciones que fundó y dirigió el Maestro Peña Hen. Y no podía ser de otra manera, pues la *Revista* ha tratado de registrar todo lo que ha sido importante en el quehacer musical del país. En esta misma *Revista*, en el N° 123-124, correspondiente julio-diciembre de 1973, el profesor Luis Merino rindió homenaje al insigne artista, reseñando su trayectoria vital. Terminaba este *In Memoriam* con estas palabras: “La desaparición de este gran músico, maestro, creador y organizador, afecta en forma irreparable a la vida musical chilena”³⁹⁰.

Un cuarto de siglo después, tenemos que repetir en la *Revista Musical Chilena* aquellas palabras y renovar al homenaje de recuerdo y gratitud que Chile, la música, el arte, la cultura del país le deben.

Y hoy, cuatro décadas después de la muerte del Maestro Jorge Peña, volvemos a repetirlo:

³⁹⁰ Luis Merino: “In Memoriam”. *Revista Musical Chilena* N° 123-124 (julio-diciembre 1973).

Formador de juventudes por excelencia, sembrador de belleza y cultura, hacedor de humanismo; forjador, por tanto, de mejores hombres y más altos valores: eso fue Jorge Peña Hen. Pero su vida fue segada a los 45 años de edad, en su plena madurez como maestro y como creador. Este crimen, uno de los 72 cometidos en la Zona Norte entre el 16 y el 21 de octubre de 1973, contra personas absolutamente inermes que sólo anhelaban una sociedad más justa y más humana, constituye una mancha imborrable en la historia de Chile.

El 12 de diciembre de 1998, después de 25 años del crimen, los restos del Maestro llegaron a reposar en la tumba de honor dispuesta por la Municipalidad de La Serena en el Parque Pedro de Valdivia, para quien fuera auténtico Hijo Ilustre de la ciudad, del país, de América. Poco después vinieron a acompañar su tumba los nombres de sus compañeros de ideales y de martirio, grabados en el Monumento dedicado a los asesinados en la región.

Índice onomástico

Abrantes, Duquesa de
Acosta
Adams
Adán, C.
Advis Vitaglic, Luis
Agamenón
Alcalá-Zamora, Niceto
Alceo
Alcestes
Aldo
Alejandro Magno
Alessandri, Arturo
Alexú, Lefteris
Alonso, Capitán
Alquízar, Diego
Amengual, R.
Amilibia, M. de
Amonis
Amunátegui, Miguel Luis
Anacreonte
Anderson Imbert, E.
Andrews, Sara
Antígona
Antonio, ver Marco Antonio
Apolo
Apolonio de Tiana
Aquiles
Araneda Bravo, Fidel
Aretí, Aretusa
Arís, Ramón Mariano de

Arísties, Elio
Aristóbulo
Aristóteles
Arquellada, D. de
Arrau, Claudio
Artaza, Pablo
Artigas, Carmen
Ateneo
Augustenburgh, Christian
Ávila Martel, Alamiro de
Bach, Juan Sebastián
Bagessen, Hans
Barnola, Pedro P.
Barros Arana, Diego
Barros van Buren, M.
Barry, David
Bastin, Georges
Battlori, M.
Bazín, Roberto
Becco, H. J.
Becerra, Ricardo
Becher, Hubert
Beethoven
Belgrano
Bello, Andrés
Bello, Carlos
Berruezo, María Teresa
Biggs, James
Blanco Encalada, Manuel
Bloom
Bocaz, Luis
Boerhaave
Böhl de Faber
Bohórquez Morán, C.
Bolívar, Simón

Bomaré
Bordier, Leonard
Boulton, Alfredo
Bravo, Pedro
Brecht
Brenan, Gerald
Brewer-Carías, Allan
Briceño Perozo, Mario
Briones Toledo, H.
Brisson
Buda
Burgos, Javier de
Burke, W.
Buffon
Byron, Lord
Cajigal General
Caldera, Javier
Caldera, Rafael
Calipso
Cappeletti, A. J.
Capra, Juan
Caribdis
Caro, Miguel Antonio
Caronte
Carrasco, R.
Carreño, Manuel Antonio
Carreño, Teresa
Castiglione
Castillo Didier, M.
Castillo Moreno, Francisco
Castro, Américo
Catalina, Santa
César Augusto
Cesarión
Chacón, Jacinto

Chang-Rodríguez, R.
Chasles
Chávez, E. A.
Chenier, André
Cicerón
Cíclopes
Cieza
Circe
Cirilo, Patriarca
Clarke
Claro Valdés, Samuel
Claudel, Paul
Clavijero, Francisco Xavier
Clemente XIV
Cleopatra
Cochrane, Lord
Cocteau
Colón
Concha, Malaquías
Constantino Paleólogo
Cornaros, Vicente
Corneille
Corredor, José Ma.
Cortés de Madariaga
Cortés, hernán
Cova, J. A.
Crema, Edoardo
Cristo
Cristóbal, San
Cruz, Nicolás de la
Cruz, Sor Juana Inés de la
Cuervo, Rufino
Cussen, Antonio
D'Albert, Eugenia
A'Albert, Hertha

Daniel, Profeta
Dante
De Casas
Décaux, Alain
Delgado, Jaime
Del Pozo y Sucre, José
Del Rey Fajardo, José
De Nelis, Corneille **Francois**
De Rozoir, Carlos
Descartes
Devés, Eduardo
Díaz del Castillo, Bernal
Díaz-Plaja, Guillermo
Didot, Firmin
Diéguez Muñoz, M.
Dion
Don Quijote
D' Sola, Otto
Du Bellay, Joachim
Dulcinea
Duncker, Roberto
D'Urbano, Jorge
Dumouriez
Durán, Luzio
Durán, René L. F.
Du Rozoir
Duvauchelle, Héctor
Eastman, Carlos
Edipo
Egea López, Antonio
Eichorn, Johannes
Eliot
Ellis, Charles Encina, Francisco
Enrique IV
Ercilla, Alonso de

Ernesti
Erotókritos
Errázuriz, Crescente
Escila
Esfinge
Espejo
Espinoza Pólit, Aurelio
Esquilo
Euclides
Eurípides
Euterpe
Fabricio
Farrar, Geraldine
Fausto
Ferguson
Fernández de Navarrete, Martín
Fernández de Santa Cruz, Manuel
Fernández Mac Grégor
Fernández, R.
Ferrari, Claudio
Feuillé
Filoctetes
Filóstrato
Filotea, Sor
Finsler, G.
Fombona, Julieta
Fóscolo
Foster
Foucauld
Francisco
Franklin
Friedemann, Margarita
Galanis, Y.
Gallardo, José Bartolomé
Gálvez, Manuel

García César
García del Río, Juan
García Guerrero, Alberto
García, Lautico
García Bacca, Juan David
Garrido, Victorino
Gassendi
Gaucher
Gavino, Tomás
Gessner
Gide, André
Gil Blas
Gillies
Girandin, Marqués de
Goethe
Goic, Cedomil
Gómez-Mampaso, María V.
Góngora
González, Juan Pablo
Grases, Pedro
Greco El
Grisanti, Ángel
Gross Espiell, H.
Gual, Pedro
Guerra, Flora
Guerrero, Luis Beltrán
Gumilla, Padre
Hamlet
Hanisch, Walter
Hauptman, Gerard
Havestadt, Bernardo
Héctor
Hécuba
Helena
Henke, Matthias

Henríquez, Camilo
Henríquez Ureña, Pedro
Henríquez Uzcátegui, Gloria
Heráclito
Hércules
Hermes
Heródoto
Hesíodo
Hidalgo, Jorge
Hipatía
Hofstätter, Hans
Homero
Horacio
Horia, Vintila
Horowitz, Joseph
Humbolt
Huséin Selim
Inca Garcilaso
Indianos, Antonio
Ingres
Iris
Irisarri, Antonio José de
Isaac, Jorge
Isabel, La Católica
Jaksic, Iván
Jara, Ramón Ángel
Jaramillo, Rodolfo
Jaris, Petros
Jiménez Berguecio, Julio
Jorge III
Jouvenel, Renaud de
Justiniano
Kalvos, Andreas
Kásdagli, E.
Kazantzaki, Heleni

Kazantzakis, Nikos
Kavafis, Constantino
King, Rufus
Krause, Martin
Krebs, Ricardo
Kukulas; León
Lacunza, Manuel
Lafferte, Elías
La Harpe
Lamarck
La Pérouse
Lares
Lastarria, Victorino
Lasso de la Vega,
Latcham, Ricardo
Lavelle, Luis
Lavretski, J.
Layo
Lear, Rey
Ledesma, Coronel
Leguizamón, Julio A.
Lenin
Leonardo
Lestrigones
Linneo
Lira Espejo, Eduardo
Lira Urquieta, Pedro
Litzmann, Berthold
Lohlé, Carlos
López, Juan Pedro
López Méndez
Lovera De-Sola, Roberto
Luciani de Pérez, L.
Mably
Madariaga, Salvador de

Maestre, Joaquín
Mahoma
Malleros Kasimatis, Fotios
Marat
Marco Aurelio
Marías, Julián
María, Virgen
Maronitis, D.
Márquez, Roberto
Martí, José
Mártir, Pedro
Méndez Plancarte, Alfonso
Menéndez Pidal
Menéndez y Pelayo
Mercurio
Merino, Luis
Michelet, Jules
Mier, Joaquín de
Mijares, Augusto
Milanca Guzmán, Mario
Milinowsky, Marta
Mill, James
Mill, Juan Stuart
Millas, Hernán
Milton
Miranda, Francisco de
Mistral, Gabriela
Moatti, Jacqueline
Monterde, F.
Monteverde, Domingo de
Monteverde, Francisco
Mora, José Joaquín de
Moreau, Gustave
Mosca, Carlos
Mozart

Murillo Rubiera, F.
Mustakis Dragonas, Gabriel
Napoleón
Nariño
Nasón ver Ovidio
Nausícaa
Navarro, Juan
Navarro Tomás, T.
Nerón
Newton
Nietzsche
Nolasco, Pedro San
Novaes, Guiomar
Nucete-Sardi, J.
Obregón, E. de
Octavio, ver César Augusto
Odiseo
O'Higgins
Olivares, Miguel de
Opazo, Ignacio de
Orange, Príncipe de
Orfeo
Orofernes
Oroz, Rodolfo
Orrego Barros, Antonio
Orrego Vicuña, Eugenio
Ortiz Letelier, Fernando
Otelo
Ovidio
Oviedo y Baños
Oyadener Jara, P.
Palamás, Kostís
Panero, Martín
Parker, A. A.
Parra, Nicanor

Parra-Pérez, Caracciolo
Parra, Violeta
Pascual Buxó, José
Patrick
Patroclo
Paw, M.
Paz Castillo, Fernando
Paz, Octavio
Pelópidas
Penélope
Penteo
Peña, Israel
Pérez Bonalde, Juan Antonio
Pérez Vila, Manuel
Pericles
Petion
Petronio
Pezoa, Francisco
Picón Salas, Mariano
Pictet
Pierís, Mijalis
Pinkerton
Pi Sunyer, Carlos
Pitt, William
Plinio
Plutarco
Polanco Alcántara, Tomás
Polimnia
Pommier, Edouard
Pompeyo
Portales, Diego
Poseidón
Pressavin
Príamo
Prieto, José Joaquín

Prometeo
Psijaris
Pueyrredón, A.
Pulido, Lucio
Quatremere de Quincy, Antoine
Quesada, Cristóbal de
Quiroga, Daniel
Quiroz, Roberto
Rabanales, Ambrosio
Ralis, Mikés
Ramírez, Jorge
Ramos, Óscar Gerardo
Raynal
Razís, Jorge
Recabarren
Renard, Blanca
Renard, Rosita
Riba, Carles
Ribas, Nicolás de
Rigas
Rigópulos, Yanis.
Riquer, Martín de
Rivera, Hernán
Robertson
Robertson, Wiliam S.
Robespierre
Rodó, José Enrique
Rodríguez Bello, Concha
Rodríguez de Alonso, Josefina
Rodríguez Mendoza, E.
Rodríguez Monegal, Emir
Rodríguez, SimónRolle, Claudio
Roscio, Juan Germán
Roth, G.
Rousseau, Juan Jacobo

Rumazo, Alfonso
Sabas, San
Safo
Salas, Manuel José de
Salcedo-Bastardo, José Luis
Sambrano Urdaneta, O.
Sancha, Antonio de
Sánchez-Barba, Mario
Sánchez, Luis Alberto
Sánchez, Ramón
Santa Cruz
Santa Cruz, D.
Santa Cruz, General
Santágata, Antonio
San Martín
Sarandis
Sarmiento
Sauret, Émile
Sauer, Emil
Savi, Elvira
Savidis, Y. P.
Sawyer, Antonia
Scarpa, Roque Esteban
Schlegel, A. W.
Schlegel, Federico
Schissel, Joan
Schoel, Maximiliano
Schrevelius
Schumann, Clara
Schumann, Robert
Seferis, Yorgos
Séneca
Serapis
Serna, Ramón de la
Schuré, Edward

Shakespeare
Silva Renard, Roberto
Simmons, Merle. E.
Simópulos, C.
Sinesios de Cirene
Sirenas
Sismondi
Silitsis, Estéfano
Smith, Max
Sócrates
Sófocles
Solís
Solomós
Sonnini
Sotomayor, Rafael
Souday, Paul
Spell, J. R.
Spinoza
Spiropulu, Anyelikí
Standford, W. B.
Stern, Otto
Stevens, Juan
Stresemann, Wolfgang
Stuardo, J. R.
Sucre
Sweitzer, Albert
Tagle, Antonio
Tagliapetra, Arturo
Tagliapetra, Giovanni (padre)
Tagliapetra, Giovanni (hijo)
Tagliapetra, Teresita
Tariffi, Terzo
Taubman, Howard
Teitelboim, Volodia
Telégono

Telémaco
Tennyson
Teresa, Santa
Theón
Tiresias
Thorning, J. F.
Torrente Ballester, G.
Torres, Osvaldo
Torres Rioseco, Arturo
Tournefort
Tupac Amaru
Ulises
Unamuno, Miguel de
Urrutia Blondel, J.
Uslar Pietri
Vaccaro, Alberto José
Vaiss, Elena
Valbuena Prat, A.
Valdivia, Luis
Valdivia, Pedro de
Valverde, José María
Vanderbourg
Vatel
Veikos, Teófilo
Vergara, Javier
Vicuña Mackenna, Benjamín
Vicña, Magdalena
Vidal Muñoz, Santiago
Vieyra, Antonio de
Villarroel, Miguel A.
Virgilio
Viscardo, Juan Pablo
Voltaire
Vossler, Karl
Waller

Wasserman
Washington
Wieck, Clara, ver Clara Schumann
Wieck, Friedrich
Willamsen, V. S.
Wilson, Colin
Winckelmann
White, Guillermo
Yocasta
Yourcenar, Margarita
Zalamea, Jorge
Zea, Leopoldo
Zeus
Zorbas, Alejandro